

El
VALLE
OSCURO

Andrea Tomé



neo 

El
VALLE
OSCURO

Andrea Tomé

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: noviembre de 2017

© Andrea Tomé, 2017

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17114-21-3

Diseño de portada: Lola Rodríguez

Ilustraciones del interior: Roma Vengerova

Realización de cubierta y fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ÍNDICE

Libro I
Libro II
Libro III
Libro IV

Esta dedicatoria está
dividida
en cuatro partes:
a Henry y a Leo,
a las Himeyuri,
a las audaces *bluestockings*
y a ti, lector: esta historia
es ahora tuya.

Una breve introducción:
En este libro conocerás
a una niña que
lanzaba mensajes al mar
y a un joven sepulturero que
contaba los silencios; a
un soldado que amaba el olor
del humo y a un muchacho que
llamaba hogar a las estrellas.

LIBRO I
DICIEMBRE DE 1942 -
MARZO DE 1943

I. SU NOMBRE ES GUERRA. UNA VEZ, SU VOZ FUE EL
SONIDO DE LAS BAYONETAS, DE LA CABALLERÍA;
AHORA ES UN SUSURRO EN EL OÍDO DERECHO, DEDOS
DUBITATIVOS APRETANDO UN GATILLO DIFERENTE.

MIA PARKER

CAPÍTULO 1

Fantasmas

La guerra empezó para mí con un par de toses, un cuento de fantasmas y una evasión de madrugada.

Al oír la primera tos, atravesé nuestro jardín hasta la casa de mis tíos, abrí la ventana de la habitación de mi primo, salté dentro y cerré la ventana detrás de mí.

Era un miércoles lila y añil, con el cielo moteado de estrellas y sin una sola nube. Ryo estaba tumbado en el futón, con la cara roja y sudorosa y medio escondida bajo un tosco gorro de lana.

—¿Me llamabas, pajarito? —pregunté, dando vueltas hasta encontrar un cojín en el que sentarme.

Era una niña de oscuridad. Mis huesos estaban hechos de medianoche y por mis venas fluía la materia de la que están formadas las estrellas. Estaba acostumbrada a levantarme de madrugada (con una tos o un quejido) y caminar hasta la casa de mi tía con un libro (como aquella noche) o un dulce bajo el brazo.

Una respiración de acordeón y un chispazo. Ryo acababa de prender la lamparita de noche.

—No podía dormir —confesó, y me hizo un gesto para que me acercase más a él—. El *yatagarasu*.

—¡Bah, el *yatagarasu*! ¿Sigues creyendo en esa tontería? Sabes que me lo inventé, ¿verdad?

Bajo la luz de la única bombilla, los ojos de Ryo parecieron arder.

–No. Lo he visto. Estaba ahí, en mi ventana.

–¡Bah! –bufé, haciendo ademán de volver a casa.

–Cuéntame la historia otra vez. Por favor.

Su voz era una colección de susurros y silbidos.

Suspiré, dejé a un lado el libro que había traído, me aclaré la garganta y recité...

–Cuando era muy pequeña y todavía no sabía atarme los zapatos, tenía un amigo que venía a visitarme por las noches. No era un amigo corriente. No corría y reía, como el resto de los niños, y tampoco le gustaban los caramelos ni los pasteles. A decir verdad, mi amigo ni siquiera era humano. –Acerqué las manos a la lamparita, de modo que estas dibujaron una sombra alada en la pared–. Era un cuervo. Un cuervo de tres patas, para ser precisos, y su nombre era *yatagarasu*. Cuando crecí, dejó de venir a verme. –Cerré los puños y la figura desapareció–. «Los adultos no tienen el menor interés –me dijo–, porque los adultos no ven un palmo más allá de sus narices». Lloré durante semanas, hasta que mi garganta se hinchó y enrojeció y perdí el habla. Lloré tanto tanto que una noche el *yatagarasu* vino a verme. Me pidió que me callase, que mis gritos no lo dejaban dormir. A cambio me haría un regalo. Vendría a visitarme cada vez que lo necesitase. Cuando algo estuviese a punto de cambiar, él dejaría ver su pico o sus alas. Entonces yo lo sabría...

–Algo extraño estaría a punto de suceder –terminó Ryo por mí.

Tras decir esto, se apresuró a esconderse bajo las mantas. Era como si aquella pequeña frase tuviese el poder de desordenar nuestras vidas con tan solo pronunciarla en voz alta.

Estiré los labios. No había sido muy diferente la otra vez, ¿verdad? Ryo estaba guardando cama y yo ponía voces y gesticulaba para animar el relato. Aquella había sido la noche que separaba Antes de Después.

Unos hombres de bonito uniforme verde entraron en casa de mis tíos. Un paso, dos. Un pequeño concierto de gritos y amenazas. Suspirando, el tío Otsuka salió con ellos.

A través de la ventana, lo vi todo.

Capas de:

negro

(la tierra,

la pólvora),

blanco

(el cielo,

las banderas),

rojo

(la sangre,

el sol naciente).

Lo que veía ahora por la ventana, en cambio, era a mi hermano Takuma cruzando el jardín como una manchita negra y desgarbada.

Hacía meses que Takuma salía a la misma hora, a hurtadillas, todos los miércoles de todas las semanas.

Y a la misma hora, todos los miércoles de todas las semanas desde hacía meses, yo contemplaba su evasión.

Aunque estaba descalza, el frío del suelo no me molestaba. Estaba demasiado concentrada en el cosquilleo de los dedos de los pies, que cada miércoles era más fuerte, como si una banda de *tengus*¹ me estuviese incitando a salir detrás de Takuma. Aquella noche en particular los *tengus* estaban nerviosos.

Aprovechando que Ryo acababa de dormirse, crucé la habitación, separé la puerta corredera con cuidado de no hacer ruido y me puse en camino.

Los pies me habían dejado de cosquillear, y ahora notaba lo frío y áspero que resultaba el *tatami*² contra las plantas de mis pies. Fuera el viento golpeaba y rugía. El interior de la casa estaba teñido del tenue violeta de la noche, y cubierto de sombras. Cada escalón crujía.

Crac. Crac. Crac. Crac.

¿Podría verme el Emperador desde su lugar en el retrato de la pared?

Cuando llegué a la puerta principal, tenía la espalda sudorosa y la cabeza tan ligera que me parecía estar encerrada en un sueño. Otro paso. Una ráfaga de viento hizo ondear los bajos de mi pijama. Los pelillos de las piernas se me erizaron.

La calle estaba oscura y desierta. La hierba de mi jardín, cubierta de rocío, brillaba plateada.

Tres, cuatro, cinco. Toda una colección de pasos que me condujeron al muro de piedra. Desde allí vi alejarse la silueta borrosa de Takuma hasta desaparecer.

El rocío en los pies me dio un escalofrío.

—¿Momoko?

La voz de Ryo me detuvo.

—¡Ya va, pajarito! —le respondí.

A fin de cuentas, aquella había sido la noche que más cerca había estado de seguir los pasos de Takuma.

Aquella noche soñé con el *yatagarasu*. Soñé que llamaba a la ventana de mi habitación con un picotazo, y soñé con sus ojos brillando en la penumbra, observándome. Tenía tierra en el plumaje, gotas de lluvia resbalaban por su pico, como si hubiese tenido que embarcarse en una peligrosa aventura solo para ir a buscarme.

—Ven —me había dicho—. Te mostraré algo.

Cuando me acerqué a él, el *yatagarasu* desapareció. Puñados y puñados de luz entraban por la ventana, tiñendo la habitación de amarillo y de dorado.



CAPÍTULO 2

El ikiryo ³

Cuando me desperté, todavía conservaba el recuerdo del *yatagarasu* en mi ojo ciego. Mientras mi ojo sano se acostumbraba a los tonos de amarillo de la luz que entraba a través de la puerta de papel, en el derecho se desdibujaban los contornos de un pico sucio y afilado, un plumaje del color del carbón y unos ojos en llamas.

Cuando mamá descorrió la puerta, el *yatagarasu* desapareció, llevándose consigo los últimos restos del sueño.

–Venga, a levantarse. Papá y Takuma ya están en la mesa.

La voz de mamá era dulce, pero serena. Con un gruñido, tiré de la funda del futón y me tapé el rostro con él hasta que ambos ojos se llenaron de sombras.

–No me encuentro bien.

Aquella había sido una interpretación excelente del murmullo lastimero de mi primo Ryo. Incluso me permití un pequeño ataque de tos.

Cof-cof.

Cof-cof-cof.

Mamá solo dijo ocho palabras.

–Una taza de té te hará sentir mejor.

Takuma, desde el piso inferior, se preparó para la guerra.

–Vamos, hermanita, ¿dónde ha quedado tu coraje?

–No sé, ¿quieres ir a buscarlo? ¡A lo mejor encuentras también tu cerebro!

La risa de papá subió la escalera hasta llegar a nosotras. Un par de segundos después la acompañó, también, una exclamación cantarina:

—¡Mucho cuidado, que ahí baja mi pequeña boxeadora!

Cuando llegué a la sala, la mesa estaba puesta para el desayuno. Cuatro cuencos de arroz perfectamente dispuestos sobre la superficie lisa del *kotatsu*.⁴ En la radio (sobre la cual el Emperador nos observaba impassible) un locutor de voz ronca anunciaba las batallas que el Ejército ganaba en algún lugar llamado Guadalcanal. Papá se encogió de hombros, le dirigió una mirada al Emperador (como disculpándose) y cambió a la emisora de música clásica.

—No me gusta cómo habla ese locutor —dijo—. Me da la sensación de que tengo sus flemas pegadas a la garganta. De todos modos, siempre compro el periódico de camino al trabajo, ¿verdad?

Los Akiyama podíamos prescindir de cualquier cosa excepto de dos: los libros (casi permanentemente unidos a las manos de mamá) y la música clásica (que perseguía a papá allá donde fuera). Y en mi casa la música clásica empezaba siempre a las siete, cuando los vecinos ya habían abandonado sus casas para ir a trabajar. Antes, con el volumen lo suficientemente alto, sonaban las noticias de la guerra.

Como debía ser.

En general, mis pensamientos se reducían a tres: la guerra, las voces y mi nuevo estatus como *ikiryo*.

La guerra estaba en boca de todos; la gloria y el triunfo se deslizaban de los labios de mis vecinos como la miel. La guerra caía sobre nosotros y nos tapaba los ojos, pero llegaría un día en el que Japón se alzase sobre naciones impías como los Estados Unidos. Y entonces llegaría la paz.

Las voces pertenecían a los viajeros de abajo. Siempre llegaban de noche (extraños y despeinados, como animales salvajes) y siempre se iban de noche

(arrastrando los pies y bajando la cabeza, de modo que hasta el ruido rehuía de ellos).

Mi estatus como *ikiryo* estaba ligado al instituto privado femenino Daiichi. Y el instituto femenino Daiichi era el silencio. Pongamos, por ejemplo, aquella misma mañana:

Clase de economía doméstica, un uniforme azul ante mí, esperando a que lo cosiera, y gruesas gotas de sudor resbalando por mi frente.

–Los *meriken* no sienten ningún tipo de gloria hacia sus ancestros.

La señorita Miyamoto paseaba entre las filas de pupitres, y su cuerpo tapaba la luz del sol.

–No honran a su familia; solo buscan arrojar publicidad sobre sí mismos.

Pam, pam, pam, pam.

Los tacones de la profesora repiqueteaban allí donde dominaban las sombras para mí.

Sabía que estaba mirándome; sentía sus pupilas en el cogote.

La señorita Miyamoto era una monja zen con aspecto de *yamamba*,⁵ célebre por su severidad y su capacidad de hacer aparición en los momentos menos oportunos. Unas bolsas marrones y flácidas convertían sus ojos en un par de rendijas muy estrechas del gris plomizo de las balas. Me daba la sensación de que la señorita Miyamoto, a pesar de sus cataratas, podía no solo verme a mí, sino también a través de mí y leerme el pensamiento.

–Temen a la muerte, pero no se preocupan por lo que ocurre tras ella. Viven en el mundo material, y su falta de espiritualidad dictará su derrota en el campo de batalla.

La mirada de la señorita Miyamoto pesaba más que nunca.

–Los *meriken* pertenecen a una raza inferior. Sus ojos, azules, al contrario que los nuestros, negros, son defectuosos: incapaces de ver en la oscuridad...

Sentí que alguien tiraba de mi manga. Emiko Araki, sentada en el pupitre junto a mí, parecía ser la única alumna que reparaba en mi presencia.

—¿Has oído lo que dice la señorita Miyamoto, Momo-chan? Creo que es muy importante.

Extendió un brazo blanco para separar el mechón rizado que tapaba mi ojo ciego.

Emiko Araki. Su nombre significaba «honrada con belleza», y no podría haber sido más acertado: su pelo era lacio, negro y brillante (como debería ser el de una verdadera chica japonesa, y no reseco y quebradizo como el mío); su nariz, pequeña («esa narizota tuya solo podría gustarle a los occidentales, Momo-chan») y su cuello, largo, frágil y delgado como el de un cisne.

Emiko también significaba «niña sonriente», y ahora en su rostro se dibujaba una sonrisa tan afilada que podría cortar.

Yo no le otorgaba una gran importancia a mi fealdad. A fin de cuentas, cualquier prohibición era un reto para mí. Y si ser fea era lo peor que le podía pasar a una mujer, entonces me alegraba de mi falta de belleza. No podía importarme menos lo que Emiko Araki opinase al respecto.

Pero el silencio. Oh, el silencio era otra cosa.

Antes yo lo llenaba. Con palabrotas que hacían palidecer a papá y con amenazas en forma de puño cerrado. Antes, en mi antiguo colegio, era capaz de defender a Ryo de cualquier matón.

Antes. Mi vida estaba dividida en Antes y Después.

Después de Eso (de aquella noche mortecina teñida de capas de rojo, blanco y negro), el miedo se agitaba en mi estómago como un banco de peces. Mis palabras se extinguieron. Mis músculos, cada vez más cansados, se olvidaron de cómo amenazar con un puño cerrado.

—Tu ojo, Momo-chan, es azul y blanco. ¿Sabes? Todo el mundo dice que tu madre nació en la Ciudad Imperial, pero yo pienso que es mentira. —Tres

pasos, los de la señorita Miyamoto, que seguía caminando y hablando—. Yo pienso que no es más que una vulgar *meriken*, tan repugnante que te ha maldecido con ese ojo de pulpo.

Su voz.

Era un susurro frío.

—Yo que tú, Momo-chan, no intentaría ocultarlo peinándote como ellos. No está bien parecerse a una perra *meriken*.

Un grupito de chicas rio. La señorita Miyamoto clavó sus ojos sobre ellas, pero no dijo nada. Me pareció que sus labios se curvaban en una sonrisa.

* * *

Las tejas del templo Sogenji estaban teñidas del dorado del sol. El puente y la escalera que daba a la entrada, sin embargo, permanecían grises y solo moteados por el moho que traía consigo el monzón.

El interior del templo estaba casi vacío, helado. Solo podían escucharse, medio ahogados, los cánticos de los monjes y los pasos de los pocos visitantes.

El olor a incienso flotaba en la totalidad de la sala.

Como cada día, iba allí después de clase. Y, como cada día, pronunciaba siempre la misma oración.

Inclinándome hacia la estatua de Buda (que tenía la mirada perdida y los labios arqueados, al contrario que el Emperador, que nos vigilaba muy atento desde el retrato en la pared de la sala), deposité la moneda y susurré mi deseo.

—Por favor, señor, haz que la enfermedad salga de Ryo y entre en mí.

Las palabras salieron con prisa de mi boca, atropellándose entre sí.

«Ryo estará a salvo. Y entonces yo no tendré que ir al instituto», me repetía.

Al otro lado del templo, un muchacho me devolvió la mirada, arrancándome de cuajo de mis pensamientos. Rondaba los veinte años, con una sombra de

pelo negro en la cabeza y un reluciente uniforme verde sobre los hombros.

«Yoichi.»

Parecía un hombre de carne y hueso, pero no lo era del todo.

«Yoichi.»

Yo conocía el secreto. También él se trataba de un fantasma viviente.

El primero de la familia.

CAPÍTULO 3

El sobre rojo

Takuma estaba acucillado en el espacio entre nuestra casa y la de nuestra tía, envuelto en una leve nube de humo de cigarrillo. Cuando llegué corriendo (haciendo que nos chocásemos), él tenía un ojo en la ventana de Ryo.

—¿Y tú aquí?

Hicimos la misma pregunta al unísono, y nuestras cejas se alzaron en el mismo gesto.

—¡Tengo algo que contarte! —chillé, secándome el sudor de la frente, y dirigí también un rápido vistazo a la ventana antes de continuar—. ¿Está Ryo bien?

—¿Eh? ¿Ryo? Perfectamente —Takuma dio una última calada a su Golden Brat—. Oye, ven aquí. Yo sí que tengo que contarte algo, pero tienes que prometerme que me guardarás el secreto...

* * *

En nuestra casa había una carta escondida. Era un sobre rojo y no muy grande que su destinatario (el señor Takuma Akiyama) había guardado en el forro de su futón.

La carta había sido entregada en mano aquella misma mañana. Una casualidad casi retadora había permitido que el propio Takuma fuese el encargado de recogerla, puesto que con muy poca frecuencia se encontraba

solo en la vivienda. Pero aquel día yo estaba en la escuela, papá en la tienda y mamá cambiando los bonos de racionamiento (una tarea tediosa que solía alargarse durante horas). En la casa de al lado, nuestro primo Ryo guardaba cama con fiebre. Puesto que la viuda Otsuka no podía descuidar su trabajo en la frutería, Takuma había sido el encargado de cuidar del enfermo.

Fue, de hecho, una suerte que las cosas hubieran ocurrido de ese modo, pues papá no habría podido contener las lágrimas al ver a la uniformada pareja de funcionarios tras su puerta.

Tanto el hombre como la mujer iban vestidos al modo tradicional japonés. Ella, que le recordó a Takuma a un *daruma*⁶ debido a su cuerpo bajo y rechoncho, estrechaba la bandera japonesa entre las manos. Él, alto y esquelético, fue quien le entregó el sobre escarlata.

–¡Enhorabuena! Va a ir usted a la guerra –le dijeron.

Si no fue eso, algo parecido. No hacía mucho que Takuma se había levantado y todavía estaba algo somnoliento, de modo que no lograba recordarlo con claridad.

No respondió de inmediato. De hecho, no tomó el sobre que le tendía el funcionario hasta pasados unos segundos. No es que creyese que no recogiendo la carta podría librarse de su destino. Simplemente, necesitaba un momento para reorganizar sus ideas.

La carta había sido una sorpresa abrumadora no por su llegada (que estaba esperando), sino por el hecho de haber sido *él* quien la recibiese *en persona*. Todos los muchachos de diecisiete años recibían cartas como esa. La mayoría eran rojas, lo que significaba que su destinatario sería entrenado para la guerra. Unas pocas, blancas, indicaban que el «servicio al Imperio» se haría trabajando en una de las muchas fábricas del país.

Takuma esperaba que la suya fuese roja. No había muchas posibilidades de que ocurriese de otro modo. Esperaba, también, encontrársela sobre la mesa

tras un largo día de trabajo. Su madre estaría aguardándolo. Entonces él llegaría, la abrazaría y levantaría la voz para decir:

–Será un orgullo servir a mi Emperador.

O algo por el estilo.

Sin embargo, al recibir él la carta, la sorpresa lo privaba de pronunciar la frase que tanto había preparado. De modo que permaneció en silencio mientras el brazo del funcionario, tieso como una ramita, hacía temblar el sobre escarlata.

–¿No estás contento? –inquirió la mujer con una sonrisa de dientes picudos.

Tenía el rostro cuajado de arrugas. Tratando de concentrarse en ellas, Takuma asintió.

–S-sí..., muchas gracias.

Después carraspeó y tomó el sobre. Era mucho más rugoso de lo que había imaginado, y sus bordes le hacían cosquillas en la palma de la mano.

–Será un orgullo servir a mi Emperador.

En sus ensoñaciones, su voz sonaba segura y varonil, de algún modo potente como la de los locutores de radio. Su padre se aguantaría las lágrimas en un rincón y su madre colocaría una mano sobre su hombro. Yo lo abrazaría, y el mismo Emperador, que era sagrado, lo escudriñaría desde su lugar en la pared.

Por supuesto, nada ocurrió de ese modo. No solo faltábamos nosotros, sino que, además, el sonido de su voz había resultado ser todo lo contrario a lo que había planeado. Un ronquido bronco que a duras penas había podido contener un gallo y que parecía más propio de Ryo que de él.

Los funcionarios tampoco se comportaron como él había esperado. Se limitaron a desearle suerte y se inclinaron en una reverencia antes de marcharse.

Luego Takuma cerró la puerta, escondió el sobre sin abrir en el forro de su futón y continuó con sus tareas diarias como si no hubiese ocurrido nada.

Lo hizo porque:

1. No estaba preparado para enfrentarse al llanto de papá y a los abrazos de mamá
y
2. aquel era un día difícil sin la preocupación añadida de la carta.

Había pasado un año desde la maldición de 1941. 1941 había sido el año de mi ceguera, del comienzo de la guerra contra los Estados Unidos y de la marcha de nuestro hermano mayor, Yoichi, del que no se había vuelto a hablar.

CAPÍTULO 4

Showa 18⁷

La sala solo estaba iluminada por una vela.

Llevaba tantos días guardándome el secreto de Yoichi que este se había convertido en una masa fría que coleteaba en la boca de mi estómago como un pez. Tenía que contárselo a Takuma y solo a Takuma, porque la mera mención de Yoichi hacía que papá torciese los labios y que mamá se quedase mirando al vacío con expresión ausente. Sin embargo, desde que Takuma había organizado una reunión familiar para mostrar el contenido del sobre rojo, revelar la verdad había resultado imposible.

La noche anterior, después de cenar, había sacado el sobre rojo de su escondrijo y lo había depositado en el centro del *kotatsu*. Al verlo, papá dejó caer su cigarrillo Golden Brat al suelo. Todos, desde el agitado papá, que se apresuraba a recoger el pitillo, hasta la gata, que erizaba la cola, contuvimos la respiración. Incluso, de algún modo, pareció que los instrumentos de música de la radio sonaban de manera diferente, como si alguien los hubiese sumergido bajo el agua.

Mamá fue la primera en hablar.

—¡Mira qué hora es! —dijo, y su voz se agitó—. Momoko, mañana tienes clase. ¡Venga, a la cama!

—Pero...

Mamá no despegaba los ojos de los bordes arrugados del sobre.

–La señorita Miyamoto dice que tienes problemas en economía doméstica. Será mejor que mañana estés despejada para concentrarte en tus clases.

Papá, mamá y Takuma se quedaron hablando toda la noche. Susurraban, en realidad, y por mucho que yo pegase las orejas al suelo (se me pusieron rojas y me empezaron a escocer), no llegué a escuchar más que un par de palabras sueltas.

«No.»

«Locura.»

«Manera.»

«Vergüenza.»

«Honor.»

«No.»

Por el momento, el *ikiryo* de Yoichi seguiría siendo una masa fría en la boca de mi estómago.

La radio estaba puesta. Sonaba el Nocturno en do sostenido menor de Chopin, y papá aporreaba el *kotatsu* al compás, como si la madera fuese el más excepcional de los pianos.

–Escucha, Momo-chan –dijo papá–, ¿no te parece precioso? La mano izquierda –golpeó el *kotatsu* un poco más enérgicamente con ella– mantiene el mismo ritmo durante casi toda la composición, ocho corcheas por cada compás. Pero la derecha... –La sacudió en el aire–. Oh, la derecha es una auténtica lunática. En la parte más difícil de la pieza, el pianista se enfrenta a escalas ascendientes y descendientes muy rápidas. Mira, Momo-chan, así.

Los dedos de papá bailaron sobre la superficie del *kotatsu*, levantando un leve haz de polvo que brilló bajo la luz de la vela.

Mamá alzó la vista de su libro y sonrió. Takuma, que se estaba encendiendo su segundo cigarrillo, imitó a papá con la mano que le quedaba libre.

Estábamos esperando a que amaneciese. Hacía casi seis horas que era uno de enero, y queríamos ver el primer sol del año 18 de la era Showa.

El primer sol del segundo Año Nuevo de la guerra.

Cuando los primeros rayos iluminaron las ventanas, los cuatro corrimos al jardín para verlo. Un sol regordete y algo aplastado, como una naranja. La música de Chopin de la radio se interrumpió para dar paso al himno nacional de Japón, pero este sonaba ahogado en la distancia que separaba el jardín del salón.

*Que su reinado, señor,
dure mil generaciones,
ocho mil generaciones.*

Los vecinos de al lado, así como los de enfrente, habían salido a sus jardines para contemplar también la belleza del primer amanecer, tan cargado de promesas.

Papá había agarrado la mano de mamá y ahora la apretaba entre las suyas. Me di cuenta de que movía los labios, y entre estrofa y estrofa me dio tiempo a escuchar un único deseo para el año:

–Trae paz.

*Hasta que los guijarros
se hagan rocas
y de ellas brote el musgo.*

El cielo era ya azul pálido. Takuma, dando una sonora palmada al aire, exclamó:

–¡Bienvenido, Showa 18!

Y se acercó a la valla del jardín para desearle el próspero año a la hija de los vecinos de la casa de al lado.

La orquesta sinfónica de Japón interpretaba la Novena Sinfonía de Beethoven desde la Ciudad Imperial cuando papá, mamá y yo regresamos a la casa.

El locutor de radio, por encima de los primeros acordes de la sinfonía, instaba a los ciudadanos japoneses a permanecer fieles a su país y a su Emperador incluso en la crudeza de la guerra.

Papá bajó un poco más el volumen, se desplomó ante el *kotatsu* y se cubrió los ojos con el dorso de la mano. No seguía el ritmo con los dedos sobre la mesa.

—¿Estás enfermo, papá? —le pregunté, arrodillándome a su lado.

Papá separó los dedos y me miró a través de los huecos que se abrían entre ellos.

—Estoy cansado, brujita —dijo—. Además, Beethoven no me gusta tanto como Chopin.

—Lo que pasa es que se está mentalizando para la cantidad de *kuri kinton*⁸ que va a devorar —dijo mamá desde el marco de la puerta—. Más me vale ponerme ya a cocinar. A ver si el olor de la comida despega a tu hermano del jardín de los Yoshinaga.

Mamá regresó a la sala cuando el *allegro* de la Novena Sinfonía finalizaba y daba paso al *scherzo*. Tenía el pelo revuelto y las mejillas enrojecidas y cubiertas de harina de arroz. En la mano derecha apretaba una edición muy maltratada del *Asahi Shimbun*.⁹

—¿Has leído esto, papá?

Tiró el periódico sobre la mesa. Papá dio un respingo, se apartó la mano de los ojos y desarrugó la página abierta con un par de sacudidas.

—¿Qué?

—Aquí, aquí... —Mamá le enseñó la esquina exacta donde estaba la noticia—. Son los requisitos para formar parte del Ejército Imperial. Takuma tiene que presentarse a la revisión médica el día diez, ¿no?

—Sí, pero está todo en orden —respondí yo, inclinándome para leer mejor—.
Altura mínima: 152 centímetros; Takuma mide 170. Peso mínimo: 47 kilos;

Takuma pesa sesenta. Y tampoco tiene ninguna enfermedad que...

Papá y mamá intercambiaron una mirada que pareció durar lo que el Nocturno en do sostenido menor de Chopin. Después mamá se apartó los pelillos sueltos de la frente, se giró hacia mí y me dijo:

–Ve a llamar a tu hermano.

Takuma entró en la sala con las mejillas rojas del frío, los labios humedecidos y una sonrisa que solo podía ser atribuida a la hija de los vecinos. Escuchó lo que nuestros padres tenían que decirle mientras se calentaba las manos y después se encogió de hombros.

–Diez días para la revisión, ¿no? ¿Cuántos kilos se pierden por cada día de ayuno?

Bufé.

–¡Tienes que perder más de diez kilos!

–Escucha, son diez días. No tomaré nada más que té los primeros nueve, y el décimo no beberé en absoluto para perder todo el peso de agua que me quede. Tomaré laxantes...

–Es la idea más ridícula que he oído nunca.

–Entonces me llamarán a filas.

Papá tenía la mirada fija en la hoja de periódico, como si de un momento a otro las palabras fuesen a cambiar. Mamá, con la mano sobre la boca, dijo en voz muy baja:

–No vas a ir.

Takuma volvió a encogerse de hombros.

–Ya me dirás cómo.

–Se nos ocurrirá algo –insistió papá en voz todavía más baja, como si temiese que el Emperador de la pared lo escuchase y nos detuviese a todos por deslealtad–. No vas a ir.

Mamá volvió a tirar el periódico sobre la mesa.

–Salsa de soja.

Tres pares de ojos se volcaron sobre ella.

–Salsa de soja –repitió–. En cantidades excesivas, produce inflamación de hígado. Nada demasiado grave, pero aparecerá en las analíticas.

Aquella frase tuvo un efecto inusual en la familia. De pronto todos empezamos a hablar a la vez; papá y mamá discutían los posibles riesgos para la salud de Takuma, Takuma proponía ideas más descabelladas aún para evadir el servicio y yo alzaba la voz todo lo que podía, pero nadie me hacía caso.

Los ojos negros del Emperador caían sobre nosotros como una sombra pesada e ineludible.

–Imagina que se pone enfermo de verdad...

–Solo serán diez días.

–... y entonces sí que no podrán considerarme apto, os lo aseguro.

–¡Nadie me escucha! ¡Nadie me escucha!

El orden se restauró con aquella exclamación y el suspiro de Takuma.

–Yo te escucho.

–¡Vaya, gracias! Mirad, aquí en el periódico pone que los universitarios pueden posponer el servicio militar hasta los veintiséis.

Takuma sonrió.

–Suspendí los exámenes de ingreso, Momo-chan. No te preocupes. Todo esto se solucionará.

–Pues ya me dirás cómo.

–Bueno, por el momento, ¿podríais traerme un vaso? No sé por qué, tengo un antojo terrible de salsa de soja. Un vaso colmado, por favor. Nada mejor que un buen vaso de salsa de soja tan temprano por la mañana...

CAPÍTULO 5

El polvo de un libro

— ¡ Eh, cuidado con las botas, chavalín!
Takuma había empezado a andar de espaldas para así poder enfrentarse cara a cara a Ryo, que arrastraba los pies con tanto ahínco que nos estaba salpicando de agua de lluvia a todos en los bajos.

Ryo dijo algo, pude saberlo por el modo el que se movieron sus cejas, pero tenía la bufanda tan apretada que su voz quedó ahogada y no se oyó.

—¿Por qué no vais al mismo colegio? —suspiró Takuma, girándose para saludar a la mujer del puesto de las verduras—. Esto sería mucho más fácil si no tuviese que acompañaros a dos sitios distintos.

Le di un pisotón.

—¿Por qué nos acompañas si vas a estar quejándote todo el rato?

—Porque sois pequeñitos y podrían raptaros los duendes, por eso. Además, andar es saludable. —Miró a Ryo por encima del hombro—. ¡Andar es saludable! Nunca sé si me escuchas o no, con ese gorro tan tan... ¡En fin!
Primera parada, instituto femenino Daiichi, ¿no?

Aquella mañana, cuando Takuma sonrió, pareció que la sonrisa iba a derretírsele en la cara.

—Mi madre dice que te vas a la guerra.

Aquellas palabras salieron tan rápidas de la boca de Ryo, oculta tras la bufanda, que solo se escuchó algo parecido a «mimaceaserra». Takuma arrugó la nariz.

–¿Eh?

–Mi... madre... –repitió, bajándose la bufanda con dos dedos– dice... que... te... vas... a... la... guerra.

Cada palabra era un jadeo. Cuando terminó de hablar (un silbido procedente de su pecho marcó el punto y final a su frase), Ryo volvió a subirse la bufanda. Había tardado tanto en decir aquello que ya habíamos llegado al final de la calle.

Takuma chascó los dedos delante de él.

–Como cualquiera llegada la hora, claro. Un día tú también serás soldado.

Las cejas de Ryo temblaron como dos oruguitas. «¿Yo?»

–Pero ahora me ocupan otros asuntos –dijo Takuma, apoyando la espalda en una farola.

El instituto Daiichi, frente a nosotros, se erigía como un edificio blanco, cuadrado y sumamente pesado. El brillo del sol sobre las letras doradas de la fachada me hizo daño en los ojos.

–¿Por fin vas a ocuparte de tu pedantería, Takuma? –dije, ahogando una risotada.

–¡Ah, eso! Tendré que aplazarlo otra vez, lamentablemente. Tengo que ir a afinar un piano a casa de unos ricachones. ¡Ja! Deberíais haberlos visto, tratando de librarse de sus viejos sombreros de plumas y de sus abrigos anticuados. Ahora se visten a la manera tradicional japonesa, ¿sabéis? Llevar animales muertos encima es cosa del pasado...

Con su sonrisita, y sin dejar de jugar con sus guantes, Takuma se sentó sobre la parte baja del muro.

Ví cómo algunas de mis compañeras levantaban la cabeza y cómo otras nos señalaban. Escuché murmullos y un par de carcajadas.

La sangre hervía en mis venas, pero mis músculos seguían atrofiados y no respondieron de acuerdo con ella.

—... el dialecto de Okinawa, pasado de moda también. —Takuma seguía hablando y gesticulando sin reparar en la conmoción que habíamos causado en las niñas al otro lado del muro—. Ahora intentan hablarme siempre en japonés, pero, jo, ¡no sabéis los errores que cometen! El otro día la señora me preguntó si podía colgarme el «florero» en vez del «sombrero».

—¿Qué tiene de malo el dialecto de Okinawa?

Ryo tenía la nariz arrugada y los ojos, tan grandes y rojizos como los de un búho, clavados en Takuma. Los Otsuka, al contrario que nosotros, utilizaban casi exclusivamente el dialecto de Okinawa.

Agradecí aquella pregunta. Eso significaba que Ryo y Takuma no podían escucharlo.

*Baka.*¹⁰ *Meriken.* Ojo de pulpo.

—Nada, que a los señores les da vergüenza. ¡En fin! Suerte que su hija sea tan guapa. Es la dueña del piano, aunque toca que es un horror. Bien pensado, creo que podría sugerirle unas clases particulares..., no me vendría mal la experiencia como profesor.

Una mano fría y suave rodeó mis hombros. Dos yemas me acariciaron las clavículas.

—¡Momo-chan!

La voz de Emiko Araki era tan afilada que habría podido jurar que estaba a punto de cortarme la piel.

—Momo-chan, ven con nosotras. —Tiró de la manga de mi uniforme hacia el patio—. Vamos a jugar al *kagome kagome*.¹¹ Ven, Momo-chan, hoy te toca ser el *oni*.

Takuma alzó el mentón. Las comisuras de sus labios temblaban como si no pudiesen esperar a alzarse en una sonrisa.

—Ah, tú eres amiga de Momoko, ¿no? —dijo, poniéndose en pie—. Un placer.

—Oh, el placer es mío. —Las uñas de Emiko se clavaron en mi antebrazo.

Apreté mi libro con tanta fuerza que el forro de plástico que protegía la cubierta se rasgó.

Los ojos de Takuma recorrían el rostro de Emiko Araki con tanta delicadeza que parecían acariciarla.

—¡Todos estábamos esperando a nuestra querida Momoko tan impacientes! El *kagome kagome* no es lo mismo sin ella...

Traté de intercambiar una mirada con Ryo, pero estaba tan ocupado mordiéndose el labio inferior y escudriñando las puntas repletas de barro de sus zapatos que no reparó en mí.

—Señorita Araki, ¿no es usted un poco mayor para jugar al *kagome kagome*?

Una sombra rechoncha como una ciruela acababa de cernirse sobre nosotros. Durante una fracción de segundo, me dio la sensación de que la voz áspera y firme de la *yamamba* Miyamoto podía dejarnos marcas de arañazos en la piel.

—¡Señorita Miyamoto! —Emiko sonrió, volviéndose hacia ella.

La *yamamba* no le devolvió la sonrisa.

—Ya conoce las reglas, señorita Araki. Este es un instituto femenino. No hay ningún motivo para dirigir la palabra a muchachos desconocidos. Váyase a clase. ¡Señorita Akiyama!

Estiré la espalda instintivamente. Aunque Emiko ya me había soltado, todavía sentía el fantasma de sus dedos en mi antebrazo.

—¿Sí, señorita Miyamoto?

—¿Tiene usted reloj, señorita Akiyama?

Asentí.

—¿Qué hora es, señorita Akiyama?

—Van a dar las ocho.

—¿Y a qué hora empiezan las clases, señorita Akiyama?

Las cuentas del *juzu*¹² de la profesora repiqueteaban con cada sílaba que pronunciaba.

–A las ocho.

La *yamamba* se acuclilló ante mí. Su cara arrugada y oleosa estaba ahora tan cerca que podía contar sus verrugas y distinguir los distintos tonos de marrón de sus ojeras.

–¿Cree que puede llegar a clase a tiempo o prefiere que la castigue enseguida?

–Puedo... puedo llegar a clase.

–¡Entonces deje de perder el tiempo! –exclamó, dándome un empujoncito.

–¡Señorita Akiyama! –Me volví hacia la *yamamba* mientras corría–. Es un buen libro ese que está leyendo.

Se trataba de una de las muchas novelas que había rescatado de la montaña de libros que mamá ya había terminado. Aunque no me imaginaba cómo la *yamamba* se las había arreglado para leer el título con sus ojos enfermos de cataratas, asentí y seguí corriendo escaleras arriba.

CAPÍTULO 6

El coleccionista de ikiryos

Takuma seguía su «dieta a base de salsa de soja» desde hacía casi una semana, y sus efectos ya empezaban a notarse en su cuerpo. Tenía los ojos hinchados y la mirada perdida, como de pez, y había adelgazado bastante (aunque no lo suficiente como para no ser considerado apto para el servicio militar). El cambio más sorprendente, sin embargo, estaba en su piel, tan amarillenta y sudorosa que a mí me recordaba a un *tamagoyaki*.¹³

Puesto que papá no tenía demasiado trabajo en la tienda, Takuma pasaba casi todo el día en la cama, haciéndose cargo de la contabilidad, bebiendo salsa de soja y tachando los días que quedaban para la revisión en su almanaque de bolsillo.

El miércoles después de cenar, sin embargo, se levantó, dijo que se encontraba estupendamente y le pidió permiso a mamá para dar un paseo por el barrio «para bajar la hinchazón de las piernas».

–¿Te encuentras con fuerzas? –le preguntó mamá.

–No creo que nunca más vuelva a acercarme a la salsa de soja –le dijo Takuma–, pero ya estoy algo mejor. Ya no tengo ganas de echar las tripas.

–Entonces coloca la bandera en el tejado. Se cayó con el monzón. Papá intentó ponerla, pero...

–El vértigo, ya –dijo Takuma, y subió escaleras arriba a buscar la bandera.

Era el momento perfecto. Nunca se me presentaría una ocasión mejor. Con una excusa muy pobre (papá y mamá, de todos modos, sabían que yo no podía tramar nada bueno), fui tras mi hermano.

Takuma ya estaba en el tejado, de modo que solo me hizo falta sentarme en el alféizar de la ventana para quedar a su altura.

—¿Qué pasa los miércoles?

Takuma dio un respingo que casi lo hizo resbalar. Las tejas, plateadas debido al rocío, apenas brillaban bajo la luz de la luna. Era una noche muy muy oscura.

—Sales todos los miércoles por la noche, incluso hoy. ¿Qué pasa? ¿Es que tienes una novia o qué?

—Tengo siete novias —dijo Takuma, colocando la bandera—, una para cada día de la semana, pero la de los miércoles es mi favorita.

Balanceé los pies. La calle estaba tan silenciosa que solo se escuchaban las inspiraciones de Takuma, el goteo de un grifo y el ulular del viento.

—¡Ja! No te esforzarías tanto por una chica, figurín. Apuesto a que tienes un secreto.

Takuma dio una palmada al aire. La bandera ya estaba asegurada y ondeaba débilmente con la brisa nocturna. En la oscuridad, el blanco y el rojo parecían más poderosos que nunca.

—Técnicamente —dijo, sentándose junto a mí en el alféizar—, todos nosotros tenemos un secreto. Los cuatro. Lo de la soja, ¿sabes? No puede salir de aquí. Además de..., bueno, ya sabes.

Ya sabes.

Los viajantes que parecían hechos de humo y que siempre llegaban y se iban por la noche.

—Ya. Bueno, por mi parte, yo sí que tengo un secreto. Pero antes tienes que contarme el tuyo.

Takuma sonrió; una nubecilla de vaho salió de su nariz.

—¿Un secreto? —susurró—. ¿De verdad? Pues me muero por oírlo. ¿Es un secreto grande o pequeño?

—Grande. ¿El tuyo?

—Grande también. No lo sabe nadie.

—El mío tampoco.

Bajé la voz. Las palabras se formaron y crecieron dentro de mí, una detrás de otra, y se atropellaban las unas a las otras para salir. Aquel frío en la boca de mi estómago volvió a coletear.

—He visto a Yoichi.

Una, dos, tres, cuatro palabras. Las repetí para hacerlas más: «He visto a Yoichi».

—¿Cómo?

—He visto a Yoichi.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Lo has visto muchas veces?

—Solo una, en el templo Sogenji. Fue hace un par de semanas.

Takuma expulsó aire por la boca y su cabeza quedó rodeada de vaho. Después se llevó una mano a la boca y susurró algo que no llegué a escuchar.

—¿Qué? ¿Qué, Takuma, qué pasa?

Takuma volvió a suspirar.

—Pasa que nuestro secreto era el mismo. Ven, ven conmigo, vamos a dar un paseo, pero no se lo puedes contar absolutamente a nadie, ¿de acuerdo? A partir de ahora será un secreto mediano, porque lo compartiremos entre los dos, pero nadie más puede saberlo. ¿Trato?

—Trato.

Teníamos que atravesar el cementerio. Takuma no me había dicho adónde nos dirigíamos, pero teníamos que atravesar el cementerio. Las tumbas como

azabaches en la penumbra. Las flores secas. La sensación de frío en los pies al pisar la hierba mojada.

–No te separes de mí –repetía Takuma–. Pase lo que pase, no te separes de mí.

–¿Vamos a ver a Yoichi?

–Sí.

–Pero ¿vive aquí, en Naha?

Takuma se llevó dos dedos a la coronilla.

–Hum..., más o menos.

–¿Y qué diablos quieres decir con más o menos?

Takuma separó los labios, pero lo único que se escuchó fue un ladrido. Un perrito sarnoso y tan flaco que parecía ser solo huesos correteó entre las tumbas. Takuma se agachó, le dio una palmadita en la cabeza y musitó:

–No vas a ladrar otra vez, ¿a que no, amiguito? Si todo va bien, la semana que viene volveré y te traeré algo de comer, ¿de acuerdo?

Lo vi cuando Takuma se irguió de nuevo. Era apenas perceptible, como una sombra blanca detrás de las lápidas, pero no había duda: era un muchacho.

Tenía la cara consumida y los ojos grandes y febriles.

La camisa raída y la piel cetrina.

Los dientes grandes y torcidos como las alas de una polilla.

–¡*Tatari!* ¡Ataque de fantasmas!

Takuma levantó la vista. El *yurei*,¹⁴ cuyo cuerpo famélico había dado un respingo, corrió hasta esconderse detrás de un árbol.

–¡*Tatari!* –repitió Takuma, y tiró de mí para sacarnos de allí.

Atravesamos calles que eran esqueletos de edificios abandonados y tiendas cerradas. Aunque no podía verse nada en particular, a medida que

caminábamos aumentaban los ruidos. Voces de gente. Risas. El sonido distintivo de los palillos chocando contra los boles de arroz.

–Oye, ¿tú crees en los *ikiriyos*? –le pregunté a Takuma mientras nos abríamos paso a través de la callejuela más estrecha que jamás había visto.

–Bueno, si creo en los fantasmas de los muertos, tendré que creer también en los de los vivos, ¿no?

–¿Y crees que alguien puede convertirse en *ikiryo* sin que los demás se den cuenta?

Takuma se detuvo.

–No. Claro que no. Es decir, tiene que ser evidente. ¿Por qué lo dices?

–No sé, a veces me siento como un *ikiryo*.

–¿Como un fantasma viviente? ¿Y eso por qué?

–No sé. No sé. Me pasa a veces. Desde que murió el tío me siento como si fuese un *ikiryo*.

Takuma apretó mi mano.

–¿Sabes qué te digo? Que puedes sentirte como quieras. Si eres un *ikiryo*, entonces yo me convertiré en un coleccionista de *ikiriyos*. Buscaré a más fantasmas vivientes como tú para que no te sientas un bicho raro.

Sonreí. Había una magia muy especial en Takuma que no podía verse a simple vista y que con frecuencia no se valoraba como merecía: mi hermano, simplemente, hacía que cualquier persona se sintiese bienvenida.

Yoichi vivía en la última casa de la calle. Era pequeña, sucia y destartalada, pero no tanto como para sobresalir entre aquella legión de casas pequeñas, sucias y destartaladas.

La mujer que abrió la puerta era mayor (debía de tener casi los mismos años que mamá), pero muy guapa, y llevaba un peinado al estilo tradicional y los labios pintados de rojo. Cuando me vio, me dijo que era una muchachita preciosa, lo cual era mentira, pero una mentira muy amable.

–Tu nombre significa «niña de rosa», ¿a que sí? –me dijo después, mientras nos invitaba a entrar–. Apuesto a que el rosa te sienta de maravilla.

Aquello era verdad.

Yoichi estaba detrás de su mujer, sentado ante el *kotatsu* y con un periódico entre las manos. Cuando reparó en mí, se puso de pie con la boca y los ojos muy abiertos.

–¡Te ha encontrado! –le gritó Takuma con una carcajada.

Tras un largo silencio, Yoichi dijo:

–¡Momoko! Madre mía. Tu cumpleaños ha debido ser...

–El lunes –dije, y por si acaso (solo por si acaso) añadí–. Catorce.

–Catorce, claro, toda una señorita. ¿Y sabes qué? Apuesto a que Aiko tiene razón. Seguro que estás guapísima, toda vestida de rosa. Ven, siéntate, tengo algo que parecía estar esperando expresamente por ti... ¡*Mochi*¹⁵ de flor de cerezo!

Y agarró del centro del *kotatsu* un pastelito redondo y muy rosa cubierto por una hoja de cerezo.

Desde el otro lado de la ventana se oyó el ladrido muy tenue de un perro. Mientras me llevaba el *mochi* a la boca, estiré el cuello para mirar. Si no fuese imposible que ocurriera por segunda vez una misma noche, habría jurado que acababa de ver la figura encorvada del *yurei* tiritando de frío en la calle.

CAPÍTULO 7

Lo que escondía la caja

Las dos mujeres Akiyama estábamos solas en casa. Yo, sentada en la terraza, pensaba en los fantasmas (tanto de vivos como de muertos) y el *ijime*¹⁶ (aunque no demasiado) y en Yoichi y su mujer.

Takuma y yo habíamos tomado la costumbre de escabullirnos juntos para visitar a Yoichi. Había muchas cosas que había podido aprender de mi hermano mayor, aunque seguía sin saber la principal (por qué se había ido y por qué su nombre causaba un efecto tan particular en papá y mamá).

Yoichi coleccionaba peces de brillantes colores, y mientras él y Takuma bebían sake, yo los observaba nadar en su pecera. La mujer, Aiko, llevaba mucho maquillaje y olía muy fuerte a perfume. La casa, aunque diminuta, estaba repleta de fotografías de Aiko cuando era joven y tan hermosa que parecía una artista de cine. Yoichi, al contrario que papá y Takuma, no podía tocar el piano, pero hacía poco que se había unido a una banda de *jazz* en la que sobresalía por sus dotes como saxofonista...

La entrada de mamá, que cargaba con una caja de cartón, interrumpió mis pensamientos.

Extendí el brazo y lo introduje en el interior de la caja. Dentro había apilados más de treinta números de una revista llamada *Seito*. Nunca había visto a nadie de mi familia leyéndola. En realidad, no conocía a nadie que lo hiciera. Tampoco la había visto en ningún kiosco. Agachándome más para leer el contenido, descubrí por qué. Las revistas databan de antes de la era Showa.

Es decir, antes de mi nacimiento y antes del nacimiento de Yoichi y de Takuma. Cuando Hiro Hito era solo un hombre y no un dios.

–¿Qué es esto, mamá?

Mamá ya se había puesto en pie. Pude ver cómo caminaba en silencio hasta la alta verja que nos separaba de los vecinos. Bajo el viento del este, los bajos de su kimono morado ascendieron, dejando a la vista un par de tobillos huesudos. Frágiles.

–¿Qué es esto, mamá? –repetí.

Mamá se agachó, recogió un poco de leña y la depositó en el centro del jardín.

–Ven, vamos a echar todo esto al fuego.

Mientras lo decía, encendió un fósforo. Y luego otro, y otro, hasta que consiguió prender la madera.

–Si te preguntan –añadió–, Takuma está enfermo y estamos quemando su futón para que no nos contagie, ¿de acuerdo? De todos modos, sus resultados médicos llegarán pronto, ¿no? ¿No te parece?

Asentí. Con gran ceremonia, le fui tendiendo las revistas a mamá. Mi lentitud no parecía molestarla. Era como si estuviésemos realizando un ritual religioso. Como si en cualquier momento una de las dos pudiese irrumpir en un solemne cántico funerario.

Sin casi darme cuenta, comencé a arrancar las hojas antes de dejarlas caer sobre el fuego. No las leía, aunque conseguía memorizar algunas palabras sueltas.

–Estamos quemando el futón de Takuma –me recordó mamá.

–Estamos quemando el futón de Takuma –repetí, y luego agregué–. ¿Por qué?

Mamá tragó saliva.

–Si alguien vuelve a entrar en casa..., personas como las que le trajeron esa carta a Takuma –su voz no flaqueó–, podríamos tener problemas, ¿lo comprendes?

Fsss. Otra página.

–Sí, pero ¿por qué? Son solo rev..., es solo un futón.

–Porque pertenece al pasado, y el pasado no va a volver. Es peligroso.

Y agarró una revista y la lanzó a las llamas sin comprobar su contenido. Una sola página se separó de las demás y cayó a mis pies. La recogí. No quería leerla, pero lo hice.

«Un poema de Y. Akiko», decía, y empecé a recitar sin darme cuenta de que había alzado la voz.

–El día en que se mueven las montañas ha llegado / o eso digo yo, aunque nadie me cree. / Las montañas solo estuvieron dormidas durante algún tiempo. / Pero en el pasado se movían como si estuviesen en llamas. / Si no me creéis, no me importa. / Lo único que pido es que creáis esto y solo esto: / que en este preciso momento, las mujeres están despertando de un profundo sueño.

Gradualmente, mi voz fue perdiendo intensidad hasta apagarse por completo, ahogada entre el crepitar de las llamas y la respiración agitada de mamá.

–Es peligroso –dijo, pero no se movió.

Depositó la página sobre las palmas pálidas de mamá. El papel quedó entre sus dedos un segundo y luego se desplomó hacia su destrucción.

Mientras lo veía arder y deformarse, repetí las estrofas en mi cabeza para no olvidarlas.

«El día en que se mueven las montañas ha llegado.»

Tras la quema de las revistas, mamá continuó con su extraño comportamiento.

Sobre el suelo del dormitorio principal se apilaban dos montañas de libros, que mamá cogió. Me instruyó para que quitase con cuidado las páginas de la

montaña de la izquierda (clásicos occidentales) y luego hiciese lo mismo con las de la derecha (clásicos japoneses).

–Después cose las páginas de la derecha a las cubiertas de la izquierda, ¿de acuerdo? Busca libros que tengan un tamaño similar, ¿vale? Así...

–¿Y qué hacemos con los libros de la derecha?

–Vamos a guardarlos así.

–¿Así?

–Así.

–Pero están... desnudos.

Mamá se encogió de hombros.

–Anda, ve y quema las cubiertas de la izquierda.

–¿Otro futón de Takuma?

CAPÍTULO 8

El primer mensaje

La primera botella que robé pertenecía a Takuma. Se trataba, como no podía ser de otra manera, de un minúsculo frasquito hexagonal que hasta muy recientemente había contenido salsa de soja. La etiqueta de la marca Sanyo, que era roja y blanca, estaba a punto de desprenderse. Solo tuve que hundir un poco la uña debajo de ella para que se despegase del todo, permitiéndome escribir mi mensaje.

Muy poca cosa, en realidad.

Solo un poema.

Un grito.

Algo que no debía olvidar.

«El día en que se mueven las montañas ha llegado...»

Era el día en el que Takuma debía presentarse a realizar la revisión médica, hacía casi una semana que yo había empezado a faltar a mis clases de economía doméstica y las olas batían contra los acantilados con la ferocidad de un ejército victorioso.

Mis dedos olían a polvo, a historias sin terminar y a las últimas gotas de salsa de soja que se pegaban al interior del frasco.

No leía, simplemente; me arrastraba al interior de los libros clandestinos y vivía en ellos.

Durante una hora vivía tantas aventuras que siempre quedaba un poco fatigada al cerrar las tapas del libro.

Aquella mañana, cuando el gong del templo Sogenji sonó a lo lejos, mis rodillas temblaban tanto que apenas pude levantarme.

Aquel fue el momento. Duró apenas un par de segundos, pero siempre lo recordaré como *el* instante en que todo empezó.

—¡Señora Akiko, por favor, perdone las molestias! Solo soy una vulgar colegiala medio ciega que ni siquiera es capaz de coser un uniforme a derechas, pero quiero que este mensaje le llegue. Sé que tiene que recorrer muchos kilómetros desde la isla hasta la Ciudad Imperial, donde supongo que vivirá usted, y sé que no es muy original que le envíe su propio poema, pero quiero que sepa que es cierto, que las montañas se están moviendo y que yo las estoy viendo arder. ¡Por favor, señora Akiko, si usted es capaz de hacer despertar a las montañas, haga que a mi hermano le detecten una enfermedad en el hígado!

Una brisa de aire se llevó mis palabras. Después, con un sonoro clonc, la botella se sumergió en el agua.

No nos engañemos. No hubo nada profético en aquel momento. La botella se deslizó por el borde del acantilado, flotó un par de segundos en el aire y cayó. Las olas jugaron un poco con ella, meciéndola como a la cuna de un niño, y después desapareció.

Aquello había sido todo. Cuando me di la vuelta para regresar a la escuela, reparé en el par de ojos negros y febriles y en las paletas grandes, amarillentas y torcidas como las alas de una polilla que se escondían al otro lado del faro.

Le dirigí una reverencia al *yurei*, que primero se mordió el labio inferior, luego contuvo la respiración y finalmente me devolvió el gesto.

Takuma estaba sentado en la *engawa*,¹⁷ la espalda contra la puerta corredera y las palmas sobre la frente, de un sudoroso amarillo pálido.

–¿Qué? ¿Cómo ha ido? –jadeé.

Takuma sacudió la cabeza.

–Oh, no sé. Me han hecho un sinfín de pruebas. Me han medido y pesado y, al parecer, he adelgazado considerablemente (¡natural!), pero nada alarmante. Me preguntaron mucho por las manos.

–¿Las manos?

Papá tenía un tipo de reuma denominado artritis que volvía sus manos nudosas como las ramas de un roble y que había sido la razón por la cual sus días de pianista habían quedado en el pasado.

–Como figura que soy obrero, les sorprendía que tuviese las manos en tan buen estado... Les dije que era pianista, lo que les sorprendió muchísimo, y me...

Una arcada lo interrumpió. Agarrándose al abdomen, Takuma crispó la espalda y vomitó. Una masa grumosa y muy oscura se extendió por la hierba cubierta de rocío.

–¡Ah, espero que sea por una buena causa!

–A no ser que te apetezca más soja..., creo que iré a prepararte un té. Algo (que no huele precisamente bien, por cierto) me dice que lo necesitarás.

–No sabes cuánto te lo agradezco, hermanita –farfulló Takuma, todavía agarrándose al abdomen–. Si hay algo que pueda hacer por ti...

–En realidad, sí. ¿Crees que podrías imitar la letra de un médico?

Takuma arqueó las cejas, pero no dijo nada. Una deuda es una deuda.

–Dame un poco de tinta y papel...

CAPÍTULO 9

La voz de los fantasmas

El uniforme era verde oliva, con detalles rojos en la camisa y los pantalones de un tono ligeramente más claro. Incluía un gorro con orejeras y una estrella amarilla sobre la visera.

El uniforme marcaba el Después.

Antes Yoichi vestía camisas almidonadas y pantalones de raya diplomática.

Antes Yoichi vivía en casa.

Antes yo tenía dos ojos sanos.

Antes el tío Otsuka vivía en la casa de al lado.

Antes la guerra no estaba en boca de todos.

Antes.

–Es muy bonito, ¿eh? –decía Aiko, la mujer de Yoichi, mientras tomaban el té.

Yoichi no llevaba el uniforme puesto, sino la ropa sencilla y las sandalias que se ponía cuando tocaba con su banda de *jazz*. El uniforme, recién planchado, colgaba de una percha en la sala de estar, y daba la sensación de que solo Aiko y yo reparábamos en él.

Yoichi parecía muy interesado en Takuma, que no parecía interesado en nada en particular y se limitaba a beber su té.

–Cuéntame más de tu enfermedad –insistía Yoichi–. Eres bastante joven.

Takuma se encogió de hombros.

–No sé qué quieres que te cuente. Es una de esas cosas que vienen, y precisamente en el peor momento.

Durante una fracción de segundo, me dio la impresión de que Takuma se había girado y me había guiñado el ojo.

–Bueno, tienes mejor aspecto –dijo Yoichi, dando un gran sorbo a su té–. Estas últimas semanas...

–He estado guardando reposo, y fue una lata. Quiero decir, que es terrible. Acabo de cumplir diecisiete, ¿cuál era la posibilidad de que me llamasen a filas? ¿Y cuál era la posibilidad de que enfermase justo cuando tenía que presentarme a la revisión médica?

–Siempre puedes unirme a nosotros cuando te recuperes –dijo Yoichi, reconociendo por primera vez la presencia del uniforme.

–¿A la *kenpeitai*? ¿La policía militar?

Los dedos de Takuma resbalaron por su taza de té, pero logró evitar que cayera al sujetarla con el dorso de la otra mano. Una fina capa de sudor le cubría la frente.

–El deber es el deber, y un *kenpei*¹⁸ gana bastante.

Takuma no miraba a Yoichi, sino a la marca redonda que la taza de té había dejado sobre el *kotatsu*. Mientras la seguía con los dedos, y sin alzar la cabeza, preguntó:

–¿Estás ahí por el dinero?

Hubo un silencio muy denso. Supe reconocerlo al instante. Los silencios tienen diferentes cualidades, y no hay uno igual a otro. Este silencio era tan denso que casi parecía tener un color.

–Claro que no. Ser *kenpei* es el honor más grande que he recibido en mi vida –respondió Yoichi–. Pero ¿qué quieres que te diga? Lo cortés no quita lo valiente. Aiko está embarazada.

Tanto Takuma como yo tardamos un par de segundos en reaccionar.

–¡Enhorabuena! –exclamamos al unísono, y Takuma se levantó para abrazar a Aiko.

Cuando se separó de ella, Yoichi se le echó encima para darle una palmadita en la espalda.

–¿Sabes qué? Creo que ha podido ser una señal. Tienes diecisiete, y la obligación de uno a los diecisiete es pasárselo bien. Yo también me corrí un par de juergas a tu edad. Cuando el deber te llame, sabrás actuar acordemente.

–Que no te quepa duda, hermanito –aseguró Takuma, y ambos volvieron a sentarse ante el *kotatsu*.

Takuma ya estaba apurando los últimos tragos de su té cuando Yoichi volvió a hablar. Apenas levantó la voz, y apenas levantó la vista, como si temiese el efecto de sus palabras.

–¿Cómo está mamá?

Takuma se atragantó. Entre toses y lágrimas, logró decir:

–Bien..., bien, muy bien.

Más toses. Más lágrimas.

Cuando se repuso, con la cara roja y los ojos llorosos, me dio un golpecito en el brazo.

–Momo-chan, creo que nos hemos bebido el suministro de estos dos. ¿Por qué no vas y sacas agua del pozo?

Los tres pares de ojos estaban puestos en mí. En la pared, el retrato de Hiro Hito (idéntico al que teníamos en nuestra casa, pero algo más lustroso), parecía observarme también.

–Ve con cuidado –me dijo Takuma mientras salía.

El pozo estaba al final de la calle, a tan solo un par de pasos de la casa de Yoichi. Desde él podía verse la ventana y, si uno fijaba lo suficiente la vista, a las personas al otro lado de ella. Cómo hablaban. Cómo gesticulaban.

«El día en que se mueven las montañas ha llegado, o eso digo yo, aunque nadie me cree. Las montañas solo estuvieron dormidas algún tiempo...»

Repetía mentalmente el poema de Y. Akiko como un mantra, y por eso no reparé en la figura que se acercaba a mí. Había emergido de detrás de la casa contigua, crepitando, pisando las pocas hojas caídas del *ginkgo*,¹⁹ respirando por la boca sin casi hacer ruido.

–¿E-el s-s-señor es u-un *k-k-kenpei*?

El cubo resbaló de mis manos y cayó al interior del pozo con un clic sordo.

El *yurei* estaba a mi lado, con su rostro (algo más) demacrado y sus ojos (algo más) fervorosos.

–E-el señor de la c-c-casa al que vas a v-v-visitar, ¿es un *k-k-kenpei*? Lo vi entrando c-c-con el uniforme.

La voz del *yurei* era ronca y algo sibilante. Las palabras parecían tardar una eternidad en salir de su boca temblorosa.

El... señor... es... un... kenpei...

Me figuré que era algo razonable. Hay, a fin de cuentas, una distancia muy larga a recorrer entre la muerte y la vida.

–El señor es mi hermano. Y claro que es un *kenpei*, ¿por?

–N-n-nada. M-m-muchas gracias –susurró el *yurei*.

Había dado un paso hasta el pozo, y ahora estaba sacando mi cubo con una fuerza y una agilidad prodigiosas para su cuerpo famélico.

–Puedes hablar.

Las palabras sonaban mucho más estúpidas en voz alta que en mi cabeza, pero el *yurei* no se enfureció. Solo asintió, mientras volvía a llenar el cubo, y dijo:

–T-también sé leer y... y escribir. Un poco. S-sé escribir m-mi nombre y sé escribir el nombre del Em-emperador y la f-f-fecha en la que estamos.

–Pero ¿no eres un *yurei*? ¿No acechabas el cementerio?

–C-creo que no –dijo, alzando la vista.

Bajo la luz de la luna, la nariz del *yurei* parecía más grande. Tenía una pequeña joroba en el puente que me hizo pensar en las narices de los reyes occidentales, que llevaban pelucas y trajes de vivos colores.

Era una pena tener la nariz de un rey y vestir con andrajos polvorientos.

–¿Eres un *ikiryo*, pues?

–*Burakumin*.²⁰

Había bajado tanto la voz que tuve que inclinarme hacia él para escucharlo, pero la palabra había sido muy clara: *burakumin*.

Burakumin, claro, basura. En un barrio como aquel, ¿cómo no iba a serlo? ¿Sería también la mujer de Yoichi, con su maquillaje y sus peinados elaborados, una *burakumin*?

–S-s-siento m-mucho ha-haberte molestado –dijo él, con la voz tan baja que quedó sepultada bajo el ulular del viento–. Si... si n-no te importa, p-puedo ayudarte a llevar el agua a la casa.

Eché un rápido vistazo a la ventana. Una figura (Yoichi, a juzgar por la altura) estaba de pie con los brazos extendidos y las otras dos, sentadas, lo escuchaban.

Me volví hacia el *burakumin*. En el frío del final del invierno, los dientes como polillas le castañeteaban y una brillante gota pendía de la punta de la nariz. Sonreí.

–¡Ah! ¿Y por qué no? ¡No voy a ser yo quien te lo impida! Por cierto, mi nombre es Momoko.

El *burakumin* sonrió también, y todo su rostro cambió. La carne de sus pómulos se alzó, y todo lo que antes era escuálido y enfermizo se llenó de salud y de vida.

–Jun.

–Es un placer.

–E-el placer es m-m-mío –dijo Jun, y ambos echamos a caminar hacia la casa de Yoichi.

CAPÍTULO 10

Un pequeño detalle

Desde que Takuma había elaborado aquella nota, las semanas parecían **D** pasar mucho más rápido.

A lo largo de las semanas había lanzado muchas botellas al mar. Muy poquita cosa, en realidad. Un pequeño conjunto formado, principalmente, por:

1. Seis citas de *Notre-Dame de Paris*.
2. Cuatro retazos de conversaciones que había tenido con Takuma o con Yoichi.
3. Dos haikus, uno de ellos inacabado porque se me había olvidado el último verso.
4. Ocho pensamientos míos (llenos de tachones y manchas de tinta).
5. Un diente de leche que se le había caído a Ryo.

Los primeros días, me había vuelto loca buscando botellas vacías por toda la casa. Debido al racionamiento, nunca había demasiado, y lo que había se administraba gota a gota, de modo que los únicos frascos vacíos pertenecían a medicamentos de nombre impronunciable y fuerte olor a compuestos químicos.

Una mañana clara de finales de febrero casi me había dado por vencida. Cuando parecía que el diente de leche de Ryo no tendría recipiente, apareció una botellita de sake allí mismo, junto al faro, medio oculta entre la hierba alta.

Desde entonces siempre había una botellita esperándome. También había un par de ojos febriles y unas paletas como alas de polilla esperando por mí. Cada martes, de una u otra manera, me topaba con Jun, y en aquellos momentos ambos nos inclinábamos ante el otro muy ceremoniosamente, como si fuésemos dos monjes del templo Sogenji.

—¿La s-s-señora Akiko re-recibe tus cartas?

El día en que Jun se dirigió a mí por primera vez desde la noche del pozo era una mañana desapacible de febrero salpicada de rocío.

—¿Eh?

Jun estaba ante mí, con la camisa andrajosa, el pelo sucio sobre los ojos y las mejillas hundidas y polvorientas. Temblando. Era un perchero con tiritera.

—L-la señora Akiko. ¿No le escribes a ella? N-nunca c-c-conocí a nadie que enviase mensajes en una botella. ¿Llegan bien? ¿Llegan a su d-d-destinatario como si las llevase un cartero?

Aquellas eran muchas palabras para alguien que no había abierto la boca delante de mí desde hacía un mes.

—No lo sé —tuve que confesar—. Nunca había hecho algo así. Pero supongo que los mensajes podrían llegar a cualquier parte.

—¿Ah, sí?

—Claro. Mira.

Y arrojé la botella al océano.

Primero, como si sencillamente fuese a parar al interior de una piscina, flotó con tranquilidad. Luego empezó a recorrer su larga travesía por las aguas.

—Ya está —dije—. Quizá en un par de semanas llegue a un lugar en el que nunca he estado.

—A... a lo mejor alguien allí te conoce. G-g-gracias a tus mensajes, claro. Quién sabe, p-p-porque depende de las mareas, pero t-t-tus cartas podrían

haber llegado ya a decenas d-de ciudades distintas.

Con cada palabra, el rostro de Jun brillaba más y más. Para cuando terminó la frase, sus pómulos y el puente de su nariz ya refulgían como el sol.

–¡A lo mejor han llegado a Francia! Verás, estoy leyendo una novela asombrosa...

Jun arrugó la nariz.

–¿Francia?

–¿No sabes dónde está Francia?

Los hombros de perchero de Jun se hundieron. Todo su cuerpo, en realidad, pareció desinflarse como una pelota de playa vieja y olvidada, mientras que sus orejas se volvían más y más rojas.

–B-b-bueno, n-n-no está en América, ¿no? C-c-creo que no está en América.

–No, eso es otro continente. Como Asia.

Jun puso los ojos en blanco. Todo el mundo sabía que Asia era un continente, y todo el mundo sabía que Japón era algo así como las manos fuertes y poderosas del dios que mantenía ese continente unido y a salvo.

–Bueno, pues Francia está en otro continente que se llama Europa, al lado de España y Alemania..., esos son otros países.

–Ya lo sé –dijo Jun, aunque no parecía muy convencido–. M-mi padre me enseñó Alemania en un mapa. Él estuvo allí, ¿sabes? En la otra guerra. M-me dijo que allí la gente era muy rara, como m-m-marcianos, y que todos estaban tan gordos como *darumas* p-p-porque había tantos automóviles que habían dejado de c-c-caminar... ¿Francia es igual?

–Hum..., no, creo que no.

–¿Entonces cómo es?

Me humedecí los labios. ¿Qué conocía de Francia, además de lo que había leído en los libros?

–Bueno –suspiré al fin–, tengo firmes sospechas de que un jorobado sordo se encarga del campanario de la catedral más importante del país.

–¡Toma ya! ¿En serio? ¿Y... y qué más?

–Pues... pues el dueño de la catedral es un archidiácono (eso es como un monje budista, solo que mucho más importante) horrible llamado Frollo...

Jun contuvo la respiración. Todo él tembló y se ensombreció, como si tuviese ante él la figura oscura y colosal del villano.

Hablé hasta que se me quedó la boca seca y las nubes, que eran redondas y rosadas como melocotones, cambiaron de lugar. Jun, sentado con las piernas en cruz, se mordía el labio (que había empezado a sangrar) y asentía compulsivamente con la cabeza.

–¡Mierda, tengo que irme ya a clase! Y ni siquiera me has contado nada del barrio en el que vives..., parece otra ciudad, ¿sabes? ¡Por cierto! ¿Tú a qué colegio vas?

–N-n-no voy –dijo Jun, poniéndose en pie–. M-m-mi padre me enseña..., bueno, lo... lo importante. M-m-matemáticas y cosas así...

–¿No vas al colegio?

–No...

–Pues vaya suerte. Ya me gustaría a mí que mi padre me diese clase. Así no tendría que aguantar...

Me callé. No quería que Jun supiese nada del *ijime* ni de Emiko Araki ni de las profesoras que parecían brujas de la montaña y podían ver a través de ti.

–¡Oye! –dije, sacando un cuaderno de la cartera del colegio–. ¿Por qué no me ayudas a escribir la siguiente carta? Podríamos enviarla el martes que viene.

Jun dio un paso atrás. Sus dedos, escuálidos como ramitas, se agitaron.

–¿De... de verdad? ¿T-te gustaría eso?

–Pues claro –sonreí, tendiéndole el cuaderno y una pluma.

Jun tardó una eternidad. Cada trazo, que era inestable e inseguro, le llevaba varios segundos. Para cuando terminó, había un solo carácter en el papel.

* * *

Significaba «honestidad» y se pronunciaba «yun».

Era su nombre.

–Mi p-padre me lo puso p-p-por mi madre –dijo–. Ella murió m-m-mientras yo nacía.

Claro, su madre.

Observando la sombra dorada del sol en el perfil de Jun, me pregunté cómo no podía haberme dado cuenta antes.

Jun, honestidad, era un nombre tanto masculino como femenino. Y aunque Jun vestía ropa de hombre y llevaba el pelo tan corto por debajo de su gorra, era indudablemente una chica. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta antes?

–Eh, mira –dije, dándole un golpecito en el hombro–. Si lo escribes así, de esta otra manera, con este *kanji*, tu nombre significa halcón, ¿ves?

Y escribí un 洵 muy derecho sobre el papel.

Jun.

Nunca había conocido a nadie con la nariz de un rey, perchas por hombros y el sol en las mejillas.

Cuando llegué a clase, la *yamamba* Miyamoto ya me estaba esperando.

–Hoy el médico no te ha hecho esperar mucho, ¿eh?

–¿Qué?

Señaló con la cabeza el ejemplar de *Notre-Dame de Paris* disfrazado de novela clásica japonesa.

–Hoy no has avanzado en la lectura.

–Oh, no... no.

–Tu madre te ha pasado ese libro, ¿no? Tiene buen gusto. De hecho... de hecho creo que podría apreciar esta novela –afirmó, sacándose del interior de su hábito de monja un librito escrito por un hombre llamado Natsume Soseki–. Dile que lo lea y que espero que comparta sus impresiones conmigo en la próxima reunión de padres.

Al sentarme, y antes de que Emiko Araki y sus amigas llegasen e hiciesen preguntas, le eché un vistazo a la novela. Estaba muy maltratada, amarillenta y llena de marcas de humedad... y algo más. En el capítulo ocho había, a modo de marcapáginas, una flor prensada.

CAPÍTULO 11

El piano

A mamá no le había gustado el libro de la señorita Miyamoto. Lo supe por el modo en el que había torcido la comisura derecha cuando abrió el *Botchan*, de Natsume Soseki, y del capítulo ocho cayó la peonía prensada.

Papá levantó la vista de la composición en la que estaba trabajando con Takuma y, a juzgar por la manera en la que su frente se arrugó, él tampoco estaba nada complacido.

—Es un libro un poco antiguo, ¿no? —dijo papá, lo que no tenía mucho sentido porque, para empezar, ni siquiera era tan antiguo como los Nocturnos de Chopin que tanto le gustaban.

Mamá respondió con un bufido y un mohín.

—De la era Taisho²¹ —dijo—. Sí que es muy antiguo.

Y relegó la novela al centro del *kotatsu*, como si ni siquiera soportase estar cerca de ella.

Aquella noche me quedé despierta, tratando de escuchar algún retazo de alguna conversación que me permitiese saber qué estaba ocurriendo y por qué la *yamamba* parecía tan interesada en prestarle a mi madre un librito de la democracia Taisho. Sin embargo, ni mamá ni papá comentaron nada. Se limitaron a acostarse a la hora de siempre, cuando en la radio ya solo se hablaba de noticias de la guerra y a mamá le escocían los ojos de tanto leer.

Mamá tampoco se mostró demasiado satisfecha al volver de la reunión con los profesores. Llegó a casa con las mejillas enrojecidas, el pelo despeinado y su mejor kimono salpicado de lluvia.

–¿Por qué no me lo dijiste? –me reprochó mientras se descalzaba.

Instantáneamente sentí el peso fantasma del *ijime* sobre los hombros.

Quería explicarle..., no era la de antes. Mi sangre hervía y mis músculos se tensaban, sí, pero mi cerebro era incapaz de responder como debía. Antes era una cicatriz alargada y lacerante en mi pecho.

–Bueno –traté de excusarme–, es que...

Mamá no me dejó continuar. Poniéndose los chanclos de andar por casa, dijo:

–«Es que» nada. La señorita Miyamoto me ha dicho que tus notas están bajando. Momoko, si tienes problemas con las clases, debes decírmelo. Yo puedo ayudarte, y si no puedo, buscaré a un profesor particular que se haga cargo.

–¿Eh?

Había estado tan convencida de que la *yamamba* le había contado a mamá lo del *ijime* que no supe qué decir.

Mamá volvió a suspirar.

–Momo-chan, sé que el cambio de la enseñanza pública a la privada puede ser duro, y más aún a tu edad, pero no hay nada más importante que los estudios, ¿me oyes? ¿No te gustaría ir a la universidad?

–Sí, claro que sí, pero...

Pero antes de eso había que pasar por el instituto privado Daiichi.

Y por el *ijime*.

Y por las Emiko Araki, cuyas voces podían cortar la carne con tanta facilidad.

Y por las clases de economía doméstica, con sus expectativas fallidas.

Y por las *yamambas* Miyamoto con ojos de araña.

Y por la soledad de haberse convertido en un fantasma viviente.

–Solo prométeme que te aplicarás más en las clases, ¿de acuerdo? Algún día te darás cuenta de lo importante que es... para una mujer.

Había bajado la voz, como si estuviésemos hablando de la menstruación o de algo casi tan misterioso, sucio y secreto. Me habría gustado que hubiese comentado algo más al respecto, pero entonces se escucharon pasos unidos a un sinfín de ruidos más.

Puertas que se abren.

Gritos.

Ruegos.

Cuchicheos.

Desde la ventana de la cocina, pude ver dos hombres ataviados con los bonitos uniformes verdes de la policía militar y, estirando un poco el cuello, pude ver también cómo arrastraban a otra figura un poco más corpulenta y desgarbada, que chillaba como uno de los cochinitos que llevaban al matadero.

–¡Es el señor Fujihara! –dijo Takuma, que se había subido a la encimera para ver mejor–. Han debido denunciarlo.

Mamá salió con nosotros. Fuera, en la calle, todos los vecinos estaban ante sus puertas, algunos alarmados, otros esforzándose por mantener el semblante de un auténtico japonés nacionalista y otros sintiendo realmente el fervor patriótico, mascullando cosas como:

–Yo nunca me fie de él.

–Nunca ha sido trigo limpio.

–Siempre tan centrado en el trabajo..., algo sospechoso se traía entre manos.

–¿Su familia? ¡Vulgares campesinos que no tenían dónde caer muertos!

Solo cuando las tres figuras desaparecieron en el horizonte y los graznidos del señor Fujihara dejaron de escucharse, los vecinos volvieron a sus casas.

Solo los Akiyama y los Otsuka seguíamos en nuestros respectivos jardines. Mamá había empezado a palidecer al escuchar los gritos del señor Fujihara. Para cuando se lo habían llevado, tenía la piel cetrina y húmeda como la de una estatua de cera.

–Ryo, vuelve adentro –dijo la tía Otsuka–. Yo atiendo a tu tía Shiori y vuelvo enseguida.

Y así lo hicimos –Takuma, mamá, la tía y yo– mientras Ryo se arrastraba de nuevo a la habitación.

–Yo no quiero decir nada, que aquí todo se oye –dijo la tía, poniendo a hervir el agua del té–, pero lo que ha pasado hoy ha sido espantoso. Que es el señor Fujihara, que lo conocemos de toda la vida y que no hay hombre más decente ni más trabajador que él. Pero ¡si ni siquiera va a tomar una copita de sake con los amigos! El único crimen que ha cometido ese pobre hombre es ser demasiado aburrido. Yo, desde luego, no sé quién lo ha denunciado, pero seguro que ha sido por envidia. Vamos, yo pondría la mano en el fuego por él si..., bueno, ya sabes, sola y con un chiquillo que cuidar, lo último que me faltaba era meterme en líos yo también.

Los ojos de la tía estaban cargados de Antes.

De la noche en la que el *yatagarasu* se me apareció por última vez.

De la puerta de su casa abierta forzosamente.

De las explicaciones de un *kenpei* la mañana siguiente.

Lo sentimos, señora Otsuka...

su marido...

intentó huir...

¿Qué podíamos hacer?

Interrumpí mis propios pensamientos al depositar, con un poco más de fuerza de la realmente necesaria, las tazas sobre el *kotatsu*.

–¿Qué?, mejor ya, ¿no? –le preguntó la tía a mamá mientras le servía el té–. Si es que ha sido un mal trago. Pero ¡mírate, si estás sudando! A ti no se te estará retirando el periodo, ¿no?

–¡Eh, que si os ponéis a hablar de cochinas, yo me voy! –protestó Takuma, aunque con una carcajada que la tía Otsuka le devolvió.

–¡Cochinas, dice! Si es que los hombres sois unos débiles. Os hablan un poquito de cómo funciona el cuerpo de las mujeres y ya salís por patas. En fin, Shiori, tú no habrás podido conseguir un poco de carne, ¿no?

–¿Carne? –repitió mamá, dándole un sorbito a su té–. Qué va. Tofu, todo lo más, que algo es algo y por lo menos tiene mucho calcio. Si quieres...

La tía asintió. Así, vista de cerca, reparé en lo realmente vieja que parecía. Sus ojos negros estaban enterrados bajo un mapa de arrugas.

–Pues no voy a decirte que no –dijo–. Que tengo otra vez al niño malo, y tengo que hacer que me engorde un poquito, como sea. Ya me dirás cómo puedo devolverte el favor...

Mamá al principio chascó la lengua, como si no pudiese ocurrírsele algo más deshonesto que esperar un favor a cambio de ayudar a su propio sobrino, pero después sus comisuras se arquearon y pareció, al fin, que recobraba todo el color.

–Pues, mira, se me ocurre algo. ¿Tenéis espacio en casa para un piano?

–¿¡Para un piano!?! A ti no te habrá subido la fiebre, ¿no? Que en la familia el único talento musical es tu marido. Y, bueno, ahora tu hijo, pero nosotros...

Mamá rio.

–Que no, mujer, que a tu hermano le hace falta espacio en el sótano que tiene debajo de la tienda. Parece ser que a un aristócrata se le ha metido entre ceja y ceja que los norteamericanos vendrán a bombardearnos en cualquier momento y le ha pedido a Hibiki que le guarde los instrumentos allí durante la guerra, que al menos estarán más seguros.

Takuma frunció el ceño, sorbiendo muy ruidosamente su té, pero no dijo nada. La tía, por otro lado, le dio un golpe al *kotatsu* con una sonora risotada.

–¡Un refugio antiaéreo para instrumentos musicales, si es lo último que me faltaba escuchar! Anda, tráemelo, que ya le haré un hueco. Y muchas gracias por el tofu, ¿eh?

CAPÍTULO 12

El sótano

Cuando todavía era muy pequeña, Yoichi aún vivía con nosotros y el ojo azul ciego era un corriente ojo negro, nada me daba más miedo y a la vez me atraía tanto como el sótano bajo la tienda de música.

Era un hospital para instrumentos musicales, y me daba tanto miedo y me atraía tanto porque, cuando papá me dejaba sola un momento a cargo de la tienda, juraría que los oía sonar.

Pianos que lloraban.

Violines quejumbrosos.

Xilófonos que hipaban.

—Son *tsukumogami* —me había dicho Takuma con la naturalidad de quien dice que es jueves—, objetos embrujados. Verás, cuando cosas corrientes y molientes como instrumentos musicales cumplen cien años, un fantasma perdido salta dentro de ellos y los hace volver a la vida...

Más tarde, con catorce años, el sótano bajo la tienda de música me atraía incluso más, y temía casi tanto como esperaba que Takuma me dejase sola allí.

—¿De cuántas piezas se trata?

Escaleras arriba, la voz de Naoki Zaizen, el mejor amigo de Takuma, llegó con un ligero eco.

—Dos pianos, que podemos meter en la furgó, un órgano grandote, que me temo que tendrá que quedarse, y varios instrumentos pequeños —enumeró

Takuma mientras tocaba la tecla re del órgano.

La familia de Naoki se dedicaba al comercio de antigüedades y obras de arte, lo que era toda una suerte, porque no conocíamos a nadie más que poseyera una furgoneta en la que transportar los instrumentos.

–Un piano lo llevamos a mi casa y el otro a casa de mi tía –agregó Takuma, y los pasos de Naoki escaleras abajo se unieron a la nota re.

Crujido. Re. Crujido. Re. Crujido. Re.

–A ver..., así, así..., agárralo por ahí, cuidado...

Así, con unas cuantas palabras y un par de instrucciones apuradas, Takuma y Naoki lograron levantar el piano mientras yo los observaba sentada sobre una caja de madera rebosante de libros de composiciones.

–Vale, ahora subimos la escalera. Veamos..., un, dos, un, dos... –Takuma marcaba el ritmo como un director de orquesta paciente y experimentado-. ¡Te dejamos sola, Momo-chan! ¡No tengas miedo de los *tsukumogami*!

–¡Yo no tengo miedo! –protesté, pero los muchachos ya habían desaparecido tras el marco de la puerta.

Me habían dejado sola con la oscuridad de mi ojo derecho, la penumbra del izquierdo y una pequeña colección de ruidos. Estaban:

1. El crac-crac-crac de los pasos de Takuma y Naoki en el piso superior (que hacía que un sinfín de polvo cayese sobre mi sombrero).
2. El viento que golpeaba contra el ventanuco (desde el cual podían verse los pies de los transeúntes).
3. Mis propias respiraciones (que silbaban, aunque no demasiado).
4. El agua que bajaba por la cañería (que siseaba como una serpiente).
5. Algo muy tenue, apenas perceptible, que solo podía escuchar con claridad si me concentraba lo suficiente y que sonaba como los gritos del señor Fujihara unidos a la nota re del órgano, a los carraspeos de la *yamamba* Miyamoto y a la voz tomada de Jun.

Cerré los ojos. Agudicé el oído.

«*Tsukumogami*, podéis manifestaros. *Tsukumogami*, podéis manifestaros. *Tsukumogami*, podéis manifestaros...»

Nada.

Otra vez el crac-crac-crac.

Aquel algo muy tenue formado por muchos sonidos pequeños desapareció.

—¡Fiu, y aún nos queda otro! Ese aristócrata... ¡Seguro que se trata de ese tipo tan raro al que le afiné un piano el otro día! Si por lo menos su hija hubiese aceptado mis clases...

Para cuando terminaron de cargar los instrumentos en la furgoneta, la gente ya caminaba más despacio por la calle, iban con más calma, saliendo del trabajo quizá y regresando a sus casas, y el cielo parecía la monda áspera y brillante de una naranja.

—Ya está todo en su sitio.

Así lo había resumido Naoki, haciendo visera con una mano muy blanca para protegerse los ojos de la luz del sol.

Takuma, cuya frente estaba moteada de gotitas de sudor, irrumpió en una risotada y dijo:

—Nos merecemos un descanso. Aprovechad, que os invito.

Tras una breve discusión, optamos por ir a tomar un helado a una cafetería muy pequeña y casi olvidada de la calle principal. Solo otras dos mesas estaban ocupadas. En una de ellas, junto a la ventana y, por lo tanto, bañada por la luz del atardecer, un grupo de reclutas estallaba en carcajadas. En la otra, mucho más retirada en una esquinita oscura, dos hombres de negocios se llevaban las manos a la cabeza mientras repasaban las cuentas.

—Takuma siempre está intentando meterme miedo a mí también —dijo Naoki mientras la camarera nos servía dos helados de té verde y uno de sésamo—. Te

parecerá increíble, a mi edad, pero siempre caigo...

A pesar de que Naoki solo era un año mayor que Takuma, su frente y el contorno de sus ojos ya estaban repletos de arruguitas como telas de araña, y habría jurado que, a la luz del sol, habría podido encontrar un par de pelos grises en su cabellera negra.

–Yo no intento meteros miedo, sois vosotros, que estáis en mi contra... Por cierto, Naoki, que sepas que te estás cargando toda una tradición familiar. Desde que éramos pequeños, Momo-chan y yo venimos aquí a tomar helados de té verde. Tú y tu helado de sésamo lo estáis estropeando todo...

Naoki al principio rio, pero luego su semblante se tornó serio.

–Yo y mi helado de sésamo no estaremos por aquí mucho tiempo más. Esta mañana he recibido un sobre rojo. Me iré pronto.

Takuma estiró los labios.

–Bueno, supongo que no te echaré mucho de menos... No es nada personal, pero me robas todas las novias. No sé por qué, ese aire de intelectualidad tuyo las atrae muchísimo..., debe de ser la carrera universitaria. Seguro que es la carrera universitaria. –Sonrió, dándole un codazo a Naoki–. Serás un buen soldado.

–Eso espero. ¿Has leído los periódicos últimamente? *Herr* Hitler...

Nombres como «*Herr* Hitler», «primer ministro Tojo» o «presidente Roosevelt» solían ser indicativo de que la conversación no sería demasiado interesante, de modo que me volví y eché un vistazo a todas las personas de la cafetería.

Ví algo que llamó poderosamente mi atención. Allí, junto a la barra, entre una confusión de sillas de mimbre, había una figura esquelética con los pómulos moteados de tierra y la nariz de un rey.

–Disculpa, Momoko, ¿te estamos aburriendo?

La voz de Naoki llegó ahogada y muy lejana.

Agité la mano para llamar la atención de Jun. La muchacha, a quien el cocinero le entregaba una enorme bolsa de plástico que tintineaba al moverse, alzó su propia mano y sonrió. Mientras se marchaba, noté cómo mis mejillas se volvían más y más rojas.

–¿Quién era ese chico? –preguntó Takuma, dándole un mordisco a su helado.

–No era un chico, era una chica –respondí, sintiendo que mis mejillas ardían y también se volvían rojas—. Y es mi amiga.

–Bueno, necesita un baño –comentó Takuma, y aunque no dijo nada, parecía que Naoki estaba de acuerdo con él y que nada le hubiese dado más pavor que tener la ropa mugrienta de Jun junto a su traje nuevo—. ¡En fin, es una lástima que se haya ido! La habría invitado a un helado. Tendrías que traerla un día a casa, ¿sabes? Hace una eternidad que no viene ninguna amiga tuya, y estoy empezando a preocuparme. Estudiar tanto no puede ser nada bueno... ¡Si no me crees, mira a Naoki, comiéndose un estúpido helado de sésamo!

CAPÍTULO 13

El precio de un secreto

La fruta podrida había emergido del otro lado del muro, y había descrito una bonita elipsis en el aire antes de caer sobre la frente alta y blanca de Emiko Araki, que pronto quedó teñida de rojo. Las carcajadas de sus amigas se ahogaron a la mitad.

El bonito rostro de Emiko Araki, cubierto de una espesa pulpa de olor indescriptible, se contrajo.

—¡Seguro que esto tiene algo que ver contigo, *kusomajime!*²² —chilló, empujándome contra el muro, e hizo un gesto a los demás.

Las chicas me dieron patadas en la espinilla antes de irse. Una de ellas, la más alta, la más gorda, me arrebató la cartera del colegio de las manos y arrojó el contenido a un charco de agua.

—*Busu, iyarashi!* ¡Fea, repulsiva! —me recordó, empujándome de nuevo.

El olor a podrido que perseguía a Emiko Araki todavía no se había disipado del todo cuando vi la cara amarillenta de Jun reflejada en el charco al que habían ido a parar mis cosas.

—Oye, gracias —le dije.

Ella, que estaba demasiado ocupada guardando los libros y el tintero en la cartera, solo sonrió.

Los ojos de Jun brillaban tanto que parecían estar en llamas.

Una sonrisa como un gajo de naranja. Un par de manos heladas que apretaron las mías al recoger el pastelito de arroz.

Para una persona que no abría mucho la boca, Jun sabía comunicarse de maravilla. Y tenía una puntería estupenda.

–¿Irás después al faro? –le pregunté.

Era martes. Faltaban dos horas para la clase de economía doméstica.

Jun, que tenía la boca llena de arroz, asintió con un gesto.

–¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos? –insistí, sentándome en el banco frente al muro de la escuela.

–Hum..., t-te lo diré m-más tarde –respondió Jun, que no le quitaba el ojo de encima al *bento*²³ que acababa de depositar sobre el banco.

–¡Bah, más tarde! ¿Es que es un secreto o qué?

–A-algo así.

–¡Hum! ¿Te gustan las patatas dulces?

–N-no te lo voy a contar aunque m-me las des t-t-todas.

–¡Bah! Tampoco me interesa tanto. Además, no tengo mucha hambre.

El brillo de mis ojos y el rugido de mis tripas me delataron. Jun, con una risita muy pequeña, abrió la boca para aceptar la patata que le ofrecía.

–¿Este es t-t-tu colegio? –preguntó, tapándose la boca mientras masticaba–. ¡Tus padres sí que tienen que tener d-dinero!

–En realidad, tampoco demasiado. No somos tan ricos como la mayoría de mis compañeras. Papá tiene una simple tienda de música. ¡Uy, pero nuestros clientes sí que son ricos! Hay una señora que siempre lleva un zorro muerto alrededor del cuello, incluso en verano.

–¡Calla! ¡Un zorro muerto! –chilló Jun, a quien aquello parecía preocuparle más que el hecho de llevar pieles en pleno verano–. M-mi padre t-t-también tiene algunos clientes ricos, y a v-veces piden unas c-c-cosas extrañísimas.

–¿Tu padre también tiene un negocio? –dije, tendiéndole un poco de repollo.

Jun irrumpió en una carcajada que se rompió en mil pedazos.

–M-más o menos. Lo cierto es que es un negocio redondo, p-p-porque al final todos necesitan nuestros servicios. N-no sé cómo somos tan p-p-pobres.

En cuanto dijo esas últimas palabras, sus orejas se tiñeron de un intenso escarlata.

–¿Y cómo...? –empecé, pero la expresión de pavor en el rostro de Jun y el peso de una mano nudosa que cayó como un murciélago muerto sobre mi hombro me hicieron callar.

–¡Akiyama!

Aquella voz que raspaba como papel de lija.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no gritar: «¡*Yamamba!*!».

–¡Señorita Miyamoto!

–¡Akiyama, vuelva ahora mismo al patio! ¡Y tú, ratita –señaló a Jun con un dedo grasiento y gordinflón–, que no vuelva a verte merodeando por aquí!

* * *

Al llegar a casa, lo primero en lo que me fijé fue en la luz de la sala, que estaba encendida a pesar de que todavía no había anochecido. Después, al acercarme, reparé en los gritos.

Dos pares de voces masculinas que no había oído jamás. Papá tratando de explicarse. Jadeos.

De cerca, y sobre los hombros anchos del *kenpei*, el uniforme verde oliva resultaba mucho más bonito. Resplandecía, casi, y la mirada omnipresente del Emperador parecía llenarse de orgullo al verlo.

Ninguno de los dos policías militares se volvió al escucharme entrar por la puerta. Ambos tenían la vista clavada en mamá, que temblaba de rodillas en el suelo, rodeada de libros y todo tipo de objetos familiares que los hombres habían sacado de los cajones del aparador.

Todas las puertas estaban abiertas. Los vecinos, asomados a las ventanas.

—¿Puede confirmarnos la veracidad de este dato, señora Akiyama? —dijo el *kenpei* de hombros anchos—. ¿Es usted Shiori Akiyama, nacida Shiori Nakata el dos de mayo del año 35 de la era Meiji²⁴ en la Ciudad Imperial?

Mamá asintió con un gesto. La mirada plomiza del *kenpei* cayó sobre ella, haciéndola temblar, y alzó la voz.

—Sí.

—¿Empezó sus estudios de literatura francesa en la Universidad de Tokio en el año 8 de la era Taisho?²⁵

—Si la memoria no me falla.

La bota negra del *kenpei* se hundió en las costillas de mamá.

—¡Responda sí o no, señora Akiyama! ¿Abandonó sus estudios de literatura francesa en la Universidad de Tokio en el año 10 de la era Taisho?²⁶

Mamá tragó saliva.

—Sí.

—¿Por qué?

Mamá guardó silencio. La bota negra del *kenpei* volvió a hundirse en sus costillas.

—¡Responda cuando se le habla, señora Akiyama! —bramó el hombre número dos.

Mamá alzó el mentón. Bajo la luz anaranjada de la bombilla, su rostro, cubierto de perlas de sudor, parecía arder.

—Me temo —dijo— que esa no es una pregunta a la que se pueda responder sí o no.

Plas.

El sonido de la bofetada hizo que los tres miembros restantes de la familia contuviésemos la respiración.

La cara del *kenpei* número uno, antes blanca, se volvió roja.

–¿Por qué abandonó sus estudios, señora Akiyama?

Mamá se sorbió los mocos.

–Conocí a mi marido y me casé con él.

El *kenpei* se llevó las manos a la cabeza y comenzó a dar vueltas en círculo por la habitación mientras su compañero examinaba los objetos del suelo.

Querían saberlo todo. La ocupación de mis abuelos («comerciantes»), la fecha de nacimiento de Yoichi («24 de diciembre del año 10 de la era Taisho, bebé sietemesino»), el motivo por el cual se habían mudado a Okinawa («mi marido había terminado los estudios en el conservatorio de Tokio y deseaba volver a su lugar de nacimiento»), la enfermedad que había impedido a Takuma cumplir con sus deberes militares («inflamación del hígado») y la ocupación actual del cabeza de familia («dueño de una tienda de música»).

–Tú –le había escupido el hombre número uno a Takuma, utilizando el ofensivo *temae* en lugar del cortés *otaku*–, ¿estudias?

–Llevo la contabilidad en el negocio familiar.

El *kenpei* lo señaló con la culata de su pistola.

–¿Eres músico?

–Toco el piano.

Un golpe de cabeza.

Por un momento solo pudo escucharse el ruido sordo del hombre número dos, que revolvió, apartaba y pasaba páginas de libros sin reparar en su contenido.

El *kenpei* número uno tenía los ojos sobre mamá.

Podría haberme abalanzado sobre él. Podría haber alzado el rostro a la pared para mirar al Emperador a los ojos y preguntarle: «¿Cómo puedes permitir esta injusticia?». Pero la cicatriz de Antes en mi pecho ardía; me impedía actuar.

Ardía por lo que le había ocurrido al tío.

Ardía porque yo era cobarde, cobarde, cobarde.

—¿Trabajó o no usted en la revista *Seito*, señora Akiyama, entre los años tres y cinco de la era Taisho?

Revista *Seito*.

Mi cabeza se llenó de imágenes de cajas de cartón combadas por el peso, y de hogueras que emitían un espeso humo gris, y de montañas y de mujeres que despertaban de su letargo.

Mamá tomó aire.

—Sí.

—¿Cuál era su puesto?

—Mecanógrafa.

—¿Redactaba sus propios textos, señora Akiyama?

—No.

El *kenpei* se acuclilló ante ella y le alzó la barbilla con la culata de su arma. La piel repleta de arrugas de mamá volvía a refulgir bajo la luz de la bombilla.

—Es decir, que mecanografiaba los textos de otros.

—Naturalmente.

—¡Yo no lo veo tan natural, señora Akiyama! —rugió el hombre—. ¡Una mujer joven, recién casada y con un niño pequeño trabajando para una revista subversiva!

—Mi niño estaba enfermo. Necesitábamos el dinero, y un trabajo es un trabajo.

—¿Y apoyaba usted las ideas revolucionarias de la revista para la que trabajaba? En otras palabras, ¿su opinión hacia los textos que redactaba era favorable?

Mamá se mordió el labio inferior, del color de la leche agria. Un mechón entrecano y sudoroso le caía por la frente.

–No tenía opinión –susurró–. No tengo conocimientos de política. Lo único en lo que pensaba mientras escribía era en volver a casa con mi marido y con mi hijo.

El otro hombre, el que estaba de rodillas y ahora con uno de los libros desnudos en las manos, se volvió hacia papá.

–Desde luego, a mí se me caería la cara de vergüenza. No solo por no poder mantener a la familia, sino, además, por permitir que mi mujer se viese envuelta en semejante depravación para asegurarme de que mi hijo tuviese algo caliente que llevarse a la boca. Suponiendo, claro, que realmente sea su hijo.

El *kenpei* número uno soltó a mamá y rio. Su risa era tan afilada, desagradable y putrefacta como la de Emiko Araki, y al verlo de aquella manera, carcajeando y pisando los libros, pensé que jamás había visto a un hombre tan horrible en mi vida y que el uniforme que llevaba era feo y poco apropiado, todo arrugado y humedecido.

–¿Qué libro es ese? –le preguntó a su compañero.

El *kenpei* respingó, como si reparase por primera vez en el volumen maltratado que tenía entre las manos.

–*El libro de los cinco anillos*, de Miyamoto Musashi –leyó de la primera página, que estaba a punto de desprenderse.

–¿Por qué le falta la solapa?

Mamá contuvo el aliento. Papá, en pie y entre temblores, hizo todo lo posible por que su expresión no reflejase ninguna emoción en particular. Takuma, que no se había movido desde que el *kenpei* se dirigió a él, apretó los puños sin decir nada.

Tres personas con un sentimiento de culpabilidad. Tres silencios muy distintos. Inspirando, di un paso adelante.

–Es mío –dije, y Takuma tiró de la manga de mi uniforme con tanta fuerza que casi me hace caer.

–Está mintiendo. Deja de cubrirme, Momo-chan. Es...

–¡Es mío! –repetí–. Una compañera de clase les quitó las solapas a todos mis libros.

Los dos *kenpeis* se detuvieron. El segundo, el que había estado rebuscando entre nuestras cosas, tomó otros dos volúmenes entre sus manazas grasientas y dijo, con la voz aguda y nasal:

–¿Todos estos libros son tuyos, niña?

Asentí.

–¿Y por qué iba tu compañera a quitarles las tapas?

–Porque no le gusto. Y porque no le gusta mi ojo.

El *kenpei* número uno arqueó las cejas.

Muy lentamente, y sin dejar de tiritar, me remangué. Bajo la luz de la lámpara, las marcas y los moratones de mis brazos adoptaban unos colores exquisitos, tan espectaculares como las alas de una mariposa. Estaban el lila, el azul, el amarillo y el negro, en todos los tonos que uno podría imaginar.

Los *kenpeis*.

Quedaron muy sorprendidos.

–Harías bien en esforzarte por encajar –dijo el número uno–. Y diles a tus padres que te compran unos libros nuevos.

Él y su compañero se fueron por falta de pruebas, pero con la promesa de regresar.

CAPÍTULO 14

El hombre con la nariz de daikon²⁷

las-plas-plas-plas-plas.

Puesto que estaba desierta, el crujido de los zapatos de Takuma contra la acera retumbaba en toda la calle.

Plas-plas-plas-plas-plas.

Las zancadas levantaban gravilla y un poco de musgo y salpicaban en los charcos del color de la fruta podrida.

–Sé quién ha dado el chivatazo –me había dicho mientras mamá y papá recogían.

–Yo también –dije yo, observando el desorden de libros desnudos y libros vestidos.

Todo un espectáculo para el Emperador, desde luego. Si se los ordenase de la manera precisa, incluso podrían formar los colores de la bandera del sol naciente.

Takuma me arrastró al jardín trasero. La confesión lo requería. Ambos hablamos a la vez.

–Yoichi.

–Emiko Araki.

Takuma arrugó la nariz.

–¿Quién es Emiko Araki?

Volví a subirme las mangas del uniforme. Bajo el efecto del sol del atardecer, los moratones no resultaban tan espectaculares. De hecho, apenas podía distinguirse entre lo que era la piel y lo que eran los golpes, pero Takuma agitó la cabeza.

–¿Por qué no nos lo contaste?

–No quería que pensarais que soy una cobarde.

–¡Bah, cobarde! Si eso que hiciste antes, mentir a esos *kenpei*, es de cobardes, entonces no tienes nada de lo que avergonzarte.

Le dirigí una sonrisa cansada, digna de alguien que acaba de soltar un gran peso que ha estado soportando durante mucho tiempo.

–Déjame decirte una cosa: esos hombres sí que son cobardes, escondiéndose detrás de un uniforme. Y esa Emiko Araki también. Y Yoichi...

–Yoichi es nuestro hermano.

–Es el único *kenpei* que conozco.

Aunque era martes, Takuma se había escabullido de casa en mitad de la madrugada. Yo, que estaba despierta, me había dado cuenta: el chirrido de la verja lo había delatado.

Fui tras él. De noche, el blanco de la bandera que ondeaba en nuestra casa, y en todas las demás casas de nuestra calle, bailaba como un espíritu.

Una espesa niebla color hueso lo cubría todo, desde las piedras cubiertas de rocío del suelo hasta los muros enmohecidos y los tejados, que bajo la luna parecían de plata.

Había luces en el cementerio. Luces blancas que, cuando salté el muro, se sacudieron con el viento. Aunque no había nadie, dos fuegos habían sido encendidos entre las lápidas y creaban sombras alargadas sobre la hierba descuidada.

–*Kaika...*²⁸ –musité.

Eran las luces de los espectros, claro, como en las historias de mi niñez y en los cuentos de terror.

Habiendo *kaika* no pueden estar muy lejos los fantasmas. Uno me tocó el hombro con una mano gélida, huesuda y cubierta de tierra.

–Tu hermano acaba de irse –dijo, y me volví para ver los ojos de Jun en un rostro que no era el de Jun–. Vamos, tranquila, ¿qué haces aquí? Ven, no tengas miedo, ven a la casa. Esperaremos a tu hermano allí... Jun te acompañará.

El hombre que hablaba conmigo tenía una gran nariz redonda y colorada como un nabo *daikon*, las mejillas espolvoreadas de tierra y una constelación de pecas sobre los pómulos.

–Me llamo Daiki, por cierto –dijo, y su voz era suave y sibilante como el viento–. Daiki Kobayashi. Soy el padre de Jun. No un *yurei*, me temo, pero sí me considero amigo de *yureis*.

E hizo un aspaviento con los brazos, como si quisiese abarcar no solo el cementerio iluminado, sino también señalar la mugre que teñía su camisa de marrón.

Un *burakumin* cubierto de tierra que vive entre lápidas. La ecuación es sencilla: Daiki Kobayashi se trataba, nada más ni nada menos, que del enterrador de Naha.

Jun Kobayashi y su padre vivían en un cobertizo dentro del cementerio donde el aire siempre olía a moho e incluso los veranos resultaban fríos y desapacibles. Se podía hacer una lista de todas las cosas que había en el interior de la casa, y esta difícilmente ocuparía más de la carilla de una página. Estaban el hornillo y los utensilios de cocina, los dos futones, las herramientas de trabajo del señor Kobayashi, la bandera de Japón (reglamentariamente izada en el tejado) y el retrato del Emperador (reglamentariamente colgado en la sala principal de la casa, que en este caso resultaba ser también la única sala). Solo había dos sillas, ambas frente a la

lumbre y ambas viejas y polvorientas. Jun, que estaba sentada en una de ellas, se puso en pie.

Desvié la mirada. La chica solo llevaba encima una camisa muy grande y muy sucia que dejaba a la vista un hombro descarnado, las piernas de alambre y las rodillas enrojecidas.

—Así que —dijo el señor Kobayashi— te gustan las historias de fantasmas, ¿no, Momoko? Apuesto a que ya has oído hablar de esta, pero no de la siguiente manera... Te adelanto que soy probablemente el mayor (y mejor) cuentista que Naha ha visto jamás...

La voz de Daiki Kobayashi seguía siendo un susurro hecho de viento y de todos los misterios que esperaban ahí fuera. Mientras relataba el cuento del niño Izanagi, que descendió a los infiernos en busca de su hermana Izanami, centré toda mi atención en él.

No quería mirar por la ventana. No quería ver el fuego y las luces y, ante todo, no quería comprobar si aquella sombra que se movía en el horizonte pertenecía a Takuma. Me daba la sensación de que, al igual que en la leyenda de los dos hermanos, mi curiosidad resultaría fatal y un solo vistazo a la ventana haría que Takuma volviese a mí no vivo y sonriente, sino muerto y cubierto de moscas y de tierra.

—Y-yo t-t-también sé historias sobre la muerte... —dijo Jun cuando su padre terminó y, tras aclararse la garganta, comenzó a hablar.

Jun solo iba por su segunda historia cuando se escucharon pasos en el cementerio (pasos pesados y acuosos, como los de quien salta deliberadamente sobre el barro). El señor Kobayashi, acuclillado en el suelo frente a Jun y a mí, se puso muy serio, se llevó un índice regordete a los labios y salió...

El tiempo pasó soberanamente despacio.

Una colección de segundos tan grande como las filas del Ejército Imperial.

Luego Takuma apareció por la puerta, sudoroso, jadeante y completamente rojo. El señor Kobayashi estaba en pie detrás de él, sin atreverse a tocarlo, porque un *burakumin* no está autorizado a posar su mano sobre los que no son como él.

—¡Se ha escondido, el cobarde! ¡Lo he retado a un duelo y ni siquiera se ha dignado a salir de la casa! ¡Ha dejado que su mujer embarazada mienta diciendo que no está!

CAPÍTULO 15

Lo que dijo el Emperador

Aquella madrugada se escucharon muchas voces. Las de papá y mamá, que susurraban en la habitación contigua. Las de los vecinos, que todavía murmuraban en sus casas. Las de Takuma y yo, que manteníamos una pequeña conversación al pie de la escalera.

Extracto de aquel breve intercambio:

Yo: ¿Qué quieres decir con que Yoichi no estaba en casa?

Takuma (pasándose una mano por la cabeza): Pues eso, precisamente, aunque desde luego no era verdad. ¡Claro que no era verdad! ¿Dónde iba a estar, un martes tan de noche?

Yo: Es el primer martes que vas, ¿no? A lo mejor tenía un compromiso...

Takuma (subiendo el primer escalón): ¡Bah!

Yo (siguiéndolo): De todos modos, estoy segura de que no fue él.

Takuma: ¡Bah!

Yo: Es nuestro hermano. Quienquiera que haya denunciado al señor Fujihara, seguro que fue esa persona. ¿No es raro? Dos denuncias en tan poco...

Takuma (ya en el piso superior): ¡Bah, bah, bah! Voy a acostarme.

Soñé con Jun y su padre y con las *kaika* fantasmagóricas del cementerio. Cuando las voces de papá y mamá me despertaron media hora antes de lo usual, en mi ojo ciego todavía se reproducían las últimas imágenes del sueño.

Papá, mamá y Takuma ya estaban abajo, hablando. Debía tratarse de un secreto, porque la conversación sencillamente se sumió en silencio cuando escucharon mis pasos.

–¡Si que has madrugado hoy! –dijo mamá, con una sonrisa que parecía indicar que todo lo que había ocurrido el día anterior había sido parte del sueño también–. No te habremos despertado con tanta cháchara, ¿no? Papá, ¿por qué no vas a calentar el agua para el té mientras yo preparo el desayuno?

Mamá y papá fueron a la cocina, mientras que Takuma se sentó ante el piano, que ahora ocupaba gran parte de la sala, y empezó a tocar el *Giovanna d'Arco*, de Verdi.

–¿De qué estabais hablando? –le pregunté, pero Takuma no levantó la cabeza del teclado–. Eh, ¿de qué estabais hablando?

–Política. Este piano sigue desafinado, ¿verdad?

–Sí –dije, aunque nunca había sabido diferenciar un piano desafinado de uno que no lo estaba–. Oye..., lo que estabais hablando, ¿tiene algo que ver con el antiguo trabajo de mamá? Ya sabes, con la revista...

–Cuanto menos sepas, menos peligro correrás –bufó Takuma–. Todo irá bien, ¿de acuerdo? Tú simplemente límitate a no hacer preguntas.

–Entonces pasa algo –afirmé.

Takuma abrió la boca, dándose la vuelta por fin, pero fui más rápida que él.

–No era una pregunta.

Takuma sonrió.

–Entonces ya conoces la respuesta. Anda, ve y dale de comer a la gata. Lleva media hora maullando como una loca.

Asentí, agarrando en brazos a la gata, que lloraba. Detrás de mí, mi hermano seguía intentando afinar el piano. Desde la pared, con la severidad precisa de un dios, el Emperador nos observaba expectante.

«Conozco vuestro secreto –parecía querer decir–, y no soy el único. Un día vendrán a esta casa otros dos hombres de bonito uniforme verde, se inclinarán ante mí y desvelarán vuestro secreto, y entonces las montañas dejarán de moverse para siempre.»

LIBRO II
ABRIL DE 1943 -
NOVIEMBRE DE 1943

II. SU NOMBRE ES HAMBRUNA. LOS NIÑOS EXTIENDEN
SUS MANOS Y MENDIGAN POR LAS SOBRAS MIENTRAS
SU VIENTRE CRECE LLENO Y REDONDO, NUNCA
HAMBRIENTO PERO NUNCA SATISFECHO.

MIA PARKER

Jun

Desde que tengo memoria, siempre ha habido muertos. A veces (muy pocas) **D**son varios por semana. Supongo que no soy muy buena persona. Las semanas con más muertos son las mejores porque:

1. A más muertos, más enterramientos.
2. A más enterramientos, más dinero.
3. A más dinero, más comida.

Los cadáveres no me asustan. Los he visto (y olido, y a veces incluso tocado) desde que era tan pequeña que papá tenía que llevarme a cuestras.

Si supiese escribir, escribiría algo parecido a esto:

Nombre: señor Fujihara.

Edad: mucho mayor que papá (¿Sesenta años? ¿Setenta? Comprobar).

Aspecto: MUY grueso y MUY bajito; ojos de lechuza y boca de sapo.

Causa de la muerte: desconocida (hipótesis: edad o sobrepeso).

El señor Fujihara había sido el único muerto del que papá y yo nos habíamos encargado en dos semanas.

Cuando terminamos de enterrar al señor Fujihara, vi a dos hombres en la puerta de nuestra casa. Los dos iban vestidos de modo tradicional y los dos me miraban de arriba abajo.

–¿Eres la hija del señor Daiki Kobayashi? –preguntó el más alto.

Dije que sí con la cabeza. El segundo hombre se acercó a mí y me tendió algo.

Un sobre blanco, cuadrado y no demasiado grande.

Una carta a mi nombre.

Ahora que lo pienso, ese día la guerra llamó a mi puerta, asomó la cabeza por el umbral y dijo: «Hola».

Momoko

Al entrar en la sala para desayunar, me recibieron el brillo de las tijeras que mamá sujetaba entre los dedos y el chirrido de los dos taburetes que papá colocaba tras el *kotatsu*.

—... tendrá que ser hoy.

Las palabras de mamá me llegaron como si procedieran de un sueño.

—Ven, creo que ya es hora de un buen corte de pelo.

—Pero si todavía no está largo.

—¿Que no está largo? —rezongó papá, que se acercaba para encender la radio—. Ni siquiera puedo verte esa carita tan linda con el flequillo.

Me quedé rígida. Mamá me estaba separando los finos mechones del flequillo con un peine.

—No lo cortes, por favor.

El largo flequillo ondulado al estilo occidental debía quedarse; me tapaba el ojo ciego y debía quedarse, pero mamá, con sus dos ojos negros y su rostro armonioso, no lo entendía.

—No seas tonta, papá tiene razón. Este peinado ya no se lleva. Ahora debemos mostrar lealtad.

Y empezó a cortar mechón a mechón hasta que el *tatami* quedó cubierto de un pelo negro que se rizaba como pequeños peces.

—¿Qué tendrá que ser hoy?

Mamá dejó las tijeras a un lado.

–¿Eh?

–Cuando entré dijiste: «Tendrá que ser hoy». ¿A qué te referías?

Papá (agachado, con los dedos en la radio) levantó la cabeza.

–Tu corte de pelo, naturalmente. Y el de Takuma también. Ya empezabais a parecer salvajes.

Momoko

Takuma y yo estábamos sentados en la *engawa*. Takuma fumaba y yo observaba cómo las colillas negras y minúsculas caían entre sus pies. Estábamos hablando.

–Es miércoles –dije cuando terminó el cigarrillo.

Takuma se encogió de hombros, encendiéndose otro.

–Eso parece.

Y, sin decir nada más, se puso en pie.

Todas las noches de todos los miércoles, Takuma y yo caminábamos hasta el barrio *burakumin* de Naha. Al llegar a la entrada, cuando la figura de Yoichi ya se divisaba en el horizonte, Takuma daba media vuelta y no regresaba hasta pasada una hora, cuando se reunía conmigo en el mismo sitio.

Las excusas para las ausencias de Takuma (que iban desde su enfermedad de hígado hasta unas repentinas clases de piano que debía impartir) pronto dejaron de convencer a Yoichi. No hacía falta decir nada más. Takuma había visto su uniforme. Lo sabía.

Aquel día papá y mamá habían tenido que marcharse inesperadamente a la tienda. Un vecino los había avisado de que una tubería había reventado en el sótano.

Salimos mientras el sol, de color rosa, se achatava por encima de los tejados de las casas de Naha.

Cuando llegamos, las nubes ya estaban cubiertas de un púrpura azulado y la única fuente de luz que bañaba la calle eran unos pocos rayos rojizos tras las montañas.

Un hermano ya apoyado en el muro, un pitillo encendido tiñéndole la cara de naranja y de dorado.

Otro hermano con las manos en los bolsillos y la mirada esquiva, desafiante: «Vamos, ¿a qué esperas?».

–¡Takuma, hombre! Te echaba en falta. ¿Tienes trabajo hoy?

El hermano que fumaba se acercó y le dio una palmada en la espalda al hermano desafiante, que mantuvo los hombros rígidos y los ojos opacos como un samurái fuerte y orgulloso.

–Sí. Oye, Momo-chan, estaré aquí a la hora de siempre.

Y echó a caminar en la dirección contraria, pero el fumador lo detuvo. Lo agarró de la muñeca. La sombra amarilla del cigarrillo creaba espíritus bailarines en su cara.

–Espera, Takuma.

–Tengo prisa.

–Te das cuenta de que estas idas y venidas por la noche son muy sospechosas, ¿verdad?

Aquello lo hizo detenerse.

–¿Vas a denunciarme?

Su bota, con una última zancada, cayó sobre un profundo charco de barro, y ahora una masa negruzca y espesa salpicaba el uniforme de *kenpei* de Yoichi.

El uniforme que había estado tan perfectamente planchado aquella tarde de primavera.

El uniforme que no se diferenciaba mucho de la ropa arrugada e inapropiada de los *kenpeis* que convirtieron nuestra sala en un revoltijo de libros un tanto particular.

–¿Vas a denunciarme? –repitió Takuma.

–No puedo denunciarte por un comportamiento sospechoso.

–Es curioso, el otro día detuvieron al señor Fujihara precisamente por eso, ¿sabes?

–No acostumbro a denunciar a nadie sin tener pruebas de que incumple la ley. Pero no voy a negar que hay *kenpeis* que abusan de su autoridad... Te recomendaría ser más sensato, se han llevado a muchos presos por menos.

–Quieres decir que *tú* te has llevado a muchos presos por menos.

Un tirón de la manga derecha.

–¡Takuma! –chillé, y mis hermanos se volvieron hacia mí como preguntándose qué hacía una niña interponiéndose en su discusión.

Yoichi fue el primero en reaccionar. Colocó ambas manos sobre sus rodillas y se agachó hasta quedar a mi altura.

–Momo-chan, ¿por qué no vas yendo a casa? Aiko te preparará una taza de té.

Sacudí la cabeza.

–Me quedo –dije, a lo que Takuma respondió con una sonora inspiración.

–Sí, Yoichi, déjala que se quede. Que descubra por sí misma qué clase de hombre es su hermano.

–¡Takuma! –insistí, pero ninguno de los dos se dignó a mirarme.

Yoichi se acercó a Takuma.

Sus narices.

Casi se tocaban.

–¿A cuál de los dos te refieres? Yo solo intento proteger a mi familia y a la ley.

–¡No me hagas reír! ¿Proteger a tu familia? ¿Y dónde estabas cuándo registraron a mamá?

–¿Os han registrado?

Como impulsado por su propia pregunta, Yoichi retrocedió hasta que su espalda dio con el muro. El cigarrillo se le escurrió de entre los dedos. Ya nada brillaba naranja y dorado en su rostro.

–No finjas que no lo sabes.

–Así que os han registrado –insistió.

Takuma no parecía muy convencido.

–¿De verdad esperas que crea que no nos has denunciado tú cuando me habías preguntado por mamá unas semanas antes? Momoko es libre de decidir qué hacer con su tiempo, pero yo ya no me siento bienvenido en tu casa.

Se dio la vuelta.

Una sombra en la noche.

Yoichi, que rebuscaba en sus bolsillos buscando otro pitillo, solo tuvo que alzar la voz.

–De verdad que quiero ayudarte, Takuma. ¿Por qué no te has alistado como todos los demás?

Takuma se detuvo junto al muro.

–Creí que había quedado claro. Estoy enfermo. Puedes comprobar mi historial médico si no me crees. El alcohol no es bueno para el hígado.

–¿El alcohol o la salsa de soja?

El viento.

Pareció detenerse entre ellos.

La luz se condensó de otra manera.

Dos pares de ojos asustados y un cigarrillo que se encendía naranja y dorado.

–No voy a denunciarte –aseguró Yoichi–. Ni voy a contárselo a nadie. No creo que nadie más vaya a descubrirte tampoco. Como he dicho, no hay pruebas. Pero una enfermedad tan repentina..., no está bien que continúes con este comportamiento sospechoso. A los de la clase F os someten a pruebas

médicas al cabo de un año. Ya eres mayorcito para saber que tu deber es servir a tu país.

–Creo que tú y yo tenemos ideas muy distintas de lo que significa servir a nuestro país –dijo Takuma, las palabras empujándose las unas a las otras para salir de entre sus dientes.

En esta ocasión, Yoichi no hizo nada para detenerlo.

Aquella noche el té supo distinto, aguado. El *mochi* de flor de cerezo parecía más pequeño, más pálido; tenía un sabor amargo sobre mi lengua.

Cuando llegó la hora de reunirse con Takuma y volver a casa, sentí como si un pesado demonio acabase de saltar de mis hombros.

«Yoichi es tu hermano –me dije–. Y sigue tocando en un grupo de *jazz* y cuidando de sus peces, y tiene un uniforme limpio y bonito y una mujer que se maquilla y se viste de manera tradicional.»

Y, sin embargo, no podía evitar sentir alivio.

Como acostumbraba, Jun surgió de entre las sombras en el momento preciso en el que Takuma entró en la panadería de la esquina. La larga caminata lo había dejado con un hambre atroz, había dicho.

–Encontré una en la carnicería. El bobo del carnicero ni siquiera se dio cuenta de que se la había quitado.

Aquellas fueron las primeras palabras de Jun al volver a verme. Después metió la mano en el interior de su gabardina y sacó una botella larga y delgada.

–De salsa de soja, supongo –añadió, depositándola en mi palma extendida.

–Ah, entonces a Takuma va a encantarle –dije, y ambas reímos.

Reímos, reímos, reímos, como si las carcajadas bailasen un vals.

Jun podía ser un hogar y una aventura al mismo tiempo.

–T-Takuma no ha ido a casa de tu hermano.

–No. Oye, si te cuento un secreto, ¿prometes no contárselo a nadie?

Un ligero temblor recorrió su cuerpo escuálido, pero asintió.

–Me moriría antes.

Tragué saliva. Las montañas, sombras pálidas en el horizonte, parecían moverse...

–Hace dos semanas, unos *kenpeis* vinieron a registrar mi casa. Mi madre tenía libros prohibidos, pero no los encontraron.

–¿P-p-prohibidos?

–Sí, libros peligrosos. Los quemó. Y después disfrazó los libros occidentales; los hizo pasar por japoneses. Por eso los *kenpeis* no se fijaron en ellos.

–¿Peligrosos? P-pero ¿cómo pueden ser peligrosos los libros?

–Pertenece al pasado –respondí, recordando las palabras de mamá–. Supongo que son contrarios a las ideas del Emperador. No sé. No sé. Takuma cree que Yoichi nos denunció, pero yo creo que ha sido mi culpa.

–¿Por qué?

–Llevé uno de los libros a clase. ¿Te acuerdas de la historia del jorobado de Notre Dame? –Jun asintió con un golpe de cabeza–. Ese. Fui una insensata. Cualquiera pudo haberlo vis...

Cualquiera.

Una peonía prensada en el capítulo ocho de un libro de Natsume Soseki.

Mi odio me había cegado. Por supuesto que Emiko Araki no nos había denunciado.

–¡Qué estúpida! ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡La *yamamba*!

Jun bajó las cejas. Su nariz de rey europeo se arrugó y ensombreció.

–¿Tu profesora? ¿Crees... crees que ella...?

Me encogí de hombros.

–Me dio un libro para mi madre. Al principio no le di mucha importancia, pero ella y papá se pusieron muy nerviosos cuando lo traje a casa...

Vi la silueta desgarbada de Takuma saliendo de la tienda.

–Oye, ¿qué te parece si le hacemos un buen uso a esto? –Zarandeeé la botella por encima de la cabeza–. ¿Qué me dices de quedar en el faro mañana? Al mediodía, cuando salga de clase.

–¿M-mañana? Creo que no va a poder ser. Tengo algo que hacer...

Y me contó todo lo referente a la carta.

–¿Por la noche?

–¿Podrías venir?

–Si puedo escabullirme para visitar a Yoichi, puedo escabullirme para hablar contigo.

Jun sonrió. Fue una de aquellas sonrisas que hacen que tu rostro se ilumine como uno de los farolillos del festival de *Tanabata*.²⁹

Si se lo proponía, era más que un hogar o una aventura; podía acecharme como una casa embrujada.

Takuma llegó poco después. Los *kenpeis* se habían llevado casi todo lo de la panadería, incluidas las bandejas. El único bocadillo que quedaba no era del gusto de Takuma, y yo todavía tenía el sabor amargo del *mochi* pegado a la lengua.

Le pertenecía a Jun. Simple y llanamente, le pertenecía a Jun.

La mitad del bocadillo fue devorada en el acto; la otra mitad, guardada a prisas en el bolsillo, pertenecía al señor Kobayashi.

Jun

En mi casita erigida entre las tumbas sagradas del cementerio, en el barrio *buraku* de la ciudad, papá y yo apurábamos nuestro desayuno.

No era mucho.

Un poco de té aguado.

Los restos del bocadillo de la noche anterior.

Una patata arrugada y paliducha.

Tenía la carta frente a mí. No me hacía falta entender lo que quería decir; los hombres me la habían leído en voz alta.

Aunque era pequeña y no valía mucho, yo también iba a colaborar en la guerra. Iba a servir al Emperador, que era divino y que velaba por mi padre y por mí desde la repisa del fogón.

Papá depositó la patata polvorienta sobre mi cuenco.

Fuera cantó el gallo.

Era la hora.

Me metí la patata entera en la boca, me puse la pañoleta sobre la cabeza y me calcé las botas. Papá hurgó en el bolsillo de su harapiento kimono y sacó algo: una horquilla redonda y brillante como un sol, decorada con tela color bala y pequeños aviones Zero de plástico.

—Mira lo que te he comprado —dijo, y me la colocó en la pañoleta—. Así, mírate: estás preciosa para tu primer día de trabajo. Es importante, ¿sabes? En mi época a los *buraku* no nos dejaban trabajar en las fábricas. Luchamos

mucho para que nos lo permitiesen, pero... –Sacudió la cabeza; el Ayer era demasiado pesado, y su cuerpo pellejudo no podía soportarlo más—. A veces las cosas cambian en la guerra y nos traen una oportunidad. Quién sabe, a lo mejor conoces a un chico bueno y te enamoras de él. Entonces te casarás y tendrás hijos y no tendrás que heredar mi trabajo y nadie te repudiará por tu condición.

–Pero ¡yo no quiero dejarte! Y tampoco esto. Los *yureis* son mis amigos.

Papá volvió a sonreír; una sonrisa acartonada y ojerosa.

–Lo sé, pero yo no viviré siempre. Y las cosas son muy difíciles para una mujer soltera.

–Pero para eso todavía quedan muchos años, ¿no?

Un temblor. Una pregunta que se agitaba en el cerco de los ojos.

Papá me dio una palmadita en la espalda.

–Muchos muchos años. Anda, ve. Y recuerda: haz siempre lo correcto...

–¡Porque es lo correcto! ¡Adiós!

Momoko

Nos escabullimos al atardecer, cuando Jun terminaba su turno en la fábrica y Takuma salía de casa a dar sus clases particulares de piano.

A mamá no le había hecho mucha gracia que fuese con él, pero papá intercedió por mí: tenía que salir a respirar aire fresco. Además, con mi bonito kimono y mi nuevo peinado de trenzas que-demostraba-lealtad estaría a salvo.

–Recuerda lo que te dicen en el colegio: no te detengas a hablar con ningún hombre, aunque sea *kenpei* o soldado, ¿de acuerdo?

Desde que el libro con la peonía de la *yamamba* Miyamoto había llegado a casa, una notable tiritera siempre precedía a las palabras de mamá.

Jun

Momoko le parecía que, en la penumbra, su ojo ciego brillaba plateado y viscoso. A mí me parecía que el ojo ciego de Momoko recordaba mucho a las espléndidas *kaika*, las luces de los espíritus, o a las monedas que se ofrecen en el templo a cambio de un deseo.

Habíamos bajado a la playa.

–Me gustaría quedarme aquí siempre –dijo Momoko, tumbándose sobre la arena negra–. No volver al instituto. No encontrarme con ningún *kenpei*. –Se tapó la cara con las manos, pero lo vi: sus mejillas se estaban tiñendo de rojo–. No volver a ver el retrato del Emperador.

Mis mejillas también se tiñeron de rojo. Como no quería que Momoko se diera cuenta, las acerqué a la marea, que estaba subiendo. La botellita brillaba entre mis manos.

En ella estaba la carta del sobre blanco.

Los deseos del Emperador.

La promesa de servir siempre a la causa de la guerra.

Pero una ola se tragó enseguida la botella y todo lo que llevaba dentro.

«¿Ves? –parecía decirme–. No es tan fuerte como tú te crees. El agua puede tragárselo en un segundo.»

–¡Eh, Momo-chan! –exclamé, chascando los dedos de la mano izquierda–. ¿Qué pasará cuando un día no sepamos qué meter en la botella?

Momoko rio.

Ojalá tuviese una botellita especial para conservar aquella risa.

–¡Qué tontería! Pues escribiremos nosotras algo. Para variar. –Me lanzó un puñado de arena a la cara–. Los días, Jun Kobayashi, pueden ser vividos por personas como tú y como yo, pero la historia está escrita con tinta. Nunca se acabará el reinado de la palabra escrita. Y, si se acaba, será por el racionamiento.

Bajo la luz del sol que se escondía, el vello de sus brazos brillaba cobre y dorado. Su piel parecía suave.

–¿Escasez de papel? –pregunté, juntando la yema de mi índice contra la de Momoko.

Un dedo hizo opresión sobre el otro, haciéndonos sonreír y jugar a medir nuestras fuerzas hasta que una última ola rompió contra la orilla.

–Escasez de tinta –precisó Momoko–. A veces la robo en el colegio porque es lo más difícil de conseguir, ¿sabes? El papel, eso ya es más fácil. Siempre hay un par de facturas atrasadas o una caja de gotas para los ojos esperando por mí..., esas cosas nadie las echa en falta.

Di una palmada al aire.

–Qué injusticia, ¿no? Alguien debería alzarse a favor de las... de las facturas atrasadas y de las gotas para los ojos.

Momoko tiró de mi camisa, haciéndome caer en la arena, a su lado.

–Deberíamos crear una sociedad secreta a favor de las facturas atrasadas y las gotas para los ojos –dijo, apoyando el codo en mi hombro–. Deberíamos hacer protestas y pancartas.



Momoko

o vi mientras hablaba.

Algo se removió un poco a la derecha.

Al principio solo se escuchó el ruido, similar al frufú de una falda. Después, un ser pequeño y muy negro emergió entre las rocas.

Se agitó.

Danzó.

Se balanceó durante un segundo.

Y yo lo reconocí enseguida.

—¡*Yatagarasu!*

Jun se atrevió a ponerse en pie. Solo dio un par de pasos. Lo suficiente para estirar la cabeza y verlo con sus propios ojos.

El cuervo era azul como el cielo, despejado y oscuro, y sus ojos brillaban en la penumbra. Solo se dignó a echarnos un rápido vistazo antes de batir las alas y volar. La voz del *yatagarasu*, sin embargo, me arañaba los oídos.

Un crujido informe, como la melodía de una caja de música rota.

ALGO EXTRAÑO ESTÁ APUNTO DE SUCEDER.

Jun

Pasamos mucho tiempo hablando. De los fantasmas y de las brujas. De los secretos que coleteaban en el estómago como un pez frío. De los temibles *kenpeis*, que caminaban por la ciudad a sus anchas, y de las personas que se llevaban y de las que no volvía a saberse más. También de la guerra, pero no mucho. La guerra no era algo con lo que yo estaba muy familiarizada (no había radio en mi casa, a fin de cuentas, y ni papá ni yo podíamos leer los periódicos). La guerra, en cambio, era algo que parecía llamar a la puerta de Momoko disfrazada de sobres rojos y revisiones médicas.

Susurramos el nombre del Emperador y sentimos que todos los ojos de Okinawa caían sobre nosotras.

Las cerillas de Momoko, que se encendían y se apagaban, desafiaban a la oscuridad.

—¿Cómo es la fábrica? —me preguntó.

—Hum, pues casi todas somos mujeres. Fabricamos balas. Todas dicen que es una lata, pero a mí me gusta porque no es difícil. Lo único es que trabajamos tanto que se nos hinchan las piernas como globos y no nos dejan apoyarnos en la mesa.

—¿No os dejan?

—¡No! A una compañera que se llama Ito y tiene tres hijos una vez se le hincharon tanto las piernas que no le quedó otra que apoyarse para no caerse,

y el capataz le pegó en la espalda con el bastón. Le dijo que era una vaga y que, si no le hacía falta el trabajo, podía encontrar a otra.

Momoko se llevó una mano a la boca.

–¿Y la escuela cómo es?

–¡Bah, una lata! A la *yamamba* todos le tienen miedo. Las profesoras no están tan mal, excepto la señorita Tanemura, que me dice que no valgo para nada porque no sé zurcir ni se me dan bien las matemáticas ni nada. Y después están unas niñas horribles...

–¿A las que les tiré la fruta?

–Esas. Hacía un tiempo que no me hacían mucho caso, hasta que me convertí en *ikiryo*, un fantasma viviente. Pero desde que me corté el pelo no me dejan en paz.

Arrugué la nariz.

–¿Por qué?

–Dicen que mi ojo da asco, y tienen razón. ¡Bah, que se vayan al infierno! No es su problema.

–A... a mí m-me gusta –susurré, y mis orejas se tiñeron de un rojo tan poderoso como el de la cueva–. Nu-nu-nunca había conocido a nadie con un ojo negro y otro azul...

Momoko sonrió.

–Yo tampoco había conocido nunca a una chica con nariz de rey.

Momoko

En el camino de vuelta a casa Takuma y yo mantuvimos una pequeña conversación. A decir verdad, fue un interrogatorio con todas las de la ley, rematado con un pequeño reproche.

–¿Por qué llegaste tarde? De verdad.

Takuma fingió no saber de qué le estaban hablando.

No me amilané; todavía me quedaba algo de valentía.

–¿Tiene algo que ver con lo que te dijo Yoichi?

–¿Eh?

–No te pararon los *kenpeis*, ¿verdad?

Una mirada de reojo. Cuando te das cuenta de que tu hermana pequeña en realidad no es tan pequeña, cuesta asimilar la verdad.

–No, los vi yo antes de que repararan en mí. Yoichi tenía razón, no conviene llamar la atención.

Me mordí el labio inferior.

–Has hecho algo malo –afirmé–. Algo que está prohibido.

Takuma no dijo nada.

–Vamos, ¿es que no confías en mí?

Suspiro, suspiro.

Solo la luna, las estrellas y la calle empedrada estaban ahí para vigilarnos.

–No he hecho nada malo. Pero no voy a negar que he hecho algo prohibido.

–No vas a dar clases particulares.

–No.

–¿Y entonces qué...?

Takuma me tapó la boca con la mano. En la guerra, incluso la luna, las estrellas y las piedras podían traicionarnos.

–No puedo decírtelo. No porque no confíe en ti, sino porque estarás mucho más segura si no lo sabes, ¿de acuerdo?

–Pero...

–¡Chitón! ¿Te acuerdas de lo que le dije a Yoichi? ¿Que teníamos ideas muy distintas de lo que significa servir a nuestro país?

–Sí.

–Pues yo estoy sirviendo a mi país de la mejor manera que sé. Y no vuelvas a preguntarme por ello, ¿vale?

–Vale. ¿Lo sabe mamá?

Takuma se detuvo un momento.

–Sí. Sí, claro que lo sabe mamá.

–Vale.

Aquello sería suficiente.

Hacía meses que las montañas habían empezado a moverse, y ahora solo el Emperador parecía ser capaz de gritarles para que se detuvieran.

Momoko

He aquí el suceso extraño del que me previno el *yatagarasu*: los fantasmas se adueñaron de la tienda de música meses después de que yo dejase de creer en ellos. Comenzaron camuflados entre el golpeteo de la lluvia contra los cristales de la ventana y el crujido de las cajas que papá apilaba sobre las estanterías.

Ni papá ni Takuma repararon en el ruido, pero Ryo y yo sí. Cuando eres un experto en el silencio, cualquier fina capa de sonido resulta lo suficientemente clara para ti.

Tomp. Pata-tomp. Pata-tomp. Pata-tomp-tomp-tomp.

Provenía de abajo, del sótano.

Tomp. Pata-tomp. Pata-tomp. Pata-tomp-tomp-tomp.

Me imaginé un fantasma oscuro y gordito.

Tomp. Pata-tomp. Pata-tomp. Pata-tomp-tomp-tomp.

Agazapado entre los instrumentos o bailando claqué sobre las tablillas del suelo.

Tomp. Pata-tomp. Pata-tomp. Pata-tomp-tomp-tomp.

Al acecho.

Tomp. Pata-tomp. Pata-tomp. Pata-tomp-tomp-tomp.

Aprovechando el caos de los últimos minutos del cierre de la tienda, me agaché y repté hasta la trampilla del sótano. Acaricié el tirador de latón entre los dedos. Los sonidos eran tan fuertes ahora que casi tenían forma.

Tomp. Tomp. Tomp. Tomp. Tomp.

Solo necesitaba aferrarme al tirador, coger fuerzas y...

–¿Admirando el parque, pequeña?

La sombra alargada de Takuma se arqueaba sobre mis hombros.

–¡Deja de mirar a las musarañas, que nos vamos! Hoy hay sopa de *miso* para cenar y no sé tú, pero yo me estoy muriendo de hambre.

Los pasos de los fantasmas en el sótano nos despidieron al cerrar la puerta.

* * *

–Tú también los has escuchado, ¿verdad? A los *tsukumogami*.

Las palabras salieron agresivas de mi boca; golpearon a Ryo en la nariz.

–Los *tsukumogami* son una historia de niños...

El acuarelista más joven y enfermo de Okinawa ya tenía casi trece años. No, desde luego que no podía admitir haber escuchado los pasos y las voces de los fantasmas. Era un niño mayor.

Chasqué la lengua. Estábamos en el estrecho espacio entre mi casa y la de mi tía, de modo que no me resultó difícil acorralarlo contra el muro.

–Sí, claro que son una historia de niños, pero ¿por qué iba a significar eso que no existen? A fin de cuentas, tú viste al *yatagarasu* aquel día...

Ryo tragó saliva. Estaba tan consumido que las cuencas de sus ojos eran grandes y redondas como las de una calavera.

–¿Entonces me crees?

Suspiré, cogiéndole la mano.

–Claro que sí. Te contaré un secreto: yo también lo he visto. Ayer, en la playa. Pero no te preocupes: el *yatagarasu* no podrá hacerte nada. No se lo permitiré.

«Puede cambiar cualquier cosa, pero nadie te hará daño», pensé.

Ryo tragó saliva.

–Sí. Yo también escuché a los *tsukumogami*. Son reales.

* * *

La noche caía sobre Naha como una capa plateada cuando le hablé a Jun de los *tsukumogami*. Era miércoles, día de visita, y ambas estábamos acucilladas en la callejuela, esperando a que Takuma saliese de la panadería.

Siempre ocurría de ese modo. Takuma entraba. No quedaba gran cosa (los *kenpeis* se lo llevaban siempre todo), pero de alguna manera el panadero acababa encontrando un bocadillo... y a Takuma nunca le gustaba. La enfermedad de hígado lo había vuelto un tiquismiquis, decía, y también que era una pena no aprovechar el último bocadillo de la panadería.

–Kobayashi, ¿quieres llevártelo a casa?

Siempre ocurría de ese modo.

–¡Calla! ¿Un *tsukumogami* en tu sótano?

–Sí. Ya creía que eran cuentos de niños, ¿sabes? Cuando Takuma y Naoki se llevaron los pianos, me quedé sola en el sótano y, por más que me concentré, no escuché nada.

Me mordí el labio inferior. A lo lejos se oía la campanita de la panadería y los pasos alegres de Takuma acercándose a nosotras.

–Podrías venir a la tienda algún día, ¿sabes? –Bajé la voz–. Papá tiene discos prohibidos. Podríamos escucharlos. Y, quién sabe, quizá veamos a un fantasma.

–¿A la t-t-tienda? ¿D-de v-v-verdad?

–¡Pues claro! Eres mi amiga, ¿no?

–P-p-p-pero yo no...

–Me defendiste de Emiko Araki, ¿a qué sí? Y conseguiste todas aquellas botellas. Eres la mejor amiga que he tenido nunca.

–P-p-p-pero... la t-t-tienda...

Agarré la mano de Jun. Era la primera vez que la sostenía tanto tiempo, y me sorprendió lo cálida que era y la facilidad con la que podía contar los huesecillos como si fuesen las teclas de un piano.

–Eres mi amiga, ¿no?

Jun asintió; un mero temblor en la oscuridad.

–*Siempre* serás bienvenida.

Jun

El señor Akiyama quedó muy sorprendido al verme. Todo él, desde los cordones de los zapatos hasta el bigotito, se sacudió. Luego sus comisuras se agitaron hasta alzarse; estaba sonriendo.

–Así que usted es amiga de mi hija, ¿eh?

–S-sí. M-m-m-me llamo Jun. Jun K-Kobayashi.

–Señorita Kobayashi, es un auténtico honor conocerla al fin. Siéntese, siéntese, póngase cómoda. La tienda no es muy grande, pero siempre hay espacio suficiente para leer en el mostrador.

Aunque había tratado de adecentarme lo mejor posible, todavía tenía restos de pólvora bajo las uñas y mi camisa más nueva y limpia parecía gris y arrugada al lado de las ropas de Momoko y del señor Akiyama. Que me llamasen señorita me parecía tan ridículo e inapropiado como tratar a un cerdo de duque, pero me gustó cómo la palabra caía cálida en la boca de mi estómago.

–M-m-m-muchas g-g-gracias, s-s-s-eñ-ñ-ñor A-Akiyama.

–Muchas gracias a ti por honrarnos con tu presencia –repuso, apartando el taburete para que me sentase.

Momoko extendió un libro entre su antebrazo y el mío. En la primera página, casi saludándome, había una ilustración de un gato negro y regordete.

–*El niño que dibujaba gatos* –leyó–. Mi libro favorito cuando era pequeña. He pensado que estaría bien leerlo. Podría enseñarte. –Acercó su boca a mi

oído y susurró—. Así podrás leer nuestros mensajes en una botella.

Desde la trampilla del sótano llegaba un ruidito que me recordó a la respiración agitada de un animal.

Momoko se aclaró la garganta.

—Había una vez un matrimonio de granjeros muy pobre que tenía muchos hijos —leyó—. Los demás niños ayudaban a sus padres en el campo, pero el más pequeño no. Al pequeño solo parecían entusiasmarle dos cosas: soñar despierto y los gatos. De la combinación de ambos pasatiempos nació su mayor pasión: dibujar gatos. No podía evitarlo: soñaba con gatos y veía gatos en todos los rincones y, naturalmente, llegó un día en el que también acabó pintándolos.

Las palabras se desplegaban entre nosotras, formando imágenes de niños soñadores y padres que, empujados por la pobreza, acuden al sacerdote para que instruya al pequeño en su templo. Las montañas y el sol rojo de Japón se extendían con facilidad en el espacio entre nuestros codos. Cada *kanji* se apilaba sobre el anterior mientras el ruidito (que me recordaba a la respiración agitada de un animal) seguía acompañándonos desde la trampilla del sótano...

Cuando el niño era enviado al templo (apreté instintivamente la mano de Momoko al ver la ilustración), la puerta se abrió originando un pequeño estrépito. Takuma jadeaba y sudaba en el umbral.

La estilográfica del señor Akiyama cayó al suelo.

—Un pedido —explicó Takuma entre bocanadas de aire—. Es urgente. Tenemos que mandar un Schrammel a Kobe.

Momoko

Schrammel.
De niña aprendí los nombres de los países basándome en los instrumentos musicales.

Violines Stradivarius de Italia, pianos Steinway de los Estados Unidos, acordeones Schrammel de Austria...

Con sumo cuidado, papá deslizó las gafas por el puente de la nariz y se las guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿Un Schrammel?

Takuma dio un golpe de cabeza.

—A Kobe. Urgente. Muy urgente.

Papá se volvió hacia nosotras. Rápido, con torpeza, sacó su billetera.

—¿Por qué no vais a tomar algo? Hay una heladería muy buena aquí cerca.

—Cerró —repuso Takuma detrás de él.

Papá se llevó dos dedos a las comisuras.

—Bueno, estoy seguro de que debéis tener hambre, ¿eh? ¿Por qué no vais a la pastelería y os compráis algo rico? Nosotros cerraremos la tienda y volveremos enseguida...

—Pero ¡no hace falta! —chillé—. Jun y yo podemos encargarnos de todo, ¿a que sí?

Jun asintió, los ojos clavados en las puntas destrozadas de sus zapatos.

—Pero...

Takuma chascó la lengua.

–¡Papá, no tenemos mucho tiempo!

Con aquel grito, papá se alisó los pantalones, se reincorporó y salió.

–Sed buenas –nos dijo–. No tardaremos.

Cuando se fueron, la tienda quedó sumida en un silencio imperial. Las respiraciones del sótano casi podían contarse.

Pero en mi cabeza no había lugar para los números.

–Creo que es hora de poner algo de música –dije, acercándome al viejo gramófono de papá–. ¿No crees, señorita Kobayashi?

Sonreí. Quería que Jun leyese en mis comisuras, tal vez acercando sus dedos a ellas como si fuesen braille, una sola palabra: «Peligro». Quería ser *jazz* y libertad y sueños, y quería guardar todo eso en una sonrisa.

–Me parece que no tengo opción –dijo Jun y, si yo hubiese podido leer su sonrisa como braille, no habría sabido qué responder.

Saqué un disco del estante más alto. La carátula indicaba que pertenecía al célebre cantante Kikutaro Takahashi, pero yo conocía el secreto. Su interior contenía algo peligroso, impronunciable: la canción *Twenty-four robbers*, de la orquesta de Fats Waller.

El piano sonó enloquecido. Bajé el volumen hasta que solo Jun y yo, acucilladas ante el aparato, pudimos escuchar la canción.

–*Jazz* –susurré, empezando a mover los pies al ritmo de la canción.

–*Jazz* –repitió Jun–. Me gusta el *jazz*.

Bailamos agachadas, las orejas pegadas al gramófono y nuestros cuerpos tan juntos que nuestras rodillas y las puntas de nuestros zapatos chocaban.

Bailamos por toda la tienda, incluso cuando la música ya no podía escucharse y nuestras carcajadas empezaron a marcar el ritmo.

Bailamos saboreando la guerra de 1941 y las promesas de 1943. Piel contra piel. Podía contar las pecas que cuarteaban sus mejillas y podía repasar con el

índice las cicatrices que dividían su labio superior y su ceja izquierda. Podía preguntarle por las historias que se escondían detrás de cada corte. Podía dibujar una constelación uniendo los lunares de su cuello. Podía construirme una casita en su risa y quedarme a vivir allí, donde la muerte no podía tocarme.

Y

entonces

oímos

el

golpe.

Provenía de abajo, del sótano, y aunque probablemente nadie en la calle pudiese oírlo, a nosotras nos dio la sensación de que el suelo bajo nuestros pies temblaba.

Nos agachamos junto a la trampilla. Agarramos la argolla de latón, tiramos de ella y... y nada. La trampilla seguía estando cerrada, una nube de polvo emergiendo de ella y haciéndonos estornudar.

–Pero ¡si papá nunca la cierra con llave! –exclamé, poniéndome en pie.

Jun, arrodillada y algo paliducha, levantó la cabeza.

–P-piensa, ¿dónde podría estar?

Recorrimos toda la tienda. Abrimos cajones y lo revolvimos todo, cuidando de dejar cada objeto en el lugar preciso antes de que llegasen los hombres. Separamos carpetas y hojas de cálculo y abrimos cajas de instrumentos y asomamos las cabezas en los jarrones decorativos de la era Meiji hasta que la encontramos.

Un leve brillo dorado.

Jun extendió el brazo hasta llegar a lo más fondo del cajón más pequeño para alcanzarla. Estaba tan fría en sus manos que quemaba.

–¡Vamos, vamos, antes de que vuelvan Takuma y papá!

La llave de latón se retorció entre nuestras palmas sudorosas. Un pequeño forcejeo, un poco de fuerza más (los *tsukumogami*, abajo, contuvieron la respiración) y...

La empinada escalera se disponía ante nosotras. Bajamos los peldaños de tres en tres, sin soltarnos las manos y sin atrevernos a mirar atrás.

La luz que provenía de la tienda iluminaba solo una fracción del suelo; las motas de polvo brillaban como estrellas en la penumbra.

Oímos, por orden de aparición: los silbidos de una respiración que se crispa, el crujido de las tablillas y el frufú de una falda.

Todavía agarradas de la mano, todavía sudando, caminamos en dirección a aquellos tres sonidos.

Un paso más, allí donde la oscuridad era más profunda.

Negro.

Algo rasposo cayó sobre nuestras cabezas. Olía a moho y a reclusión, y me hizo cosquillas en los dedos al apartarlo.

Mientras la bandera del sol naciente de repuesto se desplomaba al suelo, creí ver a una mujer agazapada en la esquina. Un largo, vaporoso vestido blanco. Una maraña de pelo negro. Dos ojos temblorosos y asustados...

—¡*Tatari!*— chilló Jun—. ¡Ataque de fantasmas!

La mujer (el largo, vaporoso vestido blanco; la maraña de pelo negro; los dos ojos temblorosos y asustados) se escondió detrás de un montón de cajas apiladas. No nos quedó coraje para ir tras ella. Subimos la escalera, nos peleamos para cerrar la trampilla y le dimos una, dos, tres vueltas a la llave.

Todo en su sitio, todo en silencio.

—A-a-ahora y-y-y-y-ya s-s-s-sabemos lo que hay a-a-a-ahí abajo.

Así fue como lo había resumido Jun.

Ya sabíamos lo que había abajo; lo habíamos visto.

Una mujer elegantemente vestida, pálida como la luna.

No se parecía en absoluto a los viajeros que venían y se iban durante la noche.

En cierto modo, incluso, no parecía humana.

Jun

Desde que era pequeña, siempre me ha llamado la atención cómo el resto de las personas parecen estallar y colapsar de vida. Brillan, sus colores a máxima intensidad, y son rápidos y sus voces resuenan. Yo no. Yo estoy pintada en distintos tonos de gris, y mi voz es un susurro y mis pies se arrastran sobre el suelo, echándome arena a los tobillos.

La primera vez que vi a Momoko en el acantilado, me sorprendió lo viva que parecía. Sus ojos resplandecían; casi parecían arder. Y su labio inferior temblaba y su pecho se agitaba con cada página que pasaba.

Los ojos de la mujer de la fábrica también resplandecían, y su labio inferior también temblaba, cuando me entregó el panfleto por debajo de la mesa de trabajo. Yo, por descontado, no había entendido una sola palabra, pero enseguida supe que era peligroso; una hoz y un martillo habían sido toscamente dibujados en una esquina.

—¡Eh! ¡Eh!

Con el primer grito del *kenpei* (lo había visto como una mancha verde oliva por el rabillo del ojo) sentí que se me crispaba la espalda; con el segundo traté de esconderme en un callejón, pero él fue más rápido que yo y me agarró de la muñeca.

Sentí cómo el panfleto me abrasaba el pecho a través del bolsillo de la camisa. ¿Podría el *kenpei*, de alguna manera, adivinar lo que estaba

escondiendo? ¿Había algo en mi rostro o en mi manera de caminar que deletreaba esa palabra afilada que empezaba por ce?

Comunista.

–Kobayashi, ¿verdad?

Ahora que el *kenpei* y yo estábamos cara a cara, pude comprobar que se trataba de Yoichi, el hermano mayor de Momoko, que entraba y salía de la casa de Aiko Dokite con total naturalidad.

–S-sí, s-s-señor.

Aunque papá me había advertido de que debía dirigirme a los *kenpeis* con respeto y tratar de hablarles con claridad, no pude evitar tartamudear.

A Yoichi no pareció importarle.

–¿Te importa que caminemos juntos? Eso tiene pinta de pesar. –Señaló mi bolsa de trabajo con un golpe de cabeza–. Podría llevártela. ¿Qué me dices?

–S-sí, s-s-señor. D-de acuerdo.

A los *kenpeis* siempre debía decirseles que sí. Los *kenpeis* tenían muchos derechos, entre ellos:

Entrar en una tienda y saquearla.

Entrar en una casa y registrarla.

Parar a alguien por la calle e interrogarlo.

Parar a alguien por la calle y llevárselo preso.

Parar a una mujer por la calle y llevársela.

Yoichi Akiyama, que entraba y salía de la casa de Aiko Dokite con total naturalidad (como muchos otros hombres, incluso ahora que ella estaba preñada, entraban y salían), quería pasear conmigo.

Algo oscuro y pegajoso saltó en mi estómago, pero no podía negarme. No podía negarme. El *kenpei* tenía derechos sobre mí.

Como esperaba, Yoichi no dijo gran cosa. Me condujo a través de calles estrechas y poco iluminadas hasta que llegamos a una fuente de carpas. Los

peces, que nadaban ajenos a todo, parecían manchas de acuarela en el agua.

«Así que es aquí donde va a ocurrir», pensé. No sería la primera, y desde luego no sería la última, en ser conducida a un rincón abandonado de la mano fuerte de un *kenpei*.

Yoichi me acarició el antebrazo.

Solo esperaba no sangrar; no quería deshonrar a papá si, de algún modo, había algún cambio en mi cuerpo que revelase lo que estaba a punto de ocurrir.

–Quiero que me hagas un favor –dijo Yoichi, los ojos clavados en mí.

La cosa oscura y pegajosa subió de mi estómago a mi garganta y me impidió responder, de modo que me limité a asentir con un gesto.

La mano de Yoichi se deslizó por mis dedos hasta apoyarse en la fuente. Luego, el propio Yoichi se sentó y colocó la otra mano sobre la hebilla de su cinturón.

–Conoces a mi hermana Momoko, ¿verdad?

–S-sí.

Ojalá fuese rápido.

Ojalá se desabrochase ya el cinturón y empezase de una vez.

Ojalá dejase de hablar.

–¿Y a mi hermano Takuma?

–S-sí.

Yoichi indicó la fuente con un gesto: quería que me sentase junto a él.

Lo hice, pero él no cambió de postura. ¿Sería una trampa? ¿Estaría esperando a que yo hiciese algo, como llevarme los dedos a los botones de la camisa, para acusarme de prostitución?

–¿Sabes de qué trabaja?

–¿T-Takuma? –Yoichi asintió con un gesto—. E-es p-p-pianista. Y t-t-trabaja en una t-t-tienda d-de m-m-música.

–¿Y nada más?

–N-nada más, s-s-s-señor.

–¿Lo ves alguna vez por ahí, en el barrio? –preguntó Yoichi, todavía con la mano sobre la hebilla, todavía en la misma posición—. Por la noche, por ejemplo.

Guardé silencio durante unos segundos. Cuando un *kenpei* hace preguntas sobre alguien, generalmente ya tiene una respuesta, y a ese alguien no se lo vuelve a ver.

Takuma Akiyama no era un criminal. Takuma Akiyama era buena persona. Takuma Akiyama mentía para que yo no me avergonzase de aceptar su bocadillo.

Y Takuma era el hermano de Momoko, y Momoko lo quería. No podía hablar en su contra, a pesar de haberlo visto merodear por las calles más de una noche.

La duda me delató.

–Está bien, Kobayashi. Está bien. Eres una buena chica, ¿sabes? Voy a tener que pedirte otro favor, ¿vale?

Se puso en pie.

Yo, temblando, me erguí también.

–¿Ves esta fuente? –dijo Yoichi, señalándola con el índice derecho—. Es mía. Bueno, para ser exactos, los peces son míos. Eres una buena chica, y quiero pedirte un favor. Ya que pasas por aquí cerca, ¿te importaría cuidar de mis peces? Son muy importantes para mí, y si te encargas de ellos, serás recompensada.

Una gran moneda plateada brilló entre sus dedos. Todavía estaba cálida cuando la depositó en mi palma.

–Una cada semana, ¿qué te parece?

–S-sí, s-señor.

–Yoichi. Puedes llamarme Yoichi. ¿Yo puedo llamarte por tu nombre?

–S-sí.

–Mucho mejor. –Se volvió y caminó un par de pasos antes de girarse hacia mí de nuevo—. Ah, una cosa más. Tú sabes que yo no vivo aquí, ¿verdad?

–S-sí.

–¿Se lo has contado a Takuma o a Momoko?

–N-no.

–Bien, pues no lo hagas. Por favor. Y recomiéndale a Takuma que se busque otro trabajo.

Y siguió caminando hacia delante hasta desaparecer.

Aquella tarde, al menos, no había ocurrido nada que pudiese deshonrarnos a mí o a papá.

Takuma apareció como una sombra torpe y alargada tres noches después. Se aferraba a una bolsa no muy distinta a aquella en la que yo guardaba mis herramientas de trabajo y caminaba con seguridad entre las casas del barrio *buraku*.

–S-s-señor Akiyama.

Como siempre, mi voz era un susurro ahogado, pero Takuma la escuchó. Esa era otra de las cosas que me gustaban de él y de Momoko.

–Kobayashi, ¿qué es eso de señor Akiyama? Llámame Takuma o, como mucho, señor Taku, ¿de acuerdo?

Reí.

–D-de acuerdo, s-señor T-Taku. T-tengo algo que... a-algo que d-decirte.

Y le repetí la advertencia de Yoichi.

Takuma no quedó muy complacido. Su rostro se endureció y sus puños se cerraron junto a sus pantorrillas.

–¿Te ha dicho algo más?

–N-no.

Takuma suspiró.

–Vale, Kobayashi, esto es lo que vamos a hacer: si Yoichi vuelve a molestarte, quiero que me lo cuentes inmediatamente, ¿vale?

–S-sí...

–Inmediatamente. Muchas gracias por pasarme el recado. Ya sabes lo que se dice: no disparen al mensajero. Eres una buena chica, Kobayashi. ¿Quieres que te acompañe a casa?

–N-no. ¿S-señor Taku?

Ahora fue Takuma el que rio.

–¿Sí?

–N-no d-d-deberías v-venir tanto p-por aquí. Hay mu-muchos *k-kenpeis*.

–Gracias, Kobayashi, intentaré seguir tu consejo. ¡No disparen al mensajero!

También él desapareció entre las sombras de la noche, y me pregunté si llegaría alguna vez el día en que dejase de ser «una buena chica» y empezase a estar realmente viva.

Momoko

Fuera el aire era frío, cortante; dentro, en cambio, el aire se arremolinaba cálido y pegajoso alrededor del *kotatsu*.

El *kotatsu* siempre escuchaba las peores noticias, normalmente de noche, cuando yo ya estaba acostada.

Esta noche en particular, sin embargo, Takuma había requerido personalmente que yo me sentase con ellos. Que escuchase. Ya era mayor.

–Tenemos que pensar un plan –dijo Takuma en voz baja, haciendo girar un cigarrillo consumido entre el índice y el pulgar–. Y si en una semana no tenemos un plan, no me quedará otra que alistarme voluntariamente. Me ha... llegado un chivatazo. La... la policía militar sospecha de mí.

La taza de papá cayó al suelo y se rompió, derramando el té sobre el suelo y dispersando fragmentos de porcelana a un lado y a otro de la habitación.

–Podemos volver a intentar lo de la soja –terció mamá–. Si las pruebas médicas determinan que sigues teniendo una enfermedad de hígado, la coartada de la enfermedad será más firme.

–Creo que en estos momentos la coartada de la enfermedad no resulta demasiado creíble. Tengo dieciocho años. ¿Cuántas personas de dieciocho años contraen repentinamente hepatitis?

–Pero ¡no pueden arrestarte por estar enfermo! –grité.

Los ojos del Emperador estaban sobre nosotros. Como cada día. Hasta la eternidad.

Mamá se humedeció los labios.

–Pueden.

–Pueden –la secundó Takuma, ahogando un suspiro—. Veamos, no tenemos muchas opciones. Si bajase de peso solo haría recaer más la atención sobre mí. Y puesto que nadie se vuelve sordo o ciego de la noche a la mañana...

Su voz bajó hasta desaparecer. Me miraba a mí (con mi ojo negro y mi ojo azul, con el fantasma de una noche de fiebre y el diagnóstico de glaucoma) muy fijamente.

Sacudió la cabeza.

–Sí, es una idea terrible. Estoy desesperado. Veamos, ¿qué más opciones hay?

Papá, que tenía las pupilas fijas en uno de los fragmentos de porcelana, no se volvió hacia nosotros cuando dijo:

–No puedes ser alistado si cursas estudios universitarios... ¿Y estudios superiores?

Takuma se rascó la coronilla.

–¿No son acaso lo mismo?

–No –musitó papá, poniéndose en pie—. Mi buen amigo el señor Gomi..., debo de tener su número en alguna parte...

Se levantó y dio dos pasos largos hasta la escalera antes de volverse de nuevo, caminar hasta el *kotatsu* y agregar:

–O tal vez debería visitarlo mañana. Takuma... –Le agarró las manos y las examinó con cuidado; los dedos, uno a uno—. Sí, lo que pensaba, todo en orden. El señor Gomi...

–¿Vas a molestarme en explicarme de qué estás hablando?

Papá lo miró en silencio durante un par de segundos; sudaba profusamente y sus propias manos (nudosas y enfermas) se sacudían con violencia.

–El conservatorio. Eres un gran pianista, pero no teníamos dinero suficiente y... –Sacudió la cabeza–. El conservatorio es la clave. Iniciarás tus estudios de música y aplazarán tu servicio militar hasta los veintiséis años, y que Dios nos ayude si todavía seguimos en guerra entonces.

Papá se dirigió de nuevo a la escalera (tal vez a buscar el número de teléfono del señor Gomi), pero la voz de Takuma se lo impidió.

–¿Y cómo vamos a pagarlo ahora? Si no podíamos entonces, ¡ahora...!

–Bueno, para empezar, ese piano –lo señaló– vale mucho. Eso lo primero. Y después... se nos ocurrirá algo. Algo podremos hacer.

Y subió la escalera antes de que Takuma, que no pudo contener una risotada, dijese algo más.

–¡Esa sí que es buena! ¿Ahora quieres que sea un pianista sin piano?

Me encogí de hombros.

–En el conservatorio hay pianos de sobra, ¿no?

Momoko

El señor Gomi era un hombre enjuto, inconmensurablemente feo y de aspecto ratonil. Se paseaba por la salita con las manos a la espalda, observando (y, cuando sus ojos se topaban con los del Emperador en el retrato, sonriendo) en silencio.

–Una buena familia –dijo, y sus ojos no se separaban del cuadro–. Una buena casa. No lo habría dicho. La última vez que vine, el occidentalismo se había adueñado de vosotros. Esa ropa extravagante. Esos muebles franceses. No os culpo, claro, la época..., esto está mucho mejor. Pero esto no hace bueno a un pianista. No necesariamente, al menos.

Papá se llevó una mano al bigotito. Mamá, que servía el té, tenía los labios descoloridos, del mismo pálido rosa de su mejor kimono.

–Mi chico es un pianista excepcional –aseguró papá, señalando con un golpe de cabeza a Takuma, que estaba sentado frente al instrumento.

El señor Gomi hizo un gesto reprobatorio con la mano.

–Un poco mayor.

–Dieciocho años.

–Tenía planeado unirme al servicio militar –apostilló Takuma, alzando la voz.

Nos volvimos para mirarlo.

El señor Gomi le dio un sonoro sorbo a su té.

–Oh, sí, algo he oído. ¿Qué pasó?

–El hígado.

–¿Hepatitis?

–Eso parece. No mejoro.

Con aquellas dos últimas palabras, el señor Gomi depositó su taza sobre la mesa (el choque entre la porcelana y la madera emitió un clonc cortante como el cristal), se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

–¡Qué familia! Primero el hijo de tu hermana, que nadie sabe lo que tiene; luego, tu pequeña, que se quedó ciega. –Me dirigió una corta mirada–. ¡Y ahora el mayor tiene hepatitis! Por no hablar de tus manos, Hibiki. Sabes que sentí tu retirada casi tanto como tú. Pero ¡en fin! ¿Acaso ha caído una maldición sobre vosotros?

–Eso parece, ¿eh? –dijo Takuma, y empezó a tocar sin esperar a que el señor Gomi o nadie más agregase algo.

Sonata en re mayor de Schubert. Para el señor Gomi, sin duda, representaba la más difícil; tocada por alguien carente de talento, resultaba pobre y simplona. Solo alguien que podía convertir sus palabras en música y su música en palabras podía conseguir que la sonata desvelase sus secretos.

Después de Schubert fue Chopin y después de Chopin, especialmente para los oídos nacionalistas del señor Gomi, la Novena Sinfonía de Beethoven que la Sinfónica de Tokio tocaba al festejar el Año Nuevo.

El señor Gomi.

Guardó un silencio.

Casi religioso.

–¿Y bien? –lo increpó papá–. ¿Y bien? Tiene talento, ¿verdad?

El señor Gomi extendió los brazos en el aire.

«Ayúdame, señor», parecía decirle al Emperador en la pared.

–¡Tiene! Un talento natural, pero bruto. Si hubiese empezado sus estudios...

–Le enseñé yo mismo –lo interrumpió papá, su mano cayendo sobre el hombro de Takuma–. Yo mismo. Un muchacho magnífico.

–Magnífico, magnífico, sí, pero indisciplinado. Y, eh..., como comprenderás, una decisión tan importante no recae solo sobre mis hombros.

Volvió a llevarse las manos a la cabeza, como queriendo ponerse un sombrero imaginario. Luego, al recordar que su propio sombrero no estaba allí, sino en la entrada, se puso en pie, echó un rápido vistazo a Takuma y suspiró.

–Son tiempos muy malos. Nadie piensa en el arte, nadie invierte en el arte. Desde luego, no creo..., si estoy en lo cierto..., ningún *meriken* pisará nuestra tierra sagrada. Claro que la gente..., la moral es débil. No hay lugar para la música.

Re.

La nota, como un afilado cuchillo, cortó la sala en finas capas.

–La guerra no durará mucho más, ¿no? –dijo Takuma, el dedo todavía sobre la tecla–. A fin de cuentas, Nueva Georgia es una campaña ganada, ¿no?

Nuevamente, el señor Gomi guardó un silencio casi religioso. Cuando se fue, había una fecha marcada en tinta roja en el calendario (miércoles 30 de julio, prueba en el conservatorio de Naha) y un silencio pegajoso y casi corpóreo en torno al *kotatsu*.

Mientras Takuma y papá fumaban, y por la rendija de la puerta de la cocina se colaban las volutas de humo, mamá me agarró y me enseñó cómo preparar el té.

–Una cultura no debe esconderse en habitaciones cerradas –decía, salpicando las dos medidas de *matcha*³⁰ con el *chashaku*–.³¹ Es un disparate colocar un farolillo debajo de la mesa, donde no pueda verlo nadie, ¿no te parece? Si lo pones en la ventana, en cambio, su luz irradiará a todo el vecindario y todos podrán admirar su belleza, ¿lo comprendes? No hay nada

malo en utilizar la luz de los demás y tampoco en compartir tu luz con desconocidos. No se puede gastar, ¿ves?

Para ilustrar su afirmación agarró una varilla de incienso y la acercó al fuego que calentaba el agua para el té. Al hacerlo, la punta prendió (tiñendo la cara de mamá de naranja y dorado) y pronto la habitación quedó llena del olor penetrante del incienso.

–Si insistes en quedarte con la llama, esta acabará apagándose –continuó mamá–, pero, mira, cuando la pasas a distintos recipientes –tomó otra varilla de incienso y la encendió al acercarla a la primera–, la luz nunca se apaga.

Momoko

Me contó la historia de noche, en la *engawa*, fumando un cigarrillo tras otro. **M**Las confesiones de Takuma, de un modo u otro, siempre olían a tabaco y a oscuridad.

¿Cómo empezar? Los soldados caminaban bajo la ventana del auditorio. Muchachos jóvenes –desesperadamente jóvenes, incluso– marchando hacia la muerte. Muchachos valientes, honorables.

Valientes. No debía olvidarlo jamás.

Tal vez él debería estar marchando con ellos. Un paso y luego otro, hasta olvidar la barbarie y la destrucción. Él quería hacer algo más valioso con su vida que tocar el piano para ricachones o repasar las cuentas de la tienda de música de su padre. Quería cambiar su pedacito de mundo.

Tal vez debería abandonar la sala de música, disculparse ante el señor Gomi y alistarse. Su muerte, que no sería más que una mancha diminuta e inapreciable en la historia de Japón, salvaría a su familia.

Pero.

Había.

Algo.

Más.

Alguien más a quien salvar. Un pedacito de mundo ajeno al suyo. *Mierda.*

Dejaría que Buda lo decidiera. No, mejor aún: dejaría que el Emperador lo decidiera.

No tocó a Schumann ni a Chopin. Tampoco a Beethoven o a Verdi.

Metido en su papel, temblando como un niño en su primer festival cultural, interpretó una marcha militar. Una cosa pobre, paliducha. ¿A quién podía impresionar eso?

Tocó la nana que la tía todavía le cantaba a Ryo cuando llegaba la hora de dormir.

Tocó el himno de Japón, y sintió en la lengua el sabor del frío y de las madrugadas del primer año de guerra contra los Estados Unidos.

Los soldados ya no pasaban por nuestra calle.

Cuando terminó, dejó caer ambas manos sobre las pantorrillas y esperó.

El Emperador lo juzgaba desde la pared.

«Estoy en tus manos», pensó, y casi sonrió.

Casi.

Porque el señor Gomi, detrás de él, se puso en pie. Y después la señora Wada, y el señor Kazama y el resto de los profesores del conservatorio.

Aplaudían.

–Muchas gracias –consiguió decir.

Los once profesores se inclinaron ante él.

–Te comunicaremos el resultado de la prueba enseguida –farfulló el señor Gomi.

El teléfono sonó mientras Takuma terminaba su historia.

El Emperador había hablado. Papá, a su manera, también.

–Supongo que ahora estoy en deuda con el señor Gomi, ¿eh? Pero no importa. Mientras todos estemos juntos, no importa.

Tenía razón.

Takuma no marcharía hacia la muerte como todos los demás. Por una vez, la vida tenía planes diferentes para él.

Jun

Agosto fue un mes de sangre.

A En el Pacífico, en una diminuta isla cuyo nombre yo ni siquiera sabía pronunciar, hombres caían y morían sin honor y sin gloria, pues ni el honor ni la gloria pueden ser encontrados en la arena negra y el sol sanguinolento, pero este era un dato que yo desconocía. Ni yo ni mis compañeras utilizábamos los periódicos más que para envolver nuestro almuerzo racionado y aplastado.

Solo fabricábamos balas.

Pero las desgracias tienen un modo de vagabundear cerca de casa.

Agosto fue un mes de sangre, sí, pero no todos los sacrificios son registrados en la historia.

Primero fue la compañera. No recuerdo su nombre. Tenía el pelo rizado y pecas, y una sonrisa que, las pocas veces que aparecía, iluminaba su tez cetrina.

La comunista.

Cuando el capataz la azotó, la sangre que le salió a borbotones de la nariz y la boca era tan roja como la tipografía de sus panfletos.

Yo había echado a la lumbre todos los que me había entregado. Un gesto de cobardía, sin duda, especialmente desde que podía comprender algunas de las palabras escritas en ellos.

No muchas, en realidad. Un par de palabras cortas, algún que otro demostrativo, el nombre de mi país.

La compañera cayó al suelo, y cuando el capataz la arrastró por la melena, sus rodillas descarnadas dejaron marcas rojas en el suelo.

Las demás seguimos fabricando balas. Porque era lo que debíamos hacer. Porque el mundo colapsa y explota cada día y, sin embargo, sigo viva.

Aquella palabra peligrosa con ce fue repetida cien veces, mil veces. Gritada. Escupida. A veces resultaba tan real que parecía tener una forma, y más de una espalda se crispó al oírla.

Después, como siempre, llegó el silencio. Y a la compañera no se la volvió a ver.

Ningún panfleto de ningún tipo volvió a ser escondido forzosamente en mis puños cerrados.

Después fue Aiko Dokite. Me topé con ella en el pozo. Aunque era de noche, la sangre que corría entre sus piernas y goteaba sobre la hierba era tan roja que me hizo daño en los ojos.

—Llama a Yoichi —musitó—. Sé que lo conoces. Por favor.

«No —pensé, aunque no me atreví a decirlo en voz alta—. Tengo que llamar a un médico.»

Pero ¿cómo encontrar a un médico en el barrio *buraku*? Aquí todos son carniceros, curtidores o empleados en el matadero. Unos pocos, como Aiko Dokite, se ganan la vida como pueden.

Y aunque no sé demasiado sobre nada, tenía la certeza de que no podía perder un minuto más.

Como pude, arrastré a Aiko Dokite hasta mi casa. Papá era lo más parecido a un médico que conocía. Y, puesto que papá solo había atendido a muertos, recé a Amaterasu, la diosa del Sol, para que Aiko no se convirtiese en un cadáver más sobre sus brazos.

Papá hirvió agua y me pidió que buscara sus tijeras y las lavase. Tumbó a Aiko sobre el futón, puso a mano todas las toallas limpias que encontró y le pidió que fuese fuerte.

Iba a doler.

Entonces me di cuenta de que no era la primera vez que papá hacía aquello. Quince años atrás, un tormentoso día de junio, yo nacía y mamá moría.

Aiko Dokite solo gritaba y sudaba. Su vientre, hinchado y venoso, brillaba bajo la luz de las velas.

Una hora después, papá logró detener la hemorragia. Una hora después, un bebé muerto yacía entre mis manos. La sangre me había salpicado la cara. El niño, azul y frío, ni siquiera parecía real.

Aiko Dokite lloraba.

—¿Qué voy a hacer ahora? —repetía—. Pero ¿qué voy a hacer ahora?

Yoichi, alertado por el *kenpei* que patrullaba el barrio, llegó a tiempo de ver a su hijo.

Aunque yo lo había lavado y cubierto con una sábana, seguía azul y frío y no del todo real.

—¿Qué voy a hacer ahora? —insistió Aiko Dokite.

Yoichi se inclinó ante ella y le besó la frente amarillenta y perlada de sudor.

—Nada —le dijo—. Todo seguirá como hasta ahora. Podremos tener otro hijo.

Pero sus palabras estaban vacías de cualquier esperanza por el futuro.

Agosto fue un mes de sangre.

Momoko

«Todo» cambió el día que la *yamamba* Miyamoto me dio un ejemplar de *La bailarina de Izu*, de Yasunari Kawabata.

–Para tu madre –me dijo.

Agosto había llegado como un fantasma húmedo y se había ido dejando las ventanas empañadas de la lluvia de la noche. Agosto para mí había significado muchas cosas, en particular:

- Una ventana abierta a través de la cual podían verse las estrellas y a un hermano tocando el piano frente a ella.
- Un único miércoles en el que Takuma me acompañó al barrio *buraku* y le dijo «lo siento» a Yoichi.
- Tardes que se convertían en noches a la luz de una vela, con un libro entre las manos y la voz dudosa de Jun repitiendo las palabras de *El niño que dibujaba gatos*.
- La amistad, que sabía al salitre del acantilado y estaba capturada en las botellas que Jun y yo lanzábamos al mar.
- Los pasos del *yurei* de la tienda de música, que quedaban camuflados bajo el constante ajetreo de papá.

Con agosto «todo» cambió.

Con un libro.

Con los labios fruncidos de mamá.

Con la flor prensada en el capítulo ocho.

Con una única negativa.

–No. No voy a permitirlo.

–¿No vas a permitir el qué?

Me fui arrepintiéndome a medida que fui formulando la pregunta. Porque, por un segundo, mamá se había olvidado de que yo estaba allí y, sin embargo, ahora lo sabía.

–¿No tienes deberes que hacer? ¡Vamos!

No me acobardé. Cuando tu madre, que nunca alza la voz, te reprende con un grito, sabes que Algo Malo ocurre.

–¿Qué no vas a permitir?

–Momo-chan, ya has oído a tu madre –dijo papá, y luego–: Apúrate a terminar tus tareas antes de que la cena esté preparada.

–Pero...

Takuma fue el último en hablar. Me dio un golpecito en el hombro, me tomó de la mano y dijo con extrema suavidad:

–Ven, Momo-chan. Quiero contarte algo.

Me llevó al tejado, como aquella noche teñida de secretos en la que una bandera fue izada. Nos sentamos, sintiendo el frío del rocío en nuestros cuerpos, y miramos al cielo.

–Mira –dijo Takuma, señalando un punto en el firmamento azul cobalto–. ¿Ves esa constelación? Esa triangular de ahí, ¿la ves?

Tres puntos en la inmensidad.

Cuando mi ojo sano se acostumbró a la oscuridad, pude verlos.

–Se llama Fornax –prosiguió Takuma–, que significa horno. El astrónomo que la descubrió la llamó así en honor a Antoine Lavoisier, un químico que fue asesinado durante la Revolución francesa. –Tomó aire; la verdad siempre lucha con uñas y dientes para salir–. Hay imperios que no tienen emperador. Y

no importa cuáles sean los ideales que defienden los imperios y los emperadores, ni lo nobles que estos sean. Si tus ideales son distintos a los de tu imperio o a los de tu emperador..., bueno, lo cierto es que estás en peligro. Un peligro atroz. Es más seguro asentir y mezclarse entre la multitud, ¿ves? Y eso es lo que hace mucha gente, y no podemos culparlos. –Un chasquido de lengua–. Pero no todos los ideales son buenos. No puedes no tomar partido. Si te quedas callado ante las injusticias, estás del lado de las injusticias, ¿comprendes?

Asentí.

Las pupilas de Takuma se agitaban. Los dedos de Takuma se agitaban. Todo Takuma se agitaba.

–Estás haciendo cosas peligrosas, ¿a que sí?

Takuma movió la cabeza de arriba abajo, débilmente.

En la guerra incluso las estrellas más tenues pueden delatarte.

–¿Y tiene algo que ver con los libros de la *yamamba* Miyamoto?

Silencio.

–Takuma...

–Cuanto menos sepas, más segura estarás, ¿vale? Pero sí, tiene que ver. Y no, no tienes que desconfiar de la *yamamba*. No voy a decirte por qué, así que no me lo preguntes.

–¿Eres comunista?

Takuma se giró con brusquedad.

–¿De dónde has sacado eso?

–¿Lo eres, sí o no?

Takuma se mordió el labio inferior. Tenía los ojos clavados en el cielo y, desde cierto ángulo, parecía que las estrellas se dibujaban en su cara.

–No he hecho nada para poder identificarme como tal.

–¿Entonces qué haces?

–Cosas que podrían ponernos en un peligro terrible. Cosas buenas, que están salvando la vida de muchas personas..., pero para el Emperador no todas las vidas valen lo mismo, ¿comprendes? Y por eso estoy... *estamos* en peligro.

Mi suspiro sonó explosivo en mis oídos.

–¿No vas a contármelo?

–No puedo –dijo–. Solo quiero que sepas que, si pasa algo, Yoichi cuidará de ti. No vas a quedarte sola.

–¿Y tú? ¿Y papá y mamá?

Takuma no dijo nada. La respuesta, a fin de cuentas, podía leerse en el silencio. Y escocía y arañaba y sabía metálica y desagradable, pero eso solo la hacía más real.

Pasada la medianoche los oí. Tuve el valor de salir del futón, descorrer la puerta de mi habitación y caminar descalza hasta la escalera. Me agaché, hecha un ovillo, y escuché. Al principio no gran cosa, pero después los ruidos se convirtieron en sonidos que se convirtieron en palabras cargadas de significado.

Extracto de la conversación furtiva:

Takuma: ... que saberlo.

Papá: Es solo una niña, ¿quieres contárselo a Ryo también?

Takuma: ¡No seas ridículo! Ryo se iría de la lengua. Pero Momoko tiene que saberlo. *Merece* saberlo.

Papá: ¡Es una niña! Y quiero que siga siéndolo. He... he hecho todo... todo lo que estaba en mi mano para asegurarme de que así sea. Para protegerla de toda la... oscuridad de este mundo.

Takuma: ¿Ah, sí? En enero cumplirá quince años. ¿Qué vas a hacer para protegerla de la oscuridad de este mundo si la llaman a trabajar en las

fábricas? No es tonta. Nadie lo es. Pueden enseñarnos lo contrario en los colegios, pero no estamos ciegos. Simplemente, fingir que lo eres es mucho más seguro.

Papá: ¡Pues que así sea! Prefiero que mi niña sea ciega a... a... ¡Yoichi cuidará de ella, de todos modos! Deja que los niños sean niños, Takuma.

Yoichi.

Papá había pronunciado su nombre.

La pared parecía demasiado fría y dura contra mi espalda.

Y entonces habló mamá.

Mamá: Solo será una noche. El peligro vendrá y pasará. No hay motivo alguno para contarle nada, y Miyamoto ha sido muy insensata al entregarle el libro a ella. Insensata y egoísta.

Takuma (dando un golpe): ¡Esta vez es solo una noche! ¿Qué pasará cuando haya otras veces? No. Está. Ciega. ¿Y si vuelve a bajar al sótano?

Papá: No bajará. Los fantasmas le dan miedo.

Takuma (abriendo una puerta): A lo mejor deberíais haberle enseñado a tener miedo a otras cosas.

La silueta de mi hermano emergió al pie de la escalera. Arrastrándome, cuidando de no hacer ruido, volví a encerrarme en mi habitación.

Permanecí sentada en el futón mucho tiempo, con las manos alrededor de las piernas y los ojos fijos en el papel de pared.

Había ciertas cosas que ahora sabía con toda certeza.

1. Estábamos en peligro.
2. El mayor peligro solo duraría una noche, aunque probablemente no aquella.
3. La *yamamba* Miyamoto no era nuestra enemiga, sino nuestra *aliada*.

4. Realmente había algo (o, más pertinentemente, *alguien*) en el sótano de la tienda de música, y tanto papá y mamá como Takuma lo sabían.
5. Quizá (quizá, quizá, quizá)..., aunque el miedo saltase en mi vientre rogándome gritar..., quizá (quizá, quizá, quizá)..., en contra de lo que las señoritas decían en el colegio..., en contra de lo que decían los periódicos..., en contra de lo que decían las películas y las novelas de la radio..., en contra de lo que decían los vecinos y todos los muchachos valientes de uniformes recién planchados..., quizá (quizá, quizá, quizá) el Emperador no era la luz buena y brillante que iluminaba Japón. Quizá (quizá, quizá, quizá) había algo de oscuridad en los ojos que me vigilaban desde la pared de la sala.

Jun

había algunas cosas que sabía con toda certeza:

- H** 1. El Emperador era dios. Su linaje, que existía desde hacía generaciones, provenía de Amaterasu, la diosa del Sol. El Emperador era el Sol.
2. El Emperador velaba por nosotros. Como un padre grande y bondadoso, estrechaba sus brazos y cuidaba del pueblo japonés. De los pobres. De los desamparados. De los hijos de la muerte y el hambre.
3. Los *kenpeis* eran los favoritos del Emperador. Todo lo que hacían, aunque a veces yo no lo comprendiese, lo hacían para honrarlo a Él. Eran sus favoritos, sus predilectos, los primogénitos más queridos de la nación.

Pero algo fallaba. Una pieza del puzle no estaba en su sitio.

El Emperador era dios.

El Emperador velaba por nosotros.

Los *kenpeis* eran los favoritos del Emperador.

Los *kenpeis*, que obedecían al Emperador, estaban saqueando mi casa.

Pregunta: ¿Qué puede haber de atractivo en una chabola de hojalata casi oculta entre los panteones familiares del cementerio?

Respuesta: Cualquier cosa.

Los *kenpeis* habían tirado la mesa y las sillas con dos patadas y ahora abrían y cerraban latas, quedándose con la poca comida que papá y yo

habíamos podido almacenar.

–Vamos a necesitar un cuchillo, papa-san –dijo uno de los *kenpeis*, agitando sobre su cabeza una lata de melocotones.

Papa-san. El término con el que el hombre se había dirigido a papá era el más despectivo y rastrero, el modo cruel de denominar a los hombres que desempeñan los empleos que nadie más desea. El modo de recordar quién está arriba y quién abajo.

La lata de melocotones cerrada. La había comprado con el sen que Yoichi me había entregado por cuidar de sus peces. Hacía una semana que estaba en casa, pero no había querido abrirla. La estaba reservando para una ocasión especial, y cada mañana me despertaba imaginando el sabor del jugo dulce de los melocotones, sabiendo que pronto me lo llevaría a los labios.

Debí habérmelo comido cuando tuve ocasión.

Papá gesticuló vagamente en mi dirección.

–Mi... mi hijo os lo dará.

Mi hijo.

Con mi ropa de trabajo y el pelo recogido en la pañoleta, yo tenía el aspecto de un varón.

Y eso siempre es más seguro que ser una mujer.

–No tenemos todo el día, muchacho –rezongó el otro *kenpei*.

Mis dedos temblaron al sujetar el cuchillo.

Aquellos dos hombres no podían seguir las órdenes del Emperador.

El Emperador no podía tolerar que robasen a aquellos que apenas tenían qué llevarse a la boca; sus deseos no podían ser que se le quitase todo a aquellos que no tenían nada.

Aquel no era el Emperador que debía protegernos.

Aquel no era el dios en el que yo quería creer.

Mientras le entregaba el cuchillo al *kenpei* de los melocotones (soñando con clavárselo en el cuello, soñando con no ser *buraku*, soñando con que el Emperador saliese del retrato para sacar a los hombretones de mi casa) sentí algo cálido y húmedo entre las piernas.

–¡Menudo hombrecito estás hecho! –se rio el segundo *kenpei*–. ¿Cuántos años tienes, basura? ¿Vas a esperar a que te recluten para dejar de mearte encima?

Pero el líquido que manaba de mi entrepierna no era pis.

Una manchita roja como una flor se extendía por mis pantalones blancos.

El *kenpei* de los melocotones dio una zancada hasta mí; aferró mi brazo entre los dedos y apretó.

–Así que tu hijo, ¿eh, papa-san? ¡Pues creo que tu hijo acaba de convertirse en una mujer!

El bofetón que le propinó a papá se oyó en todo el cementerio. Las tumbas, habría jurado, se removieron. Los *yureis* contuvieron la respiración.

Y los *kenpeis* rieron.

Ahora un reguero rojo goteaba de la nariz de papá hasta el cuello de su camisa.

–Da gracias al Emperador –me dijo Melocotones–, porque nuestro Ejército no permitirá que esos sucios *meriken* pisen nuestra tierra sagrada. De lo contrario, lo próximo que saldría de tu vagina sería tu bastardo hijo *meriken*.

Momoko

a noche caía sobre nuestra casa como una sábana gruesa y asfixiante.

Una puerta acababa de ser abierta. Una puerta acababa de ser cerrada.

Mi reloj de pulsera marcaba las dos y media de la madrugada y el *yatagarasu* dio un par de picotazos al cristal de la ventana a modo de saludo.

Me tapé con el futón.

Abajo, Takuma decía algo que sonó muy parecido a «buenas noches». Un crujido. Takuma estaba subiendo la escalera.

El *yatagarasu* voló hasta el futón y dio un par de pasos hasta quedar frente a frente conmigo. Su plumaje era más vibrante y espeso que la última vez. Al mover la cabeza, esas plumas se agitaron suavemente; silbaron como el viento pasando por los huesos.

—C-creí que me había librado de ti —susurré.

Otro crujido abajo.

El viajante que se escondía en mi casa esa noche no era como los demás.

—ERES UNA NIÑA MUY LISTA —susurró el *yatagarasu*, que siempre sabía en lo que estaba pensando y cuya voz era una melodía desafinada—. PERO NUNCA TE LIBRARÁS DE MÍ. UN DÍA DESEARÁS QUE NO ME VAYA JAMÁS. BAILARÍAS EN FUEGO SIN MÍ.

—Pa... pareces más grande.

El *yatagarasu*, ofendido, blandió las alas ante mí.

–TAL VEZ SEA PORQUE TÚ TE HAS HECHO MÁS PEQUEÑA,
¿NO CREES? ¡CORRE! ALGO EXTRAÑO ESTÁ A PUNTO DE
SUCCEDER.

–Mientes –siseé.

Una respiración agitada en la sala y el aleteo más fuerte y violento del *yatagarasu* fueron toda respuesta.

Al parpadear, el cuervo de tres patas ya se había marchado, pero su voz seguía arañándome los oídos.

ALGO EXTRAÑO ESTÁ A PUNTO DE SUCCEDER.

Bajé descalza, con la mano firmemente alargada a la barandilla, sintiendo mis pies hormiguar. Eran las tres y cuarto, y podía oír con total claridad las respiraciones acompasadas de papá y mamá. No sabía si Takuma dormía; en todo caso, él no salió de su habitación.

A fin de cuentas, el viajante no era el primero.

A fin de cuentas, el *yatagarasu* no existía.

A fin de cuentas, si el *yatagarasu* no existía, yo no podía saber que aquel viajante no era como los demás.

La sala estaba desierta, iluminada por el cuadradito azul de luz de luna que dibujaba la ventana.

Nada sobre el *kotatsu*. Nada en los cojines. Nada en los aparadores o las vasijas.

Pero la nada respiraba.

LO QUE BUSCAS ESTÁ EN EL ARCÓN.

Aunque no podía ver al *yatagarasu*, su voz, como una uña larga y afilada, pareció cortarme la carne.

El arcón bajo el retrato del Emperador estaba un poco abierto.

Lo suficiente para dejar a una persona respirar.

Bastaron un par de pasos. Fue más fácil que bajar al sótano de la tienda; no hacía falta llave. Con emplear un poco de fuerza para levantar la tapa fue suficiente.

El hombre escondido dentro se llevó las manos a la cara. A través de los huecos de los dedos pudo verme (una niña medio ciega en pijama, con el pelo recogido en dos trenzas y el cuerpo casi tan delgado y tembloroso como el suyo). Bajó las manos, tomando aire.

Supé enseguida por qué aquel viajante era distinto.

No era japonés. Sus ojos eran negros y sobre ellos se extendía la arruguita que separaba sus párpados dobles. Su pelo, ondulado y oscuro, estaba extremadamente sucio y le caía sobre la frente como manchas de barro.

Abrió la boca, pero no comprendí lo que decía. Chascó la lengua, sentándose con las piernas estiradas. Sus huesos sobresalían, casi brillando en la oscuridad; habría podido contarlos.

–A-mi-go –probó él de nuevo, señalándose–. A-mi-go.

Asentí.

–¿Eres... eres un *meriken*?

Pero no podía serlo, ¿verdad? El *yatagarasu* me lo habría contado. Algo se habría removido en mi pecho, como cuando alguien te sigue por la calle y te das cuenta al momento.

Además, no se parecía mucho a un *meriken*. No tenía los ojos azules, incapaces de ver en la oscuridad. Y la señorita Miyamoto nos había enseñado fotografías de auténticos soldados *meriken* en clase. Todos eran altos y musculosos (de ahí su torpeza, pues carecían de la agilidad de los japoneses), con el pelo y la piel claros.

El hombre se sorbió los mocos. Su piel era aceitunada y muy fina; las venas como plumas se transparentaban.

–¿América? –dije, y sacudí la cabeza de lado a lado.

Repitió una palabra que no entendí. Una y otra y otra vez. Chascó la lengua de nuevo y sus ojos febriles recorrieron la habitación con un ansia famélica.

Se detuvo. Había encontrado algo.

–*Juif!* –exclamó, señalando la edición francesa de *Los miserables* que yo había dejado sobre el *kotatsu* aquella misma noche–. *Je suis juif. Je m'appelle Florian. Je suis Autrichien.*

Se llamaba Florian. Era austriaco. Era *juif*. No conocía el significado de aquella palabra y no me atreví a preguntárselo.

Porque el *yatagarasu* me había advertido de que algo extraño estaba a punto de suceder. Porque el Emperador nos observaba desde la pared. Porque, en la guerra, incluso la luna y las estrellas pueden delatarte. Y sobre todo porque debía fingir que no había nadie en el arcón, y mantener una conversación con un *juif* escondido no era la mejor manera de hacerlo.

–*Je m'appelle Momoko. Je suis Japonaise. Je suis très hereuse de faire votre connaissance.*³²

–*Très heureux*³³ –dijo el hombre, tendiéndome la mano, y una risita se escapó de sus labios acartonados.

Aunque era muy joven, su rostro se llenó de arruguitas.

Yo también reí. Desde luego, la escena lo merecía: una niña japonesa en ropa de cama estrechándole la mano a un austriaco harapiento escondido en un arcón.

Las cosas que hace la guerra.

–*Au Japon nous faisons cela*³⁴ –expliqué, y solté su mano (fría como un fantasma, llena de protuberancias) para inclinarme ante él.

El austriaco volvió a sonreír, asintiendo. No se levantó (alguien podría vernos desde la ventana, a fin de cuentas), pero bajó la cabeza con toda la solemnidad y el recogimiento que le permitía su posición.

–*Est-ce correct?*³⁵ –preguntó, escurriéndose hasta quedar tumbado de nuevo.

–*Oui. Bonne nuit, Florian.*³⁶

–*Bonne nuit, Momoko. Reste bien.*³⁷

Y cerró la tapa del arcón sobre su cabeza.

La noche siguiente ya se había ido. La noche siguiente, yo ya sabía lo que significaba la palabra *juif*; lo había buscado en el diccionario.

Judío.

Momoko

— **H**abía un judío escondido en mi casa.
Las palabras se escaparon de entre mis dientes como una sombra alargada y huidiza.

Había.

Un.

Judío.

Escondido.

En.

Mi.

Casa.

Jun, tumbada de espaldas y con los ojos fijos en la mancha de tinta china en la que se había convertido el cielo, se recostó para mirarme.

—¿Judío?

—En el arcón de la sala, debajo del retrato del Emperador. Se fue pronto.

Jun frunció el ceño.

—¿Qué es judío?

—Es..., bueno, ¿has oído hablar de *Herr* Hitler? —Jun se mordió el labio inferior—. Alemania.

—Sí, Alemania.

—Pues en Alemania hay alemanes como los que conoció tu padre y también judíos. Y ser judío es algo peligroso.

Jun asintió. Las palabras también se escaparon de entre sus dientes como un fantasma alargado y huidizo.

—Como *buraku*.

Me volví hacia ella. La luz de la luna teñía el puente de su nariz de un leve plateado y sus ojos parecían estar en llamas.

—¿Y cómo... cómo llegó a tu casa?

—Lo trajo Takuma. En mi casa..., bueno, en mi casa se han escondido más personas, pero hasta ahora siempre habían sido japonesas. Gente... gente en peligro, supongo.

Las olas batieron contra el acantilado.

Aquel era nuestro refugio, nuestro santuario. La mano esquelética de la guerra no podía tocar la hierba sobre la que estábamos tumbadas, ni las rocas que rodeaban el faro. Allí estábamos a salvo. Allí las estrellas y la luna eran mudas y sordas y no podían delatarnos.

Allí estábamos a salvo.

—Supongo que eran comunistas. —Un golpe; el salitre de las olas nos salpicó la cara—. Nunca hablé con ellos. Solo sé que llegaban y se iban por la noche. —Suspiré, hundiendo la cara entre las rodillas—. Nunca me cuentan nada.

Jun no me estaba mirando. Tenía las pupilas clavadas en algún lugar entre sus pies y la mano izquierda enterrada en el interior de su vieja gabardina.

—Yo también tengo un secreto —dijo—. U-un secreto peligroso.

Estábamos a salvo. Estábamos a salvo. Estábamos a salvo.

Jun sacó la mano del interior de su gabardina. Tragó aire. El plomo de la pistola estaba frío. Pesaba. Bajo aquella luz plateada, el arma parecía casi respirar

como si se tratase
de una especie muy rara
de animal salvaje.

Contuve la respiración. Mis yemas acariciaron muy lentamente la culata de la pistola. El cañón. El gatillo.

–¿De dónde la has sacado?

–S-se la r-r-robé a un *k-kenpei*. S-se me da bien robar. Mi p-padre me enseñó cuando era pequeña. R-robar a los ricos cuando eres ta-tan p-pobre que no tienes ni qué comer no es un *tsumi*³⁸ d-demasiado g-grave.

–Pero...

–A-ayer v-vinieron dos *kenpeis* a m-mi casa. Nos lo quitaron t-todo p-para la causa del Emperador. Le pegaron a m-mi padre y... –Sacudió la cabeza–. No sé en qué estaba p-pensando. Supongo que el *k-kenpei* al que le quité esto ahora tendrá problemas. P-pero ahora ya no puedo devolverla.

–Se lo merecía –afirmé; mastiqué las palabras hasta sentir las en la boca–. Ojalá lo echen de la *kenpeitai*. Ojalá traiga la deshonra a su familia.

–O-o-ojalá.

Le pasé una mano por la espalda crispada. Podía contarle las vértebras. Podía sentir su respiración, como la de un gatito asustado, haciéndome cosquillas en la palma. *Podía sentir su calidez.*

–Eh, estás tartamudeando otra vez.

–E-estoy asustada. Los *kenpeis* me dan más miedo que los *meriken*.

–A mí también. Cuando empezó la guerra, los *kenpeis* entraron en casa de mi tía y se llevaron a mi tío. No había hecho nada. Pero no había izado la bandera en su tejado. Se lo llevaron. –Tomé aire; la fractura entre Antes y Después era tan clara ahora que casi podía tocarla–. No volvimos a verlo, pero yo oí los disparos. Dijeron que había intentado huir.

–Disparos –repitió Jun–. Con una pistola como esta.

–¿Está cargada?

–No sé, supongo.

La acaricié de nuevo. La aferré hasta que mis nudillos se volvieron de color hueso.

Una noche, hacía un año y medio, un hombre joven y atractivo empuñó una pistola como esa. Quizá condujo al tío Otsuka hasta un callejón oscuro y apartado o quizá no. Quizá fue lo suficientemente considerado para dejarlo enfrentarse a la muerte cara a cara. Disparó cuatro veces. Se oyó en toda la calle, y enterré el rostro de Ryo contra mi pecho (todavía muy plano, todavía huesudo, solo era una niña).

Porque.

Aquello.

No.

Estaba.

Pasando.

¿Cómo podían las balas apagar el infinito que estallaba en el interior del tío Otsuka? Y, sin embargo, ahora ya no podía recordar su voz. Su rostro se desdibujaba. Solía pintar acuarelas con Ryo, y solía llevar un bombín sobre su cabeza entrecana, y su bigote temblaba cuando hablaba. Pero no había más. Los *kenpeis* me habían robado a mi tío y, de paso, se quedaron también con su recuerdo. Solo por si acaso.

Me levanté y apreté el gatillo.

Bang.

Ahogué un grito. Junto a mis manos flotaba el humillo tenue y negruzco de la pólvora. La bala acababa de atravesar una ola.

–Bueno, ahora sabemos que sí estaba cargada –dijo Jun, y rio.

Su risa se fragmentó en mil pedazos, y me habría gustado poder guardarlos en una bolsa para volver a sacarlos cuando la brecha entre Antes y Después volviese a escocer sobre mi piel.

–Oh –fue todo lo que conseguí decir–. Oh. No puedo creerme que...

La risa me hizo cosquillas en las comisuras hasta que consiguió salir.

Todavía sonriendo, con el rostro moteado de luz de luna y de estrellas, Jun se guardó la pistola de nuevo en el bolsillo interno de la gabardina.

–S-supongo que tendré que esconderla bien.

Hablamos mucho aquella noche. Extendimos nuestros miedos como si fuesen sábanas.

MIEDOS DE MOMOKO	MIEDOS DE JUN
LA KENPEITAI	LA KENPEITAI
QUE SE MUERA RYO	QUE SE MUERA SU PADRE
QUE ALISTEN A TAKUMA	QUE ALISTEN A SU PADRE
QUE DETENGAN A SUS PADRES	QUE LA DETENGAN POR LADRONA
QUE YOICHI SEA TAN MALO COMO TAKUMA PIENSA	LOS MERIKEN
SER UNA COBARDE	QUEDARSE SOLA

Cuando terminamos nos abrazamos. Ahuyentamos a nuestros propios miedos, relegándolos al espacio cada vez más pequeño entre nuestros cuerpos.

Momoko

Solo se oía el golpeteo de los palillos contra los cuencos (cada vez más pequeños) de arroz.

Mamá había comprado el *sho*³⁹ de arroz por veinticinco yenes en el mercado negro. Sabía a guerra y a hambre.

Repasé mentalmente las otras cosas que sabían a guerra y a hambre:

- El arcón (en el que se había escondido un judío llamado Florian durante una sola noche).
- La tienda (el sótano, con los *tsukumogamis* que habían resultado ser de carne y hueso).
- La pistola que Jun le había robado al *kenpei*.
- La casa de la tía Otsuka, en cuyas paredes estaba pintada a brocha gorda la brecha entre Antes y Después.
- El *yatagarasu*.

–Momoko, no estás comiendo.

La voz de mamá era seca, cansada.

Takuma tenía la nariz amoratada; sabía que tomaba el camino largo para llegar a casa del conservatorio.

Los dedos de papá todavía se agitaban bajo el *kotatsu*.

El Emperador,

con sus ojos de plomo
y pólvora,
nos observaba
sin descanso
desde la pared.

—¿Por qué nunca me contáis nada?

Las palabras se escaparon rápidas de entre mis labios. Aunque me hubiese levantado y hubiese extendido los brazos para recogerlas, habría sido demasiado tarde.

Los tres pares de ojos se volcaron sobre mí. Dos temblaban; el otro brillaba, interesado.

—Sé que estáis ocultando algo —continué—. Sé que...

No existen los fantasmas. Todo lo que mis ojos habían visto era real.

Había
una mujer
en el sótano.

—¡Suficiente! —bramó papá; era la primera vez que alzaba la voz delante de mí—. Termina la cena que te ha preparado tu madre.

Un bocado.

Sabor a sangre.

Disparos en la noche.

Cadáveres sin reclamar.

—Hay una mujer escondida en el sótano de la tienda.

El cuenco de papá cayó sobre la superficie lisa del *kotatsu*.

Nadie me obligó a comer y callar.

Nadie me mandó a la cama.

Todos guardaron silencio, sus ojos puestos en mí.

ALGO EXTRAÑO ESTÁ A PUNTO DE SUCEDER.

Momoko

— **H**ay una mujer escondida en el sótano de la tienda —había dicho, y el aire se había cortado en dos.

Un cuenco roto.

Un hermano que se mordía el labio inferior, suspirando.

Una madre que bajaba la cabeza, observando el cinturón de seda de su sencillo kimono negro.

Antes mamá vestía trajes occidentales de vivos colores y estampados tan alegres que parecían cobrar vida propia. A mí me parecía una artista de cine. Antes mamá se maquillaba (siempre guardaba una polvera en su bolso) y antes mamá llevaba el pelo largo y ondulado y antes mamá no bajaba la cabeza jamás.

Antes.

Cómo cobraban sentido las cosas.

—Baronesa Hentona —musitó mamá, cada sílaba deslizándose como la seda de su cinturón—. Ese es su nombre.

Hentona.

Su apellido revelaba que descendía del linaje de Tamagusuku Chokun, un aristócrata intelectual que había impulsado el teatro tradicional de Okinawa en los años anteriores a la invasión de Japón.

Hentona.

Su apellido hablaba de unos días olvidados en los que Okinawa no era tierra sagrada japonesa, sino un reino independiente con su propio idioma (ahora tachado de provinciano e inadecuado) y su propia cultura.

–Hemos estado escondiéndola desde principios de año –continuó, y a cada sonido que salía de su boca, papá se ponía más y más blanco–. ¿Te acuerdas de cuando le pedí a la tía que nos guardase un piano? Necesitábamos hacer espacio para ella. La baronesa es...

–Ya basta –la interrumpió papá, lívido y agarrotado–. No creo que esta sea una conversación...

–Los niños crecen, Hibiki –insistió mamá–. Es más peligroso mantenerla en la oscuridad que contarle la verdad. –Se volvió de nuevo a mí–. La baronesa es una vieja amiga mía de la universidad. Gracias a ella, de hecho, conocí a tu padre. Los dos, que provenían de familias acaudaladas, eran los únicos estudiantes de Okinawa en Tokio.

Mamá se detuvo y alisó la larga falda de su kimono como si estuviese esparciendo sobre ella sus recuerdos.

–Verás, Momoko, has tenido el gran privilegio de gozar de una infancia despreocupada. Tu padre y yo hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano para protegerte de todas las cosas malas de este mundo, de manera que así pudieses continuar siendo una niña. –Un temblor; la mano de mamá, que se agitaba descontrolada, chocó contra el borde del *kotatsu*–. Nunca te habíamos hablado de ello, pero hace años, durante el reinado del emperador Taisho, las cosas eran distintas. Antes la gente podía hablar libremente de lo que pensaba del Gobierno, ¿entiendes? Había revistas, como aquella en la que trabajaba yo, que defendían el derecho de las mujeres a desempeñar cualquier profesión reservada únicamente a los hombres; había, también, sindicatos que luchaban por que los obreros tuviesen un sueldo y unas condiciones de trabajo dignas.

–Ahora vivimos en un valle oscuro –terció Takuma, un cigarrillo apagado en los labios y el encendedor en la mano–. Y mucha gente buena ha muerto luchando contra él.

Asentí.

Mucha gente buena moría a diario.

Por no izar una bandera en el tejado.

Por ayudar a un detenido en la calle.

Por desobedecer los mandatos de los *kenpeis*.

Porque sus mejillas no se encendían y sus ojos no se humedecían al escuchar el himno nacional.

Había muchos Antes y muchos Después que yo desconocía.

–Y hay muchas personas –prosiguió mamá, apretándome con fuerza la mano– que en el pasado alzaron la voz. La señorita Miyamoto, por ejemplo, que me conocía de la época en la que escribía para la revista *Seito* y nos avisó de la situación de la baronesa. Muchos no pueden permitirse desacatar al Gobierno, aunque sea a escondidas. Pero nosotros..., yo...

Volví a asentir.

Mamá había nacido en la Ciudad Imperial y no en Okinawa; era cien por cien japonesa. Y el aceite de su lugar de nacimiento todavía pesaba más que el agua de su pasado político.

–La baronesa Hentona trabajaba en Europa –dijo papá con acritud–, en la Embajada japonesa en Austria. No sé qué os han contado en el colegio, pero Austria fue anexionada por el Gobierno fascista de *Herr* Hitler. Y para *Herr* Hitler no todos los austriacos valen lo mismo, ¿comprendes? Ya sea debido a sus ideas políticas o a su sangre, miles..., tal vez millones de esos austriacos son enviados cada día a la muerte.

Otro asentimiento. Sentía que me habían succionado las palabras con un embudo y lo único que podía hacer ahora era mover la cabeza de arriba abajo

para decir sí.

Austria.

Florian.

Juif.

—Cuando la baronesa se dio cuenta del destino de aquellas personas — continuó papá—, comenzó a emitir visados para que pudiesen refugiarse en Japón. Salvó a muchas personas, Momoko. Miles de familias que habrían acabado en campos de trabajo tuvieron la oportunidad de venir a Naha. Aquí, un contacto de la baronesa les conseguía pasajes para viajar a Kobe, donde un embajador polaco organizó una pequeña comunidad para ellos. —Se humedeció los labios—. Pero los superiores de la baronesa se enteraron de lo que estaba ocurriendo.

—Alemania es nuestra aliada.

Así era como lo había resumido mamá. Aquel era el precio de una vida.

—Al contacto de la baronesa lo apresaron —continuó mamá—, y a ella la enviaron de vuelta a Naha a la espera de un juicio.

—Pero huyó —susurré.

—Huyó, y ahora nosotros la estamos ocultando. Y esas personas... esas personas necesitan toda la ayuda que podamos ofrecerles...

—Papá y mamá conocen a alguien —la interrumpió Takuma; llevaba toda la conversación con el cigarrillo apagado en la boca y las manos le sudaban tanto que el cartón de la cajetilla de Golden Brat se estaba deshaciendo—. ¿Te acuerdas de los viajeros que pasaban a veces la noche? Pues la persona que los llevaba a un lugar seguro se ha comprometido a conseguir billetes a Kobe para los refugiados austriacos. Lo que estamos haciendo, desde luego, es terriblemente peligroso, y por eso papá y mamá no querían contártelo.

Tras decir aquello se levantó (todavía con el cigarrillo entre los labios y la cajetilla y el encendedor en la mano derecha), dio un par de pasos hasta el

aparador y abrió el segundo cajón.

–Muchas personas con el sentido de la justicia a punto se quedan calladas porque no pueden permitirse alzar la voz –dijo en aquella misma postura, de espaldas, buscando algo–. Por fortuna, todavía hay gente valiente, y no hay nada más valioso que un amigo en situaciones como esta. Veamos... ¿Qué es esto?

Tiró algo sobre el centro del *kotatsu*. Era un libro. Sus tapas brillaban rojas bajo la luz de la lámpara; parecía que el color fuese a escaparse como el humo de un pitillo...

–Un libro, claro. El que me dio la *yamamba* Miyamoto, de hecho.

–Es como nos comunicamos con nuestros aliados –explicó papá, cuya piel se volvía gradualmente más y más rosa–. Echa un vistazo dentro.

Obedecí. Pasé una página tras otra y lo único que diferenciaba aquella novela de cualquier otra era la flor prensada.

La levanté.

–¿El idioma de las flores?

–En parte –confesó mamá–, pero también hay mensajes ocultos. No, no te esfuerces en buscarlos –agregó, al ver que abría el libro de nuevo–. No se ven a simple vista.

–Están ocultos.

–En efecto. Los libros y las ideas pueden ser muy peligrosos, Momo-chan, especialmente en los días que vivimos. Por eso debemos mostrar lealtad.

Señaló vagamente el retrato del Emperador. Él, que estaba siempre vigilante. Él, que se escondía en todas partes.

Sus ojos negros, habría jurado, eran capaces de dejar una cicatriz sobre la piel.

Pero aquella era mi vida entonces.

Lo había sido durante mucho tiempo y yo no había reparado en ello.

Un valle oscuro en el que todas las luces estaban prohibidas.

Jun

Hambre.

Había un agujero en mi estómago.

Aullaba como un perro por las noches.

Mordía, dejando marcas indelebles en la piel.

Bramaba por las mañanas, al despertarme, como un niño somnoliento.

Roía mis entrañas hasta mascar el hueso.

Era un pozo oscuro y febril que invitaba a la locura.

Hambre.

Lo último que me había llevado a la boca era un trozo de pollo frío hacía...
conté con los dedos. Era jueves. Hacía tres días que no comía nada.

El tercer día siempre era el peor. El primero el hambre era un pajarillo que revoloteaba sobre mi cabeza; el segundo, el pájaro se convertía en un carroñero que me adormilaba y me daba picotazos en la nuca; el tercero era una araña que se aferraba a mi cerebro y me impedía pensar en cualquier cosa que no fuese la comida. A partir de entonces el estómago se acostumbraba.

Vacío estaba bien.

Vacío era fuerza.

Vacío era claridad.

Vacío era soportable.

El hambre crujía en mis oídos cuando salí del escondite. Llevaba quince minutos encaramada a la pared, oculta por el gran dragón de piedra que

custodiaba la fuente en la que los vecinos de aquella calle recogían el agua.

Se me da bien esconderme. Esconderme y robar son mis únicos talentos.

Antes de esconderme tras la fuente me había escondido tras la pesada puerta de madera de la cafetería. Sabía que era allí donde los *kenpeis* comían; los había estado vigilando. Solo tuve que quedarme muy quieta y contener la respiración. Cuando el *kenpei* se estiró para alcanzar la botella de sake, deslicé la mano en su macuto y le quité la lata de alubias rojas que ahora presionaba contra mi pecho.

Si en esta ocasión me había escondido había sido por la presencia de otra pareja de *kenpeis*. Inspeccionaban la calle.

Los gritos me hicieron salir de detrás del dragón. Me encaramé a la pared todo lo que pude, la piedra áspera arañando mi mejilla, y vi:

- Dos *kenpeis* (los favoritos del Emperador) con la espalda bien erguida y los bonitos uniformes bien planchados y lavados.
- Una tartera de comida en el suelo, su contenido (estofado de carne) desparramándose como papilla.
- La señora de la casa llorando y aullando, tirándose al suelo para tratar de devolver la carne a la tartera.

–Pero ¿qué hacen? –repetía–. ¿Qué hacen? ¡Esa era la comida que iba a llevarle a mi hijo!

–Su hijo es un criminal, un traidor a la patria. No tiene derecho a comida – dijo uno de los *kenpeis*.

Su voz era pausada, elegante. La reconocí enseguida, así como también reconocí aquella mandíbula fuerte y aquella nariz recta.

Yoichi.

Aquellas manos que alimentaban a los peces y que me entregaban la moneda de plata cada semana habían sido las mismas que habían arrojado al suelo la comida de la anciana.

Me alegré de no haber comido nada en tres días, pues, de haber tenido el estómago lleno, en aquel momento habría vomitado.

—Por favor, por favor, por favor...

Los lamentos de la vieja se habían convertido en una canción de cuna extraña y poco armoniosa.

El otro *kenpei*, tras ajustarse el cinturón, la agarró del kimono y la obligó a levantarse.

—De todos modos, su hijo ya no va a comer nunca más —aseveró—. Se colgó en su celda esta misma mañana.

Aquel grito podía haber resquebrajado la acera en dos.

La anciana no dejaba de llorar. Chillando («¡Asesinos, asesinos, asesinos!»), trató de arañar el rostro bello y joven del *kenpei*. El muchacho se lo impidió de un bofetón (como aquel que le habían propinado a papá), y la vieja cayó al suelo, sobre el estofado de carne, llorando y chillando.

—La ley es la ley —dijo Yoichi—, y la autoridad debe ser respetada. Le recomiendo que lo recuerde.

Se fueron.

Soñé que salía de mi escondite y les decía algo, o tal vez que daba un paso adelante y mis ojos, al encontrarse con los de Yoichi, expresaban mucha más rabia de la que algunos conocen en toda una vida.

Pero me quedé quieta. Esperé. Me mordí el interior de las mejillas para asegurarme de no emitir ningún ruido y no me atreví a moverme hasta que los pasos de Yoichi y su compañero dejaron de escucharse.

La vieja seguía en el mismo lugar, rapiñando los restos de comida con las manos. No dije nada; solo me agaché y la ayudé hasta que la tartera rebosó.

Luego la levanté y la conduje hasta la casa, cuidándome de no tocarla, no fuese a mancharla con mis dedos *buraku*.

–Eres muy valiente, muy valiente y muy bonita –dijo la señora; incluso su voz sonaba vieja y cansada como una plegaria.

–En realidad no, p-pero eso a mí no me importa mucho. Tome.

La señora quiso devolverme la lata. La señora quiso invitarme a entrar en su casa.

–La comeremos juntas.

Negué con la cabeza.

–E-estoy muy bien, gracias.

–Por favor. Mi hijo lo habría querido.

Su hijo.

Su cadáver nunca sería tocado por las manos atentas de papá. Nunca veíamos los cuerpos de los prisioneros porque eran traidores a la patria, y los traidores a la patria no tienen derecho a ser enterrados en suelo sagrado y no tienen derecho a una oración por sus almas.

–Cómaselas todas usted. Yo, verá, yo puedo conseguir más.

Y crucé la calle como lo había hecho Yoichi. La mirada al frente, sin volverme atrás, sin pausa.

Vacío estaba bien.

Vacío era fuerza.

Vacío era claridad.

Vacío era soportable.

* * *

Vi a Takuma antes de llegar a casa, un par de calles por encima de la entrada del barrio *buraku*. Estaba en un portal, con un brazo apoyado en el muro de madera (por el que trepaba la hiedra) y un pie en el escalón que daba a la

casa. El farolillo que pendía del techo creaba una sombra naranja sobre su nariz y la línea de su mandíbula, y desde aquella distancia no pude evitar reparar en lo mucho que se parecía a Yoichi.

Era un Yoichi sin uniforme y con una amplia sonrisa, inclinándose para acercarse más a la señorita que lo despedía en la puerta.

–Mañana devuélveme esto –le decía él, entregándole un libro–. Y esto.

Antes de que me diese tiempo a reaccionar y apartar la mirada, Takuma aprovechó la proximidad entre él y la chica para darle un beso en los labios.

–¡Takuma! –Un gritito entre carcajadas, un par de ojos alegres y brillantes fijándose por primera vez en mí–. Contento un poco.

Pero Takuma ya se estaba volviendo hacia mí con aquella sonrisa que se parecía tanto, y a la vez tan poco, a la de Yoichi.

–Jun –me saludó, haciendo un gesto con la cabeza.

–Señor Taku –respondí, y Takuma se volvió a la chica de la casa para explicarle:

–Es una amiga de mi hermana.

–Ya veo que tu familia tiene amistades de todo tipo –rio ella, dándole un golpecito en la frente con el libro–. Y yo que pensaba que erais unos esnobs.

–Eso nunca. No te olvides. Mañana. Mantente a salvo.

–Mantente a salvo tú.

Otro beso. La puerta se cerró. Takuma y yo nos quedamos solos en la calle.

–¿Fumas, Jun?

Me encogí de hombros. Si llenas de humo el vacío, despojas al hambre del poder de despertarte entre aullidos por las noches.

Cuando se acercó a encenderme el cigarrillo, me acerqué a su oído y susurré:

–No vayas por la calle de la izquierda. Hay dos *kenpeis* patrullando.

La sonrisa, esta vez, no se parecía en nada a la de Yoichi; era totalmente de Takuma, y totalmente acogedora. Como la de Momoko.

Momoko

Tuve pesadillas durante días.

El rostro de mi tío: los ojos huecos, la piel salpicada de sangre, la carne putrefacta.

Pequeños ataúdes blancos saliendo de casa de mi tía mientras ella caía en el umbral, llamando a gritos a su hijo.

Hermosos jóvenes de uniforme verde entrando en casa y en la tienda, desvelando todos los secretos para apresarnos a todos.

Hermosos jóvenes de uniforme verde entrando en la casita de hojalata de Jun para buscar el arma perdida.

Sobres rojos en mi puerta y sobre el *kotatsu*; en el suelo y en cada centímetro visible de mi casa.

Y, finalmente, la noche del treinta de septiembre, el *yatagarasu* llamó de nuevo a mi ventana.

Tenía el plumaje alborotado y los ojos febriles, y parecía famélico y cansado, como si hubiese tenido que atravesar una gran distancia para llegar a mí. Su voz seguía siendo una melodía desafinada, pero algo más débil, apenas un hilillo.

—VEN, PEQUEÑA, NO TENGAS MIEDO. TE MOSTRARÉ ALGO.

El *yatagarasu* me rozó la mano con su ala derecha.

Y.

Entonces.

Una.
Extraña.
Colección.
De.
Imágenes.
Pasó.
Por.
Mis.
Ojos.

Un cementerio. Lo reconocí enseguida. Si hubiese podido girarme y mirar, me habría dado de bruces contra la casita de hojalata de Jun. Pero la imagen era fija, como si la proyectasen en una pantalla de cine.

Un *meriken* cubierto de pólvora y tierra. La sangre salpicaba su rostro a modo de pecas.

Alzó su arma. Gritó algo que no comprendí.

Del panteón familiar frente a él emergió una figura esquelética y temblorosa, y ahora fui yo la que grité, pues Ryo (pálido y sudoroso, cubierto por harapos) alzaba los brazos en señal de paz mientras el *meriken* lo apuntaba con su bayoneta.

Grité y grité y grité hasta que Takuma y mamá descorrieron la puerta de mi habitación.

No había cementerios ni chicos *meriken*.

No había muchachitos vestidos con harapos, temblando hasta la muerte.

Estaba en casa.

Estaba en casa. Estaba en casa. Estaba en casa.

Y aunque ni Takuma ni mamá repararon en él, el *yatagarasu* me vigilaba desde el alféizar de la ventana.

ALGO EXTRAÑO ESTÁ A PUNTO DE SUCEDER.

Momoko

¿ Pueden estos huesos vivir?

Lo que consideraba mi vida se desplomaba como castillos de papel. Mi Después se fragmentó en otro Antes y otro Después.

Los visitantes de medianoche venían ahora de ciudades y países que yo no pisaría jamás.

Yoichi era el Yoichi de Takuma y no el mío, y ya no me importaba mucho que nos hubiese delatado él o no. No podía respetar demasiado a un hermano que me adoraba, pero que enviaba a la muerte a jóvenes buenos y pobres.

Y los dioses habían hablado. Tarde o temprano, los *meriken* desembarcarían en nuestras playas y sus pies tocarían la tierra sagrada. Quizá su llegada fuese anunciada por aviones (con sus bombas y su muerte y su destrucción) o quizá nos pillaría por sorpresa en mitad de un libro prohibido o una melodía de piano. Tarde o temprano, con toda seguridad, nuestros huesos se secarían bajo el rojo sol naciente, sobre la arena negra.

Pero ¿pueden estos huesos vivir?

–D-debí habértelo dicho antes.

La voz de Jun.

Era un susurro cálido.

–C-creí que era buena persona. No quería hacerte daño. Pensé que Yoichi te acabaría contando que no vivía aquí. D-de verdad que creí que era buena persona.

Las mejillas de Jun estaban cubiertas de lágrimas y tierra; brillaban bajo la luz de luna que se filtraba a través de las copas de los árboles.

–Momo-chan. –Me agarró la mano; tenía las yemas húmedas y frías–.
¿Seguimos siendo amigas?

Necesité un momento para registrar lo que Jun acababa de decirme; todo lo que pude hacer inicialmente fue observar sus manos vacías, temblorosas.

Oía la afilada respiración de Jun. Miré hacia arriba y le sostuve la mirada. Sus ojos estaban muy abiertos y húmedos y sus cejas parecían derrumbarse sobre ellos.

–¿Seguimos siendo amigas? –repitió.

Sonaba como si se estuviese ahogando.

–¿Por qué nadie me cuenta nunca nada? –susurré–. Yoichi es mi hermano. Tenía... tenía derecho a saberlo. ¿Por qué no me lo dijiste? *Somos* amigas, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Porque te estaba dando dinero?

–N-no. D-d-d-de v-v-verdad que pensaba que él t-t-te lo acabaría contando. L-lo juro. Lo juro y que me muera. Q-quería darle la oportunidad... para que te lo c-c-contase él mismo.

Me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre.

Yoichi cuidaba peces.

Yoichi tocaba en una banda de *jazz*.

Yoichi era capaz de recorrerse toda Naha para encontrar un *mochi* de flor de cerezo para mí.

Y Yoichi era un *kenpei* no muy distinto a tantos otros *kenpeis*. Con sus luces, sí, pero también sus sombras. Un valle oscuro.

–¿Cómo puedo perdonarlo?

–S-se puede querer a una persona q-que hace cosas malas.

Sacudí la cabeza. Separé mis dedos de los de Jun.

¿Cómo saber que una persona realmente importa? Cuando su tacto te sigue quemando.

–¡Mató a ese hombre, al hijo de la anciana! Y si no fue él, fue uno de sus compañeros, pero él lo permitió.

–Quizá no tuvo otra elección.

–Es un cobarde. Ese hombre podría haber sido mi hermano.

–Pero él te quiere. Te quiere de verdad.

–¡Pues al diablo con él!

Estaba en pie. No recordaba cuándo me había levantado, o cómo, pero estaba de pie y Jun me miraba.

–¿T-te vas?

¿Cómo saber que una persona realmente importa? Cuando el hilillo de su voz se anuda a tu garganta y te impide respirar.

Pero la brecha entre Antes y Después era muy ancha; me engullía entera.

Los *meriken* vendrían.

Había dos bandos.

Por un lado, aquellos como Yoichi, que hacían de las leyes su estandarte y que confiaban en el poder absoluto de la autoridad.

Por otro lado, aquellos como Takuma, a quienes las leyes y la autoridad no importaban demasiado; solo veían personas.

Pero no importaba. A los *meriken* no les importaría. Todos éramos japoneses, y nadie iba a preguntarnos si en el momento de la verdad habíamos ayudado a salvar una vida o a quitarla.

–¿E-estás enfadada?

–Takuma me está cubriendo. Si no me voy ya, se meterá en problemas por mi culpa.

Di un paso adelante. La oscuridad era fría y húmeda como las yemas de Jun.

–Seguiré yendo al acantilado –dije sin volverme.

Jun no respondió.

¿Cómo saber si una persona importa realmente? Si su silencio duele.

Momoko

El miércoles se abrió paso como un animal cansado, moribundo. Takuma llegó a casa del conservatorio, abrió su chaquetón e introdujo en el bolsillo interno el libro que le tendía mamá.

–Miyamoto se lo entregó a Momoko esta misma mañana –dijo.

–¿Lo has leído? –preguntó Takuma, planchándose la camisa con los dedos porque era un niño burgués sin importancia acudiendo a una cita con su novia y nada más–. ¿Algo importante?

–Han asesinado al hijo de una viuda. Yo no la conozco, pero al parecer... al parecer el muchacho era dado a la bebida y una vez, en el bar, dijo algo... –Sacudió la cabeza–. A la viuda le dijeron que se suicidó en la cárcel. La pobre mujer no tiene nada. Vamos a darle parte de nuestra ración a Miyamoto para que se la entregue.

–¿Lo sabe ya alguien más?

–Tu tía. Le he dicho que no se sienta obligada a hacer nada, pero ella también quiere ayudarla. Así que quiero que le des esto a Hana. –Puso sobre la mano de Takuma un billete–. A ver si puede conseguir un poco de carne en el mercado negro.

–¿Cómo...? –empezó Takuma, pero se dio cuenta enseguida.

Del pálido cuello de mamá ya no pendía su colgante de oro. A fin de cuentas, ¿de qué valen las joyas en la guerra, cuando tu sobrino enfermo pasa tanta hambre como tú?

–Tened mucho cuidado –dijo papá–. Cuida de tu hermana, por favor.

–Sabes que siempre lo hago. Volveremos pronto.

Papá y mamá seguían pensando que yo acompañaba a Takuma los miércoles. Por primera vez tenían razón.

Caminamos en silencio mucho tiempo, Takuma apurando las últimas caladas de su Golden Brat (siempre reservaba dos cigarrillos para Jun y su padre) y yo observando su chaquetón, preguntándome cuál era el secreto.

Había inspeccionado el libro de cabo a rabo sin encontrar nada, pero mamá había sabido leer un mensaje oculto entre las páginas.

Nunca me decían nada. Si no sabía nada, estaría a salvo. Pero no era una niña. También tenía derecho a la verdad.

–¿Dónde está la casa de Hana? –pregunté al fin.

–Un par de calles antes de llegar al barrio *buraku*, pero no te preocupes. Te dejo en la entrada y doy la vuelta.

–No. –Mi negativa me sorprendió a mí misma; era firme como una lanza de bambú–. Hoy voy contigo.

Takuma tiró el cigarrillo al suelo.

–¿Por qué?

–Yoichi ni siquiera vive en el barrio *buraku*. Por eso cuando creíste que nos había denunciado y fuiste a batirte en duelo con él salió Aiko a recibirte. Era martes. –Me sorbí los mocos–. Pero no me importa que nos haya mentido. Es una persona horrible.

Le conté todo lo que Jun vio.

El estofado de carne convertido en una masa viscosa sobre el suelo.

La viuda que lloraba.

Aquellas cortantes palabras: «La ley es la ley, y la autoridad debe ser respetada».

–Pero ¿quién le ha dado esa autoridad? –mascullé con los dientes apretados–. Si es el Em...

No pude terminar. La calle estaba desierta, pero Takuma (con su traje recién planchado y sus mocasines bien limpios, como un buen muchacho burgués) me tapó la boca igualmente.

Las paredes podían escucharnos.

Las piedras del suelo.

Los árboles.

Incluso aquello que no tenía vida era fiel al Emperador en 1943.

–Nuestro hermano es lo que es. Por eso es como es. –Tomó aire, lo soltó; abrió la caja de Golden Brat para descubrir que solo le quedaban aquellos dos cigarrillos–. Ve con él. Por favor.

–¿Cómo quieres que me siente a su mesa y coma con él después de todo lo que sé? No podría ni mirarlo a la cara. Me da asco.

–Me da igual. Ve con él.

–Pero es injusto. ¿Por qué yo? ¿Y tú?

–¡Hazlo por mí! –bramó–. Le pedí que te cuidase si nos pasaba algo a papá, a mamá y a mí. No te enfades con él. Puedes soportarlo. Es solo un día a la semana.

–Por supuesto que no puedo.

–¿Ni siquiera por mí?

Takuma se volvió hacia mí. Tenía los ojos oscuros, como opacos, y las mejillas algo más hundidas que de costumbre. Parecía perdido y cansado.

Un sacrificio. ¿Cuánto podía pesar sobre los hombros de un pequeño sacrificio por un hermano que te quiere?

–Está bien, pero hoy no.

–Te estará esperando.

–No puedo.

Takuma suspiró; una pequeña nube de vaho flotó en el espacio vacío frente a él.

–De acuerdo. Iré a hablar con él. Le diré que estás cuidando de Ryo. Espérame aquí.

Las nubes ya habían atravesado varias veces el cielo cuando Takuma regresó. Parecía viejo y muy cansado, con las paletas más prominentes y los pómulos afilados. Pero seguía siendo él, con su gran sonrisa y aquellas manos tan cuidadas que estaban siempre abiertas para quien lo necesitase.

Takuma era mejor que yo, y Jun también. Sabían dar oportunidades incluso a las personas que no se lo merecían.

–Os veréis la semana que viene –dijo Takuma antes de emprender la marcha de nuevo.

–Gracias –le respondí, pero él no volvió a separar los labios hasta que llegamos a la casa de Hana.

La joven que nos abrió la puerta tenía el pelo muy brillante (aunque recogido en un recatado moño que-mostraba-lealtad), se había pintado los labios del rojo del sol naciente y sus ropas eran bonitas y nuevas, y hacían que sintiese ganas de tirarme al suelo para tocarlas.

–Esta debe ser tu hermana, ¿no?

–Sí, Momoko.

Hana sonrió.

–Es un placer conocerte. Takuma habla tanto de ti que casi estaba celosa.

En aquel momento Takuma se inclinó para besarla, pero ella se apartó. Le susurró algo al oído que sonó muy parecido a «no me descubras».

–Señora Baba, déjeme que le presente a mi prometido –dijo Hana a una persona en el interior de la vivienda.

Luego, con un gesto, nos invitó a entrar. Mientras nos descalzábamos y nos poníamos las zapatillas para los invitados, una mujer anciana y alta como un

junco apareció al final del pasillo.

–Takuma, esta es la señora Baba, mi casera. Señora Baba, este es mi prometido, Takuma Akiyama. Estudia en el conservatorio, como yo. Quizá conozca a su padre, el señor Hibiki Akiyama. Era un gran pianista en Tokio, pero por desgracia enfermó. Claro que Takuma es casi tan bueno como él.

Takuma me acercó a la casera con un sutil empujoncito.

–Esta es mi hermana pequeña. Va al instituto Daiichi.

El instituto Daiichi. La prometedora carrera de papá, que se vio truncada por sus manos enfermas. La plaza en el conservatorio de Takuma.

Hana vestía ropa cara y olía a perfume floral y a cosméticos. El propio Takuma iba vestido con sus mejores ropas y yo todavía llevaba el uniforme del instituto. Traté de imaginarme los ojos con los que nos vería la casera, y la respuesta fue sencilla: intelectuales, niños bien, tocados por los dioses de manera que la guerra no pudiese dañarnos.

–¿También toca el piano? –preguntó la señora.

Takuma sonrió y aprovechó aquel momento para quitarse el chaquetón y sacar el librito.

–No, Momoko salió a mi madre. También asistirá a la Universidad de Tokio, ¿verdad? –Se volvió hacia mí, pero no esperó a que contestase; ya le estaba tendiendo el libro a Hana—. Le gusta leer casi tanto como a ti. Esta es una recomendación suya, ¿eh? La antología de poesía tradicional *Kokin Wakashu*. Claro que lo mío es la música y no la literatura, pero encontré muy interesante un poemilla titulado «*Tabi no uta*».

–El viaje –dijo Hana, repitiendo el título de manera que las palabras parecían deslizarse por su lengua—. Lo leeré con mucho gusto.

Y se lo guardó en el bolsillo de la falda.

La casera nos condujo a la sala y nos invitó a tomar el té. Tras la ceremonia, Hana se excusó para ir al baño.

Todavía tenía el libro en el mismo sitio, en el bolsillo de la falda. No tardó mucho. Cuando volvió, me dio la sensación de que estaba algo más azorada y de que sus rizos se alborotaban un poco más.

«Lo ha leído –pensé–, ha encontrado el mensaje oculto.»

Tomamos el té en un silencio extraño, cortado por los retazos de conversaciones formales que Takuma mantenía con la casera. A veces, él y Hana se acariciaban o entrelazaban los dedos, pero sus gestos eran nerviosos y casi torpes, como si fuesen niños.

No podía dejar de pensar que me recordaban mucho a Jun y a mí.

–Tu amiga Jun es muy valiente –dijo Hana, y por un momento creí que aquellas palabras provenían de mi interior–. La conocí el otro día. Pasaba por la calle mientras Takuma salía, ¿verdad?

–Es muy buena –musité.

Pero aquello no definía realmente a Jun.

Mucha gente puede ser valiente y mucha gente ser buena, pero ¿cuántos estarían dispuestos a perdonar a un monstruo al que le han visto las garras y los colmillos?

–Es mi mejor amiga –añadí.

Había un nuevo miedo nadando en la boca de mi estómago: que Algo Malo le pasase a Jun.

No dijimos mucho más.

Cuando nos despedimos al fin, Takuma abrazó a Hana durante un instante. La casera, con sus ojos pequeños y ocultos tras unas gruesas gafas de culo de botella, no debió de notarlo, pero yo sí: Takuma acababa de depositar el billete en las manos vacías de Hana, acababa de susurrarle una rápida palabra al oído.

Un par de jóvenes prometidos, pero no entre ellos, sino con una causa.

Jun

La casa de Yoichi estaba muy ordenada, casi vacía, como un enorme archivador en el que podían clasificarse los humanos.

Los que vivían.

Los que morían.

Los que acataban la autoridad.

Y los que la ejercían.

Me pareció que olía a *kenpei*: jabón, colonia masculina, cuero y nacionalismo. Un olor agradable con una nota amarga, pero no debía pensar en eso.

Sabía que no estaba. Era miércoles. El martes lo había seguido sin que él lo notase. Vivía en una zona relativamente cara de la ciudad, donde las flores eran blancas y rojas como la bandera imperial, donde el himno nacional sonaba en todas las casas a las seis de la mañana, donde alguien podía estar a salvo.

En realidad no quería robar los expedientes; apenas podía entender un par de palabras.

Solo estaba allí para devolver algo.

No era una buena chica y no era valiente.

Pero sabía escuchar a papá.

Debía hacer lo correcto porque es lo correcto.

Yoichi le había arrebatado dos cosas a aquella anciana. Una solo podían devolvérsela los dioses, pero otra estaba al alcance de mi mano.

Ya tenía dos latas de carne escondidas en el interior de mi gabardina cuando mis ojos cayeron sobre los informes perfectamente apilados en la mesa.

Solo entendí un carácter. Momoko me lo había escrito una vez.

Akiyama.

Un repiqueteo metálico. La puerta de entrada se estaba abriendo. Era demasiado temprano (el cielo solo era violeta y no negro), pero Yoichi ya estaba volviendo a casa. Un par de pasos.

Agarré los dos informes Akiyama, los presioné contra mi pecho y me escondí bajo el *kotatsu*.

Mal escondite. Muy mal escondite.

Yoichi podría levantar la gruesa manta para encender la lumbre.

Los pasos pesados se transformaron en pasos suaves: Yoichi se había calzado las zapatillas y caminaba en mi dirección. A través de la estrecha rendija entre la manta y el suelo, podía verle los dedos de los pies. Se sentó.

No enciendas la lumbre. No enciendas la lumbre. No enciendas la lumbre.

Encendió un cigarrillo; el humillo casi me hizo toser. Y organizó los papeles. Podía escuchar cómo pasaba las hojas, cómo apilaba en nuevas montañas los informes.

Faltan dos. Faltan dos. Faltan dos.

—Mierda.

Pasos que se alejaban.

Sentía los músculos tiesos, inmóviles.

¿Qué haría yo si fuese Yoichi?

Paso número uno: cerciorarme de no haber dejado los informes en la habitación.

Paso número dos: cerciorarme de que los informes no se hayan caído bajo el *kotatsu*.

Me arrastré y salí del *kotatsu*.

No tenía tiempo. No tenía tiempo. No tenía tiempo.

Me subí al mueble y salí por la ventana por la que había entrado.

—¿¡Quién anda ahí!?

Corrí.

Se me da bien correr, especialmente de la policía.

Corrí y recé y salté la valla del jardín y en ningún momento me detuve a comprobar si a Yoichi le había dado tiempo a asomarse a la ventana para verme.

Una sombra escuálida en la oscuridad.

Momoko

Una sombra famélica en la ventana.

U El *yatagarasu* (cada vez más viejo, cada vez más fatigado, cada vez más descolorido) me despertó al pasar un ala casi desplumada por mis párpados.

CORAJE, PEQUEÑA NIÑA, AQUELLO QUE TEMES SUCEDERÁ
MAÑANA.

Jun

La luz del sol, al amanecer, parecía un brochazo de pintura dorada sobre el acantilado.

Exhalé sobre mis manos. Masqué el frío, el miedo y el hambre. Noviembre era el mes de los horrores, la hoz que llevaba a aquellos demasiado débiles o enfermos al negocio de papá.

«Cuídate de las garras de noviembre», solía decir papá.

Momoko apareció en el horizonte como una manchita azul y blanca. La saludé con un gesto y me saqué mi último cigarrillo del bolsillo.

Solo para calentarme las manos.

Solo para hacer algo con ellas.

—He encontrado una botella —dijo Momoko—. En la frutería de mi tía. No es gran cosa, pero...

Me separé el cigarrillo de los labios.

—Espera —dije—. Antes... tengo que enseñarte algo.

Me saqué los informes de debajo de la gabardina. No me molestaban allí. No ardían como habían ardido las cuartillas de la compañera. Apenas podía sentirlos.

—Seguí a Yoichi hasta su casa —expliqué antes de dar tiempo a Momoko a decir algo—. A-ayer entré cuando él no estaba. No... no sé por qué lo hice. Quería quitarle algo. Como él le había quitado todo a la viuda. No sé. No sé. Robar se me da bien. Robar y correr. De hecho, quizá sea lo único...

Momoko chascó la lengua. Pasaba las páginas de los informes sin detenerse a leer.

–Eso no es cierto –dijo–. Vales más de lo que piensas. Para empezar, eres una persona mucho más buena de lo que yo seré jamás. –Separé los labios, pero Momoko fue más rápida–. Y eres valiente, y encontrar botellas de cristal se te da de maravilla. –Me agarró la mano y apretó, yema contra yema y piel contra piel–. Y... haces que me sienta menos sola. Por favor, no hagas más tonterías. No quiero que todas las personas que me importan estén en peligro.

Bajé la cabeza.

Tenía los pies sucios, las piernas esqueléticas.

El frío del otoño parecía anclarse a mis huesos.

No había demasiado en mí que valiese mucho.

–Qué va, yo no... yo no soy nadie.

Momoko se encogió de hombros.

–Eres importante para mí.

Y volvió a abrir la carpeta con el nombre de su madre.

Momoko

He aquí lo que encontré, principalmente:

- Un informe de las «actividades sospechosas» de mamá. O, en otras palabras, un repaso a su antiguo trabajo en la revista *Seito*.
- Un informe de las «actividades sospechosas» de Takuma. O, en otras palabras, una copia del informe médico que lo catalogaba como clase F (incapaz de servir en el Ejército) debido a su enfermedad de hígado.
- Una orden de registro a la vivienda de los Akiyama firmada por el *Sho-ji*⁴⁰ Yoichi Akiyama.

—Tengo que avisar a Takuma —dije, guardando apuradamente los papeles en sus carpetas.

Jun estaba detrás de mí; podía sentir su respiración como una caricia cálida en la nuca.

—¿Vas a faltar a clase? —me preguntó.

—No. Si me doy prisa, quizá me dé tiempo a pasarme por el conservatorio antes de la primera hora.

La frase todavía no se había extinguido cuando empecé a romper el papel. Empezó como un acto nervioso, casi ávido, y terminó conmigo y Jun sentadas en el suelo, creando confeti de: miedos,

traición,

peligro

y muerte.

Lo guardamos todo en la botella y cerramos la tapa. Los informes hechos añicos parecían cenizas y arena.

–*Bon voyage!* –chillé, y arrojé la botellita al océano.

Se alejó pronto; se la tragó una ola.

Jun reía, tapándose la boca y pasándose una mano por el pelo, que empezaba a crecer hasta rozar los hombros, y brillando más que todos los soles del mundo.

–Tengo que irme a la fábrica –consiguió decir entre carcajadas–. Cuídate mucho.

–No, tú cuídate mucho –dije, dándole un beso en la mejilla.

Solo un segundo. Solo un pequeño gesto antes de girarnos y tirar cada una por nuestro lado. De haber sido un chico, todo habría sido diferente. Pero era una chica. Y, a fin de cuentas, las chicas se besan entre sí todo el tiempo. Madres e hijas. Hermanas. Amigas.

Sin embargo, la piel de Jun todavía me quemaba los labios cuando llegué al conservatorio.

* * *

La guerra fue amable conmigo. Me permitió estar presente en el momento en que la brecha entre el tercer Antes y Después se abrió.

La habitación contigua a la sala de grabaciones del conservatorio de Okinawa. Se podía ver, a través de un gran cristal, a los músicos que interpretaban una marcha militar que sería retransmitida a los isleños con el parte de las noticias.

–Soy Momoko Akiyama, la hermana de Takuma. Vengo a darle un recado.

El encargado se bajó los cascos para volverse a mí y dirigirme una rápida sonrisa.

«Una estudiante del Daiichi –pensó, tal vez, al ver mi uniforme–. Una buena chica de familia rica.»

Al otro lado, entre nota y nota, Takuma me guiñó un ojo.

La cantante, a su lado, parecía joven y asustada. Era Hana. La canción decía:

Si voy al mar.

Había un informe que daba fe del pasado de mamá, que podría ser tachado de traición a la patria, y que nos situaba a todos en el punto de mira.

Seré un pálido cadáver.

Un día (tal vez de noche, a la luz de un candil) Yoichi había considerado la orden de registro a la casa de los Akiyama. Tal vez había dudado y tal vez no. La única, incalculable certeza era que había firmado.

Si voy a las montañas.

Había un informe escrito sobre Takuma para calificarlo de sospechoso y posible enemigo del Emperador.

Seré un cadáver en la hierba.

Yoichi, que cuidaba de los peces y que tocaba en una banda de *jazz* y que buscaba *mochis* de flor de cerezo para mí, no valía más que la pólvora de sus balas.

Pero si muero por el Emperador.

Todo lo que yo había aprendido en el colegio no valía para nada. El Emperador no era un dios. Los *kenpeis* no velaban por nuestra seguridad. Los *meriken*, cada vez más cerca de nuestras costas, ganaban la guerra.

No seré una deshonra.

La guerra también fue bastante amable con Takuma. Le permitió finalizar la pieza antes de tener que enfrentarse a su Después.

En cuanto la voz de Hana desapareció y las últimas notas se agolpaban las unas a las otras, la puerta de la habitación se abrió. Entraron dos hombres,

también muy jóvenes y de aspecto asustado. Uno de ellos, el más alto, llevaba una pila de impresos en la mano; el otro, algo más bajo y enjuto, comenzó a leer una larga lista de nombres (todos ellos masculinos) con pausa y ceremonia.

–Adachi, Saigo. Agata, Kazunari. Aizawa, Yamato. Akiyama, Takuma.

Mi cartera del colegio cayó al suelo. Emitió un sonido sordo, similar al de la tapa del piano que Takuma bajaba.

Un golpe nada más. El joven, vestido de funcionario, continuó leyendo los nombres de la lista como si nada hubiese pasado. Sus manos eran suaves y carecían de callos o de cualquier marca que indicase un trabajo duro; lo único que aquellas yemas habían tocado eran los lomos de los libros y los bordes de los papeles como el que condenaba a Takuma y a sus compañeros.

Los estudiantes de música fueron saliendo uno a uno. Las mujeres se echaron a un lado; vigilaban, algunas llorando y otras con los ojos resplandecientes de orgullo. Los hombres, como si aquello formase parte de su rutina, se acercaron a tomar los formularios que el alto les ofrecía.

–Takuma Akiyama.

Takuma tenía un ojo en el alto y otro en mí.

Sus pupilas

eran una sombra opaca.

Agarró el formulario y lo leyó de pie, como el resto de sus compañeros.

Muchachos jóvenes, cultos.

Confundidos.

Aterrorizados.

Algunas de las mentes más privilegiadas de su generación convertidas en víctimas colaterales de una guerra.

Nadie escucharía sus melodías. Sus instrumentos no volverían a ser empuñados. El silencio de la muerte caería sobre Naha como una losa.

–Será un honor servir a mi Emperador –dijo Takuma, y su voz fue firme, serena–. Rezo porque mi carne esté tan dispuesta como mi espíritu.

El bajito separó la mirada de su lista y se volvió a Takuma.

–Padece del hígado –explicó Hana, que no dejaba de tocarse el pelo y la camisa–. Por eso decidió estudiar música. En un principio, sus deseos habían sido servir a la causa de la guerra.

Ninguno de los dos funcionarios habló.

Yo seguía de pie en el mismo sitio. Quería, con todas mis fuerzas, moverme e ir con mi hermano; aniquilar, silenciar al miedo. Cuando mis músculos me obedecieron, algunos de los compañeros de Takuma ya se habían marchado. Los funcionarios permanecían allí, observando cómo el resto firmaba. Takuma, con el formulario apoyado en la pared, agarró la pluma que le tendía Hana.

Y entonces vi, leí.

Un cuestionario provisto de una sola pregunta.

¿Desea usted formar parte de la *Tokubetsu Kogekitai*?⁴¹

- Encarecidamente.
- Sí.
- No.

La pluma de Takuma se detuvo en la primera casilla. Debajo, en el espacio correspondiente, dibujó una firma.

Takuma le entregó el formulario al funcionario. Era oficial.

* * *

–Una trampa. –Dos colillas cayeron al suelo–. ¿Qué podía hacer? Si me negaba a formar parte de la *Tokubetsu Kogekitai* me llevarían preso por

disidente. Era la cárcel o el frente. Por lo menos en el Ejército seré de utilidad.

Todos los compañeros de Takuma habían rellenado o bien la casilla de «encarecidamente» o bien la casilla de «sí». Algunos habían mirado a los demás, dudando, pero la mayoría actuaron como Takuma.

—Casi ninguno era nacionalista —había dicho él, en voz muy baja, mientras abandonábamos el conservatorio—. Míralos. Son intelectuales.

Ahora estábamos en el acantilado viendo cómo batían las olas. Era una mañana clara de noviembre con un sol pálido y frío en el centro del firmamento.

—Yoichi firmó la orden de registro de nuestra casa —susurré.

Resultaba extraño estar sentada junto al faro con Takuma. Aquel había sido siempre un refugio solo para Jun y para mí.

—Es un *kenpei*. Por eso ya no vive con nosotros.

Así lo había resumido Takuma. Parecía sencillo. Los *kenpeis* velaban por la ley y el orden hasta el punto de sacrificarlo todo y a todos. *Ellos* (las personas como mi madre y Takuma, y también como la baronesa y la *yamamba*) se escondían y actuaban en las sombras; el miedo acallaba incluso a la justicia.

—Estamos perdiendo la guerra —dijo Takuma después, tirando el cigarrillo al suelo—. No reclutarían a los estudiantes de no ser así.

—Pero habrá algo que podamos hacer. Lo de la soja funcionó una vez.

Takuma sacudió la cabeza. Su pie, al aplastar la colilla, dibujaba constelaciones grises en la hierba.

—Os pondría en peligro. Tú misma viste el informe de Yoichi. Sospechan de mí. No podemos arriesgarnos. Mientras tanto... —se puso en pie— tengo un par de semanas, ¿no? Todavía hay cosas que hacer, gente a la que ayudar. Debemos aprovechar el tiempo.

Se levantó. Durante un par de segundos, lo vi caminar delante de mí, una figura color hueso en mitad de la naturaleza bañada por la luz de aquel claro día de noviembre.

La guerra.

Abrasaba más que nunca.

Ahí estaba el cielo, tan limpio, ajeno a nosotros; en unos meses, Takuma lo cortaría con su avión Zero. El cielo sangraría y la sangre caería sobre la tierra, salpicando a los humanos de muerte y horrores, pero las heridas cicatrizarían. Las guerras se acaban. Las víctimas son enterradas. Los supervivientes recogen sus cosas y siguen adelante.

En la guerra, ser soldado solo es algo temporal.

LIBRO III
NOVIEMBRE DE 1943 -
DICIEMBRE DE 1944

III. SU NOMBRE ES PESTILENCIA. SE SIENTA SOLA
JUNTO A LAS CAMAS DE LOS HOSPITALES,
SILENCIOSA, LAS MANOS FRÍAS ALIVIANDO LA
HÚMEDA Y FRÍA PIEL.

MIA PARKER

Jun

El Emperador era todo lo que yo conocía.

E Su mirada orgullosa tras un par de gafas de montura redonda.

La riqueza de sus vestidos.

La serenidad de su expresión.

Gran Padre.

Las órdenes de los *kenpeis* no podían venir del Emperador, pues Él era todo lo que yo conocía. No podía ser malo. El Emperador era bueno y noble y justo; había descendido de la estirpe de los dioses para cuidar a Japón y para dar cobijo a los pobres como papá y como yo. Incluso su nombre, que no me atrevía ni a pronunciar, significa «abundante benevolencia».

No podía ser malo.

Pero esperé, con la espalda apoyada en el muro de la casa de Yoichi y las manos sobre las rodillas, tratando de dibujar el rostro del Emperador en mi mente. Primero, el pelo engominado con la raya cuidadosamente trazada a la derecha. Después, las cejas espesas y los ojos velados...

Le recé para que me diera coraje. Momoko me había dicho que era valiente, pero se equivocaba. Momoko era valiente, yo no. Yo debía rezar al Emperador para que me diera coraje.

Se escucharon gritos desde la casa. No sabía que Yoichi ya hubiese llegado.

Más gritos. Algo (tal vez una silla) que caía al suelo con un sonoro estrépito.

Yoichi abrió la ventana de la cocina. Un intenso olor a tabaco y una rizada nube gris cubrieron la calle.

«Es el momento –me dije–. Vamos, llama a la puerta y confíesalo todo. Por favor, Emperador Showa, dame coraje. Por favor, por favor, por favor.»

Mis piernas no se movieron. Mi cuerpo solo tembló un poco.

Yoichi tiró el cigarrillo casi entero (cayó a un par de metros de mí) y cerró la puerta.

«Vamos. Llama. Ahora.»

La puerta principal se abrió. Yoichi salió (una furia caminante; el aire parecía arder a su paso) sin fijarse en mí. Llevaba su uniforme verde y sus botas de trabajo.

Di un paso adelante. Quise llamarlo, pero mis labios se abrieron y se cerraron sin decir nada. Cuando reuní las fuerzas para correr detrás de él, Yoichi ya se había marchado.

No era valiente como Momoko. En mi cara y en mi cuerpo estaba tatuada la palabra COBARDE. Cobarde y estúpida, lo suficiente para condenar a mi mejor amiga y a su familia.

COBARDE.

Ni siquiera el Emperador, abundante benevolencia, podía ayudarme.

Me quedé allí, de espaldas contra el muro y aguantándome las lágrimas, rezando.

Para que Yoichi volviera.

Para que los Akiyama estuviesen a salvo.

Para ser valiente y confesar lo que había hecho.

Momoko

legó en la noche oscura, oculto en el interior de una gran caja de madera para instrumentos musicales y cargado por Takuma y papá. Mamá corrió las cortinas enseguida. Yo cerré la puerta. Todas las cajas que llegaban a nuestra casa por la noche contenían algo vivo.

–Está enfermo –dijo papá.

Takuma, arrodillándose ante la alargada caja que acababan de depositar en el suelo, no le prestó demasiada atención.

–Escorbuto –continuó papá–. Puede que neumonía también.

Takuma y yo levantamos la tapa. El muchacho que había estado acostado en el interior se recostó, tomando una gran bocanada de aire que pareció desinflarlo como un globo viejo.

Era muy joven, más o menos de mi edad.

Con marcas violáceas en los labios y los ojos y el fantasma de dos regueros de lágrimas sobre la piel sucia.

El pelo, *rojo* como la sangre, se le pegaba, grasiento y alborotado, al cráneo.

Sus dedos (ramitas tiasas como los de Jun) estaban aferrados a un libro: *Mein Kampf*, de Herr Hitler.

–Ahora todo irá bien –le dijo mamá en francés, colocando una manta sobre sus hombros–. Te prepararé algo de comer, ¿quieres sopa?

–S-sí, señora, mu-muchas gracias.

Hasta la voz se le escapaba de los labios.

Sus enormes, febriles ojos grises como monedas pasaban del rostro de Takuma al mío.

–Ya puedes salir, eh –le dijo Takuma, cuyo francés sonaba torpe y oxidado–. Ven, te ayudo. Hay una lumbre debajo de la mesa. Estarás calentito.

El muchacho lloró y tembló mientras lo llevaban al *kotatsu*. Pidió perdón. Papá le dijo que no debía disculparse por nada. Aquella situación, a fin de cuentas, no era culpa suya.

–¿Puedes repetirme tu nombre? –añadió después, tendiéndole al joven su encendedor y su paquete de cigarrillos–. Me temo que no tengo muy buena memoria.

–Job.

Puede que un día, hacía mucho tiempo, hubiese sido humano, pero aquella noche a finales de 1943 Job no parecía ser más que una nubecilla de humo cubierta por un jersey demasiado grande, unos pantalones harapientos y unos zapatos muy viejos y malgastados.

–Bueno, Job, es un placer conocerte. Yo me llamo Hibiki. –Le tendió la mano a la europea; me entró la risa al imaginarme a papá y a Job como dos exitosos hombres de negocios firmando un acuerdo–. Mi mujer, Shiori. – Señaló vagamente a la cocina con un golpe de cabeza–. Mi hijo mayor, Takuma, y mi hija, Momoko.

–En-encantado de conocerlos a todos. M-m-m-muchas g-g-gracias por t-todo lo que estás haciendo por mí y... y... l-l-l-lo siento m-m-m-mucho.

Aquellas dos frases parecieron consumir toda su energía. Cuando terminó de pronunciarlas volvió a romper a llorar y, al hacerlo, su frente casi chocó contra el humeante plato de sopa que mamá acababa de disponer ante él.

–Eh, ¿lo siento por qué? –le dijo mamá, colocando la cuchara entre aquellos dedos con tiritera–. Ahora eres nuestro invitado. Mañana por la noche saldrás

embarcado y en un par de días estarás en un lugar seguro. Todo irá bien, ¿de acuerdo?

Job susurró algo que no llegué a escuchar.

Todavía estaba aferrado al *Mein Kampf*, abierto sobre sus piernas, y entre cucharada y cucharada bajaba los ojos para leer.

—Sí que debe ser un libro de la hostia —dije.

Acababa de aprender aquella palabrota en francés y había estado esperando el momento de poder utilizarla. A mí, en una situación similar, la normalidad me habría ayudado; Job solo ahogó un hipido.

—Creía que estabas huyendo de Hitler —insistí—. Aquí estás a salvo. No tienes que fingir.

Otro hipido.

Papá, ladeando la cabeza, dijo:

—Déjalo en paz. Ha pasado unos días muy duros.

—N-no es el libro de Hitler —susurró Job—. M-mi madre tomó las tapas del libro de Hitler y les cosió algunos capítulos del Tanaj. D-dijo que m-me daría suerte.

—Y lo ha hecho —le dijo mamá, dejando caer la mano sobre su hombro.

El Tanaj, claro, su libro sagrado. Desde que había conocido a Florian, traté de aprender todo lo posible sobre los *juiifs*. Quería estar preparada; sabía que llegaría el día en el que volvería a ver a uno.

—A mi madre también se le da muy bien eso de hacer pasar unos libros por otros. —Sonreí, echándole un pequeño vistazo al volumen—. ¡Vaya! No entiendo una palabra. ¿Está en alemán?

—Hebreo.

—Así que hablas alemán, hebreo y francés —dijo Takuma, dándole una palmadita en la espalda—. Cuando acabe la guerra vas a ser una persona importante, te lo digo yo.

–¿Qué es lo que pone? –le pregunté.

A fin de cuentas, eran todo lo que importaba, ¿no? Los libros, las palabras. Habían sido cruciales para mí desde el principio, durante la Gran Hoguera en el Jardín Trasero, hasta ahora, inclinada sobre un texto sagrado que no podía desentrañar.

Job se volvió hacia mí. Había algo raro, terrible en su mirada gris pálido. O tal vez no fuese en su mirada, sino en el modo en el que sus ojos podían clavarse sobre uno como si no estuviesen mirando en absoluto. Sus pupilas parecían contemplar el pasado en Austria, los numerosos escondites, el largo viaje que el visado de la baronesa le concedió.

–B-bueno, no creo que la traducción sea muy buena, pero...

Las palabras empaparon de nuevo la sala. Eran fantasmas y eran sombras, y parecían ajenas al muchacho escuálido y sudoroso que las pronunciaba.

–Aunque pase por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento. Tú preparas mi mesa en presencia de mis enemigos; has ungido mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días.

Después de que Job hablase, la sala quedó sumida en un silencio moteado por las palabras de ánimo de papá.

Los horrores habían pasado, decía.

La guerra acabaría pronto, decía.

Era cierto, el bien y la misericordia nos esperaban a todos, decía.

Pero, entre frase y frase, bajaba la vista a sus manos enfermas. Él también lloraba.

Job iría a Kobe y tendría la oportunidad de encontrar la felicidad, mientras que Takuma sería enviado al frente.

La guerra llamaba a las puertas de nuestra casa.

¿Qué bien y qué misericordia podían encontrarse en el hambre y la muerte?

Mientras observaba el reflejo de mi familia en el cristal de la ventana, sentí una especie de rencor que se encendía en mi estómago como las llamas de una chimenea, casi haciéndome toser del humo amargo que subía hasta mi garganta.

Sí, no servía de nada negarlo, sentía cierta envidia hacia aquel muchacho enfermo que no tenía nada.

Momoko

La puerta sonó varios minutos después, mientras mamá le servía a Job un segundo plato de sopa de tomate «con la vitamina C que necesitas». Tres golpes fuertes, casi frenéticos, como si la persona al otro lado estuviese sumida en una prisa incontenible.

Actuamos rápido y en silencio, naturalmente, para que la persona al otro lado no nos escuchase hablar en francés. Takuma reconfortó a Job con unas caricias en los brazos para luego tumbarlo de nuevo dentro de la caja de instrumentos, le susurró algo al oído (probablemente que todo iría bien y que no se preocupase) y cerró la tapa. Mientras tanto, papá gritó que ya iba a abrir y yo me senté ante el plato todavía lleno de Job, puesto que sería muy raro para el visitante ver una ración de sopa sin dueño en los tiempos que corrían.

–Ya voy yo, papá –dijo Takuma, pero papá se negó.

–Soy el cabeza de familia –dijo.

Al final abrió mamá, y su mano cayó, inerte y flácida, sobre su muslo.

Al otro lado, en la calle, estaba Yoichi. Tenía el rostro perlado por el sudor y le faltaba el aliento, pero por lo demás su apariencia era limpia, ordenada y apuesta.

Entró sin pedir permiso y sin quitarse los zapatos, con una rapidez típica de los zorros, escudriñando la sala como con un ansia insaciable.

Takuma dio un paso adelante. No supe si apartó a mamá o si se separó ella, pero el caso es que había quedado frente a frente con Yoichi.

–¿Cómo te atreves? –le dijo–. ¿A qué vienes, eh? No eres bienvenido.

–Lo es.

La voz de mamá sonó pálida, casi inaudible entre el estruendo de las botas de Yoichi y los gritos de Takuma.

–Ha venido de uniforme –continuó mamá–. No nos está dando la oportunidad de decidir si es bienvenido o no.

–Vienes como policía y no como nuestro hijo –fue como lo resumió, con mucha pena, papá.

–Los asuntos que me atañen son asuntos de policía y no de hijo –dijo Yoichi, algo más calmado, tal vez debido a las palabras de papá o al hecho de que se había detenido frente al *kotatsu*.

Papá, como si las piernas no pudiesen sostenerlo más, se sentó junto a mí. Mamá, sin embargo, dio un largo paso que la acercó a Yoichi.

–Si vienes como policía, vienes por mí. Habrías hecho bien en procurar hacerlo por la mañana, cuando mis hijos no están en casa, y no ahora.

Yoichi, en un principio, no dijo nada. Tenía los labios apretados, pálidos y húmedos debido al sudor.

–Que yo sepa, hoy no tengo nada contigo, mujer. –Tragó aire y, cuando lo expulsó, sus ojos estaban clavados en Takuma–. Han robado algo de mi casa.

Takuma se sentó también y extendió los brazos en el aire al dirigirse a nuestro hermano.

–¿Y eso a mí qué?

–Unos informes.

–Supongo que tus superiores no estarán muy contentos, entonces.

–¿Puedes imaginarte sobre quién eran esos informes? –prosiguió Yoichi.

Su porte era tranquilo, pero había algo en la manera en la que respiraba y en cómo seguía sudando profusamente que me hizo pensar en una enorme estufa de carbón.

Takuma se dio una palmadita en los muslos.

–Juzgando por el hecho de que estás aquí, en nuestra casa, yo diría que...
¿Sobre mí, tal vez?

El efecto que aquella acusación tuvo sobre las otras personas de la sala fue espléndido. Papá lanzó un largo suspiro, instando a Yoichi a volver «como hijo» cuando no llevase el uniforme; mamá, tranquila pero cansada, se atrevió a preguntarle si, por casualidad, no había bebido aquella noche. Yoichi mencionó algo que sonó muy parecido a «desacato a la autoridad», lo que hizo que Takuma ahogase una carcajada.

–¿Autoridad? Cualquier asesino representa la autoridad aquí. –Yoichi dio un paso adelante, pero Takuma lo frenó alzando las manos sobre su cabeza–. Vamos, arréstame, pero creo que seré más útil en el frente. ¿Sabes lo que ha pasado esta mañana? Dos adolescentes no mucho más mayores que Momoko (la *autoridad*, según tú) vinieron al conservatorio con una montaña de formularios de inscripción a las Fuerzas Especiales. Nos las dieron uno a uno, a unos niños ricos que no saben nada de la guerra ni de cómo se empuña un arma. ¿Qué clase de autoridad arrastra a la guerra al futuro de su generación?

Yoichi tragó saliva. Sudaba, como yo, pero no aceptó el sitio en la mesa que papá, pese a todo, le ofrecía. Escupió las palabras una a una, bien masticadas y saboreadas.

–Todo recluta recibirá la instrucción apropiada. Esta generación tiene que hacer sacrificios para que la siguiente pueda vivir en paz. No seas insensato. Si no nos movilizamos, los norteamericanos nos invadirán. ¿Qué pasará entonces con ese futuro del que tú hablas?

La mirada de Takuma era opaca, inerte, como la de Job.

Mamá, tomando todo el aire que le permitieron sus pulmones, repuso:

–Ya ves que no es un día fácil para nosotros. Por favor, márchate y vuelve mañana.

Trató de tocar el brazo de Yoichi, pero el joven se apartó.

–La ley castiga a los ladrones –dijo, los ojos todavía sobre Takuma–. Si no has sido tú, creo que tengo una idea bastante clara de quién es el ladrón. Ya he sido bastante benévolo con esta familia hasta ahora.

Traté de mantener la boca cerrada para contener en mi interior aquel fuego que ardía y me escocía por dentro, pero mis labios se separaron.

Hablé. Y las palabras fueron mi arma; podían condenar a una persona o salvarla, y eran mías, no del Emperador o de la *kenpeitai*, sino *mías*.

–¿Benevolente? ¿Cómo? ¿Firmando una orden de registro?

Mi ojo izquierdo vio cómo los otros tres miembros de mi familia parecían querer abalanzarse sobre mí. No pude prestarles demasiada atención. Sudaba y sudaba y sudaba. La cabeza me daba vueltas.

Solo podía concentrarme en Yoichi.

Su rabia.

Su tristeza.

Qué perdido estaba.

Qué solo y qué perdido.

–Creí que estabas enferma –susurró.

Me entregó una caja de medicinas, pero no tuve tiempo ni de leer el nombre. En cuanto mi mano rozó la de Yoichi, algo extraño ocurrió.

Ví la muerte de mi tío una y mil veces, como si contemplase la puesta y salida del sol a gran velocidad. El *yatagarasu* voló hacia mí y me acarició los ojos.

Fogonazos de luz roja.

Ya no estaba en la calle, y tampoco en la sala.

El lugar en el que me encontraba podría haber sido Okinawa

si Okinawa

fuese

un esqueleto.

Y, entonces, un grito.

—*¡Tenno heika banzai!*⁴²

Vi a Yoichi y vi a un *meriken* (cubiertos de ceniza y sangre seca, dos adolescentes asustados).

Y vi la bayoneta. Vi cómo se teñía de granate, salpicando la arena oscura. Vi la muerte de mi hermano, y esta me hizo daño en los ojos.

Nada podía sorprenderme demasiado ya.

Un cadáver en la arena, envuelto en tonos de

rojo,

blanco,

negro.

Uno a uno, los rostros de mis familiares se desvelaron ante mí. Estaba en casa de nuevo.

La sala.

Podía tocar la madera del *kotatsu* y saber que estaba allí. Los bordes afilados de la caja de medicamentos me hacían cosquillas en las yemas.

Y los gritos.

Todos hablaban a la vez, atropellándose, intentando comunicarse conmigo.

—¡Todo tu culpa!

—¿Estás bien?

—... tal vez el doctor Fukuoka...

—¡Si no hubieses venido aquí...!

La mano de mamá cayó sobre la mía. Como si acabase de presionar el interruptor de la radio, las otras tres voces se apaciguaron hasta extinguirse.

Takuma me pasó una mano por la frente, secándome el sudor.

Yoichi, tras emitir un largo suspiro, se dejó caer sobre la caja de instrumentos.

Job estaba ahí.

Job, con su libro disfrazado y su pelo como la sangre.

Job, sucio y asustado.

Incluso las paredes, que lo habían visto todo, podrían haber contenido la respiración.

Pero papá no tenía tiempo para el miedo ni los peligros.

–Vamos, bebe –me dijo, depositando una taza vacía entre mis manos.

–El té te sentará bien. Yoichi se irá enseguida –agregó mamá, que traía consigo la tetera.

Entonces

ocurrió

algo

sumamente

curioso.

De la boca de la tetera no salió el té, del verde pálido de los guisantes, sino otro líquido algo más espeso, algo más turbio, de un intenso color *rojo*.

Papá y Takuma dieron un paso atrás, apartándose de la tetera y de lo que salía de ella.

Mamá, ahogando un grito, relajó los músculos.

La tetera cayó al suelo, fragmentándose en pequeños pedazos de porcelana que se esparcieron por el suelo hasta los pies de Yoichi. Una mancha *roja* en forma de araña reptó sobre el *tatami* hasta cubrirlo todo.

–¿Qué clase de...?

La pregunta murió en los labios de Yoichi. Se había levantado de la caja de instrumentos y, ahora que se había inclinado sobre mí, su rostro pálido se reflejaba en la sangre que llenaba la taza.

Los dos introdujimos las manos en el recipiente.

Primero Yoichi.

Luego yo.

Las yemas de un *kenpei* y las yemas de una colegiala medio ciega comprobaron cómo la sangre seguía tibia.

Luego el rojo se volvió claro, transparente. La mancha en forma de araña se difuminó hasta que ya no se la podía ver.

Me acerqué la mano a la cara. La sangre, que teñía mis dedos de granate, comenzó a resbalar; no cayó en ninguna parte sino que, simplemente, desapareció.

Aunque ya estaba limpio, Yoichi se sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se secó los dedos.

—La pérdida de los informes os incrimina —dijo—. Haríais bien en obedecer las leyes y destruir cualquier otra cosa que os incrimine también. —Sacudió la cabeza en dirección a la caja de instrumentos—. Incluidos los artículos de estraperlo.

Se fue. Mientras abría la puerta, papá se acercó a él y le susurró algo que sonó muy parecido a «gracias». Yoichi, desde el umbral, se adecentó el uniforme y repuso:

—Ya no tengo nada que ver con esta familia.

Yoichi se fue y la habitación quedó sumida en silencio. Despacio, como despertados de un sueño, nos pusimos en marcha.

Momoko y mamá, recoged la porcelana.

Takuma y papá, sacad a Job de la caja.

Las mujeres estábamos en la cocina, arrojando a la basura los fragmentos de la tetera, cuando se oyó el grito.

—¡Job!

—Hay que hacer algo.

—Está muy enfermo. ¡Job!

—No podemos dejarlo aquí. Vendrán pronto. Mañana, tal vez.

–Quizá en casa de tu tía... ¡Job!

Me acerqué a la caja con toda la rapidez que me permitieron mis piernas.

El muchacho estaba allí, tendido, la piel gris como sus ojos, los párpados cubiertos de una constelación violeta y los labios húmedos del sudor.

–Hay que llevarlo a casa de tu hermana –le dijo mamá a papá–. Y encontrarle ropa de abrigo; está ardiendo de fiebre.

Takuma subió a su habitación y bajó con un grueso abrigo de invierno y varios jerséis.

–De todos modos, no voy a necesitarlos ya –dijo.

Los pulmones de Job trabajaban como una vieja máquina oxidada. Pero respiraba: estaba vivo.

El *Mein Kampf* que no era el *Mein Kampf* se le había escurrido de entre los dedos. Lo agarré y se lo coloqué en el pecho.

–Todo irá bien –le susurré–. Te dará suerte.

Y cerré la tapa.

–Vamos, vamos, sujétalo por ahí –me instruyó Takuma.

Entre los dos, a pesar de las quejas de papá (que se valieron un enérgico «¡Ya estoy mejor!» por mi parte), levantamos la caja. Mamá nos abrió la puerta.

–Tened mucho cuidado –nos dijo.

El viaje era corto. Apenas un par de pasos de nuestra casa a la de mi tía, atravesando el jardín que yo había cruzado tantas veces de noche, alertada por una tos o una lamparita encendida en la habitación de Ryo.

Aquella noche, la distancia entre ambas casas me pareció tan grande como la distancia entre la cama de mi primo y el callejón oscuro por el que corrió la sangre de mi tío.

Ryo nos abrió la puerta.

–Traemos esto para tu madre –le dijo Takuma.

El niño no se movió. Miraba la caja de arriba abajo, estudiándola.

—Pero si nosotros no...

—Confía en mí —lo interrumpí—. Es importante.

Nos dejó pasar. La viuda Otsuka, de todas maneras, ya estaba en el pasillo, esperándonos. Takuma se lo explicó todo mientras yo, ya en la habitación de mi primo, relataba una vez más el cuento del *yatagarasu*.

Aquella noche me quedé a dormir en casa de los Otsuka. Sin embargo, algo había cambiado. Por primera vez no velaba ante la cama de Ryo, sino ante la de otra persona.

La tía y yo cuidamos de Job durante las largas horas hasta el amanecer. Una pregunta se arrastraba sin cesar sin ser invitada.

¿Qué será de nosotros si muere?

Jun

Permanecía allí, sentada, con la ropa mojada de lluvia y los labios temblorosos. Hacía tiempo que había dejado de rezar. Tal vez el Emperador no era un padre para mí después de todo. Tal vez no lo merecía. Tal vez, en una guerra como esta, hay asuntos más importantes de los que preocuparse.

Vi llegar a Yoichi como una sombra mojada que iba dejando huellas de barro en la calzada.

Me levanté. Pronuncié aquellas tres palabras como una oración.

–Lo hice yo.

Yoichi dio un respingo y bajó la cabeza, mirándome por primera vez.

–L-lo hice yo. Yo soy la ladrona.

Yoichi se quedó un momento en silencio. Las llaves brillaban plateadas en su mano. Suspiró.

–Entonces voy a tener que llevarte a la comisaría.

Me encogí de hombros.

–Eso no me importa mucho. Pero... pero no... –Sacudí la cabeza–. Momoko y Takuma no han tenido n-n-n-nada que ver. T-todo esto es c-c-cosa mía.

Por lo que le hiciste a la vieja.

No me dio tiempo a decirlo.

Yoichi torció la lengua, guardándose las llaves de nuevo en el bolsillo.

–Cada cual paga por los delitos que comete –dijo, y me puso una mano en la espalda para sacarme de allí.

Ahora sería papá el que esperaría bajo la lluvia junto al muro de un edificio desconocido.

* * *

La comisaría era pequeña, ordenada. Yoichi me llevó hasta ella envuelto en un silencio fantasmagórico. No abrió la boca (y yo tampoco) hasta cruzar la puerta. Al otro lado, inclinado ante una pequeña montaña de papeles, había un *kenpei* viejo. Su rostro, iluminado por la luz naranja de un candil, estaba cubierto de sebo y granos, como el de un enorme sapo disfrazado con un uniforme humano.

–¿Qué ratita me traes? –le preguntó a Yoichi un poco fatigado, como si cada noche tuviese que lidiar con alguna situación semejante.

–¿Ratita? Ratera, más bien. Esta chiquilla –tiró de mi brazo, de modo que yo quedase, también, iluminada por aquel candil– me ha robado a mí personalmente. Ayer mismo...

Yoichi siguió hablando, pero yo ya no podía escucharlo.

Por favor, Emperador Showa, hazme valiente en esta hora.

–... dos latas de carne.

Dos latas de carne.

Separé los labios, pero el *kenpei* viejo habló antes que yo.

–Así que esta es, ¿eh? Se han denunciado casos similares. ¿Por qué has tardado tanto en traerla?

–Oh, no la pillé con las manos en la masa, se lo aseguro. Lo confesó ella misma. –Yoichi me dirigió un rápido vistazo–. Esta es la razón por la cual estamos en guerra. Estos chiquillos hambrientos no reconocen la autoridad; intercambiarían hasta lo más sagrado por un pedazo de pan. Si los Estados

Unidos no hubiesen cortado nuestro suministro de petróleo, ahora no habría tantos muertos de hambre por las calles.

El viejo se encogió de hombros.

–Es una ladrona.

–Lo es, y recibirá el castigo de los ladrones. –Volvió a mirarme, aunque también rápidamente, como si fuese un insecto sucio y asqueroso—. Naturalmente, puesto que ella no ha elegido sus circunstancias, no es preciso ser demasiado severos.

Otros dos *kenpeis* se acercaban ya por el pasillo sumido en la penumbra. Solo había una bombilla encendida, que parpadeaba y dibujaba un círculo azul sobre el suelo de cemento.

Yoichi les hizo un gesto, claro, porque era su superior, y cada uno me cogió de un brazo.

–Vamos, ven, bonita –me dijo uno, el más joven—. Terminará pronto.

En general, me trataron con gran decoro y yo no habría opuesto resistencia alguna de no haber oído aquello. A Yoichi, acercándose al viejo, susurrando:

–Necesito dos hombres para hacer una inspección mañana. La familia Akiyama, en la calle...

Encontré el coraje.

Grité.

Lo llamé traidor y mentiroso.

Grité, grité, grité hasta que mi garganta se hinchó, roja, y mi voz salió rasposa.

El *kenpei* joven intentó taparme la boca con la mano. Le mordí.

«La diosa Amaterasu me ha dado una boca para hablar –pensé, y también–: Ya es hora de que la utilice.»

El otro *kenpei* me dio un puñetazo en el pómulo.

Me llevaron a una sala que cerraron con llave, pero no me importó demasiado.

Ya nada me importaba demasiado.

Me hicieron muchas preguntas. Aprendí a decir no de mil maneras, a saborear las sílabas en la lengua y a jugar en mi mente con los caracteres que acababa de aprender.

No.

No.

No.

No.

No.

No, no conozco ninguna cé-lu-la sub-ver-si-va.

No, no sé lo que significa cé-lu-la sub-ver-si-va.

No, no he ido a la escuela.

No, no sé leer.

No, no tengo nada que llevarme a la boca.

Y sí.

Sí, tengo hambre.

Sí, paso frío.

Sí, soy *burakumin*.

Sí, trabajo en una fábrica de armamento.

Sí, prometo ser fiel al Emperador.

Dibujaron un mapa en mi piel para que no volviese a perderme.

Los moratones significaban: no desobedecerás a la autoridad.

Los cortes significaban: no levantarás la voz a la autoridad.

Las cicatrices significarían: agradece nuestra misericordia.

Momoko

La habitación olía a muerte; era un hedor como una sombra que reptaba sobre el *tatami* hasta acariciar el futón en el que habíamos acostado a Job. Pero estaba vivo: respiraba. Respiraba y hablaba en sueños en un idioma que yo no comprendía. De haber sabido hebreo, le habría leído una página o dos del falso *Mein Kampf*, pero como no lo sabía, opté por contarle cuentos en su lugar.

De *yatagarasus* que dan picotazos a tu ventana por las noches.

De un *yurei* que se convirtió en una joven enterradora que se convirtió en la mejor amiga que había tenido nunca.

–Vamos, Momo-chan, es hora de ir al instituto.

La tía me alertó a las seis de la mañana.

–Hoy van a registrar mi casa –le recordé.

–Será mejor si vas a clase.

–¿Cómo voy a hacerlo?

–Tienes –dijo la tía Otsuka, colocando un paño sobre la frente roja de Job–. Hay que seguir. –Bajó la voz–. No les des la satisfacción de quitártelo todo. Nos ocuparemos de él. Se recuperará. –Estiró los labios–. ¿Por qué no acompañas a Ryo al colegio? No me gusta que vaya solo.

La sombra de muerte nos acompañó hasta la puerta. La ciudad era rosa y dorada y las calles estaban en calma. Mamá subía las persianas del piso superior. Takuma, sentado en la *engawa*, fumaba un cigarrillo tras otro; nos

saludó con la cabeza cuando pasamos y luego se ocupó de nuevo con sus cigarrillos.

No daba la sensación de que, en una hora tal vez, un par de *kenpeis* fuesen a entrar en nuestra casa para saquearla.

–Habéis llevado a una persona a casa.

Las palabras se deslizaron de la boca de Ryo. Estábamos en uno de los estrechos callejones tras el mercado. Era temprano y no había nadie fuera; estábamos a salvo.

–Os escuché hablar a mamá y a ti –insistió–. Decíais que estaba enfermo.

–Sabes que no puedes decirle nada a nadie –dije, sacándome del bolsillo una cajetilla de Golden Brat que había encontrado del escritorio de Takuma–. Confío en ti. Es un secreto. No puedes contárselo a ninguno de tus amigos.

–¿Qué amigos? –bufó, dejándose caer sobre una caja vacía de fruta–. Casi no conozco a los chicos de mi clase.

Me senté a su lado.

–Eso no es un problema –dije–. Yo puedo ser tu amiga. A no ser que pienses que soy demasiado aburrida, claro.

–¿Aburrida? Claro que no... –Sonrió–. Claro que no pienso decirte eso. Eres capaz de pegarme. Oye, ¿puedo fumar uno?

–Ni de coña. No puedo robarle otro paquete a Takuma. No es tan tonto, ¿sabes? Se daría cuenta.

Di una larga, profunda calada. El humo subió y se rizó como un anillo y Ryo y yo lo observamos en silencio. Las campanas de la iglesia católica marcaron la hora; faltaban quince minutos para las siete.

–Vamos, deberíamos salir ya si no quieres llegar tarde.

–No quiero ir.

–Me da igual. Vamos, levántate.

Pero Ryo se quedó allí, dibujando mi silueta en el suelo con un trozo de tiza.



–¿Quién es ese hombre? Sé que no puedo hablarle de él a nadie, pero ¿quién es? ¿Un soldado?

Todavía podía escucharse el eco del último tañido de las campanas de la iglesia. Ryo, agachado, seguía dibujando sin mirarme.

Un soldado. ¡Qué demonios! ¿Por qué no? Todos éramos soldados, de un modo u otro. Si un par de oficiales podían entrar en un conservatorio y convertir a los músicos en armas de muerte, la guerra, sin duda, podía hacer hasta de Job un soldado luchando por la paz.

–Tú lo has dicho –dije, empezando a caminar calle arriba –. ¿Vas a quedarte ahí todo el día o estás esperando a que ese dibujo cobre vida?

–¿Adónde vas?

–Bueno, has dicho que no querías ir a clase, ¿no?

El acantilado me pareció un cementerio. Jun no estaba allí, y aunque me senté y esperé a que llegara, las horas fueron pasando y Ryo seguía siendo mi única compañía.

–Ojalá no tuviese que volver al colegio nunca –decía, sus ojos de búho joven escrutándome por encima de su cuaderno de dibujo.

–Ya somos dos –suspiré.

¿Estarían ya registrando mi casa? Mis libros y mis plumas, ¿yacerían en el suelo como cuerpos inertes? Mamá guardaría la compostura; mamá era fuerte y serena y orgullosa, y siempre guardaría la compostura.

«Ojalá Jun estuviese aquí. Necesito ver los ojos de Jun y tocar el pelo de Jun, y necesito que me tome de la mano y que me diga que todo irá bien.»

–Total, no tiene mucho sentido –continuaba Ryo—. No creo que vaya a la universidad. No creo que vaya a ninguna parte...

Con aquello levanté la cabeza, y Ryo debió leer algo en mis ojos porque se calló por un momento. Luego tomé aire, como si encontrase el coraje, y agregé:

–Me voy a morir. Sé que todos lo pensáis.

Le tiré un puñado de tierra a la cara.

–¿Es que eres adivino o qué? No vas a morirte. No lo permitiré. No estoy por la labor de ir a buscar tu próxima reencarnación.

No me hizo caso. Hundió más el carboncillo sobre el papel y empezó a moverlo de izquierda a derecha, llenando su retrato de sombras.

–Seguro que en mi vida pasada fui un asesino o un criminal, y por eso ahora estoy enfermo. Si fuese soldado, sería más fácil. Por lo menos moriría por una buena causa.

Me levanté.

Mi cabeza estaba llena de Jun-dónde-estás y de Ryo-cállate-por-favor y de estarán-todos-a-salvo-en-casa, y el peso de estas tres preguntas me empujó hacia delante. Tenía que moverme.

–¡Tonterías! Deja de pensar tanto en la muerte y concéntrate en lo que tienes delante. Hay muchas cosas buenas que puedes hacer con tu tiempo. Mejorar ese dibujo, por ejemplo. Mi nariz es mucho más grande. Dibújame como la bruja que sabes que soy.

Ryo dejó escapar una carcajada y sus dedos huesudos se posaron de nuevo sobre el papel. Un par de líneas aquí y un par de trazos allá y la Momoko del retrato se pareció más a la chica delgaducha y malhumorada que representaba.

Mi cabeza ya solo estaba llena de Jun-dónde-estás y de estarán-todos-a-salvo-en-casa.

Cuando Ryo terminó, dije:

–Ahora sí que deberíamos ir a clase.

* * *

Tomé el camino largo hasta el Daiichi después de dejar a Ryo en su colegio. Quería pasar por casa.

Me recibieron mamá y Takuma apoyados contra el muro, un *kenpei* a cada lado de ambos, y papá en el umbral con un aspecto perdido y muy nervioso.

Tardé un par de segundos en comprender lo que estaba ocurriendo, y mientras yo me excusaba («Se me olvidó un cuaderno»), mamá decía:

–Será solo un interrogatorio rutinario. Estos amables agentes solo están comprobando que todo esté en orden.

Papá miró al suelo, los labios pálidos y las manos agarrotadas y sudorosas.

En un descuido del *kenpei*, que le indicaba a mamá que se moviese, Takuma me abrazó y me dijo con voz clara y lo suficientemente alta:

–Todo irá bien. Ahora ve a clase.

Cuando nos separamos, sentí un peso en el bolsillo de mi abrigo que antes no estaba ahí. Procuré que en mi expresión no se leyese nada. Procuré que en mi expresión solo se leyese un amor indescriptible hacia el Emperador.

–Ve a clase –insistió papá–, y dejemos que la policía haga su trabajo.

Me alejé y solo me permití mirar atrás en la esquina. Los cuerpos de Takuma y mamá parecían tan pequeños en la distancia, podrían caber en mi antigua casa de muñecas. De haber sido capaz, los habría guardado allí, donde estarían resguardados y a salvo, pero lo único que podía hacer entonces era ir a clase. E ir a clase, aquel día de otoño de 1943, significaba ir con la *yamamba* Miyamoto.

Momoko

Necesitaba hablar con la *yamamba* Miyamoto, pero no podía, simplemente, ir a su despacho. Estaba prohibido. Alguien me vería. Alguien sospecharía algo. Además, en cuanto la portera me viese atravesando la puerta, me llevaría de inmediato con la directora. A fin de cuentas, llegaba más de una hora tarde.

Con el sudor cayéndome frío por la frente y el abrazo de Takuma todavía ardiéndome en los omóplatos, cometí una soberana tontería. Pero una soberana tontería que dio resultado.

Agarré una piedra del patio y la lancé, con toda la fuerza posible, a la ventana de la *yamamba*.

Ella lo comprendería. Tenía que hacerlo.

En cuanto se escuchó el estrépito de la piedra que rompía el cristal, una pequeña multitud se congregó a mi alrededor. La portera vino corriendo, claro, y también la profesora que hacía guardia por las mañanas. Algunas chicas de primer año que se ocupaban del jardín se acercaron tímidamente a ver a la loca que había tenido el coraje de romper la ventana de la *yamamba* Miyamoto y en las otras ventanas del edificio empecé a ver los rostros de las demás estudiantes (entre ellos, comprobé con orgullo, el de Emiko Araki, cuyo precioso rostro se deformaba en una mueca de sorpresa).

Todos me hacían preguntas y todos querían saber por qué hice lo que hice, pero yo me mantuve en silencio. Entonces, como una mancha torpe y muy

gorda, la *yamamba* se acercó a mí con andares de pato. Deshizo la aglomeración. Me asió del brazo, apretó y dijo:

–Ya me encargo yo de esto. ¡A ver, maleducada! ¡Sube!

Y me pegó con la regla.

Fuimos a su despacho entre gritos y amenazas, ambas cumpliendo con nuestro papel. Tras cerrar la puerta, la pantomima cesó. La *yamamba* arqueó una ceja.

–Me gustaba bastante el aspecto de mi despacho, ¿sabes? Una leve brisa sería de agradecer en verano, pero ahora que se acerca diciembre la considero más bien una visita sin invitación. –Se sentó–. Supongo que algo grave debe ocurrir para que hayas decidido vandalizar mi instituto.

–La *kenpeitai* ha registrado mi casa. Y se han llevado a mi madre y a mi hermano a interrogar.

Las palabras salieron de mi boca con soberbia y valentía. Ya no tenía miedo. Mis músculos volvían a obedecerme cuando se lo pedía.

–Takuma me dio esto a escondidas –dije, y me saqué el libro del bolsillo para dejarlo sobre su despacho.

Se trataba de una novelita de bolsillo sin importancia, con las tapas blancas y arrugadas y las páginas amarillentas. No me dio tiempo a leer el título. La *yamamba* lo tomó e, inmediatamente, se levantó.

–Voy a tener que encargarme de esto –aseveró y, antes de que me diese tiempo a reaccionar, abrió la puertecita que daba a su baño privado, entró y pasó el pestillo.

No pude ver nada de lo que ocurría dentro, pero sí que pude oírlo.

Un grifo goteaba con intensidad.

Unas páginas se pasaban.

Luego el grifo se cerró, y entonces me pareció comprenderlo todo.

Había descubierto cómo lo hacían: lo hacían con agua. El agua desvelaba los secretos.

La *yamamba*, sin embargo, actuó como si no hubiese pasado nada. Dejó el libro sobre la mesa, se sentó (su silla levantó una nube de polvo que brilló dorada), me miró muy severamente y dijo:

–Contempladas las circunstancias, creo que lo más justo será que te ganes una expulsión. Como subdirectora y víctima de tus fechorías, estoy en mi derecho. –Mientras lo decía sacó un formulario del primer cajón y lo fue rellenando desapasionadamente–. Claro que esta es tu primera falta, así que..., sí, considero que una semana será más que suficiente. Haz el favor de llevarle esto a tu padre o a tu madre. –Me tendió el formulario y luego sus labios se curvaron en una sonrisa extraña y muy temblorosa–. Ya que vas a salir, si pudieras hacerme un pequeño favor...

–¡Lo que sea! –chillé.

La *yamamba* Miyamoto parecía muy complacida.

–No esperaba menos. Hay una librería en la calle I, ¿la conoces?

–He pasado un par de veces por delante.

–Muy bien, pues quiero que vayas y que pidas una primera edición de 1914 del *Kokoro*, de Natsume Soseki.

–*Kokoro*, de Natsume Soseki, primera edición de 1914.

–Buena chica. –Sonrió y depositó en mis manos el librito que Takuma me había metido en el abrigo.

–¿Y qué quieres que haga con él?

No me contestó en un principio. Se limitó a levantarse y a empujarme hacia la salida, y solo cuando mis manos ya tocaban el pomo susurró:

–En este colegio valoramos mucho la discreción, ¿verdad? Y estoy segura de que mis buenos amigos los librereros lo harán también.

* * *

La librería no estaba exactamente atestada, pero sí había suficientes clientes para que no pudiese llevar a cabo mi plan con tranquilidad. Tuve que dar un par de vueltas a la tienda, sorteando al *salaryman*⁴³ que ojeaba los periódicos vespertinos y a las dos mujeres que comentaban las noticias de la guerra, antes de sentirme segura. Toqué las tapas de los libros (que me dejaron las yemas marcadas de polvo) y abrí un par de clásicos japoneses hasta que el ancianito pagó su almanaque en la caja. Entonces me acerqué a los libreros, procurando que se viese bien la insignia de Daiichi de mi uniforme, y dije con voz clara y precisa:

–Me gustaría llevarme un ejemplar de 1914 del *Kokoro*, de Natsume Soseki.

El librero, que era muy mayor y tenía unas abultadas bolsas marrones bajo los ojos, se volvió a su mujer y se encogió de hombros.

–El *Kokoro*, de Natsume Soseki –repitió–. ¿Edición de 1914, dices? –Asentí–. Para clase, supongo.

–Naturalmente.

Instintivamente separé la solapa de mi abrigo, dejando incluso más visible la insignia de Daiichi. Por ella sabrían que venía de parte de la *yamamba* Miyamoto.

–*Kokoro*, de Natsume Soseki –insistió la mujer; fingía estar muy ocupada organizando las revistas sobre el mostrador, pero sus ojos estaban posados en mí–, pues me temo que ahora mismo no lo tenemos. Vuelve por la tarde, por favor. Entonces te daremos todo lo que necesites. Antes de cerrar, quizá, porque tenemos que pedir el ejemplar, claro. Es una novela un poco antigua.

–Pero no te preocupes –me aseguró el librero, dejando caer su mano (que era rugosa y muy huesuda) en mi hombro–, lo tendremos.

–Perfecto, entonces –dije y, mirando muy fijamente a la librera, dejé el libro que había traído conmigo sobre una pila de novelas de tapa blanda–. Vendré

por la tarde. Muchas gracias.

–Muchas gracias a ti, bonita –me despidió el librero, dando pequeños golpes de cabeza–. ¡Y mucha suerte con los estudios!

Le respondí con un gesto y me fui. Me habría gustado detenerme a comprobar que la librera realmente había visto el libro y lo había puesto a buen recaudo, pero temí que el *salaryman* reparase en mi presencia y sospechase algo. Sería mejor de aquella manera. Era solo una estudiante burguesa del instituto privado Daiichi, ¿qué podían reprocharme unos ojos desconocidos?

Me repetí lo mismo como un mantra mientras bajaba la calle hacia la comisaría de la *kenpeitai*.

Jun

Tenía que volver con papá, pero se acercaba la hora de llegar a la fábrica.
Los *kenpeis* me dejaron ir sin más.

–Ya has aprendido la lección, ¿verdad? –dijo uno.

Y otro:

–No volverás a robar a la autoridad.

Y aunque los cortes todavía me escocían y mi lengua sabía metálica, como si sostuviese en ella una moneda de cobre, asentí y me fui.

Mientras recogía mis cosas, oí algo muy extraño: las palabras de Yoichi en una boca que no era la de Yoichi.

–La ley es la ley, ¿no? –decía Momoko, adecentándose.

El *kenpei* viejo de la entrada no parecía muy sorprendido.

–En efecto. Vas a tener que esperar, bonita –dijo.

Momoko le respondió con un gesto y, aunque salimos a la vez, creo que no me reconoció hasta un poco después, cuando se apoyó en el muro para encenderse un cigarrillo. Entonces se echó un poco hacia atrás y arrugó la nariz como si hubiese visto un fantasma.

–¿Jun? ¿Tú...? –Bajó la voz-. ¡Malditas bestias!

Me abrazó tan fuerte que pensé que el mundo se colapsaría. En aquel momento, con su cara tan cerca de la mía y sus brazos rodeando mi pecho, todas las estrellas podrían haberse caído del cielo y no me habría importado.

Fuimos hasta una fuente entre dos calles. Allí, donde nadie podía vernos, me contó que habían registrado su casa y que se habían llevado a Takuma y a su madre.

–He ido a clase, pero solo a entregarle un libro a la *yamamba*. Luego le conté lo que pasó y le pedí que me dispensase, y lo hizo. –Lanzó un largo suspiro–. Supongo que nunca te he contado toda la historia, ¿verdad? Sabes que escondimos a un *juif*, pero no mucho más...

Me lo contó todo, y sus palabras sonaban a brujería, a hechizo y a todos los cuentos de cuna que escuché de niña.

Libros con mensajes ocultos.

Refugiados ocultos en cajas de instrumentos.

Un niño pelirrojo llorando y muriendo.

Cómo una buena acción puede ser castigada sin miramientos.

Cuando acabó volvió a abrazarme. Me hubiese gustado poder vivir siempre en ese segundo.

–¿A ti qué te ha pasado? –me preguntó–. ¿Qué hacías en la comisaría? Yoichi no pudo haberte descubierto porque...

–Lo confesé yo. Lo confesé todo.

–¿Qué? ¿Por qué?

–No quería ponerlos en peligro. Fui muy muy tonta. Lo siento. Ni siquiera debí haber robado los informes...

Momoko pasó su brazo por detrás de mi espalda. Sus manos transmitían un calorcito muy agradable; cada vez que me tocaba me parecía sentir el olor del océano en la nariz y el sabor del salitre en los labios.

–No te preocupes por eso ahora. Pero hay algo que no entiendo. Si robaste unos informes confidenciales a un oficial de la *kenpeitai* y lo confesaste...

–Yoichi mintió por mí. Dijo que yo solo le había robado unas latas de comida.

Me habría gustado poder capturar la expresión de Momoko entonces. Era como un pequeño mapa que yo no sabía leer. Se quedó muy muy callada, con los labios entreabiertos (como si estuviese pensando qué decir) y un leve temblor que lo recorría de arriba abajo.

—¿Hizo eso?

—Sí —dije, y después, como ella no contestó, añadí—: A lo mejor no es mala persona en el fondo.

Momoko se llevó dos dedos a los labios.

—Pero eso no compensa lo que le hizo a la señora, o lo que nos hizo a nosotros... No puedes poner tus acciones en una balanza y esperar que las buenas eliminen a las malas, ¿no? Una mala acción siempre es una mala acción. Si Yoichi fuese bueno, mi hermano y mi madre no estarían ahora en un interrogatorio.

—Supongo, pero también mintió por mí. A lo mejor... a lo mejor no puede evitar actuar como actúa. Yo creo que es bueno en el fondo. Tiene que serlo.

Momoko me dirigió una mirada extraña que no supe descifrar.

—¿Sabe tu padre que estás aquí? —me preguntó.

—No..., si tuviese tiempo, iría a verlo. Debe de estar muy preocupado, y todo por mi culpa. He sido una egoísta.

Momoko sacudió la cabeza.

—No, has sido humana. Y muy buena amiga. Nunca voy a poder agradecerte lo que has hecho, pero no te preocupes. Ve a trabajar. Yo avisaré a tu padre. Y por favor, por favor, no vuelvas a ponerte en peligro. No creo que pudiese soportarlo otra vez.

Me abrazó por tercera vez antes de separarnos. Oh, cómo me gustaría vivir en ese abrazo. Y en todas las veces que la piel de Momoko rozó la mía, y en todas nuestras conversaciones en el acantilado y en todos los mensajes encerrados en una botella de cristal arrojada al océano. Sería una existencia

suficiente. Sería una existencia en la que no me sentiría demasiado cobarde o demasiado pequeña o demasiado estúpida. Sería una existencia en la que no me sentiría sola.

Momoko

Takuma y mamá regresaron a la hora de cenar con moratones y magulladuras, pero sin cortes que fuesen a dejar una cicatriz más profunda.

–Me dejaron salir enseguida –explicó Takuma, dejándose caer frente al *kotatsu*–. En cuanto supieron que me habían reclutado para las Fuerzas Especiales, no tuvieron mucho más que decir. ¡Fanáticos! Con mamá se tomaron más tiempo.

–Pero ahora todo está bien –aseveró mamá mientras se quitaba el abrigo–. No han encontrado nada contra nosotros –suspiró–. Claro que ahora deberemos ser más cuidadosos.

–Los vecinos lo han visto todo, claro –lo resumió papá, moviendo la cabeza con mucha pena–. Ahora sospechan de nosotros.

–No nos pone en una situación más peliaguda de lo que estaríamos de todos modos –dijo Takuma, que rebuscó en los bolsillos de su gabardina hasta encontrar un encendedor y un paquete de Golden Brat–. Habiéndonos registrado dos veces...

Ladeó la cabeza y, aunque se llevó un cigarrillo a los labios, no lo encendió. Sus ojos, en constante temblor, pasaban de mi rostro a la luz encendida en la sala de los Otsuka.

–¿Le has... le has entregado el libro a Miyamoto? –me preguntó.

–Sí. Tenemos que ir a la librería a las ocho –respondí, y papá, que depositaba el arroz de la cena sobre el *kotatsu*, chascó la lengua.

–Has sido muy imprudente, Takuma. Podrían haberte visto. ¡Podrían haber visto a tu hermana!

–Pero ¡no nos vieron! –protesté.

–Entonces todo ha ido según lo previsto, ¿no? –dijo mamá, que jugueteaba con sus palillos sin probar bocado.

–Sí, todo ha ido bien, sí –cedió papá–. Los señores Choshi tienen a su cargo a tres personas. Vista la situación..., nuestra casa no puede hacer de enlace, de modo que nuestro contacto..., con gran riesgo personal, claro, ha aceptado llevarlos al barco como polizones. Estarán allí escondidos, y luego el contacto de Kobe se encargará de ellos.

Mamá sacudió la cabeza e inmediatamente se inclinó para llevarse un poco de arroz a la boca.

–Todo irá bien –dijo Takuma–. Todo irá muy bien.

Cenamos en silencio. Poco después hubo una pequeña discusión, principalmente entre papá y mamá y con Takuma y conmigo haciendo alguna observación.

El problema era yo.

Papá quería, a toda costa, mantenerme alejada de los señores Choshi y de sus refugiados y de cualquier cosa que pudiese ponerme en peligro.

Mamá insistía en que, puesto que había sido yo la que había dado mi palabra de estar en la librería a las ocho, sería sospechoso que saliese solo papá. A fin de cuentas, alguien debía quedarse en la librería mientras se realizaba la operación.

Yo, desde luego, estaba decididamente a favor de esta última opinión.

Takuma, que no parecía muy contento con ninguna de las dos opciones, actuaba de mediador. De todas maneras, no hacía falta discutir demasiado.

Mamá había dicho que iría, y lo que mamá decía se cumplía. Así discurrían las cosas en nuestra casa.

Papá y yo salimos en la fría noche, envueltos por una llovizna plateada que lo cubría todo. Al pasar saludamos a la vecina, que estaba barriendo su entrada, pero ella nos giró la cara y siguió con lo suyo como si no estuviésemos allí.

–*Kokoro* te va a encantar –decía papá–. Es una gran novela, y estoy seguro de que vas a disfrutar mucho las clases de la señorita Miyamoto a partir de ahora. Natsume Soseki, sin duda, es uno de nuestros mejores novelistas.

No dejó de hablar en todo el trayecto. De Natsume Soseki y de sus libros, y de todas las cosas maravillosas que me ocurrirían en el futuro, cuando saliese de la escuela.

En el fondo, se trató solo de un paseo corto hasta la librería. Los últimos clientes salían y nos saludaban al pasar. La librera, ordenando una montaña de libros infantiles, nos sonrió.

–*Kokoro*, de Natsume Soseki, ¿verdad? Ya te dije que lo tendríamos.

Y, para reconfortarme, me dio una palmadita en la espalda.

Después llegó el librero, con su calva brillando bajo la bombilla, y nos dirigió también una sonrisa parca y algo nerviosa.

–*Kokoro*, de Natsume Soseki –insistió–. En la trastienda. Venid..., quizá encuentres algún otro libro para tus clases.

Nos condujo hasta una habitación pequeña, prácticamente oculta bajo dos torres muy inclinadas de libros.

Cuando encendió su candil, todo lo que pude ver fue una trastienda corriente: un par de novelas aquí y allá, un par de cajas de cartón con suministros, una pila muy ordenada de facturas pagadas sobre una mesa rudimentaria y extremadamente vieja...

Había también un par de cuadros, pero no colgados de la pared, sino sobre el suelo y apoyados en ella. El librero separó uno y enseguida supe qué tenía

de especial aquella trastienda.

Había un agujero en la pared. No extremadamente grande, pero sí lo suficiente para que el librero introdujese en él la mitad de su cuerpo y dijese:

–Todo va bien, tranquilos. Han llegado vuestros protectores.

Después lo repitió en un francés muy tosco y nos miró a papá y a mí por encima del hombro.

–De los tres, solo habla francés uno: la comunista. Los otros dos, ni una palabra. Eso ha complicado un poco las cosas.

Se apartó. Desde el interior del agujero nos llegó el eco de una voz femenina que decía algo en alemán y luego otras dos voces (una muy vieja, la otra temblorosa).

Entonces ocurrió una cosa curiosísima.

Del agujero empezaron a salir personas. Primero una mujer algo más mayor que mi madre, con carmín en los labios y un traje de cuadros que, pese a estar terriblemente sucio y arrugado, le daba un aspecto elegante y señorial.

–¿Son ustedes...? –suspiró en un francés mucho más limpio y fluido que el del señor Choshi–. Sophie Arnackel. No saben cómo les agradezco lo que están haciendo por nosotros. El mundo necesita más gente que escuche los gritos de los horrores y que actúe. ¡Y tú! –Me abrazó–. Mujeres como tú son la promesa de que la siguiente generación será más sabia y más justa que la nuestra.

La mujer parecía una emperatriz disfrazada de plebeya. Para mí era una Yosano Akiko venida de muy lejos, un reflejo de todo aquello que mi madre habría podido ser si viviésemos en otro tiempo, bajo otras circunstancias.

Quise decirle a Sophie que no tenía que agradecernos nada, que solo nos estábamos comportando como cualquier persona decente lo haría en circunstancias similares. Sin embargo, no tuve ocasión. Del agujero salió la

segunda persona y, aunque no entendí una sola de sus palabras, supe enseguida que lo hizo quejándose y gritando.

Se trataba de una ancianita no mucho más alta que yo, con un espeso pelo gris oculto bajo una pañoleta de vivos colores, una piel oscura y oleosa y los ojos más grandes y expresivos que había visto jamás. Se quejó y luego rio, y luego abrazó a Sophie Arnackel y luego se abalanzó sobre papá y sobre mí y nos besó y nos besó y nos besó.

–Gildí Holomek –nos la presentó Sophie, y la viejecita chilló el nombre vivamente.

El último en salir fue un hombre joven, quizá de la edad de Yoichi. Estaba extremadamente delgado y su traje colgaba como la piel de un animal; su rostro, cubierto de polvo y lágrimas, era atractivo del modo en el que los rostros de los modelos y las estrellas de cine son atractivos.

Lo primero que hizo al salir fue besar el suelo. Después, incorporándose, se llevó a los labios la estrella dorada que pendía de su cuello y la besó también.

–*Merci, merci, merci, merci, merci, merci.*

La palabra se escapaba de sus labios como el vaho o el humo de un cigarrillo. La repitió un centenar de veces, incluso después de que papá lo abrazase y le dijese:

–*Tout ira bien.*

El joven, que según Sophie se llamaba David Rawicz, logró mantener la compostura. Entonces el librero nos condujo por un pasillo muy estrecho que, según dijo, conducía al edificio anexo, que se encontraba deshabitado.

Ya nos estaban esperando. Aquel edificio anexo daba directamente a una plaza interior que conectaba con la carretera por un solo lado. Puesto que existía la posibilidad de que nos viesen los vecinos, era preciso guardar la mayor prudencia posible.

Nadie habló durante el trayecto de un edificio a otro. El silencio estaba moteado de un sinfín de sonidos: el chirrido de las maltratadas botas de invierno de David Rawicz, los chasquidos de la lengua de Gildí Holomek, las respiraciones pausadas y serenas de Sophie Arnackel, el crepitar del fuego del candil del señor Choshi.

Pasamos de una trastienda a otra. Puesto que las ventanas de esta última estaban tintadas, pronto nos envolvió una penumbra profunda y pegajosa que aumentó la intensidad de todos aquellos ruidos que moteaban el silencio.

–Así se conserva mejor el arte –explicó el señor Choshi.

Su candil proyectaba un círculo de luz amarilla que desafiaba a la oscuridad. Acercándolo a un punto en el suelo, nos mostró varias cajas grandes de las que se utilizan para el comercio del arte.

Papá no parecía sorprendido, pero sí algo avergonzado, y se apresuró a acercarse a Sophie Arnackel para asegurarle que era una lástima pero que, considerada la situación, iban a tener que transportarlos escondidos en ellas.

–Al menos hasta que el peligro haya pasado.

Sophie sonrió, se volvió hacia los otros dos y les tradujo las palabras de papá. Luego se dirigió de nuevo hacia nosotros y dijo:

–No se preocupe, señor Akiyama; por desgracia, los tres hemos soportado ya condiciones peores y hemos sobrevivido. Pero uno puede acostumbrarse a casi todo si tiene el suficiente coraje, ¿no es así?

Papá le devolvió la sonrisa y, con suma diligencia, la ayudó a introducirse en la caja.

–Ha sido un verdadero placer conocerla, señorita Arnackel –le dijo–. Le deseo la mayor de las suertes en su viaje.

–¡La suerte estará con todos nosotros! –exclamó Sophie Arnackel–. ¡La guerra terminará pronto!

Y se acomodó en la caja de transporte como si esta fuese el más lujoso y más cómodo de los automóviles.

Gildí Holomek se fue de la misma forma en que llegó, protestando y riendo.

A David Rawicz no tuvimos que insistirle demasiado. Se había acercado a la ventana tintada, y cuando fui a indicarle que era hora de partir, me fijé en qué le había llamado tanto la atención: la pintura, por la parte superior, estaba algo desconchada y a través del cristal podía verse el cielo.

–*Bon courage!*⁴⁴ –lo animé, y él sencillamente asintió y caminó hacia la caja que lo llevaría a la libertad.

Lo último que hizo antes de desaparecer fue llevarse su estrella dorada a los labios y besarla, los ojos todavía fijos en el pedacito de cielo que se veía a través de la ventana.

Cuando los tres refugiados se tumbaron en las cajas, papá y el señor Choshi los llevaron a la plaza.

–Sé buena chica y quédate aquí, por favor –me decía papá mientras el librero y él levantaban la primera de las tres cajas–. Hoy ya has hecho suficiente.

Aunque no me permitieron salir, pude escuchar la voz del hombre que esperaba por nosotros en la plaza. La reconocí enseguida. De hecho, el vello de mis brazos se erizó y sentí un cosquilleo que me recorrió de arriba abajo.

En la plaza había una furgoneta que llevaría a los refugiados al puerto, y la furgoneta y las cajas estaban destinadas al comercio del arte. En mi cabeza se iluminaron, como farolillos, imágenes de una tarde lluviosa en el sótano de la tienda de música y de dos muchachos transportando un par de pianos a la calle.

Escuché la voz del hombre y la reconocí enseguida: pertenecía al acaudalado señor Zaizen, el padre del mejor amigo de Takuma.

Momoko

La siguiente vez que lo vi, el *yatagarasu* parecía un trapo viejo y feo. Los huesecillos podían adivinarse bajo su piel y hacían que las plumas (que estaban alborotadas y habían perdido su brillo) saliesen disparadas alrededor de las costillas.

—HOY ES EL DÍA —me dijo, y su voz sonó como unas uñas arañando una pizarra.

—Lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

El *yatagarasu* ladeó la cabeza, y me dio tiempo a reparar en lo deslucido que estaba su pico y en cómo sus ojos se agitaban fervorosos en las cuencas.

—NO, NIÑA BOBA, TÚ NO SABES NADA. MUCHAS COSAS OCURRIRÁN HOY, Y NO ESTARÁS PREPARADA PARA NINGUNA.

Su aleteo se confundió con el crujido de la persiana de la habitación de mis padres. Era hora de levantarse.

La plaza estaba abarrotada.

Cientos de ojos miraban orgullosos a mi hermano y al resto de los músicos y universitarios.

—Tienen que dar buen ejemplo —decía el señor Gomi—. Da igual que hayas nacido en Naha o en la Ciudad Imperial, eres japonés y, por tanto, tienes que dar buen ejemplo. No nos pueden dejar quedar mal a los de Okinawa; tienen que demostrar que somos leales.

–Son buenos chicos –dijo papá, y su observación sonó como una de las marchas fúnebres de Chopin.

Cantaron el himno nacional.

–Quizá la guerra se acabe antes de que entren en combate –dijo Ryo por debajo de su gruesa bufanda de lana–. Porque estamos ganando la guerra, ¿verdad?

–Claro que sí –rezongó el señor Gomi–. ¿Qué ejército puede compararse al nuestro?

La gloria y el triunfo se deslizaron por sus labios como la miel de nuevo, pero no encontré las fuerzas para escucharlo. Allí, al otro lado de la plaza, algo captó poderosamente mi atención: la suma de una nariz de rey europeo, unas perchas por hombros y unas patitas de alambre.

–¡Jun! –chillé, corriendo a abrazarla–. Has venido.

–¿Cómo no iba a hacerlo?

Supongo que lo primero que debes saber sobre las personas es que pueden crecer dentro de ti y cambiarte; lo segundo que aprendes es que llega un momento en el que dejan de ser solo personas. Es posible que alguien te importe tanto que, sencillamente, deje de ser solo humano.

–Me gustaría tener más tiempo –confesó después–. Tengo que volver a la fábrica pronto.

–¡Ah, la tortura del frente doméstico! –reí y, por fortuna, el señor Gomi no me escuchó.

De haber podido repetir aquel día, sin duda habría cambiado algunas cosas. Les habría presentado formalmente a Jun a Ryo y a mi madre, y también al propio señor Gomi, que miraba su pañoleta y su ropa de trabajo con el rencor con el que se mira a los pervertidos y a los criminales.

Simplemente, no tenía la cabeza para pensar en ello. Me sentía terriblemente pesada, y solo la presencia de Jun era suficiente. De todos

modos, creo que mamá, instintivamente, siempre lo supo. Hay ciertas cosas que no podemos ocultar, los sentimientos sobre todo, por más que pongamos empeño en ello.

Le agarré la mano a Jun por detrás de mi abrigo. Mientras miraba a Takuma y al resto de los músicos, tuve la sensación de estar haciendo algo prohibido y muy poco apropiado.

Lista incompleta de los detalles que hicieron de aquel día Aquel Día:

- El carboncillo de Ryo y el maravilloso retrato que hizo de Takuma (retrato que más adelante acabaría teniendo sus consecuencias, pero no nos adelantemos a los acontecimientos).
- La tirantez de la sonrisa de mamá y las lágrimas huidizas de papá.
- La cena de lujo (preparada con todos los ingredientes de racionamiento que pudimos reservar, más un par de valiosos artículos de estraperlo) en casa de tía Otsuka.
- Las toses y los silbidos de la respiración de Job.
- La nana que Takuma interpretó en el piano de los Otsuka.
- Un miedo que se clavaba en nuestros estómagos como un depredador: nos habíamos quedado sin medicinas y Job seguía enfermo.

La tía Otsuka esperó a que hubiésemos terminado de cenar para contarnos la noticia.

–¿Todo?

–Todo.

–¿Y...?

–He intentado conseguir más, pero...

–Ya.

Papá, Takuma y la tía abrieron sus carteras sobre la mesa y reunieron todo el dinero. Las monedas, a un lado; los billetes, a otro.

—¿Será suficiente?

—Quizá, pero sin una receta...

Todo el mundo sabía que Ryo estaba enfermo, pero no conocíamos a un médico de confianza que fuese capaz de falsificar un diagnóstico para que pudiésemos comprar medicinas para la neumonía.

Mientras discutíamos, y mientras Ryo jugaba a las cartas con Job, Takuma se llevó dos dedos a la boca y dijo:

—Los padres de Hana tienen una farmacia. Son personas muy tradicionales, fieles al Emperador..., ni siquiera se les pasaría por la cabeza que su hija..., bueno, que su hija tenga las ideas que tiene. Se arriesgaría mucho, claro, pero tenemos que jugárnoslo todo. Podría escribirle una carta...

—Puedo entregársela yo —dije—. Su casa no queda tan lejos del instituto, de todos modos.

—Es demasiado peligroso, aunque la entregásemos en mano —replicó mamá—. Tendremos que hacerlo con el método habitual. Y rezar por que dé resultado.

Podría haber sido cualquier cosa. Si hubiese estado nevando, podría haber sido un muñeco de nieve; si hubiese habido una muñeca *daruma* en la entrada y no una pelota, habría sido la muñeca *daruma*. Pero lo cierto es que había una pelota, y lo cierto es que Takuma la miró, dio un gran bostezó y dijo:

—Dejémonos de tanta cháchara inmunda. No quiero pasar mi última noche en casa pensando en el dinero y hablando del dinero. A partir de ahora las cosas irán mejor, ya lo veréis.

Ya lo veréis.

Las últimas sílabas quedaron colgando como una guirnalda. Y luego Takuma se levantó y agarró la pelota.

—Hagamos que sea memorable, ¿eh?

La escena en cuestión es esta:

- La diminuta habitación de invitados con las persianas bajadas y la puerta cerrada.
- Un improvisado partido de fútbol arbitrado por un judío convaleciente entre dos equipos muy singulares: uno formado por un pianista artrítico, una feminista disfrazada de ama de casa y una viuda de voluntad de hierro; otro, por un futuro kamikaze, un acuarelista con cojera y una colegiala medio ciega.

El sonido de las risas llenó el lugar que ocupaba el olor a sudor, enfermedad y muerte.

Ganamos. Quizá el acuarelista con cojera y la colegiala medio ciega no éramos unos grandes jugadores, pero contábamos con el futuro kamikaze, que a su vez contaba con la rabia que le generaba la injusticia de su situación.

Ganamos. Ocho a dos (los dos metidos por mi madre). Sin duda, el primer y último partido de fútbol que jugué en mi vida fue digno de haber entrado en los libros de historia: a principios de enero de 1944, en una habitación pequeña y pestilente del centro de Naha, se disputó un partido de fútbol entre los miembros de una familia de disidentes políticos bajo el arbitraje de un muchacho con ojos de plata y el universo colgando de su cuello.

Momoko

Tras finalizar el partido Job se durmió, Ryo se acostó y papá y mamá volvieron a casa. Takuma, la tía Otsuka y yo nos quedamos cuidando del enfermo.

Cuando la respiración de Job se acompasó, Takuma se inclinó hacia la tía Otsuka, le dio un golpecito en el hombro y le dijo:

–Ve a acostarte, mañana vas a tener que levantarte temprano para abrir la tienda. Yo no creo que pueda dormir; me quedo cuidando de él.

Señaló a Job con un golpe de cabeza.

La tía comprendió enseguida. Le dio un abrazo (el más largo y más fuerte, el que reservaba para las recaídas de Ryo) y le dijo:

–Si no nos vemos mañana, quiero que sepas que te deseo la mayor de las suertes en la vida. Rezaré por ti en el templo cada día hasta que vuelvas. – Sonrió—. Y no te preocupes, los que nos quedamos aquí continuaremos tu trabajo.

Nos dio un beso a cada uno en la frente y cerró la puerta tras de sí con tanta suavidad que, en cierto sentido, dio la sensación de que no se hubiese ido en absoluto.

–Si esperas que yo también me vaya, olvídale –le dije a Takuma—. Vas a tener que echarme a patadas y no creo que eso a papá y a mamá les vaya a hacer mucha gracia. Recuerda que soy su benjamina.

–Y también una niña mimada –rio–. No iba a pedirte que te fueras, que conste. No voy a negar que a veces eres peor que un grano en el culo, pero ¿qué quieres? Alguien tiene que ocuparse de darme un buen bofetón si al final resulta que me quedo dormido. –Se mordió el labio inferior–. No, en realidad quería hablar contigo. Ya sabes, antes de irme.

De repente, se hizo el silencio. No sabía qué decir. Tenía demasiadas palabras y demasiados pensamientos dentro de mí.

Takuma tampoco dijo nada.

–Quizá deberíamos salir –dije–. Job estará bien. Mira, está durmiendo. La fiebre ya baja.

Takuma bajó la mirada hacia el futón en el que descansaba Job; comprobó que respiraba.

–Un paseo nos vendrá bien –concedió.

Salimos al jardín. Nos bañamos en la medianoche y en la luz de la luna.

Fuera, en lo más crudo de la noche, es más fácil. La oscuridad nos hechiza; nos hace pensar que estamos encerrados en un sueño y nada de lo que decimos parece demasiado real.

Las verdades se resignan a salir en el periodo de tiempo entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

–No creo que vuelva –dijo Takuma.

–No.

Intentaba no llorar. Sabía que, si lo hacía, Takuma lloraría también. Si nos poníamos a ello, podríamos llorar hasta que el cielo quedase empapado como un paño viejo.

Intentaba no llorar.

No quería darle al Emperador, que nos observaba desde el retrato del salón, la satisfacción de saber que me lo había quitado todo.

Takuma forzó una sonrisa; tenía los ojos acuosos y los pómulos espolvoreados de rojo.

–No vuelve nadie, ¿eh? –Se sorbió los mocos; sentí, en la garganta y en la nariz, el picor que precede al llanto–. Quería que fuese distinto para mí, pero supongo que no siempre podemos ganar, ¿eh?

Colgó un brazo del cerezo del jardín.

No sé cómo, me acerqué a él y colgué también un brazo del cerezo. Luego, paso a paso y rama a rama, fui subiendo hasta llegar a la copa y Takuma, con una risa que sonó horriblemente lejana, subió también hasta sentarse a mi lado.

Takuma era, junto a mí, un gigante mudo iluminado por la luz blanca de la luna de invierno.

Dije algo.

–Te voy a echar muchísimo de menos.

Un hipido. Una comisura húmeda que se alzaba hasta dibujar una sonrisa.

–También yo a vosotros. –Me agarró de la mano–. Oye, quiero que sepas que haré todo lo posible por volver. Solo... –Se humedeció los labios–. No sé. No creo que sea capaz de matar a otra persona. Pero sé que esto es una guerra. Siempre habrá otro bando, ¿verdad? –Sonrió; otra vez aquella sonrisa jadeante de pómulos enrojecidos–. Y podrían venir. Y podrían bombardearnos. Y podrían destruir nuestras casas y...

La voz se le cortó. Sus ojos pasaron de la ventana de Job a las estrellas y luego a mí. Temblaba.

Mientras yo lo abrazaba como había abrazado tantas veces a Ryo en su enfermedad, Takuma se dobló sobre sí mismo y rompió a llorar. Era el tipo de llanto primario y reparador que te deja la cara rosa e hinchada y la garganta en carne viva. Takuma lloró y, entre hipido e hipido, se disculpó.

Porque era un hombre. Porque los hombres no lloran (qué vergüenza). Porque los hombres japoneses aceptan su destino. Porque debía estar

preparado. Porque ser débil no era una opción.

Porque
sus lágrimas
no eran dignas
del Emperador.

–Yo también tengo mucho miedo –confesé–. Eres mi persona favorita en el mundo. Más que mamá y papá, y más que Ryo e incluso más que Jun. Principalmente porque no tengo mucho gusto. –Una carcajada que dividió el aire en dos–. Pero también porque eres una de las personas más valientes y más buenas que conozco, y porque te encargas de hacer que todos nos sintamos bienvenidos. Y... y porque crees en mí.

Apoyó su cabeza en mi hombro.

–Nunca he tenido una razón para no hacerlo.

–Tengo que contarte algo –dije–. Y prométeme que también me creerás, aunque parezca que estoy loca.

–Te lo juro.

Se lo conté.

El miedo y el horror se deslizaron por mis labios como el jugo de una fruta podrida.

Había una vez... había una vez una niña que, algunas noches, recibía la visita de un *yatagarasu*. Había una vez una niña a la que la atormentaban visiones de muerte y de guerras. Había una vez el sabor de las cenizas en su lengua, y había una vez dos amigas que lanzaban al océano mensajes en una botella. Había una vez una taza de té que se convirtió en sangre y una familia que empleó todas sus fuerzas en tratar de no explicar lo que había sucedido.

–Van a venir –susurré, y sentí la valentía latir en mi pecho–. Y espero que lo hagan pronto, porque entonces tú no tendrás que entrar en combate. Estarás en

la Ciudad Imperial, a salvo. Y nosotros sobreviviremos. –Tragué saliva–. Te lo prometo.

Imagina que eres una chica de quince años subida a un árbol con su hermano, que partirá la mañana siguiente hacia la muerte. Imagina que es medianoche y que las estrellas caen sobre vosotros como pólvora, e imagina que hay un judío enfermo en casa de tu tía y que cualquier día podrían llevarse a tus padres a la cárcel y que tu mejor amiga, que trabaja en una fábrica de balas, estaría dispuesta a sacrificarse por ti. Entonces, quizá, lo comprenderás: que las promesas se cumplan no es lo importante; es la fe en las promesas la que puede cambiar el mundo, aunque no siempre de la manera que esperamos.

–Morir es fácil –dijo Takuma, los ojos todavía en el cielo–. Despedirme de vosotros es lo difícil. Si realmente muero, quiero que sepas que os buscaré en mi siguiente reencarnación. Y si soy lo suficientemente sabio y alcanzo el nirvana, sabed que estaré esperando por vosotros en la paz eterna.

Mi hermano dejó de hablar, y en aquel momento (cuando sus palabras seguían frescas en mis oídos) ocurrió algo verdaderamente maravilloso. Allí, en Naha (Okinawa, una isla en mitad del Pacífico donde el calor es pegajoso y el invierno son monzones y un frío que muchos llamarían templado), comenzó a nevar.

Al principio pareció como si el firmamento se fraccionase y pequeños pedacitos de estrellas cayesen sobre nuestras cabezas. Luego miramos al cerezo (¿estaría el viento haciendo volar las pocas hojas que permanecían en él?) hasta que tuvimos que rendirnos y admitir que lo imposible era posible. Que el aire nos golpeaba helado y que nevaba.

Creo que no dormimos mucho esa noche. Mayormente corrimos y bailamos bajo la nieve.

La madrugada difumina la línea que separa este mundo del siguiente, a fin de cuentas. La oscuridad, la nieve, los fantasmas. Podríamos haber extendido un brazo y tocar el rostro de la muerte si hubiésemos querido.

Pero, por el momento, solo deseábamos correr y bailar bajo la nieve.

Por la mañana sería diferente. Por la mañana llegarían las despedidas. Por la mañana mi alma se rompería en dos y nunca podría volver a coserla.

Ahora teníamos la nieve y la noche y la esperanza, y eso era suficiente. Eso siempre es suficiente.

Momoko

Aquella noche nevó y, con la nieve, bajaron las temperaturas. Job dormía en la habitación de invitados, solo, luchando contra una fiebre que parecía estar remitiendo, sin medicinas y con las mantas precisas para abrigarlo en una noche sin nieve.

Por la mañana, cuando el gallo cantó, mis padres y yo acompañamos a Takuma al puerto. Ryo se quedó en casa, guardando las apariencias, y mi tía, naturalmente, fue la encargada de cuidar de Job.

Job, aquella mañana de enero, era una sombra casi humana. Mortalmente pálida, su piel era una colección de moratones y abscesos que emanaban un olor dulzón muy característico. Respiraba, pero no abría los ojos. Aquel calorcillo que emanaba su cuerpo era ahora tan intenso que pude sentirlo, con toda claridad, cuando me incliné sobre él.

Sentí la culpa bajar por cada una de mis vértebras.

Si no hubiese sugerido salir al jardín...

Si hubiese pensado en Job al ver caer el primer copo...

Jun

Tras la marcha de Takuma, Momoko no volvió a pasar las tardes en el acantilado. Tampoco vino al barrio, y las veces que pasé por delante de la tienda de música solo vi a su padre.

Los días fueron amontonándose unos sobre otros, todos grises y con el olor tan distintivo de la pólvora. Robé muchas cosas entonces, principalmente porque conocía a la *kenpeitai* lo suficiente para haberles perdido el respeto, aunque traté de evitar a Yoichi. A fin de cuentas, se lo debía.

Lista incompleta de lo que robé:

- Un *shinai*,⁴⁵ que era la única arma de un *kenpei* recién reclutado.
- Tres latas de habas rojas y dos de coles (de las cuales me quedé con una de cada, y del resto dejé dos en casa de la anciana y una en la de Aiko Dokite).
- Dos paquetes de tofu (me quedé con uno y guardé otro para el primo de Momoko).
- Una navaja.
- Un encendedor.
- Tres cajetillas de tabaco (ahora que ya no estaba Takuma, las repartí entre los vecinos).

No me descubrieron nunca. Procuré llevar a cabo cada robo en un punto distinto de la ciudad, de modo que jamás sospecharon de mí.

Pensaba en Momoko constantemente. El fuego de su mirada. El modo en el que se retiraba el pelo de los ojos para luego recordar que había dejado expuesta su ceguera. Su risa, que parecía fragmentarse como el cristal. El tacto de sus dedos sobre mi piel y el reflejo de la luna en sus manos cuando se agachaba para lanzar una botella al mar. Cómo me hacía sentir que estaba en casa incluso cuando me encontraba en un faro o en una playa o en un sótano en el que ocultaban a una baronesa.

Pensaba en Momoko sobre todo cuando papá me preguntaba por los compañeros de la fábrica o cuando dejaba que el nombre de Takuma apareciese en nuestras conversaciones.

Tenía que casarme porque así eran las cosas en nuestro barrio. Estaba a punto de cumplir dieciséis, la edad de mi madre cuando me tuvo a mí. Donde vivo siempre ocurre así: las mujeres se casan jóvenes con hombres buenos que cuidan de ellas y tienen hijos y, si sobreviven, cuidan de ellos hasta que pasen quince o dieciséis años y sean sus hijos los que se marchen para formar sus propias familias.

Mirando a papá cuando me hablaba de los hombres hizo que me diera cuenta de que a él aquello le partía el corazón incluso más que a mí.

Ser mujer nunca ha sido algo que me guste demasiado.

Decidí ir a casa de Momoko. Necesitaba saber que estaba bien y a salvo. No tenía que hablar mucho ni quedarme mucho rato; soy *buraku*, a fin de cuentas, y lo último que quería era que los vecinos hablasen mal de su familia por mi culpa.

Intenté que no se notase que soy *buraku*. Me lavé y me vestí con lo mejor que tenía, pero en el fondo lo sabía. Siendo yo, incluso mis movimientos y mis

palabras serían *buraku*.

El padre de Momoko me abrió la puerta y me dirigió una de sus sonrisas cansadas y arrugadas.

–¿E-e-e-está Momoko? –le pregunté.

–En la casa de mi hermana –dijo, y la señaló con un dedo–. Ahí al lado. Le vendrá muy bien tu compañía. Es bueno tener amigos como tú en momentos así.

–G-g-gracias. Y... –Me mordí el labio inferior, echando un vistazo a la calle–. Y y-yo también echo de m-m-menos a Takuma. Es una g-gran persona.

El señor Akiyama no me respondió. Solo volvió a sonreír (noté que sus ojos se llenaban de lágrimas) y me dio una palmadita en la espalda.

«Ve», parecía decirme, y eso es lo que hice, sintiendo que me arrastraba la sombra increíblemente pesada de ser *buraku*.

En la casa de la tía me recibió Ryo, el primo enfermo de Takuma. Lo oí cojeando al otro lado de la puerta antes de que llegase a abrirla.

–V-vengo a ver a Momoko.

Parpadeó, como dudando qué hacer conmigo. Luego se encogió de hombros y dijo:

–Pues espera un momento.

Escuché cómo llamaba a una puerta con los nudillos, y escuché a Momoko descorrer la puerta y escuché a Momoko correr hacia mí y escuché a Ryo decir algo que no llegué a descifrar.

–¡Jun!

Vi a Momoko llegar a mí casi como un fantasma. Había adelgazado y ahora sus pómulos casi podían cortar. Sus ojos estaban hinchados, rojos, y en sus mejillas podían adivinarse los regueros de sal de las lágrimas.

Pero seguía ardiendo y brillando y seguía sin importarle demasiado que yo fuese *buraku*, porque enseguida me invitó a entrar y me abrazó y me besó

como si la guerra estuviese ya en nuestra puerta.

–Lo siento –me dijo, sus dedos entrelazados con los míos–. Tuve que haber ido a verte. Pero es que... –Se dejó caer allí mismo, sobre el suelo, y apoyó los codos en sus rodillas–. No sé. Me siento tan tan cansada... Mamá me obliga a ir a clase. A mí ya nada me importa mucho. –Se sorbió los mocos–. Supongo que estoy incluso más horrorosa que de costumbre, ¿eh?

–Sí –admití, sentándome a su lado, y ella irrumpió en una de esas carcajadas que hacen temblar las aletas de la nariz–. Pero eso da igual. Incluso más horrorosa que de costumbre me parece bonito.

Sonrió. Sonrió y luego se mordió el labio inferior, y sus dedos tan fríos recorrieron la línea de las venas en mi antebrazo.

–Eres una recolectora de luz, Jun Kobayashi –me dijo, sus yemas subiendo hasta mis clavículas–. Sí, eso es lo que eres. Encuentras un poquito de luz, sabe Dios dónde, y vienes a traérmela. –Se levantó–. Ven, quiero que conozcas a alguien.

Ryo, que seguía en la entrada, abrió la boca para decir algo, pero Momoko, que tiraba de mí hasta ponerme en pie, le dijo:

–Tranquilo. Podemos confiar en ella.

Momoko

La llevé a la habitación de invitados. Le presenté a Job, aunque él estaba dormido y no podía verla ni oírla.

—Jun, este es Job. Job, esta es Jun.

Se acercó un poco a él, lo suficiente para sentir la fiebre y oler la enfermedad. Se sentó a mi lado y, aunque trató de ocultarlo, el movimiento de sus ojos la delataba: estaba escudriñando a aquella persona que era tan tan distinta de nosotras y de todo lo que nos habían contado.

Pelo de fuego. Un pedacito de universo colgando de su cuello.

—¿Es el..., bueno, el... el ju...?

—Judío, sí. Hace semanas que debería haberse ido, pero tal como está... — Me mordí la cara interna de las mejillas—. Intentamos conseguir más medicinas para él, pero...

Pero Hana había desaparecido. Cuando fui a visitarla, me recibió la casera y una nueva inquilina. Nadie sabía adónde había ido Hana o por qué, y nadie sabía si estaba a salvo o si podíamos seguir confiando en ella.

—¿Qué medicinas?

—¿Eh?

Jun repitió la pregunta despacio, pronunciando cada sílaba y cada sonido.

—¿Qué medicinas? Es decir, ¿sabes... sabes cómo es la caja o algo así?

Sus pupilas no se separaban de Job. Y mis pupilas no se separaban de ella.

De sus pecas.

Del ligero temblor de su labio inferior.

De aquella chispa peligrosa que a veces aparecía junto a su iris.

Era mi mejor amiga, y la quería, pero no sabía que ese tipo de amor podía hacerte sentir como si tu interior estuviese en llamas. Nunca antes había tenido una mejor amiga.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté.

El temblor de su labio contagió al resto de su cuerpo.

—Bueno..., Job las necesita de verdad, ¿no?

—Sí.

—Pues ya sabes..., ya sabes que se me da bien robar. Podrías... podrías venir conmigo y comprar algún medicamento que t-te haga f-f-falta a ti.

—¡Para el glaucoma, pues claro! Ya se me está acabando la caja que me dio Yoichi.

—Sí. Y m-m-m-mientras tú pagas, y-yo puedo entrar en la t-t-trastienda y robar lo que haga falta. Se me da muy bien. C-confía en mí.

—Confío en ti —dije, y le apreté la mano—. Eres un genio, ¿no te lo habían dicho nunca?

—N-no creo que genio sea la p-primerá palabra en la que piense la gente cuando me ve.

—Pues lo eres. Créeme, lo eres. Eres un genio y una recolectora de luz, Jun Kobayashi.

La acaricié. Podía leerla como si fuese braille y, si me quedase totalmente ciega, no me harían falta mapas para saber definir las líneas de su cuerpo.

La acaricié, y ella me acarició a mí delante de aquel muchacho escondido y enfermo al que íbamos a salvarle la vida.

1944 fue un año de esperanza.

La besé. La besé como Takuma besaba a Hana, como se besaban las estrellas en el cine, como aquella chica a la que habían expulsado por

«meterse en líos» besaba al soldado imperial que acabó por convertirse en su marido. La besé como bailar un vals, como escuchar furtivamente un disco de *jazz*, como salir de casa por la noche y dejar que tu cuerpo se convierta en oscuridad. La besé hasta que los labios se me amorataron y a ella le entró la risa.

Y entonces sonó el timbre.

Momoko

Había un hombre en el umbral de la puerta. No le dije nada cuando le abrí. **H** Todavía tenía el sabor de Jun en mis labios y la textura de su piel en las yemas de mis dedos. Temí que aquel hombre pudiese encontrar aquellas cosas con tan solo echarme un vistazo, así que no dije nada. Lo miré, sabiendo que la puerta de la habitación de invitados estaba cerrada, y él dijo:

–Estoy buscando a Ryo Otsuka. ¿Vive aquí?

–S-soy yo.

Mi primo había salido de detrás de mi espalda, envuelto entre sus gruesas capas de ropa y temblando un poco.

Instintivamente volví a colocarme delante de él. No iban a llevárselo.

Pero el hombre solo rio. Una carcajada y una palmada al aire.

–¡Al fin! Llevaba días buscándote, chico.

Sus dientes de oro brillaban bajo el farolillo de la entrada.

Ryo tragó saliva.

–¿A... a mí?

–Sí, sí, a ti, Ryo Otsuka. Verás..., supongo que primero tendré que presentarme. Soy Saburo Abe, y resulta que soy el dueño del cine de la avenida principal. –Dio un paso atrás, como si estuviese preparándose para empezar a perorar–. Claro que supongo que a ti eso no te dirá gran cosa, ¿eh? Resulta que te vi hace un par de semanas, en la ceremonia de despedida de los

reclutas de las Fuerzas Especiales. Más bien, me fijé en el dibujo que hiciste..., supongo que sería tu hermano, ¿no?

–Mi primo.

–Tu primo, sí. Magnífico, muy realista. Quise hablar contigo, pero te perdí de vista. El caso es que estuve preguntando y me han dicho que eres un buen artista. Verás, mi sobrino se encargaba de dibujar los carteles de las películas del cine; estudiaba Bellas Artes, ¿sabes? Pero resulta..., el caso es que lo alistaron (precisamente en las Fuerzas Especiales) y no tengo a nadie que se encargue de los carteles. ¿Me sigues?

Así que era eso.

Aquel hombre, con aquella manera tan extravagante de hablar y aquellos movimientos tan peculiares, solo quería darle trabajo a mi primo. Trabajo, a pesar de su enfermedad. Trabajo, a pesar de la guerra.

Acepté antes de que a él le diese tiempo.

En contra de lo que todo parecía indicar, en 1944 todavía había lugar para los besos y para las películas.

Jun

— **P**onte esto —me dijo Momoko—, y no llamaremos la atención. Estábamos en su casa. Atardecía. La luz era dorada y resbalaba por la ventana como la miel, y yo sentía cosquillas en los labios.

—Toma. Te va a quedar un poco grande, pero seguro que apenas se nota.

Me tendió su uniforme de repuesto. Aunque la puerta de su habitación ya estaba cerrada, se encaramó a ella solo por si acaso. Tenía los ojos puestos en mí y sus labios se arqueaban en una sonrisa.

Me dio mucha mucha mucha vergüenza desnudarme delante de ella. No quería que viese mi cuerpo, así que hice algo que aprendí de los gatos: me di la vuelta; si yo no podía verla a ella, su reacción no me importaría tanto.

—Será muy fácil —seguía diciendo, como aguantándose la risa—. Lo conseguiremos. Yo los entretendré y tú robarás las medicinas. Será fácil.

—E-eso esp-p-p-pero.

El uniforme me quedaba muy grande. Momoko ya había empezado a desarrollar formas de las que yo carecía. Me gustaban especialmente las curvas de las caderas y de los pechos; como yo no las tenía, el uniforme caía sobre mis hombros como una cosa muerta y sin gracia.

Momoko y yo teníamos unos cuerpos tan diferentes que ni siquiera parecía que perteneciésemos a la misma especie. Me sentía como si ella fuese humana y yo un marciano.

—Me gustan tus piernas —me dijo.

Me dio la sensación de que se había puesto casi tan roja como yo, pero no me dio tiempo a comprobarlo porque se había girado para alcanzar el sombrero.

Cuando se volvió de nuevo hacia mí ya era la Momoko de siempre, y estaba tan cerca que sentí que me fallaban las rodillas. Mientras me colocaba el sombrero pude fijarme en todos los detalles de su piel y de sus ojos, y de pronto me sentí muy pequeña y muy estúpida.

Al terminar dio un paso atrás, sonrió ampliamente y dijo:

–Ya está. Estás muy guapa.

Me entró la risa tonta, como el día anterior, mientras nos besábamos.

–No...

–Sí –insistió ella–. Guapa. Muy guapa.

Y me agarró de la mano y me llevó al espejo y dejó que lo comprobara por mí misma.

Delante de mí había una chica alta; escuálida, sí, pero la falda larga plisada y el ancho jersey del uniforme ocultaban los huesos que sobresalían y la piel grisácea y cubierta de ampollas. El pelo me había crecido y el sombrero hacía que pareciese incluso más largo; me llegaba hasta la mandíbula. Ví cómo mis labios temblaban y temblaban y temblaban hasta formar una sonrisa. Era una yo que no se parecía a mí misma.

–Muy guapa –insistió Momoko, y me dio un beso en la mejilla.

Juraría que, desde entonces, el roce de sus labios no abandonó mi piel.

Momoko

Llegamos a la farmacia una media hora antes de la hora de cierre, de modo que estaba atestada y apenas se podía respirar. Jun me dijo que no me preocupase; me dijo que era fácil.

Sin embargo, tenía miedo. Tenía tanto y tanto y tanto miedo que temí vomitar sobre los pies de la elegante señora que esperaba en la cola delante de mí.

Llegó mi turno.

Jun empezó a echar un vistazo a la estantería de la esquina, en la que todavía quedaban algunas cremas para la cara en las que nadie pensaba en 1944, hasta desaparecer.

Interpreté bien mi papel. Le pedí el medicamento al farmacéutico con la mayor calma y claridad posible y, cuando me lo entregó, en el momento en el que nuestros dedos se rozaron, di un paso atrás. Entrecerré los ojos. Dejé que mi mano cayese, lánguida, sobre el mostrador e incluso me permití un par de traspies.

Los clientes detrás de mí me recogieron. Dos hombres (un oficial de permiso y un *salaryman*) me condujeron hasta el banco de madera que había junto a la puerta y me ayudaron a sentarme. La mujer de la bufanda de piel sacó un abanico de su bolso y empezó a abanicarme.

Pensé que solo una persona realmente ridícula podía llevar abanico en pleno enero, pero me esforcé por no reírme. Interpreté muy muy bien mi papel

y nadie dudó de mí. Había mucha hambre. Que una chica que probablemente caminaba para llegar al instituto sufriese un mareo no hizo alzar ninguna ceja.

Abrí los ojos cuando escuché una voz suave a mi izquierda.

–¿E-está bien? V-v-v-viene c-conmigo a c-c-clase.

Jun también interpretó muy bien su papel. Sus cejas temblaron, y también sus dedos cuando los extendió para tomarme de la mano.

–Sí, muy bien. Me he mareado un poco, eso es todo.

Y, para ilustrar mi afirmación, me levanté entre sacudidas y forcé una sonrisa.

–¿Ves?

Los clientes quedaron muy satisfechos. La señora de la bufanda de piel metió una mano en el bolso y a punto estuve de decirle que no se molestase, que no necesitaba nada, pero entonces vi que lo que me tendía era un caramelo, así que no dije nada. ¡Un caramelo! No veía uno, aproximadamente, desde el principio de la guerra.

–Necesitas un poco de azúcar –me dijo–. Para levantar el ánimo.

Nos lo comimos en la calle. Caminamos a trompicones hasta que la farmacia quedó fuera de nuestra vista. Entonces nos metimos en una callejuela entre dos casas y empezamos a saltar y a reír y a gritar.

–¿Lo tienes? ¿Realmente lo tienes? –no dejaba de preguntarle.

Jun se levantó un poco el jersey y ahí estaba, entre el hueso de su cadera y la cinturilla de la falda (que, como le quedaba tan grande, se le había escurrido hasta allí). Vi la caja de medicinas y me pareció que era la cosa más hermosa sobre la que había puesto los ojos, y me pareció que los sueños sabían a la mitad de un caramelo de fresa, y me pareció que por fin había recibido respuesta a todas mis oraciones. Incluso, mientras bailaba con Jun en la calle desierta, me permití pensar que la guerra terminaría pronto, que el

yatagarasu no era real, que Job pronto estaría navegando hacia Kobe y que en pocos días tendríamos a Takuma de nuevo en casa.

Como seguía sin haber nadie en la calle, me incliné hacia Jun y la besé. Y la besé y la besé y la besé.

–Gracias por todo –le dije.

En 1944 la felicidad eran una caja de medicamentos, la mitad de un caramelo de fresa y un beso furtivo entre dos calles.

Momoko

La tía Otsuka fue la que me abrió la puerta.

—Lo tengo —dije, sacudiéndome la llovizna del pelo—. Está aquí, lo tengo.

Y agité la bolsa de la farmacia por encima de mi cabeza. Al llegar a casa, mientras Jun se desvestía y se ponía de nuevo su ropa de trabajo, había cambiado mis medicinas por las de Job.

La tía no pareció alegrarse demasiado. Sus labios se arquearon, tirantes, y exhaló un largo suspiro.

—Muy bien.

Solo que nada iba bien. Casi podía sentirlo como un bofetón.

—¿Qué pasa? No me digas que... ¿He llegado tarde? ¡No! Sería demasiado injusto. ¿He...?

—No lo sé —me interrumpió, entregándome las zapatillas de andar por casa—. No lo sé, cariño. Confíemos en que todavía hay tiempo.

Job estaba sobre el futón, los nudillos amarillos de agarrar la manta con tanto ahínco y los labios susurrando algo que no comprendí.

—Vamos, ya sabes que no hablo alemán —le dije.

Trataba de reconfortarlo, pero él siguió pronunciando palabras que yo desconocía, llorando y gritando. Me supuse que llamaba a su madre. Me supuse que no recordaba dónde estaba y por qué una chica con un ojo ciego le pasaba un paño mojado por la frente. Me supuse que todos los días encerrado

y todos los horrores a los que se enfrentó en Austria estaban volviendo a él uno por uno.

«Pero no te vas a morir», pensé, tendiéndole un vaso de agua.

–Esto hará que te sientas mejor –le dije, y le introduje la cápsula en la boca. Tuve que obligarlo a tragarla, como si fuera un niño, y luego lo obligué a quitarse la ropa empapada de sudor.

Le puse un pantalón de pana y un grueso jersey de lana que habían pertenecido a mi tío. Pensé que me daría más vergüenza ver su cuerpo desnudo que el de Jun (teniendo en cuenta, naturalmente, que Jun y yo pertenecíamos al mismo sexo y que, por lo tanto, no iba a encontrarme con nada demasiado diferente a lo que veía cada día), pero estuve muy calmada. Simplemente le quité la ropa hedionda de enfermedad y encierro y le puse la ropa limpia, preocupándome solo de que no cogiera frío y de que su cuerpo estuviese lo suficientemente seco.

Durante todo el tiempo no soltó la manta, lo que me dificultó bastante las cosas.

–No voy a quitártela –le insistía, pero él solo hablaba en alemán y lloraba, de modo que tuvimos que hacerlo como él quería.

Me arrepentí de haberme comido el caramelo. Me habría gustado poder dárselo, puesto que en casa solo teníamos sopa y pan negro para ofrecerle.

Tuve que obligarlo también a comer, y al cabo de dos horas ya había conseguido que se tomase mi ración y la de mi tía (poco a poco, de modo que no se atragantase y de modo que su estómago no rechazase el alimento repentino).

–Todo irá bien –le prometí–. Te recuperarás e irás a Kobe. Serás una persona importante cuando acabe la guerra, ¿recuerdas? Eso dijo mi hermano, y es tan cabezota que ocurrirá exactamente así, como él diga. Serás una persona muy importante, y esta guerra acabará muy pronto. Ya lo verás.

El *yatagarasu* nos visitó muchas veces esa noche (entró, no sé cómo, y se posó sobre el armario, expectante), pero nunca dijo nada. Yo no se lo habría permitido, de todos modos.

Job iba a sobrevivir. Job tenía que sobrevivir.

Todo el tiempo llamó a su madre. Por un momento recuperó la lucidez y me dijo que estaba cansado. Luego me pidió que subiese la persiana.

—Por favor.

Intenté explicarle que hacía mucho frío y que, de todos modos, no iba a ver gran cosa. La helada había empañado los cristales y era noche cerrada; solo iba a ver su reflejo.

—P-por favor.

¿Cómo iba a negarme? Subí la persiana con cuidado de no hacer ruido y despertar a la tía o a Ryo, y después, con una mano, traté de secar el vaho que se había pegado al cristal.

Job, desde el futón, alzó la cabeza. Su respiración era un silbido agudo y continuo.

—¿Ves? No hay nada —le dije.

Él sonreía.

—Sí hay.

—¿Qué? Es mi reflejo, nada más.

—Luz.

Me giré de nuevo solo para comprobarlo. Acerqué la cara al cristal, incluso, hasta que la punta de mi nariz chocó contra él. Me coloqué las manos a ambos lados de la cara y miré; el cielo estaba oscuro como una gota de tinta china, sin una sola estrella, y mi casa y el cerezo solo eran sombras en la oscuridad.

—Yo no veo nada —dije, pero él ya había cerrado los ojos.

Se quedó dormido mientras el *yatagarasu* nos observaba en silencio desde el armario.

Takuma

Me llamo Takuma Akiyama, tengo diecinueve años y soy recluta de las Fuerzas Especiales del Imperio de Japón. Si encuentras estas cartas, por favor, hazlas llegar a mi familia en Naha, Okinawa.

1 de febrero de 1944

Mamá, papá, Momoko:

No quiero gastar tinta ni papel, pero tengo miedo de que los días que estoy viviendo acaben convertidos en cenizas. No sé cómo o cuándo os haré llegar estas hojas, pero confío en que mis palabras os acaben llegando tarde o temprano.

Escribo en francés porque vivo en un país en el que pueden quitártelo todo, hasta el idioma: escribir en japonés ya no es seguro.

Y esto es lo que he aprendido: no importa. Todas aquellas cosas que insistieron en enseñarnos en la escuela y todas aquellas cosas que repetían los vecinos en la plaza y todas aquellas cosas que documentaban los periódicos no importan. No para nosotros, al menos. ¿Nunca os habíais dado cuenta de que somos diferentes? Sobre nuestras cabezas pesa una corona en la que no habíamos reparado antes.

Somos de Okinawa, isla tomada por los japoneses el siglo pasado. Pertenece a una raza: la ryukyu; ellos, a otra: la Yamato, la raza perfecta y divina del Emperador que instaurará el orden mundial.

Siento mal gastar papel de esta manera. Tengo demasiados pensamientos en mi cabeza y no puedo evitar que mi pluma sangre al escribir.

Ser de Okinawa es un moratón que todos ven. No somos como ellos y no merecemos llevar el título de soldados del Emperador somos carne de cañón. Peor aún, somos niños ricos que soñaban con ser realmente japoneses: ilusos y patéticos. No santificarán nuestra muerte, pero la utilizarán para su gloria.

Mamá, papá, Momoko: voy a morir. No sé cuándo ni dónde ni tampoco sé cómo, pero ocurrirá. No temáis. No os preocupéis. Allá dondequiera que vaya, os seguiré queriendo. Allá dondequiera que vaya, si es posible, lucharé por la paz.

Nos pegan y nos insultan por ser de Okinawa; tal como hemos visto que trataban a muchos "burakus" en Naha, así nos tratan a nosotros. Será una triste noticia para el señor Gomi cuando se entere, si es que llega a enterarse. El Emperador del que tan orgulloso se sentía y el Imperio al que tan fervorosamente defendía no son suyos.

Estamos perdiendo la guerra, lo sé. Utilizarán nuestros cuerpos y nuestras almas como resistencia, pero perderemos. Tengo miedo por los ciudadanos de Japón y por los horrores que les esperan, pero confío en que, al final, tal vez dentro de muchos años, lleguen a reinar la democracia, la justicia y la igualdad.

Lo siento mucho. Esperaba poder compartir con vosotros la verdad de mi situación pero no he podido resistir la tentación de expresar todo lo que pienso. No me serviría de nada romper este papel ni volver a comenzar el sol saldrá pronto y no debo permitir que me descubran.

Sabed esto y solo esto: las cartas que os escribo siguen un patrón que nos imponen a todos; seguiré escribiendo aquí, en francés, con la esperanza de que mis palabras lleguen a vosotros de algún modo.

Vuestro hijo y hermano que os quiere,

Takuma Akiyama

Momoko

Job murió a mediados de febrero. Ocurrió en el intervalo entre la cena y el momento en el que, como todas las noches, subía la persiana para que pudiese ver el cielo.

Me había parado a pensar que había conocido a otro judío con el universo colgando del cuello al que también le gustaba mirar arriba.

Me había parado a pensar en lo oscura que estaba la calle (como aquel día de 1941 pintado en tonos de blanco, rojo y negro).

Había acercado la mejilla a la ventana y había pensado en Jun, y en la carta que habíamos recibido de Takuma y que no parecía realmente suya.

—La noche antes de que se fuera mi hermano nevó —había dicho, y mi vaho había teñido el cristal de plateado—. Y bailamos bajo la nieve. Era como azúcar cayendo del cielo. Y mira ahora, dentro de un mes será el festival de *Shunbun no Hi*, en el que le agradecemos al Emperador la llegada de la primavera. Como si él tuviese el poder de gobernar sobre los pájaros y las flores.

Nunca supe si llegó a oírme. Como dije, ocurrió en la fracción de tiempo entre el final de la cena y la subida de las persianas. Cuando me giré ya se había ido, y me di cuenta inmediatamente.

Había oído muchas veces decir que tal o cual difunto parecía estar simplemente dormido, pero eso no era lo que había ocurrido. En cuanto vi a Job, lo supe.

Me acerqué a él. Todavía tenía los ojos amoratados (unas ojeras tan pronunciadas que parecían unirse en el puente de la nariz como un antifaz de gasa negra) y su iris todavía era plata y su pelo era su pelo. Lo acaricié. Pasé mi mano por sus mejillas y por su cuello y por sus manos y por todas aquellas partes de su cuerpo que sobresalían de la manta como si quisiese asegurarme de que era real, que había existido y respirado; como si quisiese grabarme la textura de su piel en las yemas.

Se había ido. Irse, menuda palabra más terrible y permanente.

Grité. Lo apreté contra mi pecho y grité, y le prometí que todo iría bien, que yo ya estaba ahí y que la guerra terminaría pronto. No quería soltarlo nunca. Me daba la sensación de que, si lo hacía, todo lo que había sido desaparecería para siempre. Lloré y grité y escuché unos pasos que se acercaban cojeando y no me importó.

–Vamos, Momo-chan.

–No es justo. ¡Encontré las medicinas! ¡Me quedé en su cama y cuidé de él todo este tiempo! ¿Por qué? ¿Por qué tenía que morirse?

–Momo-chan, por favor, no grites.

No supe si me había levantado yo sola o si había sido Ryo el que me había obligado a ponerme en pie, pero ahí estaba, en medio de la habitación de invitados y con los ojos fijos en el cuerpo de Job, esperando un milagro.

–¿Q-qué vamos a hacer ahora? Mamá todavía está en la tienda.

–Ciérrale los ojos.

–¿Q-qué?

Chasqué la lengua, me agaché y se los cerré yo. Intenté ser delicada. Intenté, por ridículo que suene, que no le doliese.

Ryo se agachó también, le apartó un mechón de pelo rizado de la oreja y susurró:

–Shhh..., está bien. Te has quedado tanto tiempo como has podido.

Me llevé las manos a las orejas. No me di cuenta de que realmente lo había hecho hasta que ya estaban allí.

No quería escuchar. No quería ver. No quería tocar ni oler ninguna de las cosas que estaban pasando. *Quería que parase.*

–¿Q-qué vamos a hacer, Momo-chan?

No respondí.

Ryo me tiró de la manga de la chaqueta.

–¿Momo-chan?

Me miró con los ojos brillantes por las lágrimas y el cuerpo envuelto en una tiritera incesante. Era mi primo pequeño y tenía miedo, ¿qué podía hacer? Le prometí que todo iría bien y que no nos pasaría nada, aunque ya estaba un poco cansada de hacer promesas que nunca llegaban a cumplirse.

–Vamos a bajar las persianas y vamos a tapar a Job y tú vas a quedarte aquí con él y yo voy a buscar a alguien que pueda ayudarnos.

–Pero...

–Todo irá bien, ¿sí? Te prometo que ahora todo todo irá bien.

Momoko

S alí de noche, sin abrigo y sintiendo el miedo latir en mi estómago como un animal hambriento.

Job había muerto.

El cadáver de Job estaba en la habitación de invitados de la casa de mi tía.

Nos habían registrado dos veces.

Las palabras y los temores se convirtieron en los puntos y en las luces que me guiaron hasta el cementerio.

Llegué con la lluvia, la tierra y las hojas enredadas al pelo y sin ninguna frase que pudiese explicar lo que había pasado.

Fue el señor Kobayashi el que me abrió la puerta. Alzó un poco las cejas, dio un paso atrás y me indicó que entrase. Sin hacer preguntas. Dejó que mis lágrimas y mis jadeos hablasen por mí.

Jun estaba allí, en la silla, con el libro de *El niño que dibujaba gatos* sobre las rodillas, la nariz arrugada y los ojos fijos en las letras impresas. Solo alzó un poco la cabeza al oírme entrar, y entonces dejó el libro a un lado.

–Tienes que ayudarme –dije, y mi respiración sonó como un silbido agudo y continuo.

El señor Kobayashi me llevó hasta la otra silla.

–Está bien, está bien, te prepararé una taza de té –me decía el señor Kobayashi, aunque su voz me llegaba ahogada y muy lejana.

–¡NO! No. Tenemos que...

Traté de organizar mis pensamientos, de colocarlos uno junto a otro como los soldados del Ejército Imperial.

Traté de pensar en Qué Haría Takuma Ahora y en que Takuma Ya No Está Aquí y en que Yo Debo Ocupar Su Lugar.

El señor Kobayashi me apretó las manos. Vi en sus ojos una sombra pálida y pude leer en ella una pregunta: «¿Qué has hecho?».

Confiaba en Jun. Y si confiar en Jun implicaba confiar también en su padre, podrían haber enviado a todos los ejércitos del mundo y yo no me habría movido de la silla.

El señor Kobayashi suspiró, haciendo que todo su cuerpo se hundiera.

No me preguntó qué había hecho.

No me preguntó por qué había acudido a ellos.

No me reprochó nada ni me dijo nada que pudiese ponernos más en peligro.

Solo se rascó los ojos y susurró:

–Dime qué puedo hacer.

Momoko

Job se fue como llegó: encerrado en una caja de madera para instrumentos y cargado por dos miembros de mi familia (papá, como aquella noche en la que el té se volvió sangre, y yo, que ocupaba el puesto de Takuma).

Lo enterramos de madrugada, envueltos en una negrura espesa que lo cubría todo y bajo un cielo tan oscuro y vacío que parecía que nos engulliría enteros.

El señor Kobayashi había escogido un lugar entre el cementerio y el bosque, donde la ligera elevación de la tierra no despertase sospechas y donde los árboles y la vegetación acabasen ocultando nuestro delito. Crecerían flores sobre el cadáver de Job.

Mamá quiso agradecerle al señor Kobayashi, de todas las maneras posibles, lo que estaba haciendo por nosotros.

—No tengo muchas cosas que decir a mi favor, señora Akiyama —respondió él, los ojos siempre fijos en la tierra y en sus pies—, pero hago bien mi trabajo. Sé cuándo una persona muere por causas naturales y sé... —Se mordió el labio inferior—. Señora, no sé mucho sobre nada, pero sí sé que en el pasado había esperanza para los que son como yo; ahora... —bajó la voz— ahora me temo que el silencio nos mantendrá a salvo. Pero mis padres me enseñaron una cosa: a hacer el bien y, si no se puede, a pasar por la vida sin hacer daño a nadie. Mi silencio os protegerá a vosotros.

La caja de instrumentos musicales pronto quedó cubierta por la tierra negra del bosque.

–El Emperador puede quitárnoslo todo –dijo el señor Kobayashi–. Nuestras casas, nuestra comida, nuestro trabajo, nuestra libertad..., pero todavía podemos ser buenas personas. Pase lo que pase.

Nadie dijo nada más. Íbamos a tener que llevar el luto dentro para que nadie lo viera y sospechase qué había ocurrido realmente aquella noche fría de febrero.

Takuma

de mayo de 1944

9 Mamá, papá, Momoko:

Hoy nos han enseñado a quitarnos la vida. El suicidio de los hombres jóvenes de una generación es, a ojos del Emperador, más honorable y más justo que la derrota.

En realidad, es sencillo. No tengo miedo. Me han enseñado a acabar con mi vida (cómo colocar el fusil bajo mi mandíbula, cómo apretar el gatillo con los pies) esperando que mi muerte glorifique al Emperador. No saben lo que han hecho. Si no me permiten vivir, la muerte será mi protesta.

15 de mayo de 1944

Clima de inquietud en la base.

Hachiro, uno de mis compañeros, se ha quitado la vida.

Todos odiamos al instructor.

Hoy siento la pluma pesada; me cuesta escribir, pero sé que debo hacerlo. Debe existir un testimonio de que el horror es real y de que todos, al quedarnos callados, estamos permitiendo que reine.

Pienso mucho en vosotros estos días, y también en la baronesa y en Miyamoto. Manteneos a salvo, por favor.

Vuestro hijo y hermano que os quiere,

Takuma Akiyama

Momoko

El *yatagarasu* avisó de su llegada como acostumbraba.

E Un leve batir de alas.

Un picotazo contra el cristal de la ventana.

Una voz que arañaba los oídos y encogía el alma.

—ESTÁS SIENDO MUY FUERTE, PEQUEÑA. PERO INCLUSO
LAS HISTORIAS MÁS TERRIBLES DEBEN FINALIZAR.

Jun

Comenzó de la siguiente manera: llegué a casa cansada y somnolienta, de modo que dejé a un lado las cosas de trabajo y me agaché para acariciar a Kage, el perrito escuálido que siempre vagabundeaba por el cementerio.

Papá me saludó como siempre, pero había algo en su voz que sonaba diferente. Parecía pesar más, como si fuese de plomo.

Temí que los *kenpeis* hubiesen vuelto a robarnos.

Temí que hubiesen descubierto la tumba de Job.

Me levanté para preguntarle qué pasaba, y entonces reparé en que no estábamos solos en casa. El hijo menor del carnicero estaba allí, de pie, mirándome fijamente.

–El hijo del señor Hattori nos ha traído un poco de carne –explicó papá, señalando con un golpe de cabeza la olla–. Ha sido muy amable.

–S-sí –tuve que admitir–. M-m-muy a-amable.

Ken Hattori sonrió, y por su expresión me recordó a uno de esos zorros astutos que merodean por las granjas. No me gustó el modo en el que el fuego iluminaba su rostro, y no me gustó el modo en el que me miró y, sobre todo, no me gustó el modo en el que papá hablaba de él.

–Jun Kobayashi –me dijo Ken–. Recuerdo cuando éramos niños y echábamos carreras con los chicos del barrio. Tú nos ganabas a todos, ¿te acuerdas?

No le sostuve la mirada.

Traté de mirar al perrito.

Traté de mirar mis manos cubiertas de pólvora.

Traté de pensar en Momoko y en las canciones de *jazz* escuchadas a escondidas.

–N-n-no. Ha p-p-pasado m-m-mucho t-tiempo.

–Eso desde luego. Mucho tiempo y muchas cosas. Todos hemos cambiado mucho estos años, ¿no te parece? Mírame a mí: me he alistado.

Su mano se balanceó buscando la mía, de modo que di un paso atrás y seguí concentrándome en el perrito porque no soportaba la idea de tener que mirar a Ken Hattori a los ojos.

–P-pero si t-t-tienes d-dieciséis, ¿c-cómo te v-v-vas a alistar?

Ken Hattori rio.

–¿Ves? Sabía que te acordabas de mí –dijo, y la sorpresa me paralizó y él aprovechó la ocasión para acariciarme la mano–. De manera excepcional nos dejan alistarnos a los menores de diecisiete para servir a la honorable causa de la guerra. –Una sonrisa se deslizó por sus labios–. Pero no hablemos de eso ahora. Tú también has cambiado mucho. ¿Me permites decir que eres la chica más guapa de por aquí?

–B-bueno, y-y-y-ya lo has d-dicho, a-a-así q-que...

Ken Hattori volvió a reír.

Quería que parase.

Quería que se fuese.

Quería estar de nuevo en la fábrica, lejos de él.

–La más guapa y la más simpática. Si me lo permites, será un honor acompañarte esta noche. Podremos cenar juntos, si quieres, y charlar de todo lo que nos hemos perdido estos años. –Se inclinó hacia mi oído; susurró–: Pero no vuelvas a echarme una carrera, por favor. Ahora que soy soldado no

puedo permitir que me gane una chica, aunque sea una chica tan rápida como tú.

Levanté los ojos, buscando la mirada de papá. Asentí. Sería como él quisiera, desde luego, y no pondría ninguna objeción porque con solo aquella mirada ya supe que aquello le rompía más el corazón a papá que a mí.

—S-sí —accedí—. S-s-será un honor t-t-tenerte como invitado e-e-esta noche.

Comimos frente al fuego. Y hablamos. Hablamos tanto que las palabras parecían desprenderse y pronto dejaron de tener significado.

Ken Hattori se marchó poco después.

Me fui afuera, al cementerio, antes de que a papá le diese tiempo a dirigirse a mí.

Aquella noche había entrado en casa como una trabajadora agotada y había salido de ella como una mujer prometida.

Lloré loca, terrible, copiosamente sobre las tumbas de aquellas personas a las que yo solo había conocido en la muerte.

Podría haberme tejido una manta con mis lágrimas. Podría haberla rematado con las palabras de consuelo de papá:

es un buen hombre...

se irá a la guerra pronto...

te harás a la idea...

es hora de crecer...

Momoko

Al llegar a casa, mamá y papá me tendieron un sobre cerrado y muy fino: la última carta de Takuma.

—Es para ti —me explicó mamá—. Solo para ti. Nos ha escrito una carta personalmente a cada uno de nosotros.

Leí la carta fuera, sentada en la *engawa* e imaginándome que no leía, sino que mi hermano estaba sentado a mi lado y me susurraba aquellas palabras tan medidas al oído.

16 de junio de 1944

Querida Momoko:

Como papá y mamá quizá te han contado, he sido seleccionado para formar parte de una unidad especial de pilotos, y en unos meses, cuando termine mi entrenamiento, marcharé al Pacífico para no regresar.

No te angusties, Momoko, porque tu hermano te quiere y piensa en ti cada día. Rezo por que mi muerte sea tan repentina y limpia como un cristal que se rompe.

Acuérdate, pequeña, de aquella primera noche de guerra de 1941, cuando Ryo estaba tan enfermo y guardando cama. No te olvides, por favor.

No te olvides tampoco de tu hermano, pasen los años que pasen. Esta guerra terminará y a mí ya no me tendréis, pero ten presente, por favor, que siempre podrás encontrarme en todos los libros que mamá y la señorita Miyamoto te recomienden.

Sigue enviándome cartas, por favor, incluso ahora que ya sabes el destino que me deparará tarde o temprano. Envíame cartas, por favor, aunque no siempre obtengas respuesta, y no llores por mí.

Sé que volveremos a vernos.

Tu hermano que te quiere y te echa de menos,

Takuma Akijama

1945 estaba a las puertas.

Y con él la guerra.

Y con él la muerte.

Y con él el olvido.

Takuma

6 de junio de 1944

1 Mamá, papá, Momoko:

Siempre siento el cuerpo muy pesado, y los dedos pegajosos, cuando termino de escribiros una carta. Siento todas las mentiras en mi interior.

De verdad espero que este diario en francés llegue a vuestras manos. Quizá dentro de unos años. Quizá en un futuro muy lejano, cuando vosotros ya no seáis de este mundo y Momoko sea la anciana cascarrabias en la que todos sabemos que se convertirá.

Como os comenté en mi última carta, tengo la certeza (al igual que el resto de mis compañeros aquí) de que no sobreviviré a la guerra. Los norteamericanos ya no solo nos superan en número, sino también en capacidad.

Nos están enseñando a volar. Somos inteligentes y jóvenes, dicen, unos privilegiados. Con nuestros aviones heriremos de muerte a los norteamericanos, dicen.

Nos están instruyendo como pilotos suicidas. Nuestra muerte a cambio de las muertes de centenares de norteamericanos; destruiremos sus barcos y sus vidas.

Vosotros no lo sabréis (aunque estoy seguro de que lo intuis) pero el ambiente es de desesperación. Nadie espera ganar la guerra ya. El Ejército y la Marina luchan ahora por destruir tantas vidas enemigas como nos sea humanamente posible.

Ahora sé con total certeza que moriré y estoy en paz. No podré elegir el cómo o el dónde, ni tampoco el cuándo, pero sí elegiré el por qué: vuestro hijo no morirá quitando vidas; cuando me vaya, lo haré luchando contra las olas.

Buscadme en la libertad.

Buscadme en la justicia.

Buscadme en la paz.

Ahí os estaré esperando siempre, y si lo terrible ocurre, desde allí estaré cuidando de vosotros. Mi uniforme de piloto será mi mortaja, pero os llevo a todos en mi corazón, y ese es el mayor honor de todos.

Momoko

Jun y yo estábamos tumbadas cerca del lugar en el que habíamos enterrado a Job, donde habían empezado a crecer pequeñas flores amarillas.

Le hacía cosquillas a Jun al pasar una brizna de hierba por sus brazos desnudos, por sus clavículas y por la línea de su mandíbula, y pensaba en lo mucho que me gustaban el arco de sus labios y aquella arruguita que se le formaba al pensar y el modo en el que el sol hacía que su pelo pareciese arder.

–Voy a casarme –dijo, y reí.

–Sí, tonta, conmigo –le dije, pasando la brizna de hierba por sus pómulos–. Encontraremos una manera.

Jun tragó saliva.

–Con un chico del barrio. Ken Hattori. Es el hijo del carnicero.

Fruncí el ceño.

Las mujeres casadas se quedaban en casa.

Las mujeres casadas no enviaban mensajes en una botella y no contaban historias de fantasmas.

Las mujeres casadas tenían hijos y los criaban hasta que estos fuesen lo suficientemente mayores para tener sus propios hijos.

–Pero... tú me quieres, ¿no?

Qué pregunta más tonta y más egoísta.

Los ojos de Jun se llenaron de lágrimas.

–Sí. Claro que sí. Ya sabes que sí.

–¿Entonces cuál es el problema!? –le reproché, y mi voz falló–. Si yo te quiero y tú me quieres, ¿cuál es el problema?

–Tengo que casarme con él, Momo-chan. Ya tengo dieciséis.

–¿Y qué tiene eso que ver? Has vivido todo este tiempo sin estar casada, ¿no?

–P-p-pero tengo que hacerlo. Así es como son las c-cosas aquí. Las mujeres nos c-c-casamos jóvenes, y nuestros maridos c-c-cuidan de nosotras, y nadie nos pregunta si los queremos o n-no. –Me agarró la mano; repasó las líneas de mi palma con el índice–. P-pasa siempre. T-Takuma..., b-bueno, después de que su amigo fuese a la guerra, c-c-conoció a Hana...

–Pero ¡nosotras nos queremos! –chillé, y no me di cuenta de que me había puesto en pie hasta que vi a Jun todavía tumbada sobre la hierba, tan lejos de mí, con todos los colores del atardecer resbalando por su piel.

–P-p-p-podemos s-seguir queriéndonos, ¿n-no?

No le contesté.

Todo me daba vueltas.

Me sentía encerrada en una de las botellas de salsa de soja, pensando

el yatagarasu,

las cartas de Takuma

no suenan mucho a Takuma,

Job está muerto

y crecen flores

sobre su vientre.

~~¿Qué estará haciendo Yoichi?~~

Podrán detenernos en cualquier momento.

~~El té que se convirtió en sangre.~~

Antes y Después

y Antes y Después

y Antes y Después.

–¿M-m-momo-chan? Nos queremos, ¿no? ¿N-n-no es s-s-suficiente?

–¿¡Y qué sentido tiene!?! –grité, las lágrimas resbalaban cálidas por mis mejillas—. Si te casas con ese Hattori y te vas a vivir con él, ¿qué sentido tiene? Si yo sigo en el instituto y no volvemos a vernos, ¿qué sentido tiene?

Escuché cómo Jun se levantaba y caminaba detrás de mí. Sentí su mano en el cuello; sus dedos sobre mi piel.

–¿Y q-q-qué querías q-que hiciese? ¿Q-qué habrías hecho t-t-tú?

–Yo no me habría casado con él. Costase lo que costase. No me habría casado con nadie que no fueses tú.

Jun bajó la vista al suelo.

Una parte de mí quería acercarse a ella, abrazarla y recordarle que, pese a todo, yo la querría igualmente. Que nunca nunca nunca dejaría de ser mi mejor amiga. Que tendrían que pasar años para que encontrase a una Hana, y que ni siquiera esa persona sería capaz de cubrir el hueco que ella dejaba atrás.

Otra parte, sin embargo, quería seguir siendo una niña y llorar y gritar y repetirle al mundo que era injustoinjustoinjusto.

Momoko

Fueron días solitarios sin Jun. Se apilaron los unos sobre los otros como ropa sucia hasta que llegó el verano. Llovió durante días, y solo la insistencia de mamá y mis responsabilidades (*debía* llevarle los libros a Miyamoto, de todos modos) me hacían salir de debajo de las mantas.

Las horas fueron pasando una tras otra, y parecían arrastrar el color hasta hacerlo desaparecer. Todo era gris a mi alrededor, pero eso también dejó de importarme. En los distintos tonos de gris no pueden encontrarse capas de negro (la tierra, la pólvora), blanco (el cielo, las banderas) y rojo (la sangre, el sol naciente).

Supongo que fue entonces cuando empecé a pasar cada vez más noches junto a la cama de Ryo, contándole historias (nunca *El niño que dibujaba gatos*) y ayudándolo con sus acuarelas (que también parecían haber perdido su color). Su frente se fue perlado más y más con el sudor y aquel eccema que se extendía sobre su nariz y sus pómulos como las alas de una mariposa apareció de nuevo después de tanto tiempo. Volvieron a oírse toses cada día en casa de los Otsuka y, aunque era irracional y ya habían pasado cinco meses desde la muerte de Job, no pude dejar de pensar que la enfermedad, de algún modo, había clavado sus garras en la casa de mi tía para no irse jamás.

Creo que no me di cuenta de que Ryo estaba realmente enfermo hasta aquella semana en la que perdió el apetito. Los médicos entraban y salían (siempre

bailando en torno al diagnóstico, probando unos y otros medicamentos como si fuesen golosinas).

–Ya no se me ocurre qué pintar –me dijo Ryo un día, y tuve que responderle con un mohín.

–¡Qué tontería! Hay infinidad de cosas.

Se encogió de hombros y me mostró su cuaderno de dibujo. Efectivamente, todo cuanto había en su habitación ya había sido pintado o esbozado (con aquellos colores mustios que tanto se asemejaban al gris), e incluso el pedacito de jardín que se veía desde la ventana había sido retratado hasta el aburrimiento.

–Invéntate algo –le propuse—. Solías hacerlo.

–No tengo ganas.

–¿Y los encargos del señor Abe? ¿Cómo van a pasar las películas en el cine si no hay un cartel que las anuncie?

Volvió a encogerse de hombros, observando fijamente su taza de té como diciéndome: «Bueno, ¿qué esperas? Estoy enfermo. Lo menos que puedes hacer es cuidar de mí como es debido».

–¿Qué hay de los carteles del señor Abe? –insistí.

–Ya no me salen tan bien como antes.

–¡Tonterías! Esa no es razón para dejar de hacerlo. Ya sabes que a tu madre le hace falta el dinero.

No me hizo demasiado caso. En aquellos días únicamente encontraba fuerzas para escuchar la radio y leer las cartas de Takuma. Yo también me sentía terriblemente cansada e incluso para mover un dedo precisaba una fuerza hercúlea, de modo que no le insistí más.

Cuando Ryo se dormía yo rezaba hasta que la boca se me quedaba pastosa y la lengua parecía pegarse al paladar.

Por favor, Buda, Ryo no.

Ryo no.

Ryo no.

Entre oración y oración se colaba la voz grave del locutor de radio.

El primer ministro Tojo había dimitido y la radio decía: «Pérdida inestimable de vidas humanas..., sacrificio de soldados y civiles..., honorable espíritu combativo del pueblo japonés...».

–Saipán no es Okinawa –me dijo la tía, que introducía una bolsa de agua caliente bajo las mantas de Ryo, calentándole los pies–. Okinawa forma parte de Japón, es tierra sagrada. El Emperador no permitirá que la tomen los norteamericanos.

–Estamos perdiendo la guerra –susurré.

No era consciente de haber pronunciado esas palabras en voz alta antes. Las saboreé (amargas como el café que tanto le gustaba a Takuma) y las repetí hasta hacerlas mías.

Estamos perdiendo la guerra.

–Sí –admitió la tía–. Es la primera vez que la radio habla de las muertes. El primer ministro nos ha abandonado. Sí, estamos perdiendo, pero el Emperador no permitirá que los norteamericanos pisen nuestra tierra sagrada. Creo... –se humedeció los labios; ella también estaba saboreando sus palabras– creo que va a rendirse. –Bajó la voz–. Sí, debe hacerlo. Para proteger a su pueblo.

El locutor le respondió antes de que yo pudiese hacerlo. Había abandonado momentáneamente las noticias de la batalla de Saipán para concentrarse en lo que él llamaba «noticias más esperanzadoras»:

–El honorable instructor de vuelo Takeo Tagata está entrenando pilotos en Taiwán para misiones suicidas.

–Creo que no vamos a rendirnos, tía –dije.

Takuma

4 de agosto de 1944

1 Mamá, papá, Momoko:

Supongo que, a estas alturas, ya ha debido de llegaros la primera carta que os escribí desde Taiwán y supongo, también, que habréis leído las noticias en el periódico o que tal vez las habréis escuchado en la radio.

Son días turbios desde la dimisión del primer ministro Tojo. Ninguno de los muchachos de mi unidad tenía en demasiada estima a nuestro instructor, y el caos inicial de la dimisión me hizo pensar que un día me despertaría con la noticia de que alguno de mis compañeros había asesinado al instructor mientras dormía. Yo mismo, sin ir más lejos, podría haber sido el culpable; pero estoy tan tan tan y tan cansado..., creo que me habría olvidado de lo que pretendía hacer nada más agarrar el fusil o levantar la espada de kendo.

Pero nos enviaron a Taiwán, y nuestro instructor aquí es más justo, quizá más benévolo, si es que esa palabra puede aplicarse a los instructores. No me malinterpretéis, por favor. No quiero que odiéis a nadie. El odio te pudre por dentro y solo genera más odio. He conocido a personas aquí (no solo a mis compañeros, sino también a generales y otros altos cargos) que se merecen todo mi respeto, y a las que admiro realmente.

Hay padres de familia que se preocupan por sus hijos en Japón y por lo que les deparará cuando los norteamericanos bombardeen Tokio. Hay hombres buenos que no han caído presa del fanatismo y que tratan a los reclusos (sí, incluso también a los de Okinawa) de igual a igual, con verdadera camaradería y procurando que nuestros días sean sencillos. Hay estrategias y hay

intelectuales y, os lo juro, hay personas buenas. Siempre hay personas buenas, incluso en lugares como este e incluso sirviendo al Emperador, si uno se detiene a mirar.

Pero supongo que estoy dejando que mi pluma sangre sobre el papel de nuevo. Ahora que sé que moriré me doy cuenta de que lo único que me queda son mis pensamientos, pero también soy consciente de que querréis saber cómo fueron mis últimos días de vida. Pues bien:

El entrenamiento es brutal, incluso más que en Tokio. Nos golpean a diario para sacar de nosotros el instinto de supervivencia y metemos el deseo ferviente de morir por el Emperador. Me han pegado tantas veces en la cara que no me sorprendería que no me reconocierais ahora; para ser honestos, yo mismo a veces también me miro a un espejo y me da la sensación de que el rostro reflejado pertenece a otra persona mucho más mayor y mucho más enferma que yo. Ayer mismo me azotaron tan fuerte que (lo juro) perdí la vista durante unos segundos y caí al suelo. En cuanto me levanté, volvieron a golpearme para quedarme contagiado del espíritu de combate.

Cuando por las noches examino mi cuerpo amoratado me acuerdo de ti, Momo-chan, y de aquel día en el que la "kenpeitai" vino a casa y tú les mostraste los golpes de tus brazos. Cuando estoy tan abatido y pienso en quitarme la vida antes de finalizar el entrenamiento, pienso en ti y en el "ijime" que sufres en la escuela; pienso: tengo que ser fuerte como mi hermana y no rendirme jamás.

Ya sabéis cómo me gusta tomarle el pelo a la gente, y os digo que mi muerte será la última broma. Dicen que soy un buen piloto. Dicen que soy el mejor piloto de mi unidad, y que es una lástima que la situación sea tal que tengan que desperdiciar mi vida en un ataque suicida. Yo respondo que lo haré por el Emperador. Yo pienso que será un gran golpe para ellos saber que su mejor piloto no acertó al enemigo, sino que hundió su avión en el océano. Esa sí será una broma espléndida.

Mientras tanto leo el manual que nos han entregado a los pilotos. Me recuerda que las palabras son poderosas; a veces tengo que sentarme y pensar en quién era antes de venir aquí y en lo que he luchado para no sentir yo, también, ese odio hacia el enemigo que impulsa a tantos a la guerra.

Esta es la receta de nuestro entrenamiento: las palizas y los insultos te roban el patriotismo, pero la propaganda te lo devuelve en un par de páginas.

Un piloto que no puede localizar a su enemigo puede volver a tierra.

Un piloto que repite la misma estrategia nueve veces es fusilado por alta traición.

Al atacar un barco debemos apuntar a un lugar muy concreto situado entre las chimeneas o, en el caso de un ataque horizontal, a la mitad del buque.

Nunca debemos cerrar los ojos. Un piloto que cierra los ojos es un piloto que falla.

Incluso nuestras últimas palabras están dictadas. Antes de morir debemos gritar: "Hissatsu", es decir, muerte certera. Yo, en cambio, me iré gritando "Heiwa", paz.

Nunca os olvidéis de mí, por favor.

Os quiere,

Takuma Akiyama



Jun

A penas había visto a Momoko desde junio. Nos encontramos un par de veces, generalmente cuando yo iba al trabajo y ella a la escuela, y hablábamos y ella me preguntaba qué tal Ken Hattori y yo le preguntaba qué tal Takuma y nuestras conversaciones no iban mucho más allá.

Sentía como si me envolviesen en alambre de espino cada vez que me encontraba con ella y notaba su frialdad y el reproche de su mirada.

A principios de julio me enteré de que su primo estaba enfermo, y fue más o menos entonces cuando Momoko desapareció por completo. Ni siquiera podía encontrarla en el faro o en el bosque. Lo supe enseguida. Las contadas ocasiones en las que pasaba por su calle veía la luz de la ventana de Ryo encendida.

Recé hasta que las palmas de mis manos quedaron completamente húmedas del sudor y las rodillas se me despellejaron y, aun así, seguí rezando un poco más.

En agosto vi a Yoichi.

Había estado evitándolo desde el día de mi detención, pero cuando me fijé en él aquel día ya era demasiado tarde para dar media vuelta y enfilarse por otra calle.

Al principio creo que no reparó en mí. Estaba sentado en la terraza de una cafetería bebiendo sabe Dios qué (pues hacía tiempo que ya no se podía encontrar té de buena calidad, ni mucho menos café) y charlando con otro

kenpei. Me dio la sensación de que había envejecido muchísimo en los últimos meses. El cigarrillo temblaba entre sus dedos como si tuviese vida propia.

—... después de Saipán, ¿qué queda? Iwo Jima, tal vez, y después nosotros. Esta guerra...

Se detuvo al oír los pasos de alguien que se acercaba. Cuando se dio cuenta de que era yo (qué raro) no desvió la mirada, sino que clavó sus ojos sobre los míos como si, después de todo, siempre hubiese estado hablando conmigo.

—El Emperador va a necesitar a todos los hombres japoneses.

«Todos los hombres.»

Eso significaba que Ken Hattori se iría pronto.

Eso significaba que la boda se celebraría lo antes posible.

Eso significaba que papá no estaba a salvo.

Momoko

El señor Kobayashi nos hizo llegar, mediante un mensajero, una notita escrita por Jun en su nombre en la que nos invitaba a la boda, que tendría lugar el 30 de septiembre. La nota decía, también, que comprendía perfectamente que no deseásemos (o que no nos viésemos con ánimos) de asistir, puesto que el barrio *buraku* era, naturalmente, el tipo de lugar en el que una buena familia japonesa podía perder todo su honor y no encontrarlo. «No queremos avergonzaros», habían sido las palabras del señor Akiyama, temblorosas debido a la letra de Jun.

Pensé en las tardes de verano en su jardín, enseñándola a leer y acariciándole las muñecas con el dorso de la mano.

Pensé en *El niño que dibujaba gatos* y en los poemas de Yosano Akiko y en la primera buena conversación que habíamos tenido en el acantilado.

Pensé en todos aquellos mensajes en una botella y en las canciones de *jazz* y en cómo se puede besar como si se bailase un vals, y eché la nota a la lumbre antes de que llegasen a leerla mis padres.

Jun

Septiembre llegó pronto. El último día llegó pronto. Papá me dijo: «No te preocupes», y: «Te habitarás a tu nueva casa», y: «Te visitaré muy a menudo», y: «Tendrás mucho tiempo para mejorar tu lectura mientras Ken Hattori esté en el frente». Debía escribirle cartas porque era mi obligación como esposa, pero las palabras, sencillamente, habían dejado de tener importancia desde que Momoko se fue.

Septiembre llegó pronto. Papá sacó del fondo del armario el viejo *ryusou*⁴⁶ que mamá llevó en su boda. Me lo entregó llorando, con cuidado de que sus lágrimas no mojasen la tela de brillantes colores, y entonces me di cuenta de que, quizá, mamá se había encontrado en una situación parecida a la mía. A fin de cuentas, tenía mi edad. Quizá, aunque papá para mí era el sol, mamá también había deseado morir al tener que casarse tan joven.

Di gracias por que Ken Hattori se marchase al frente. Tenía miedo de quedarme embarazada y dar a luz y criar a mi hijo durante la guerra, y pensaba que, cuanto antes se fuese Ken, menores serían las posibilidades de que algo parecido ocurriese.

–Tienes que ser valiente –me dijo papá–. Recuerda: haz siempre lo correcto porque es lo correcto.

El sacerdote me pareció una criatura extremadamente arrugada y extremadamente pequeña, con una calva brillante y muy lisa y unos ojos

diminutos que daban la sensación de no abrirse jamás. Mientras purificaba el santuario, atrayendo así a los *kami*⁴⁷ que bendecirían mi matrimonio, eché un vistazo atrás; solo mi padre y la familia Hattori estaban allí.

Momoko no había venido.

El sacerdote le entregó a Ken la copa de sake que debía beber como parte del ritual.

Momoko me odiaba.

Ken me tendió la copa y bebí, sintiendo el alcohol como fuego en mi garganta.

Momoko y yo ya no compartiríamos nada.

Le devolví la copa a Ken con lágrimas en los ojos y todos sonrieron.

«Pobrecita, es la primera vez que bebe», debían pensar. A fin de cuentas, los besos entre amigas son algo que queda muy atrás, en la infancia. Ahora era una mujer.

Ser mujer siempre había sido algo que me dejaba un regusto amargo en el paladar.

Momoko

Observé, desde la distancia, cómo Jun y su marido salían del templo.

O Me escondí detrás del *torii*⁴⁸ y la observé, tan hermosa como si bailase en luz. No, espera: tan hermosa como aquel día en mi casa, pasándose mi viejo uniforme por la cabeza. No, espera: tan hermosa como aquella tarde en el acantilado, sus dedos en el gatillo de la pistola robada y sus ojos en el horizonte. No, espera: tan hermosa como solo ella puede ser, bondad y valentía goteando por sus grietas.

La quiero. La quiero. La quiero.

Ví a su marido, sonriendo y apartándole el pelo de la cara. Jun le dirigió un gesto amable, pero su expresión no reflejaba gran cosa. Tenía la misma mirada opaca y el mismo temblor en las comisuras que Takuma en aquella cafetería hacía tanto tiempo, cuando Naoki anunció que se iba a la guerra.

–No te echaré mucho de menos –había dicho Takuma, y también–: Me robas todas las novias.

Pueden encontrarse muchos mensajes ocultos en las palabras más simples. ¿Cómo sabes si alguien realmente importa? Cuando puede leer la verdad en una risita o en un movimiento de la mano.

–Después de que su amigo se fue a la guerra, Takuma conoció a Hana –me dijo Jun.

Pero yo no. No va a haber Hanas para mí, ni tampoco Ken Hattoris. Si crecer significa dejar el amor atrás, prefiero seguir siendo niña a convertirme

en una mujer. Y si mi único futuro es casarme con un hombre, buscaré otro camino; antes tendré el *juzu* de Miyamoto de mi cuello que el anillo de alguien que no sea Jun en mi dedo.

Jun se giró hacia el *torii*. Creo que nuestras miradas no se encontraron en ningún momento. Volví a esconderme y me prometí que no la visitaría ni intentaría mantener ningún contacto con ella. Estaba bien así. Veréis, al principio, yo también había pensado que Jun era un fantasma. Solo era justo que la última vez que nos viésemos yo fuese lo mismo para ella: una sombra que desaparece en cuanto tratas de fijar tu vista en ella.

Momoko

Silencio», decían ellos.
«Quietos.»
«No actuéis.»
«No habléis.»
«No luchéis.»

«Larga vida al Emperador.»

La bandera estaba sobre mí, colgada del tejado, ondeando con sus colores blanco (el cielo, el maquillaje de Jun) y rojo (la sangre, el pelo de Job).

Aquella era la casa. Lo sabía. Si Jun me hubiese dibujado un plano no podría haber estado más segura. Yoichi vivía allí. Lo sentía en las yemas de mis dedos y en las venas y en cada terminación nerviosa.

Tomé una piedra y la lancé. El cristal que se rompía sonaba como la melodía de un piano muy desafinado. Agarré otra piedra y también la lancé, y no me importó que hubiese vecinos que pudiesen oírme, o que Yoichi estuviese en casa, o que me llevasen presa.

Rompí los cristales como si fuesen el sobre rojo y el formulario que terminarían llevando a Takuma a la guerra. Como si fuesen los votos de matrimonio de Jun. Como si fuesen la enfermedad de Ryo y la muerte del tío Otsuka y el cadáver de Job y todos los Antes y los Después en los que se fue dividiendo mi vida.

La ventana se abrió. Lo que quedaba de ella se desplomó sobre el suelo. Ví una cara blanca y roja en el interior de la casa, pero solo durante un segundo. No oí a Yoichi, simplemente lo vi emerger, todavía rojo y blanco, tras el umbral de la puerta.

—¿¡Qué estás haciendo!? ¿¡Te has vuelto loca!?

Yoichi me agarró del brazo.

—¿¡Qué estabas haciendo, eh!? —insistió, y me gustaría decir que contesté.

Que mi lengua supo atacar como la de una víbora.

Que mis músculos reaccionaron y amenacé con el puño en alto.

Pero no podía, ¿verdad? Yoichi era *kenpei*. Yoichi era mi hermano. Yoichi era la última promesa de Takuma («No te enfades con él»).

Supongo que, al final, mi respuesta fue la más honesta: lloré. Rompí a llorar delante de él, odiando cada lágrima y cada sollozo, pero sin pedir disculpas.

La presión que ejercía su mano en mi carne disminuyó.

—¡Vete!

No reaccioné.

—¡VETE DE UNA VEZ! —Volvió a agarrarme; me empujó hacia el final de la calle con un movimiento seco—. ¡LÁRGATE YA! —Tomó aire—. No vuelvas más por aquí.

Me sorbí los mocos. Nuevamente no dije nada, pero mantuve la promesa.

No volví.

Nunca volví.

Jun

Ken se fue el dos de octubre. Llevaba su uniforme nuevo, tan limpio y bien planchado. Me pareció bonito, aunque, a fin de cuentas, todos los uniformes deben serlo. ~~Incluso los de los kenpeis.~~

–Volveré pronto –me dijo, y sus dedos apretaron los míos–. Oye. –Bajó la voz–. En cuanto a lo de estas últimas dos noches...

–N-no i-i-importa.

Sonrió; una sonrisa afilada.

–Ya, bueno, es que..., verás, no quiero que pienses..., bueno, ahora soy soldado.

–Ya. N-no t-t-t-tiene importancia, d-de verdad. E-es mejor así.

–Muy bien. Eres una buena esposa. Siempre supe que lo serías.

Me dio un beso que sabía a sake. Esa era mi vida ahora: los besos ya no sabían a *jazz*, sino a alcohol; desde la puerta de mi casa ya no se veían los bosques, solo hileras e hileras de casas destartaladas y enmohecidas.

–Volveré pronto –repitió–. Te escribiré mucho. No soy un buen escritor, que conste, pero lo intentaré. Seré un buen marido.

Me abrazó, y lloré, y todos los vecinos que se habían asomado a las ventanas se llevaron una impresión muy equivocada del porqué de mis lágrimas. Antes de que nos hubiésemos separado del todo, acerqué mis labios al oído de Ken Hattori y susurré:

–A-antes de irte, ¿p-p-podrías hacer algo por mí?

Otra sonrisa.

–Por supuesto. Eres mi mujer, ¿no?

–C-claro. ¿P-podrías decirle a tu padre que le dé m-m-más ración de carne a la s-s-señora Otsuka? T-tiene una frutería en el centro y su hijo está muy enfermo. P-por favor. Solo un poco. N-no se notará.

Los párpados de Ken temblaron; su sonrisa se convirtió en un fantasma congelado en su rostro.

–¿La señora Otsuka? ¿Y qué tienes tú que ver con ella? No es..., bueno, no es de los nuestros. He oído que su marido...

–Es la tía de una vieja amiga. Por favor. Su hijo todavía no ha cumplido los catorce.

Mi voz no flaqueó. Mis rodillas no chocaron entre sí. Era poderosa. Era valiente. Tenía la capacidad para hacer lo que me propusiese.

Ken suspiró.

–Está bien. Hablaré con ellos. Eres una buena mujer, Jun-chan.

Volvió a entrar en la casa, dejando su macuto en mis manos y un beso en mi mejilla. Cuando salió, su palma cayó cálida y pegajosa sobre mi hombro.

–Eres una buena mujer –insistió–. Te prometo que seré un buen marido. ¡Hasta que la guerra acabe, querida!

Se fue. No volví a verlo.

Momoko

o precedió el golpeteo.

└ Miraba a la tía Otsuka pasar por la parte trasera del jardín, sus manos hinchadas y enrojecidas debido a las voluminosas bolsas que cargaban. Traía algo para Ryo, estaba segura, pues ¿acaso la tía no entraba siempre a hurtadillas por el jardín de atrás cuando conseguía alguna chuchería para Ryo? Por eso sonreí cuando saludé a la tía, y por eso ella, al alzar la barbilla para mirar a la ventana de mi habitación, alzó también las bolsas como diciendo: «¡La alegría que se va a llevar!».

En cierto sentido, me alegro de que ocurriese de ese modo. Puesto que el médico estaba atendiendo a Ryo, yo había vuelto a mi casa con la perspectiva de leer *Madame Bovary* por tercera vez. Y puesto que la tía había entrado a hurtadillas por el jardín trasero para sorprender a Ryo, su camino y el de los *kenpeis* nunca se cruzaron.

Lo precedió el golpeteo. Pom-pom-pom. Tres golpes en la puerta.

No podría decir cuándo exactamente lo supe, pero lo supe. Los *kenpeis* me encontraron en mitad de la escalera, temblando y con un ejemplar de *Madame Bovary* disfrazado de novela japonesa entre las manos.

–Vamos, baja –me ordenó el *kenpei* más grueso.

Mamá, tesa como una varita junto al umbral de la puerta, tomó aire y se mordió el labio inferior.

–No –dijo; corrección: *siseó*, como una gata que protege a sus crías–. Mi hija no.

El sonido de la bofetada
atravesó la casa entera
como si fuese una lanza.

–¡BAJA! –insistió el *kenpei* grueso, y el libro se me escurrió de entre los dedos.

No venían a registrarnos. Venían a por nosotras.

Era mi culpa. Podía oír de nuevo los cristales de la ventana de Yoichi cayendo al suelo.

Niña tonta, niña tonta.

Era mi culpa, y empecé a gritar. Chillé hasta que mi garganta, en carne viva, abrasaba como la hoguera que había quemado las revistas de mamá.

Niña tonta, niña tonta.

–¡Silencio, puta!

El *kenpei* me tiró del pelo, arrojándome hacia donde estaba mi madre.

–Mi hija no, por favor –seguía repitiendo ella–. Mi hija no. Todavía va al instituto. No ha hecho nada. Ella no ha hecho nada.

–¡Cállese! –bramó el *kenpei* delgado, sus ojos no separándose demasiado del retrato del Emperador–. El protocolo es el protocolo. Cuando se detiene a algún miembro de las células comunistas, su familia entera deberá ser encarcelada.

Comunista.

La palabra me quemó por dentro.

Comunista.

La palabra me hizo mover. Seguía siendo culpa mía. A fin de cuentas, siempre tiene que haber un delator, ¿no?

«No te enfades con él», me había dicho Takuma, y yo se lo había prometido.

El dolor, entonces, podría haber conseguido que mi cuerpo se dividiese en dos.

Fuimos a recoger a papá a la tienda. Escoltadas por los *kenpeis*, los transeúntes nos miraban y señalaban; algunos susurraban, sus ojillos moviéndose a un lado y a otro como los de un roedor, y otros muchos nos gritaban e insultaban tal como nuestros vecinos habían gritado e insultado al señor Fujihara cuando se lo llevaron preso.

Papá no dijo gran cosa cuando vio a los *kenpeis* irrumpir en la tienda. Sus labios se abrieron y sus ojos se llenaron de lágrimas, y sus manos enseguida se pusieron manos a la obra: quería dejar todas las facturas en orden antes de que se lo llevasen. Por un momento me sorprendió que los *kenpeis* tuviesen la deferencia de dejarlo hacer, pero enseguida lo comprendí todo.

—¡La llave! —gritó uno, ahora no me acuerdo cuál, y ninguno de nosotros tres fue capaz de entregar a nuestra escondida.

—¡LALLAVE! —insistió el otro—. O reventaremos la cerradura a balazos.

No hizo falta, después de todo. La propia baronesa, que sin duda oyó los gritos, subió la escalera, levantó la trampilla y caminó hasta quedar a la altura de los hombres. Era alta (mucho más de lo que aquel vistazo con Jun me había hecho imaginar), y pudo mirarlos cara a cara.

—Aquí me tienen, señores —dijo, y no pude evitar pensar que aquella era la primera vez que oía su voz y que veía con claridad su rostro redondo y agradable—. Si se me acusa de algo, es de haber hecho mi trabajo.

Ninguno de los *kenpeis* se atrevió a ponerle la mano encima. Caminó como una reina, la barbilla bien alta y la expresión vacía, hasta que salió a la calle por primera vez en un año. Creo que sonrió un poco, como si se estuviese despidiendo del sol y del viento y de los árboles y de las flores.

—Se la acusa de alta traición —dijo el *kenpei* delgado, empujándola con la culata de su pistola para que siguiese caminando—. Nunca daremos alto el

fuego hasta que nuestros enemigos dejen de existir.

–¡VAMOS, VAMOS, VAMOS! ¡CAMINEN! ¡MÁS RÁPIDO! ¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!

Mientras el *kenpei* grueso nos azotaba a nosotros también con su arma, papá me cogió la mano y la apretó, pasando sus dedos enfermos por mis huesos como si estos fuesen las teclas de su piano.

–¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!

–Estaréis siempre juntas, mamá y tú –me susurró papá–. Eso es lo importante. Yo prometo esperar por vosotras hasta el final, ¿de acuerdo, princesa?

–Sí, papá.

Me permití girar el cuello hacia la tienda una vez más. Así, en aquella posición, y a pesar de la distancia, se veía con toda claridad el retrato del Emperador en la pared.

El Emperador era sagrado, divino. Cualquier cosa que dijera o hiciera resolvía cualquier situación imaginable. Era todopoderoso.

–¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!

Y así marchamos a prisión, entre los gritos de los *kenpeis*, atravesando capas de

negro

(la tierra,

la pólvora)

blanco

(el cielo,

las banderas)

rojo

(la sangre,

el sol naciente).

LIBRO IV
DICIEMBRE DE 1944 -
JUNIO DE 1945

IV. SU NOMBRE ES MUERTE. ESTOS DÍAS, ELLA LUCE
COMO LAS CARAS DE TODOS A QUIENES CONOCISTE,
Y TIENE HAMBRE. SUS DIENTES BRILLAN EN LA
OSCURIDAD. DIOS, TIENE HAMBRE.

MIA PARKER

Jun

Papá vino a mi casa aquella mañana. En mitad de la niebla, con el rostro enrojecido y perlado de sudor, parecía un demonio *tengu*. Su voz, cuando habló, también parecía proceder del inframundo.

—Jun-chan... —jadeó, apoyándose en el umbral de mi puerta—. Jun, cariño, he visto... he visto algo en la plaza que quizá... —Se humedeció los labios—. Pero vamos, entremos; hay noticias que es mejor recibir sentado.

El camino del recibidor a mi cocina lo hizo tambaleando, apoyándose en las paredes, y entonces reparé en lo realmente enrojecido que estaba y en la gran cantidad de sudor que hacía que la camisa se le pegase a la piel.

—¿Te encuentras bien, papá? —le pregunté—. ¿Te preparo una taza de té?

Negó con la cabeza, derrumbándose sobre uno de los taburetes, e inmediatamente comenzó su relato.

Papá tenía razón: hay noticias que es mejor recibir sentado.

Cada palabra formaba imágenes en mi cabeza, y cada una de esas imágenes tenía garras y me arañaba por dentro más que el hambre.

Los Akiyama desfilando por la plaza. Junto a ellos, una mujer con la particularidad de poseer tanta elegancia como suciedad. Tras ellos, una pareja de *kenpeis* con sus hermosos uniformes verdes.

La verdad es un depredador.

* * *

Esto es lo que haces cuando el miedo te acecha como un fantasma: corres a su encuentro. Y si salta a desgarrarte la piel, sigues corriendo, sangrando hasta que tus huellas quedan marcadas en rojo. Así es como sobrevives. Así es como vences. Así es como amas.

Al llegar a la cárcel de Naha, tiritando y sin aliento, me topé con Yoichi frente a la puerta, los ojos fijos en el horizonte, un cigarrillo consumido entre los labios y la piel gris como papel de periódico.

–Vete –dijo, una única palabra como la detonación de una bomba.

Traté de explicarme, pero las frases salían de mi boca desordenadas; caían las unas sobre las otras.

Yoichi cerró los ojos; su mano se destensó hasta soltarme.

–Vete –insistió–. No hay nada que puedas hacer. Vete de una vez. –Tragó aire–. Por favor.

Le rogué que los ayudara. Repetí mi súplica una y otra vez, como una oración, hasta que Yoichi se vio obligado a detenerme.

–He hecho todo lo que está en mi mano –me aseguró–. Vete. No vuelvas. Vete a casa.

Momoko

El Terror había venido y me había arrebatado muchas cosas (la más importante, mi padre, encerrado en una celda parecida a la mía pero tan lejos de mí que no importaba mucho que ambos permaneciésemos bajo el techo de la misma cárcel), pero no había podido conmigo. Veamos, seguía teniendo sangre en mis venas y mi corazón seguía bombeando. Mamá y la baronesa estaban a mi lado, ¿a qué podía tener miedo entonces?

Por lo demás, no poseía gran cosa: la ropa con la que me habían arrestado (excepto, naturalmente, el reloj y las joyas), aquel cubículo tan pequeño que mis rodillas chocaban con las de mamá cuando nos sentábamos, el futón y la ventana. Aquella rendija no era mayor que mi cara y, sin embargo, pronto se convirtió en mi posesión más preciada: desde ella podía oler la calle y desde ella veía una pequeña fracción del patio: quiénes llegaban (con arrugadas ropas de civil) y quién se iba (con uniformes perfectamente planchados), y también a la gente que pasaba al otro lado de la verja.

La tarde de mi primer día, al asomarme a la ventana, creí ver la nariz de un rey europeo y unos hombros como perchas. Al parpadear y comprobarlo (mientras trataba de controlar el escalofrío que recorría mi cuerpo), aquella imagen desapareció.

Por lo demás, la rutina en prisión estaba cortada por las Llamadas. Todos los días, varias veces al día y a cualquier hora, los guardias venían y decían un nombre en voz alta: el de mamá, el de la baronesa, el de alguna de las otras

mujeres hacinadas en el mismo cubículo que nosotras. La propietaria del nombre regresaba varias horas después, con moratones y cicatrices y rosas de sangre seca como recuerdo.

Cuando al fin dijeron mi nombre (el grito de mamá podría haber partido la Tierra en dos), comprobé que es muy posible que escriban sobre tu piel a golpes y no sentir nada en absoluto. Es muy posible, de hecho, sentir una sola vez un dolor tan profundo que el resto de los golpes apenas parecen una caricia porque ya no recuerdas una vida sin un cuerpo magullado.

Al tercer día, las inquilinas de mi celda nos despertamos con el zumbido de una pequeña agitación y no con el gruñido de nuestros estómagos vacíos.

Vimos cómo las demás celdas se iban vaciando y cómo las prisioneras iban dando tumbos por el largo pasillo.

–Señora Akiyama –dijo una mujer a la que llamábamos Veterana debido al año y medio que llevaba encerrada–, se las están llevando. A las comunistas. Siempre se las llevan.

–¿Adónde? –preguntó mamá, su mano estrechando fuertemente la mía.

Comunistas.

Había escuchado tantas veces aquella palabra, en las últimas setenta y dos horas, que me parecía un trapo viejo.

–A otra cárcel –dijo la Veterana, su voz fría, serena–. En la isla de Hokkaido.

Y mamá me apretó tanto que, estoy segura, solo su amor evitó que mis huesos se rompieran.

Jun

Volví. Excepto Aquel Día, siempre volví a la cárcel. Miraba. Ahí estaban Momoko y los señores Akiyama, y también aquella mujer que habíamos visto, como una sombra blanca, en el sótano de la tienda de música.

Aquel Día, sin embargo, papá apareció en la puerta de mi casa. Llevaba un sobre escarlata entre los dedos. Y comprendí. Dios, cómo comprendí.

Creo que caí al suelo, como abofeteada por la sorpresa.

Papá no, papá no.

–Pero... no pueden..., eres demasiado viejo. No pueden...

Las palabras salían a borbotones de mi boca. Papá se agachó, con una sonrisa en los labios, y dejó caer sus manos sobre mis hombros.

–La guerra no se queda satisfecha con poco. –Me levantó la cabeza–. Doy gracias al cielo de que seas mujer, Jun-chan. Ahora debes ser valiente y mantenerte a salvo, ¿de acuerdo? Siempre mantente a salvo, y recuerda lo que te digo siempre: haz lo correcto porque es lo correcto, ¿está bien?

–Pero volveremos a vernos, ¿verdad? –Silencio–. ¿Verdad?

Papá se puso en pie. Con una mano me ayudó a levantarme, y poco a poco me guio hasta el *kotatsu* de la sala de estar.

–Claro que sí, cariño. Si no es en este mundo, en el siguiente. Te lo prometo.

Las dos últimas palabras quedaron flotando en el aire durante un par de segundos más y, después, papá se fue.

Al final todos se iban.

Momoko

El tercer día dijeron mi nombre.

A Todas las comunistas (incluidas mamá y la baronesa Hentona) habían sido sacadas al pasillo y esperaban a la derecha, en fila, tan juntas como las cuentas de un rosario. Entonces el guardia pronunció mi nombre (Akiyama, Momoko), y el grito de mamá podría haber desplomado a las estrellas del cielo.

—¡Mi hija no! ¡Por favor, por favor, se lo ruego, mi hija no! ¡Mi hija no!

La baronesa la tomó de la mano; la acarició en la muñeca, despacio, con la vista fija al frente, como si sencillamente no supiese muy bien qué hacer con las manos.

Tenía que ser fuerte, tenía que ser fuerte.

Estaría con mamá. Pasase lo que pasase, estaría con mamá. Quedarme en Naha me aterrizzaba mucho más que irme a Hokkaido con ella.

Pero ocurrió algo extraño. Al dar un paso adelante para salir de la celda, el guardia me agarró del brazo y me entregó a su compañero, que estaba a la izquierda. Envueltos en silencio, él comenzó a andar, conduciéndome a algún lugar al final del pasillo.

Mamá y yo chillamos a la vez.

—¡Mamá!

—¡Momoko!

Pronto la cárcel quedó empapada de nuestros gritos. El guardia me agarró en brazos, pero yo ya no me sentía humana; era una bola roja, nerviosa y apretada que no dejaba de llorar ni de patalear.

Quiero ir con mamá, quiero ir con mamá, quiero ir con mamá.

—¡Por favor!

Momoko

Me condujeron a una sala pequeña no muy distinta a aquella en la que realizaban los interrogatorios. El guardia me dejó en el suelo mientras abría la puerta, y todo el tiempo mientras entrábamos no dejé de mirarme los pies.

No quería recordar su rostro, y solo esperaba que no doliese. Rezaba por que terminase pronto y por que me llevaran con mi madre a Hokkaido o al centro de la Tierra, daba igual.

—Aquí la tiene.

El guardia no se dirigía a mí, y esta certeza fue la que me hizo levantar la cabeza.

Al otro lado de la habitación, un muchacho me devolvió la mirada, arrancándome de cuajo de mis pensamientos. Rondaba los veinte años, con una sombra de pelo negro en la cabeza y un reluciente uniforme verde sobre los hombros.

«Yoichi.»

Parecía un hombre de carne y hueso, pero no lo era del todo.

«Yoichi.»

La piel cetrina, los ojos hinchados y enrojecidos, un cigarrillo consumiéndose entre sus dedos moteados de ceniza; parecía, más que nunca, un fantasma viviente.

–Muchas gracias, sargento Hirose –dijo, su rostro parcialmente oculto por el humo.

El guardia asintió con un golpe de cabeza.

–Espero que...

Yoichi lo interrumpió.

–Sea lo que sea, yo ya he cumplido.

Se movió como un gigante silencioso y con tiritera, las pupilas fijas en las mangas de su propio uniforme y no en mí.

El sargento Hirose volvió a asentir.

–Nos veremos en Yasukuni, entonces, teniente segundo Akiyama –dijo, la despedida de un soldado a un soldado.

La voz de Yoichi

era un susurro frío.

–No es necesario que me llame teniente, sargento Hirose.

Momoko

Estaba en la calle, no sabía cómo, en aquella misma plaza que veía cada día desde mi celda, oliendo los cedros y la lluvia, no demasiado segura de qué hacer con mi libertad.

Mamá.

Si hubiese podido dividirme en dos, o si mis piernas hubiesen sido capaces de responderme, habría corrido tras ella; si se la llevaban en barco, habría sido capaz de saltar a bordo de él sin dudarlo.

Pero permanecía inmóvil.

De pie.

Los ojos fijos en las rodillas sanguinolentas, los labios demasiado temblorosos para hablar.

–Vamos –dijo Yoichi, colocándome la chaqueta de su uniforme sobre los hombros.

Quería quitármela. Necesitaba quitármela. Solo su tacto podría abrasarme la piel.

–No voy a ir contigo –repuse, entregándole la chaqueta.

Yoichi no la aceptó.

–No te he pedido que lo hagas.

La chaqueta seguía sacudiéndose en mi puño, las lágrimas haciéndome cosquillas en el párpado inferior.

Y.

Entonces.

Mis.

Músculos.

Respondieron.

Aullé. La chaqueta cayó al suelo y yo salté sobre Yoichi, golpeándolo con una fuerza que ni el hambre ni el miedo habían podido arrebatarme.

Por Job.

Por Takuma.

Por papá.

Por la baronesa Hentona.

Por mamá.

–Fuiste tú, ¿verdad? ¡Fuiste tú! Como la otra vez... ¡Tú!

Le escupí y le arañé y no dejé de gritarle ni siquiera cuando mi garganta, dolorida, me pedía que me detuviese.

Había dentro de mí una leona que no iba a pedir perdón por su rabia.

–Shhh..., shhh..., shhh...

Pero Yoichi solo me tomó en brazos y me reincorporó. Como si tratase con un animal salvaje, su mano acariciaba mi columna de arriba abajo, lo suficientemente cerca para notar su calor y lo suficientemente lejos para que su palma nunca estuviese en contacto con mi piel.

–¡MAMÁ! Quiero ir con mamá, Yoichi, por favor. ¡MAMÁ!

Él solo siguió susurrando y acariciándome. Cuando me moví, corriendo de vuelta a la cárcel, él me tomó de la muñeca.

–No puedes volver. ¡Ven!

–¡Quiero estar con mamá!

Tiró de mí hacia él.

–¡No puedes volver! Te he salvado la vida, ¿no lo entiendes? Si hubiese podido... –Alzó la mirada hacia la cárcel, hacia aquella ventana a la que

mamá y yo nos habíamos asomado tantas veces—. Pero no pude, ¿comprendes? Hice todo lo que estaba en mi mano para...

Esta vez el escupitajo le acertó en la cara.

—No voy a irme contigo —logré decir, la cara roja, húmeda, en llamas—. No voy a ir a tu casa. No voy a irme contigo.

Yoichi carraspeó. Tenía un cigarrillo en las manos, pero su cuerpo temblaba tanto que era incapaz de prender la llama para encenderlo.

—No puedes, de todos modos. Me voy al frente. Ya no formo parte de la *kenpeitai*. —Sus ojos negros, tan fríos como una bala, se encontraron con los míos—. Toda vida tiene un precio.

Mis pulmones dejaron de responderme. Algo oscuro, gélido y pegajoso crecía bajo mi diafragma y me impedía respirar.

—Tengo que ir con la tía Otsuka —sollocé—. Tengo que ir con la tía Otsuka...

Yoichi tiró el cigarrillo apagado al suelo. Con extrema lentitud se arrodilló hasta quedar a mi altura, y luego, muy suavemente, colocó el pulgar en mi barbilla y me alzó el rostro.

Sus pupilas se sacudían.

Sus labios se sacudían.

Todo él se sacudía.

—No —susurró—. Con ella no. Te llevaré al colegio, con la señorita Miyamoto. Ella cuidará de ti.

Lo comprendí enseguida, y sentí que mis huesos se rompían uno a uno. ¿Por qué seguía viva? Quería estar con mamá, quería estar con papá, quería estar con Takuma. ¿Por qué estaba viva?

Quería.

Que.

Todo.

El.

Dolor.

Terminase.

Toda vida tiene un precio.

No había sido Yoichi quien nos había delatado, sino mi tía, que tanto necesitaba el dinero para las medicinas de Ryo.

Toda vida tiene un precio.

Yoichi había cumplido. Ya estábamos en paz.

Momoko

o salí en semanas.

N Takuma se había ido.

Papá se había ido.

Mamá se había ido.

La tía nos había traicionado, y ni siquiera tenía fuerzas para odiarla. Vino un día al instituto, con la intención de hablar conmigo, pero sus palabras parecían vacías; no logré entender una sola de ellas, y cuando Miyamoto le pidió que se marchase, me di cuenta de que estaba demasiado cansada para perdonar también.

–El miedo empuja a la gente a hacer cosas terribles –me dijo la señorita Miyamoto en el dormitorio, cuando el resto de las alumnas internadas estaba cenando–. Y la desesperación hace que crea en lo imposible. Si estoy en lo cierto, y suelo estarlo, tu tía estaba convencida de que no os caería más que una condena leve.

Luego me contó el resto de la historia: cómo la habían apresado a ella también y cómo, por falta de pruebas, la habían soltado. Para nosotros, que habíamos estado ocultando a la baronesa en el sótano de la tienda de música, no había perdón; nos había condenado nuestra humanidad.

–Yo debería estar en Hokkaido y no ellos –precisó Miyamoto, apoyándose en la ventana–. Pero lamentarse no sirve de nada. Estamos aquí ahora, y lo menos que podemos hacer por ellos es resistir, ¿comprendes?

Asentí.

Ya nada podía enfadarme. Ni siquiera el Emperador, desde su lugar en la pared, tenía ese privilegio.

Takuma

amá, papá, Momoko:

M Este es mi último mensaje para vosotros: allá donde vayáis, buscad la paz; no os quedéis esperando a que la felicidad llegue a vosotros, construirla.

Hoy mi avión se estrellará y perecerá, y yo con él, pero quiero que sepáis que no muero como un asesino. Cuando me vaya, no me llevaré a ningún soldado enemigo conmigo; mi único objetivo serán las olas.

Os he querido más que a nada. Muero por la libertad, y solo me arrepiento de que mi nombre será utilizado para glorificar a un genocida que se atrevió a colocarse el título de dios.

Nos llaman kamikazes, que significa espíritus del aire. Rezo por que mi espíritu encuentre los vuestros siempre, en la siguiente vida y en todas las que vengan hasta que alcancemos la eterna sabiduría.

Siempre vuestro,

Takuma Akigama

Las nubes como pesados barcos de metal cubren el cielo sobre el Pacífico. Las nubes se disponen en capas, pero este es un detalle que únicamente puede verse desde el interior de un avión. Atravesando pesados barcos de metal que se convierten en niebla. A través de las ventanillas, el mundo que me rodea es un fantasma muy blanco y muy denso.

Tras releer mi carta, me la guardo en el bolsillo del uniforme de nuevo. No puedo mandarla, y ahora no hay manera de dejarla en un lugar seguro; se quemará conmigo, y aunque alguien pudiese rescatar mi cuerpo, mis propias cenizas no se distinguirían mucho de las del papel.

No tengo miedo a morir.

El Emperador no se merece poseer mi miedo.

El avión está en silencio. Es un silencio extraño, angustioso y lleno de ruido. El viento que entra congelado. Los motores. Las hélices. El traqueteo. Mis oraciones susurradas y casi atropelladas. Mis respiraciones demasiado pesadas.

Empiezo a descender.

No escucho mi propia voz cuando grito. Floto en una inmensidad pálida y luminosa que me obliga a cerrar los ojos.

—*Heiwa!* —chillo; el Emperador no será el último nombre que roce mis labios.

El dolor sabe a acero y huele a hielo. Un temblor perpetuo. Ignoro el dolor.

He cumplido.

Jun

El fin del mundo se parecía mucho a un gigante dormido. Incluso la sangre podría ser dulce al gusto. Cuando lo has perdido todo, el cómo del final ya no importa demasiado.

El día que mi padre marchó al frente fue el día que Momoko volvió a la vida. La vi, en la plaza, como un fantasma pálido y tembloroso; en un segundo, sin embargo, se transformó en un lobo: roja de rabia, saltando, gritando, nunca pidiendo perdón.

Me enamoré de su furia y de lo viva que estaba, diciéndole a Yoichi todas las cosas que me hubiese gustado que saliesen de mis labios.

No fui a ver a Momoko al instituto. La cobardía me ataba a casa. Caminaba a menudo por el acantilado, a pesar de todo; me tumbaba sobre la hierba cubierta de rocío y me imaginaba que el cosquilleo de las flores silvestres sobre mis tobillos eran los dedos de Momoko.

Ojalá no me hubiese casado.

Ojalá no fuese mujer de esta manera.

La quería con la fuerza del mundo colapsándose.

A veces apoyaba la espalda en el faro y miraba al horizonte. Si los *meriken* venían, estaría preparada. Si los *meriken* venían, por una vez, sería valiente. Si los *meriken* venían, me enamoraría de mi propia furia.

Aunque esperé durante muchas horas, no vi ningún barco, sino otra cosa singularmente diferente.

Un círculo de luz que crecía.

Una botella golpeando contra la orilla.

¿Cómo explicarlo? Corrí tanto que pensé que mi alma se había despegado de mi cuerpo, y no me detuve hasta que la arena húmeda acarició mis pies desnudos.

Había una botella de salsa de soja Sanyo flotando en la orilla, justo enfrente de mi pulgar. Me agaché y la agarré y, no sé cómo, logré mantener a raya mis temblores el tiempo suficiente para desenroscar la tapa, darle la vuelta a la botella y dejar que su contenido cayese sobre la palma extendida de mi mano.

La hoja de papel planeó, como un avión, hasta aterrizar sobre mi piel.

Los caracteres, sabía que tardaría una eternidad en descifrarlos para conocer su significado. Pero dos me llamaron la atención enseguida. Los conocía, y solo con mirarlos fui capaz de leerlos.

Takuma Akiyama.

Era una carta. Una carta para Momoko.

Ese día saqué toda mi cobardía, hice una bola con ella y le di una patada. Iría al instituto y le entregaría el mensaje a Momoko; la miraría a los ojos y hablaría con ella, aunque eso me matase.

El mundo ya no estaba hecho para ser pequeña y asustadiza.

Momoko

Solo una fuerza hercúlea podría haberme obligado a ir a clase, y esa fuerza hercúlea era la *yamamba* Miyamoto.

–No puedes dejar de vivir –me dijo–. No mientras todavía haya aire en tus pulmones y sangre en tus venas. Ese es el trato.

Ya no había clases de economía doméstica, de todos modos. Ni tampoco de matemáticas o de literatura.

1945 había llegado jadeando y arrastrándose, pero había llegado. Los *meriken*, tarde o temprano, besarían nuestras costas y las teñirían de muerte. La guerra era ahora, más que nunca, la causa de todos, y ya no importaban tu sexo o tu edad o tu salud.

El mensaje era claro: debíamos resistir.

El mensaje era claro: debíamos luchar.

Las chicas del instituto Daiichi ya no seríamos simples niñas burguesas; a partir de ahora seríamos enfermeras. Llegado el momento, miraríamos al Horror a la cara y no nos asustaríamos; nos vestiríamos de sangre y de pólvora e intentaríamos salvar vidas mientras el resto del mundo se esforzaba en quitarlas.

Seríamos luz entre tanta oscuridad.

Y me gustaba el trabajo. Era sencillo, mecánico. Comprobación de daños, taponar, desinfectar, coser. Me permitía pensar.

Las preguntas me acechaban como un depredador.

¿Habría ido papá también a Hokkaido?

¿Mamá sabría que yo estaba a salvo?

¿Takuma seguiría vivo?

Las preguntas me dejaban moratones en la piel.

¿Cómo podía haber odiado tanto aquella escuela? Ahora daría cualquier cosa por volver atrás y despertarme en una casa en la que la música del piano siempre guiaba mis pasos.

Incluso las miradas gélidas de Emiko Araki y el resto de mis compañeras, ahora, no eran más que una caricia sobre la piel. Nada podía dañarme ya.

* * *

La noche. La luna. Las estrellas. El patio cubierto por una neblina plateada.

Estaba sentada en la *engawa* a la luz de un candil cuando lo vi. Tenía un libro entre las manos; era uno de aquellos que había sido utilizado para enviar mensajes, y todavía conservaba el olor a mi casa cuando acercaba la nariz lo suficiente.

Me fijé en él al terminar un capítulo y levantar la vista, momentáneamente, del libro. Lo reconocí enseguida, a pesar de la penumbra que lo rodeaba.

Yatagarasu.

No dijo nada. Después de tanto tiempo, solo me mantuvo la mirada. Después, muy lentamente, alzó una de sus alas.

Ven aquí.

Inmediatamente dejé el libro sobre la *engawa* y lo seguí, dando pasos a través de la oscuridad hasta que mis manos, extendidas, se toparon con la frialdad húmeda del muro de piedra que rodeaba la escuela.

—¿Momoko?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Mis pies respondieron a la llamada antes que yo. Caminé hasta la puerta enrejada y, pese a las sombras, también reconocí enseguida a la persona que estaba al otro lado.

–¿Jun?

Sentí su mano contra la mía, y recordé aquella mañana en la que compartimos una comida, y el momento exacto en el que Jun le lanzó aquella fruta podrida a Emiko Araki. Ahora todo eso parecía pertenecer a otra vida.

–¿Estás bien?

–Estoy..., ahora sí. ¿Y tú?

–Bien..., muy bien. Mi padre fue reclutado. No recibo cartas tuyas, claro, porque no sabe escribir, pero creo que está bien. Tiene que estarlo, ¿no?

–Sí, sí... Te he echado mucho de menos.

–Y yo a ti también.

–Lo siento mucho. Estaba tan celosa de tu marido..., ahora sé que fui una tonta.

–Está bien. Te habría elegido a ti, ¿lo sabes? Si hubiese podido, siempre te habría elegido a ti.

Estábamos hambrientas la una de la otra.

–Tengo algo para ti –susurró, sacándose algo del interior del abrigo—. Lo encontré en el acantilado. Creo que es de Takuma.

Lo era. Lo supe enseguida. Mis yemas advirtieron al momento que aquel papel había sido tocado también por los dedos de mi hermano.

Su letra. Su firma.

–Este es mi último mensaje para vosotros –leí—. Allá donde vayáis, buscad la paz...

Las lágrimas
me abarcaron
los ojos.

–¿Cómo?

Jun me acarició la muñeca.

–Le hemos entregado muchas cosas al mar. Ahora es él el que nos entrega algo a nosotras. –Se humedeció los labios–. Ábreme la puerta, por favor.

Supe enseguida por qué me había pedido que la dejase pasar. Mis manos no dejaban de sacudirse y, en cuanto la tuve delante, solo sus brazos impidieron que me cayese.

Lloraba y gritaba y me mordía el labio para dejar de llorar y gritar.

La carta de Takuma olía a vida y a muerte. Todo lo que nos rodeaba estaba pintado del color de la guerra.

–Seremos felices –susurró Jun, y sentí su aliento en mi oreja–. Te lo prometo. Seremos muy felices al final, y todo estaría bien.

Pronunció sus palabras como una oración en la que yo deseaba creer.

Ninguna de las dos durmió mucho esa noche. Cuando el cielo se iluminó dorado y la ciudad empezaba a despertarse, Jun me soltó la mano y se levantó. Incorporándome yo también, me puse de puntillas y rocé su frente con mis labios.

–Cuídate –le dije.

–Solo si lo haces tú también –me respondió, y no pude contener una sonrisa. A veces, solo mirando a Jun, podía sentir que la paz estaba cerca.

Momoko

Takuma volvió a casa al comenzar la primavera.

Un timbrazo al portón de la escuela. Yo, que me encontraba barriendo la *engawa*, vi al soldado doblar la esquina y vi también cómo se acercaba a la reja y llamaba.

La escoba se me escurrió de las manos. El soldado, desde el otro lado de la verja, clavó sus ojos negros en los míos.

Vi el sobre que apretaba entre sus manos coloradas y supe leer la expresión de su rostro. Dando un paso atrás, me adentré en el instituto, cerré la puerta que daba al patio y atravesé el pasillo sin mediar palabra.

La *yamamba* Miyamoto fue la encargada de recoger la carta.

Me había encerrado en el aula de ciencias naturales, en el tercer piso. Sobre la repisa de la ventana había varias jaulas. Una de ellas, a medio terminar, era una amalgamación caótica de metal y puntas afiladas.

Apreté con la palma de la mano aquellas puntas de afilado aluminio... con fuerza. La sangre manó escarlata sobre el suelo. Aparecieron gotas púrpuras y granates en mi piel que me recordaron que seguía viva.

No sé cuánto tiempo le llevó a la *yamamba* encontrarme, pero el hecho es que lo hizo.

Dos golpes en la puerta. La voz de la señorita sonó ahogada desde el otro lado.

—¿Puedo pasar?

No dije nada, pero, sentada como estaba, extendí el brazo y giré el pomo.

La señorita entró. Llevaba una taza de valeriana y un pedazo de pan entre las manos.

–¿Puedo sentarme? –preguntó suavemente.

Asentí con un gesto, y Miyamoto se acuclilló en el suelo junto a mí.

–Sé que no tienes ganas –dijo, señalando la valeriana con un golpe de cabeza–, pero hoy tienes que tomarla. Ya verás como pronto te encuentras mejor.

No pude contener un sollozo. Inclinandose ante mí, la *yamamba* Miyamoto me abrazó por detrás de la espalda y me acunó.

–Ya lo sé, pequeña, ya lo sé. Shhh..., todo irá mejor a partir de ahora. Todo mejorará. Vas a ser muy feliz, pequeña, muy feliz. Shhh..., ya pasó, ya pasó...

Con cada frase, mis lágrimas y mis temblores disminuían. Ese es el efecto analgésico de las palabras.

En cuanto me calmé del todo, la señorita Miyamoto me entregó el sobre.

–Es algo que tienes que hacer tú.

Las manos, todavía moteadas de sangre, me temblaban, pero fui capaz de rasgar el papel.

Sobre el suelo cayeron dos cuartillas.

La primera hablaba del heroísmo y la valentía de mi hermano.

La segunda contenía una única palabra: **restos**.

Restos.

Todo lo que mi hermano había dejado atrás era una palabra.

Me quedé mucho tiempo allí sentada, con Takuma en una mano y su carta en la otra; la releí una, dos, tres, un millar de veces, hasta que podría haberla repetido en voz alta si alguien me lo hubiera pedido.

El cielo se volvió rosa, luego rojo (parecía arder) y, finalmente, negro como la tinta china. Fue en ese momento cuando oí el picotazo en la ventana y, al girarme, los ojos plateados del *yatagarasu* estaban sobre mí.

—MAÑANA SERÁ EL DÍA —dijo—. MAÑANA TERMINARÁ TODO PARA MUCHOS. PERO VEN, SAL, TENGO UN REGALO PARA TI.

La oscuridad se movía. La brisa removía las copas de los árboles, las hojas de los arbustos y las briznas de hierba del suelo. Distintos tonos de añil y violeta se solapaban.

En aquella confusión negruzca, mi lámpara de aceite revelaba. Las manos de dedos nudosos se convertían en nidos de pájaro; las capas y las guadañas en tocones y troncos resacos. Lo único que la luz no cambiaba era el aire seco, calcinador y casi irrespirable.

Hacía muchos muchos minutos que había dejado el colegio atrás. El *yatagarasu* me había ido conduciendo a través de Naha, y en algún punto de nuestro paseo nocturno las calles dejaron de existir; todo lo que había ahora a mi alrededor era una jungla tan espesa que apenas podía respirar.

—AHORA ESTARÁS SOLA, PEQUEÑA —dijo el *yatagarasu*—. TENDRÁS QUE SER VALIENTE. TENDRÁS QUE APRENDER.

Batiendo sus alas, la luz de mi lámpara de aceite se apagó.

Batiendo sus alas, echó a volar y me abandonó en la oscuridad.

—¡Eh! —grité—. ¡Eh, vuelve! ¡Oye! ¡*Yatagarasu!* ¡*Yatagarasu!*

Negro, distintas capas de él.

Un búho empezó a ulular.

Las estrellas caían sobre mí como innumerables ojos ciegos.

Pasos, toda una manada de ellos. Un par de toses. Algo removió la vegetación a mi izquierda. Al girarme vi, por orden de aparición:

1. Las gafas de aviador y la gorra con orejeras.

2. Los ojos, brillantes y en constante movimiento.
3. El uniforme, desgarrado y harapiiento.
4. Las botas, que ahora no eran más que un par de jirones de goma y cuero.

Dos toses más.

–Lo siento –dijo, con una voz tan familiar que se me erizaron los pelillos del antebrazo–. Estaba buscando...

El hombre se detuvo. Incluso en la oscuridad pude apreciar cómo sus cejas se alzaban y cómo su boca se abría y cómo sus manos (que hasta entonces no habían dejado de temblar) caían inertes junto a sus pantorrillas.

–¿Momo-chan?

Sentí mis ojos arder con las lágrimas.

–¿Takuma?

–¡Momoko!

No sabía cuánto necesitaba su abrazo ni cuánto había echado de menos su tacto hasta que lo tuve encima de mí, sus brazos rodeando mi espalda y su cabeza apoyada en mi hombro.

–Lo siento mucho –sollozó–. Ojalá se me hubiese ocurrido otro plan..., ojalá hubiese podido..., ojalá nunca me hubiese ido de vuestro lado..., ojalá hubiese podido hacer más.

Me habría gustado decirle que hizo suficiente, que solo era humano..., pero no pude. En aquel momento, abrazada a él después de tanto tiempo y con sus restos todavía en el bolsillo, solo fui capaz de susurrar:

–Te he echado mucho de menos. Por favor, no vuelvas a irte.

–Pero tengo que hacerlo –me recordó, pasando su mano por mi pelo–. Ya no pertenezco a este lugar.

–¡Entonces llévame contigo! Por favor.

–No puedo. –Chascó la lengua–. ¡No puedes! Vamos, Momo-chan, ¿desde cuándo eres cobarde?

Me separé de él.

–Ya no tengo fuerzas para ser otra cosa.

–Siempre has sido fuerte, Momo-chan, no te olvides de eso ahora. No dejes que el Emperador te robe la fuerza. Hazlo por mí.

Hipé. Estaba temblando de pies a cabeza.

–Por favor, Takuma, estoy muy cansada. No sé si podré seguir luchando. Ya no soy la persona que era cuando te fuiste.

Takuma sacudió la cabeza.

–Sí lo eres. Podrás resistir; yo estaré siempre a tu lado, aunque no puedas verme. Pero ahora descansemos. Como en los viejos tiempos.

Y, tras sentarse en una roca, se sacó dos cigarrillos del bolsillo; luego agarró una cerilla, los prendió y me entregó uno. Bajo la luz naranja de la colilla, pude apreciar de nuevo, después de tanto tiempo, todos los detalles de su rostro. Me lo aprendí de memoria.

–Estaré siempre a tu lado –me repitió–. Pase lo que pase.

Y simplemente seguimos fumando, como si la guerra nunca hubiese existido, hasta que el cielo se tiñó de rosa de nuevo y la luz del sol empezó a filtrarse entre las copas de los árboles.

El *yatagarasu* volvió. El *hotoke*⁴⁹ de mi hermano dejó de verse.

Un batir de alas y abandoné la jungla.

Un batir de alas y estaba de nuevo en el aula de ciencias, la cajetilla de cigarrillos de Takuma en una mano y una delgada libreta en la otra. La abrí: la letra era la de Takuma. Eran sus cartas, pero no las cartas que habían llegado a nuestro buzón, sino las cartas que él hubiese escrito si no hubiese censura.

Fuera, en el pasillo, las alumnas chillaban.

–¡Los *meriken*! ¡Los *meriken*!

La señorita Miyamoto abrió la puerta mientras yo me levantaba. En la ferocidad de su mirada y el ligero temblor de sus labios leí, antes de que ella

hablase, la verdad.

Los *meriken* habían venido. Era el veintiséis de marzo de 1945 y las tropas estadounidenses habían desembarcado en la playa de Hagushi, a treinta kilómetros de Naha, mientras yo hablaba con el *hotoke* de mi hermano.

Jun

Todo el barrio se despertó con el parte de noticias de la radio.

La gente gritaba.

La gente lloraba.

La gente corría y rezaba.

–¡Larga vida al Emperador!

Yo no sabía qué hacer. La plaza central del barrio *buraku* me parecía un caos bullicioso y apretado.

Los *meriken* habían llegado. Los *meriken* estaban cerca. Se nos echaban encima.

En medio de los chillidos y los *tenno heika banzai*, un *kenpei* se alzó; se subió al borde de la fuente y nos miró a los ojos, y en los suyos vimos rabia y orgullo.

–Esto es tierra sagrada japonesa –dijo–. Debemos defenderla de los invasores; todos, hombres, mujeres y niños. El que pueda que se haga a las armas, aunque estas sean lanzas de bambú. Nuestro deber ahora es resistir; que cada persona aniquile a diez perros *meriken* y nuestro sacrificio será favorable al Emperador. Nadie es demasiado pequeño o débil para esta misión, porque somos un pueblo guerrero. Pase lo que pase, Japón no caerá. – Alzó los brazos; gritó–: ¡*Tenno heika banzai!*

–¡*Tenno heika banzai!* –gritamos todos, un único zumbido como el de un enjambre de abejas.

* * *

El caos gritaba. Los vecinos corrían de una casa a otra, repartiéndose las armas y compartiendo sus provisiones los unos con los otros. Algunos se ofrecían refugio. Otros se ofrecían veneno.

–Pase lo que pase, ningún *meriken* nos quitará la vida –así fue como lo resumió un anciano de ojos hinchados cuyo rostro parecía una arruga gigante.

El caos bullía. En mitad de la confusión, una mano fría me tocó la nuca.

–¡Jun!

Reconocí la voz antes de girarme.

–¡Momo-chan!

Momoko estaba ante mí, espectralmente pálida, con el pelo cayéndole húmedo sobre el cuello y la frente.

–¡Nos vamos! –jadeó, apartándose el flequillo de la cara con un gesto brusco–. El Ejército está movilizándolo a las alumnas del Daiichi. Nos han reclutado como enfermeras. Nos vamos al frente.

Me apretó la mano.

–Tienes que irte de aquí –me dijo.

–¿Y adónde? No tengo ningún otro lugar al que ir. Además, ¿y si vuelve mi padre? Quiero que sepa dónde encontrarme.

Momoko chascó la lengua.

–¿Y quién te dice que tu casa se mantendrá en pie si los *meriken* toman Naha?

–¿Quién te dice a ti que no caerá el resto de la isla si cae Naha? Estoy tan segura aquí como en cualquier otro lugar.

Momoko se humedeció los labios. Me recorría con la vista: la frente, la nariz, la boca; era capaz de acariciarme solo con sus ojos.

–Está bien –accedió–. Solo mantente a salvo, ¿vale?

–Te lo prometo, pero mantente a salvo tú también, ¿eh?

Momoko sonrió.

–Haré lo que pueda –dijo, y se inclinó hacia mí.

Sus besos seguían sabiendo a *jazz* y a bienvenida.

Incluso entre los *tenno heika banzai*.

Incluso entre el horror.

Sus besos me decían: «Esta será siempre tu casa».

–No voy a despedirme de ti –dijo Momoko, su nariz todavía contra la mía–.

Pienso volver a verte. Y cuando eso ocurra, no me importará lo que Ken Hattori tenga que decir al respecto, porque pienso casarme contigo al final.

Encontraré la manera.

Y, tras un último beso, desapareció entre la multitud.

Momoko

El hospital de campaña del Ejército, en la aldea de Haebaru, no era un edificio propiamente dicho, sino una interminable hilera de cuevas excavadas en la cresta de la montaña.

Llegamos de noche, tras una caminata de cuarenta minutos, y enseguida nos recibió un olor dulzón muy característico.

–Gangrena –explicó el médico del Ejército, conduciéndonos una a una a través del largo túnel.

Nos recibió el musgo. Nos recibió un frío que trepaba por tus huesos. Nos recibió la oscuridad desafiada por las luces de los faroles.

Diez pasos, un farol sobre el suelo.

Tus pies se hundían en el barro, chaf-chaf-chaf.

Diez pasos, otro farol sobre el suelo.

El olor se te metía en las entrañas, obligándote a taparte la boca con un pañuelo.

Diez pasos, otro farol sobre el suelo.

Los gritos de los soldados heridos ya eran imposibles de ignorar.

El hospital de campaña se podía leer como braille (extendiendo tus manos hasta rozar la húmeda, rugosa roca) y se podía leer como un mapa formado a base de puntos de luz.

–No somos perros –se había atrevido a susurrar una compañera mientras el médico nos indicaba, con un gesto vago, la minúscula porción de tierra que

nos pertenecía y donde podíamos dormir.

Emiko Araki arrugó su preciosa nariz en forma de botón.

–Los perros son afortunados –dijo.

Nos rodeaba tanto y tanto ruido que el golpe que nuestras bolsas hicieron contra la tierra mohosa no se escuchó.

–No sé por qué hemos tenido que traer los libros de texto –musitó una muchacha a la que reconocía de mis clases de economía doméstica, y en aquello no podría haber estado más de acuerdo con ella.

La señorita Tanemura, una profesora delgada como una espiga que nos había acompañado junto con la *yamamba* Miyamoto, chascó la lengua. Dijo:

–Porque esta guerra terminará pronto y porque no hay necesidad de que quedéis retrasadas en clase, por eso.

Y ella misma dejó, también, su bolsa junto a las nuestras.

De todos modos, no tuvimos tiempo de sentarnos. El médico del Ejército volvió enseguida y dio las órdenes que debíamos seguir.

Había más de setecientos soldados internados y nosotras, en total, éramos solo doscientas veintidós. Excluyendo a las seleccionadas para asistir a los cirujanos en las operaciones quirúrgicas (yo no estaba entre ellas), acabamos encargándonos una o dos enfermeras de cincuenta hombres.

La *yamamba* Miyamoto se encargó de todo con rapidez y diligencia. Nos organizó y nos puso manos a la obra en cuestión de minutos, y de sus labios solo salían órdenes claras, concisas.

–¡Cueva uno de cuarenta! –bramaba, y su voz se repetía con un eco espectral–. Akiyama y Araki...

El sistema alfabético, claro, era el más sencillo.

No me digné a mirar a Emiko Araki a la cara. Podía, de todas maneras, escucharla caminar detrás de mí, y sentía en mis tobillos la gravilla que

proyectaban sus pies mientras aquel primer médico nos conducía junto a nuestro paciente y nos explicaba qué debíamos hacer.

–El monzón ha arrasado con nuestro equipamiento y nuestras provisiones – dijo, dándole un golpecito a la rudimentaria camilla en la que reposaba nuestro paciente.

No podía separar los ojos de él. Era una criatura muy rara, una persona que no era una persona (no podía serlo, no podía ni siquiera estar viva). A izquierda y derecha, a lo largo de toda la cueva uno, había criaturas similares. Tenían el cuerpo lleno de costras y flotaban en medio de unas ropas que bien podrían albergar a dos o tres como ellos. Su piel era amarillenta, y aunque sus narices moqueaban, parecían no darle la menor importancia. Las caras eran todas iguales: delgadas y huesudas, con dos pares de ojazos enormes que lo cubrían todo. La sombra que diferencia a un cadáver de una persona gravemente enferma no existía en estos seres.

–Las condiciones son insalubres –prosiguió el doctor, leyéndome el pensamiento–. Cuando llueve tanto que la tierra se convierte en fango, y cuando un cuerpo herido pasa tantas horas enterrado en ese fango..., la humedad y la oscuridad hacen que la carne se pudra, y que los insectos aniden en las heridas. –Sus manos cayeron muertas, una sobre el hombro de Emiko Araki y la otra sobre el mío–. Este es vuestro trabajo ahora: tenéis que limpiar los cuerpos para evitar que se infecten o que tengamos que llevarlos a quirófano.

Un grito a lo lejos.

No tardé en comprender que «quirófano» era una palabra clave para «amputación», y «limpiar», en el idioma del hospital Haebaru, no significaba otra cosa que librarnos de los gusanos que masacraban el cuerpo de nuestro paciente.

–Lo siento –musitó cuando nos inclinamos sobre él.

Hasta su voz sonaba cavernosa y como si proviniese de otro mundo.

–Es nuestro trabajo –dijimos.

Nos preguntó por nuestros nombres.

–Momoko.

–Emiko.

Nos preguntó de dónde éramos.

–De aquí cerca, de Naha.

–Yo también –dijo–. Mis padres tienen una carnicería allí.

Fruncí el ceño.

–¿Tus padres? ¿Cuántos años tienes?

–Diecisiete. Mi cumpleaños fue hace un par de semanas.

Asentí. Parecía mucho mucho mayor.

–Feliz cumpleaños.

El paciente me miró con los ojos vidriosos. Por su frente caían gruesas gotas de sudor.

–¿Sabéis? Creí que nunca volvería a ver a mujeres. Creí que no volvería a ver a gente de fuera...

Su voz se desvaneció; fue perdiendo intensidad hasta que ya no pudo oírsele. Girando un poco la cabeza, casi buscando una postura más cómoda, cerró los ojos. Y entonces, como si hubiese estado buscando el momento propicio, sencillamente murió.

Con un movimiento seco, Emiko dejó a un lado el instrumental y cubrió el cuerpo de nuestro paciente con una sábana.

–No le preguntamos su nombre –me sorprendí diciendo.

Emiko se sorbió los mocos; sus ojos, me fijé, brillaban tanto que parecían arder.

–Es mejor así. No quiero recordarlos. –Se secó las lágrimas con el dorso de la mano; inspiró–. Oye, Momoko, quiero que sepas que siento mucho lo de

tu hermano.

Puse los ojos en blanco.

–No me jodas.

–Es cierto. Era kamikaze, ¿no? Mi hermano mayor, el que estaba en la universidad, también. Al mediano lo reclutaron hace dos meses. –Volvió a sorberse los mocos–. Supongo que ahora estará en un sitio como este. No sé. No quiero saberlo.

–Lo siento –susurré; las palabras me rascaban en el paladar.

Emiko estiró los labios.

–Ya. Bueno...

Su palabra quedó flotando en el aire. Los ojos de Emiko, ahora secos, estaban clavados en mí; supe enseguida lo que le pasaba por la cabeza.

–Ibas a decir algo de mis padres, ¿no? –repuse fríamente.

Emiko se encogió de hombros.

–No escogemos a nuestros padres.

Alcé la vista; ahora era yo quien la miraba fijamente a ella.

–Sí, tienes razón, pero si se pudiese, yo seguiría escogiendo a los míos.

Silencio. Si me concentrase lo suficiente, podría escuchar los segundos pasar. Al final, Emiko se apartó para que recogieran al paciente. Dijo:

–Está bien.

Y continuamos con nuestro trabajo. A fin de cuentas, había muchos otros hombres en la cueva uno que necesitaban nuestra ayuda.

Jun

La noticia de que los *meriken* habían desembarcado en la isla principal de Okinawa nos sorprendió en la fábrica de armamento.

En el preciso momento en el que yo llenaba de pólvora una bala, la compañera más cercana a la radio exclamó:

–¡Venid, corred! ¡Los *meriken*, los *meriken*!

Es increíble la velocidad a la que nos movimos para arrodillarnos a su lado. Nuestras pañoletas ondeaban en el aire. La capataz mantuvo una expresión de preocupación en su rostro arrugado. Aún no habíamos escuchado nada, pero ya nos estábamos preparando para lo peor.

Me olvidé de las distancias durante una fracción de segundo, acercándome tanto a la compañera de la radio que casi podía olerla. En el ambiente de pronto opresivo de la fábrica, arrebujadas las unas contra las otras como animales de ganado, oímos la serena voz del periodista que anunciaba:

–En la mañana de este uno de abril de 1945, a las ocho horas treinta minutos, tropas de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos de América han desembarcado en la playa de Hagushi, en la costa oeste de Okinawa. El intento de desembarque en la costa este ha sido completamente frustrado con grandes pérdidas para el enemigo.

Intranquila, miré a la capataz. Ella todavía mantenía esa expresión de preocupación.

Si los *meriken* habían cruzado la frontera, ¿qué sería de nosotros?

–No debemos preocuparnos –aseguró la capataz, respirando entrecortadamente–. El Emperador velará por nosotros.

–Los norteamericanos de esta isla –continuaba la voz del periodista– no son tropas cualesquiera, sino una fuerza especial reclutada en las cárceles y en los manicomios, y ávida de sangre.

La conexión se interrumpió definitivamente. La deformada voz del reportero pronunció esa última sílaba antes de desaparecer. La compañera de la radio, pálida como la luna, reguló la antena en un vano intento por escuchar el final del informativo. La capataz intercambió una mirada muy significativa con la jefa de nuestra sección. Yo me limité a observar el aparato concienzudamente, como si pudiese conseguir que funcionase de nuevo con tan solo clavar mis ojos oscuros sobre él.

El infierno estaba llamando a nuestras puertas.

Ryo

El timbrado de la puerta me despertó temprano aquella mañana. Ya no tenía fiebre, pero mi nariz todavía estaba congestionada. Todavía sentía la cabeza «como niebla», que es lo que ocurre cuando me cuesta respirar y se me queda el cerebro como embotellado.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo, escuché los pasos de mamá, y después el chirrido que hacían las bisagras de nuestra puerta al abrirse, y después la voz grave de un hombre que decía:

–Buenos días, señora. ¿Tiene usted un hijo de catorce años llamado Ryo Otsuka?

No quería ser maleducado, así que intenté levantarme. Sin embargo, todavía me temblaban las piernas después de una convalecencia tan larga, y mamá ya estaba contestando por mí mientras yo aún intentaba mantener la estabilidad.

–S-sí... ¿Qué ocurre, oficial?

Como el hombre tardó un poco en contestar, me dio tiempo a tambalearme hasta el armario, abrirlo, sacar mi bata y ponérmela. No quería aparecer y dirigirme a aquel hombre en mi pijama sudado, especialmente si él era un oficial del Ejército.

–Supongo que ya ha oído las noticias, señora. A la luz de los acontecimientos recientes, todos los varones de catorce años y más deben presentarse en el cuartel general del Ejército durante las próximas veinticuatro horas.

Tuve que apoyarme a la puerta del armario para no caerme. Así que aquello que había dicho el primo Takuma era verdad: yo también iba a ir a la guerra. Me lo había dicho hacía tanto tiempo que ya se me había olvidado, pero ahora no cabía la menor duda. Yo también debía luchar.

Mamá no parecía tenerlo tan claro.

–Pero... –la escuché decir.

–Son órdenes del Ministerio de Defensa, señora. El Ejército está movilizándolo a los estudiantes para formar el *Tekketsu Kinnotai*.⁵⁰ Todos, conjuntamente, debemos resistir a los invasores.

–Sí..., sí, lo comprendo. Pero mi hijo, ¿sabe? Mi hijo está muy enfermo. Hace meses que no va a la escuela. Tengo... tengo un papel..., un papel firmado por el médico.

–Dígale a su hijo que se presente con el papel, y el médico del Ejército decidirá en qué puesto nos será más útil.

–Pero...

–Yo ya he cumplido mi trabajo, señora. Recuerde: su hijo debe presentarse en veinticuatro horas. Mientras tanto, manténgase al corriente de las noticias: pronto se les comunicará a las esposas cuál será su deber cuando Naha sea tomada.

Se cerró la puerta.

Yo todavía estaba agarrado al armario, tomando aire y analizando mi situación, cuando mamá entró, toda roja y temblorosa y con el pelo tan revuelto como el nido de un avestruz.

–¿Mamá? –conseguí decir.

Mamá no me contestó en un principio. Estaba demasiado ocupada recogiendo mi ropa de abrigo y metiéndola sin orden ni concierto en una bolsa de deportes que había pertenecido a papá.

–Tienes que ponerte a salvo –acertó a mascullar al final.

–Pero... pero aquel hombre dijo...

–Ya hay muchos hombres al servicio del Emperador. Y esta guerra... esta guerra ya nos ha quitado demasiado.

–En la guerra hay que hacer sacrificios, ¿no? –tercié–. En la radio y en los periódicos...

Mamá se detuvo. Estaba de espaldas a mí y no pude verle el rostro, pero me dio la sensación de que lloraba.

–Quizá dentro de muchos años, cuando tengas hijos, lo comprendas. Para una madre hay cosas más importantes incluso que la lealtad o el honor. –Me tendió la bolsa de deportes con una mano temblorosa–. Toma. Hay pan, queso, manzanas..., medicinas y algo de agua. De noche, cuando nadie te vea, te irás. Te esconderás en el cementerio, en uno de los panteones familiares.

–Pero...

–¡Estarás a salvo! Escúchame bien. –Colocó ambas manos en mis mejillas y acercó mi cara a la suya–. Si oyes tiros o bombas, no salgas hasta que se haya acabado el ruido, ¿vale? No me importa los días que pasen. No salgas hasta que no se oiga nada más. –Se humedeció los labios; sus ojos brillaban con las lágrimas–. Te quiero muchísimo, Ryo. No te olvides de eso nunca.

–No quiero dejarte –dije con un hilillo de voz.

–Yo a ti tampoco, cariño, pero a veces... a veces las decisiones que de verdad importan son las más difíciles.

* * *

Aquel día pareció anochecer más tarde que de costumbre.

Lo primero que hice al llegar al cementerio y esconderme en el panteón familiar fue envolverme con mi manta. Cuando entré en calor, saqué una loncha muy fina de queso *sakura*⁵¹ y la mordisqueé repitiendo mis oraciones. Pensé en el primo Takuma, que ya era un héroe, y pensé en la prima Momoko,

que era enfermera en un hospital, y pensé en los tíos Hibiki y Shiori y en cómo mamá lloraba cuando hablaba de ellos a pesar de repetirme que estarían bien.

Setzuko

Todo lo que he hecho lo he hecho por mi hijo.

T En cuanto Ryo se marchó y se resguardó en un lugar seguro, volví a casa a poner mis asuntos en orden. Sabía que vendrían. Si Ryo no se presentaba en el cuartel la mañana siguiente, vendrían a por mí.

Lo dejé todo bien ordenado, como si tuviese planeado volver, y dejé la nota de suicidio sobre la mesa de la entrada. Tal como la escribí, invitaba a pensar que Ryo, mi precioso niño, se había quitado la vida conmigo.

Así no lo buscarían.

Así no lo encontrarían.

Así estaría a salvo.

Así, con ayuda del cielo, llegaría a conocer la paz.

Ahora, desde el acantilado, el mar (tan gris y profundo) parece tan en calma que resulta difícil creer que una batalla se está librando en estas mismas aguas. Y, sin embargo, si me concentro lo suficiente, puedo vislumbrar las silueta de los barcos; las explosiones se dibujan en el cielo como los pétalos de una flor que se abre.

Ningún oficial bajo el mando del Emperador me atraparé con vida. Mi condena debe ser administrada por mis propias manos, pues han sido estas manos también las que han pecado.

Todo lo que he hecho lo he hecho por mi hijo.

Todos mis pecados han sido por amor.

De verdad creí, aunque fuese durante unas horas febriles, que el puesto y el prestigio de Yoichi en la *kenpeitai* salvarían a mi hermano y a su mujer. El peso de su destino será el que empuje mi cuerpo al océano.

Por lo menos Momoko está bien.

Por lo menos Ryo estará bien.

Me reconforto pensando que, si hay vida al otro lado, me reuniré de nuevo con mi marido y mi sobrino.

Y salto.

Jun

Si los edificios pudiesen hablar, contarían la historia de cómo los *meriken* vinieron y cómo el cielo se convirtió en una única y gigantesca llamarada, de cómo las casas se balancearon como juncos al viento y cómo las únicas que no quedaron vacías fueron habitadas por muertos, de cómo corrimos como una manada en estampida y cómo el cementerio dejó de ser una ciudad de muertos para convertirse en una ciudad de vivos asustados.

Un único segundo. Una explosión. Me tapé los ojos con la mano.

Aparté la mano. Abrí los ojos. Mi campo visual estaba cubierto de humo y cenizas. Aviones enemigos volaban sobre mi cabeza.

—¡A cubierto, Kobayashi! —oí, y enseguida noté una mano fría rodeándome la muñeca.

Giré el cuello. Aiko Dokite, la novia de Yoichi, acababa de tirarme al suelo. Ella, a mi lado, ya se cubría la cabeza con las manos. La imité, preguntándome si caería una bomba sobre mi cabeza o no. Podrían matarme allí mismo, en aquel momento, sin darme tiempo a descubrir si sería valiente o cobarde.

Disparos. Fuego. Munición. La lluvia que se confundía con las balas. El baile de la muerte y la guerra resulta sencillo una vez que uno se acostumbra a él.

Tomad aire. El refugio está cerca. Corred.

«Si me matan ahora, al menos no moriré en el suelo –pensé–. Moriré de pie y luchando, como debe ser.»

Pensé en mi padre y pensé en Momoko y pensé en Takuma, y al mismo tiempo no pensé en nada en absoluto excepto en tirar de Aiko Dokite y correr.

Era un día claro de primavera, y de pronto parecía noche cerrada. El horizonte era rojo y negro. Los rostros de la gente, todos iguales, eran también rojos y negros.

Al llegar al cementerio caí sobre la arena llorando y rezando, con el rugido de los aviones y el estallido de las llamas resonando sobre mi espalda mientras me arrastraba. Sobre la tierra, a izquierda y derecha, había hombres vivos y hombres muertos, todos mirando al cielo con los mismos ojos cristalinos.

Respiraba sangre y fuego. La tierra, abrasadora y ennegrecida, caía a puñados sobre mí y me cegaba, pero no dejé de avanzar, buscando un panteón en el que refugiarme y pensando en papá, en Momoko y en Takuma.

Avancé hasta que dejé de escuchar ruido y pensé que había muerto. Me froté los ojos y descubrí que había un panteón junto enfrente de mí. Apretando la mano de Aiko Dokite con fuerza, mucha fuerza, entré en él y me enjuagué las lágrimas y me limpié la tierra con el dorso de la mano.

Un gritito. En el interior del mausoleo, bajo una gruesa manta, había un bulto. Y aquel bulto se removió y, poco a poco, del extremo de la manta sobresalió la cara pálida y temblorosa de un niño. Sus ojos, que no dejaban de sacudirse, se clavaron en los míos.

Dijo mi nombre.

–¿Jun?

–¿R-Ryo? ¿Ryo Otsuka?

A mi espalda, Aiko Dokite repitió el apellido con un hilillo de voz. Quizá Yoichi le había hablado de él.

–¿Dónde está tu madre? –le pregunté, arrastrándome hasta quedar sentada a su lado.

Tenía el pelo revuelto y el rostro moteado de ceniza. Hipó.

–N-no lo sé. E-espero que esté bien.

–¿Cómo? ¿No os habéis refugiado juntos? –le preguntó Aiko.

Ryo se limitó a negar con un gesto muy débil. Después de eso se cubrió las orejas con las manos y ya no dijo nada más.

Cuando el bombardeo terminó, Aiko y yo salimos del mausoleo. Ryo se quedó allí acucillado, abrazado a sus rodillas y tiritando.

De los otros panteones familiares también salían, tambaleándose, personas.

Hacía mucho calor en el cementerio, y olía a una mezcla de madera quemada y secreciones. De todos los que estábamos allí, nadie derramaba una sola lágrima. No podría precisar si no podíamos o si, sencillamente, nos hacíamos los fuertes para continuar.

Todas las familias estaban fraccionadas, con sus miembros dispersos por las humeantes calles de Naha. Lo único que podíamos hacer era seguir respirando.

Me mordí la cara interna de las mejillas, volviéndome hacia Aiko.

–Quédate con Ryo –le dije.

Aiko me llamó una, dos, tres veces. No miré atrás. Necesitaba comprobar que la casa de mi padre seguía en pie.

Jun

Caminé a través del cementerio, a través de las luminosas llamas que lo cernían todo y a través de una noche que podría ser un día camuflado. Por primera vez me di cuenta de lo mucho que me dolía la cara y me llevé un dedo a la mejilla. Al separarlo, estaba teñido de sangre.

El viento arrojó arena roja sobre mi cara. A lo lejos se oían disparos y gritos, pero, por todo lo demás, se experimentaba una calma absoluta.

Naha se había convertido en un descomunal esqueleto. A sus pies, sin embargo, la casa de mi padre seguía ahí como una pequeña roca negra en medio de un mar de destrucción. Corrí hacia ella, olvidándome de las bombas y del miedo y de las legiones de *meriken* que se habían adueñado de la isla.

Pero la casa, al mirarla más de cerca, contaba una historia diferente. Se parecía tanto a la casa que recordaba como tu reflejo en un espejo roto puede parecerse a tu verdadero aspecto: las ventanas estaban rotas, y solo algunos fragmentos de cristal pendían como dientes de los marcos; al adentrarme, mis pies emitieron un crujido y entonces reparé en que parte de una de las paredes había caído, y ahora todo lo que yo pisaba eran sus escombros.

La casa

se parecía más a una gruta

que a una casa.

Otro crujido. Sin embargo, yo estaba quieta, con las manos apoyadas sobre el aparador de la cocina.

–Mama-san –dijo una voz a mis espaldas–. Eh, mama-san.

Oí unas botas que se aproximaban.

Debí haberme quedado en el cementerio.

Oí una risa grotesca, venenosa.

Debí haber escuchado a Aiko.

Oí un golpe, algo que caía al suelo.

Debí haber sido más inteligente.

Oí un leve tintineo.

Debí haber sido más valiente.

Oí a la Muerte acercándose a mí y acariciándome la espalda.

Estoy jodida.

–Mama-san.

Una mano se desplomó sobre mi hombro; bajó hasta posarse en mi cintura.

Otra mano frotaba mis caderas.

No puedo mirar. No quiero mirar.

El *meriken* hablaba mucho y muy rápido en inglés; su voz era un murmullo que me recordaba al rugido de los motores de las máquinas de la fábrica.

–Mama-san, mama-san... –canturreaba, sus labios húmedos contra mi oreja, su aliento cálido contra mi piel.

Abrí el cajón del aparador con cuidado.

–Oh, mama-san.

Sentí algo duro que crecía contra mis nalgas.

No grites ahora, no grites ahora.

Saqué la pistola del aparador.

La mano del *meriken*, con rapidez, se introdujo bajo mi falda, descendió por mis pantorrillas y se deshizo de mi ropa interior.

–Oh, mama-san.

Tiró de mi brazo, obligándome a volverme, y con toda la fuerza de su cuerpo me oprimió contra el aparador.

Dio un paso atrás. Sonrió. Tenía la mano sobre el cinturón del uniforme harapiento y luchaba por desabrocharlo.

Tenía la nariz muy pequeña y torcida, como si se la hubiese roto muchas veces, y las orejas grandes, de soplillo. Tenía los labios excesivamente húmedos y la cara cuajada de pecas.

Disparé.

La detonación de la pistola levantó una fina capa de humo negro que se rizaba.

Mientras caía, habría jurado que la expresión en el rostro sucio del *meriken* era de sorpresa. Sus ojos azules quedaron fijos en el techo.

Era la primera vez que veía ojos azules.

Era la primera vez que veía a un *meriken*.

Era la primera vez que veía a alguien pasar, tan violentamente, de la vida a la muerte. Y era rematadamente sencillo.

Momoko

Los heridos del bombardeo vinieron a nosotros la misma noche en la que

Naha fue arrasada.

No había camas suficientes.

No había personal suficiente.

Los soldados japoneses debían ser atendidos enseguida.

Los civiles de Okinawa, mientras tanto, esperarían a la entrada de la cueva, donde otra bomba podría alcanzarlos (donde no podríamos verlos morir).

Aquel era su sacrificio al Emperador.

–Concéntrate en el trabajo –siseó Emiko al descubrirme alzando el cuello para ver si podía reconocer alguna cara entre la multitud que gemía–. Así es más fácil.

Ignorándola, le pedí a mi paciente que se diese la vuelta para poder examinarle las heridas de la espalda. Él clavó sus ojos hundidos en mí, frunció el ceño y, tras un par de segundos de duda, obedeció.

El soldado no se quejó. Parecía tener unos cuarenta o cincuenta años, pero, a fin de cuentas, todos tenían el mismo aspecto. De todos modos, no quería saberlo. Emiko Araki tenía razón: era mucho más fácil si sabías lo menos posible sobre ellos.

Debías dejarlos hablar, que expulsasen todos sus demonios.

Debías calmarlos y prometerles que todo iría bien.

Pero no debías hacer preguntas.

Aquel hombre no dijo nada. Desde su omóplato izquierdo hasta su costado no había carne sino músculo. Únicamente un músculo rojo y blanco como un trozo de ternera cruda.

Se me nubló la vista.

–¿Te duele? –le pregunté.

–Por dentro más que por fuera –puntualizó.

Había una sola pieza de ropa en su cuerpo, y esta era el calzoncillo blanco. Tal vez lo hubiese salvado de la abrasión total. El blanco refleja la luz...

Mientras pensaba en ello, el doctor se acercó a nosotras y se inclinó sobre nuestro paciente. Torció los labios. Arrugó la nariz.

–Esta no es una herida corriente –musitó, y luego alzó la vista para mirarnos—. ¿Lo oléis?

Emiko fue más rápida que yo. Apenas alzando la voz, respondió:

–¿Gasolina?

El doctor se humedeció los labios.

–En efecto. Esos cabrones *meriken* están utilizando armas químicas contra nosotros. La sustancia que causó estas quemaduras..., no sé lo que es, pero se pega a la piel. Su combustión es mucho más duradera que la de la simple gasolina. Produce una llama que nunca se apaga, ¿comprendes? La quemadura te corroe la piel y penetra en las capas más profundas, casi llegando al nervio.

–Se inclinó un poco más, ahora dirigiéndose únicamente al paciente—. Vas a tener que ejercitar esa espalda o te quedará inútil.

El paciente asintió con un débil golpe de cabeza.

–Haré lo que pueda, señor.

Tras aquel breve intercambio, el médico se fue. Toda la cueva uno estaba bajo su mando, después de todo.

–Te va a doler –le dije al soldado mientras Emiko y yo limpiábamos sus heridas—. Pero, visto de otra manera, las cosas solo pueden mejorar a partir de

ahora. Este es el máximo de dolor que vas a sentir. Si puedes soportar esto, podrás soportar todo lo demás.

El hombre, que seguía mirándome tan fijamente, no dijo nada al principio. Solo después, cuando yo ya me había hecho a la idea de que no contestaría, volvió a fruncir el ceño y me preguntó:

–Disculpe, señorita, no se llamará usted por casualidad Momoko Akiyama, ¿verdad?

Ahora fue mi turno de fruncir el ceño.

–Pues da la casualidad de que sí, ¿por qué?

El paciente abrió tanto los ojos..., por un momento su rostro pareció llenarse de vida de nuevo, y pude leer su respuesta en él antes de que la pronunciase.

–Soy Kobayashi... Daiki Kobayashi, el padre de Jun.

Jun

a hora mágica. A la luz de una linterna, acerqué la cara al fragmento de espejo que tenía en la mano.

Alcé las tijeras.

Las abrí.

Las cerré.

Un mechón de pelo negro cayó al suelo. Al introducirse en la sangre del *meriken* muerto, quedó teñido de rojo.

Procuré no pensar en el *meriken*.

El *meriken* no se merecía que pensase en él.

Procuré concentrarme únicamente en mi reflejo.

Otro mechón.

Otro mechón.

Otro mechón.

Poco a poco me iba pareciendo más a mí misma.

Cuando terminé, dejé el espejo a un lado, me desvestí y me puse un buzo viejo de trabajo que había pertenecido a mi padre y que todavía olía a él. Me guardé la pistola que le había robado al *kenpei* hacía dos años.

Me agaché sobre el *meriken*. Procurando no tocar su piel, le quité las dos correas de munición que llevaba colgando del pecho y las coloqué sobre mis hombros.

No iba a morir de rodillas.

No iba a morir escondida.

Si todos los *meriken* eran como él, entonces lo que decían de ellos en la radio y en los periódicos debía ser verdad.

Yo ya no pertenecía al Emperador; para mí él ya no gobernaba sobre todas las cosas, y desde luego no tenía poder sobre mí. No lucharía por él, que tantas cosas me había quitado.

Lucharía por mi hogar.

Lucharía por mi padre.

Lucharía por la gente del cementerio.

Lucharía por Takuma y por Momoko.

De un soplo apagué la escasa luz que iluminaba la habitación. Me reincorporé y, antes de levantarme del todo, me incliné ante el *meriken* y le bajé los párpados.

–Ahora ya estamos en paz –susurré.

Mientras salía aproveché para mirarme una última vez en el espejo. Parecía un niño escuálido y tembloroso, pero un niño al fin y al cabo. Nadie dudaría de mí.

Después de todo, ser mujer nunca ha sido algo que me guste demasiado.

Yoichi

Estaba sentado sobre el barro, con la espalda apoyada en una palmera y mi ración en el hueco entre las piernas. Toda la compañía estaba descansando en la tierra que todavía nos pertenecía. Era la primera vez que comíamos en dos días.

Todavía no había abierto mi lata. Tenía un paquete de cigarrillos vacío en una mano y mi cuchillo en la otra. Mis ojos estaban fijos en la base de la lata, pero no la miraba.

–Eh, chicarrón, no vas a desperdiciar toda esa comida, ¿verdad?

El que hablaba, con la boca llena de la mezcolanza de arroz y pasas de la ración, era el muchachito que estaba sentado a mi lado.

–¿No vas a comer? –insistió.

Ladeé la cabeza.

–Cuanto más comas, más se te abrirá el estómago y más hambre tendrás después.

El niño se encogió de hombros mientras abría la ración con su propio cuchillo.

–Ese será un problema para mi yo del futuro. Estoy famélico.

Y prácticamente saltó sobre la lata recién abierta. El comandante a cargo de la compañía, sin embargo, llegó antes de que le diese tiempo a comer.

–Chicos, os he traído unos reemplazos –dijo.

–Habría sido mejor que nos hubieras traído un matarratas –terció otro de los muchachos–. Ninguna de las ratas que he visto en esta jungla era más pequeña que mi gato.

El comandante se agachó y colocó el antebrazo derecho sobre la rodilla.

–Estamos trabajando en eso, Hanyu –dijo–. Esos perros *meriken* han capturado las dos colinas que rodean el castillo de Shuri. Toda la ciudad está rodeada. Van a unírseos guerrilleros nativos de Okinawa. No han recibido un gran adiestramiento, pero harán el trabajo.

–En otras palabras, son niños –resumí.

El comandante no me contestó. De todos modos, podía juzgar por mí mismo.

Uno detrás de otro, comenzaron a llegar los estudiantes. Eran individuos grises, encogidos, que parecían haber capturado toda la lluvia y toda la sangre de la jungla con sus ropas.

Uno de ellos empezó a llorar cuando se sentó. Mientras el comandante le pasaba una mano por detrás de la espalda, susurró:

–Había tantos *meriken*...

–Habrá más –le dijo uno de mis compañeros–. Y con cada metro que tomen de esta isla, se volverán más y más salvajes. Lo mejor será que te acostumbres, así que deja de llorar y compórtate como un hombre.

Tuve que mirar dos veces cuando el último estudiante, de cuyos hombros descarnados colgaban dos correas de munición, se unió al grupo. Su rostro me resultaba vagamente familiar. Tenía los ojos muy abiertos, convulsionantes, y todo su cuerpo parecía crisparse con cada mínimo ruido.

–¿Cómo te encuentras, hijo? –le preguntó el comandante.

El niño, que no me había visto, le dirigió una mirada, pero no dijo nada.

Me puse en pie y, sin pensar, le tendí uno de los dos cigarrillos que me quedaban en el macuto. No me encendí el último.

–Bienvenido, chico –le dije, el fantasma de una sonrisa en mi cara.

El niño bajó la cabeza. Mientras fumaba, las lágrimas le limpiaban la cara cubierta de grasa de ametralladora y fino polvo de coral.

–Te acostumbrarás –le aseguré, dándole una palmada en el omóplato–.
¿Cómo te llamas?

Alzó la cabeza. Sus cejas temblaban, pero me dio la sensación de que sus labios querían curvarse en una sonrisa.

–Kobayashi, señor –respondió–. Jun Kobayashi.

Y clavó sus brillantes ojos negros en mí.

«No me descubras, por favor», parecía querer decirme.

No lo hice. No podía salvarla. Estaba muerta tanto si se quedaba como si se iba. Todos lo estábamos.

Momoko

La cueva uno estaba abarrotada. Las otras treinta y nueve no eran una excepción. Incluso aunque hubiésemos tenido tiempo de dormir, no habríamos encontrado un pedacito de tierra lo suficientemente grande para tumbarnos. Descansábamos de pie, en periodos de cinco minutos, y devorábamos nuestra ración (una bola de arroz al día) también de pie y sin apenas respirar.

En Haebaru era posible acostumbrarse a todo. Mi parte menos favorita, sin embargo, era cuando llegaba la hora de vaciar los cubos llenos hasta arriba de fluidos corporales.

Pongámonos en perspectiva: hacía falta salir.

La cueva nos protegía.

Fuera estaban los aviones.

Las bombas.

Las balas.

Las detonaciones.

Los *meriken*.

Fuera la Muerte bailaba un vals en el que tú, si no eras afortunado, podías ser su pareja.

Aquel día las encargadas de vaciar los cubos fuimos Emiko Araki y yo.

Aquel día, al respirar el aire fresco de la aldea, nos recibió el silencio.

–Esto está tan tranquilo que me da escalofríos –dijo Emiko, dejando que el interior de los cubos cayese colina abajo–. Nunca creí que diría esto, pero prefiero a los *meriken* cuando pegan un par de tiros.

Asentí. Su voz me llegaba desde muy lejos, como si yo estuviese en el interior de una piscina y no pudiese oírla con claridad. Tenía los ojos clavados en el firmamento porque Algo No Iba Bien.

–Mira –susurré, dándole un codazo a Emiko–. Nunca había visto un cielo como este. Ni siquiera es oscuro. Es blanco.

Entonces una campana dobló a lo lejos. Unas colas de luz roja centellearon y lo cubrieron todo. El cielo ya no era blanco.

Jun

Tres días de combate de guerrillas. En setenta y dos horas solo nos habíamos detenido a comer tres veces. Ya no luchábamos contra los *meriken*, sino contra la jungla. La jungla que no nos permitía ver al enemigo. La jungla que no nos permitía avanzar. La jungla que convertía el mediodía en noche, que olía a muerte y cenizas, que traía enfermedades y que jugaba con el tiempo, de modo que tres días parecían tres semanas. La jungla, con las temperaturas que se elevaban a los treinta y cinco grados y la humedad perpetua. La lluvia no caía, simplemente, sino que se desplomaba sobre las palmeras, y el ruido que hacía al golpearlas resultaba muy similar al de los carros de combate norteamericanos. De haber podido ver el cielo, estaba segura, habría observado una brecha en él desde la cual resbalaba el agua.

Se escucharon motores, golpes y un chisporroteo. Luego la tierra negra y afilada de la jungla empezó a arder. La brecha del cielo había vuelto a abrirse, y lloraba bombas.

La arena abrasadora se levantó tras una detonación; me entró en los ojos. Me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre. Al separar los párpados, entre las pestañas, todo lo que vi era el rojo de las llamas y el gris del humo.

Abrimos fuego a la nada y al ruido. Incluso los árboles, que bailaban en llamas, parecían odiarnos.

Los gritos. Las voces. Algunos de los *meriken* invisibles bramaban y otros susurraban.

–Todos caeréis.

Hablaban con la voz de la muerte. Los pocos que hablaban japonés les habían enseñado las frases a los demás, que repetían incesantemente como un mantra.

–Huérfanos amarillos.

–El Emperador caerá.

–Vuestra sangre regará las islas.

Nosotros contestábamos en nuestro propio lenguaje.

Sabíamos que nos entendían.

Sabíamos que nuestros gritos los paralizaban.

–*¡Tenno Heika Banzai!*

–*¡BANZAI! ¡BANZAI! ¡BANZAI!*

Era la llamada de la muerte y todo lo salvaje que personificaba la guerra. Los soldados cargábamos contra los *meriken* mientras gritábamos el nombre del Emperador. El Emperador, que era divino. El Emperador, a quien no le debía nada.

Mis compañeros caían uno por uno o en grupos, y pesadamente, como si fuesen de plomo y no de carne. Algunos resistían a las balas y, sangrando y odiando, intentaban asesinar a los *meriken* con sus bayonetas. Otros, también sangrando y también odiando, se inmolaban con granadas que aseguraban también la muerte de uno o dos muchachos norteamericanos.

Al final era una carnicería. Cuerpos que caían y cuerpos que se alzaban; imposible saber de dónde procedían en mitad de aquel caos sin gloria.

Momoko

El cielo sangraba.

E Haebaru temblaba.

Cuerpo a tierra, cuerpo a tierra.

Llamas, trozos de metal y rocas fueron catapultados al aire.

No puedo ver, no puedo ver.

Los proyectiles chillaron. Abrí los ojos, limpiándome la arena con la mano. Colina abajo había tanques, cuerpos muertos rodando por el suelo moteado de agujeros de munición.

–¡Baja la cabeza, baja la cabeza! –me gritó Emiko, golpeándome hacia abajo con tanta fuerza que mi barbilla chocó contra las rocas.

En un par de segundos, nuestro mundo se convirtió en una pesadilla de destellos, violentas explosiones y el chasquido de las balas. Casi todo lo que veía estaba desenfocado y, de pronto, algo llamaba poderosamente mi atención.

Haebaru brillaba rojo.

Tenemos que salir de aquí, tenemos que salir de aquí.

Cuando dejé de escuchar el zumbido de los aviones, y a pesar de que los tanques seguían disparando a la colina, tiré del uniforme de Emiko y señalé la cueva con un gesto. Teníamos que volver.

Nos arrastramos, las piedrecillas cortándonos las piernas y los antebrazos. Las balas y las detonaciones nos arrojaban arena negra a la cara.

Un fragmento de metal retorcido cayó frente a nosotras, echando pólvora y cenizas sobre nosotras.

Ya falta poco, ya falta poco.

Un proyectil norteamericano silbó a nuestro lado. Estalló, transformándolo todo en una nube rosa de *escombros humanos*.

Cubrí mi rostro de la explosión. Fui regada con arena, cenizas y *visceras humanas*.

Emiko Araki ya no estaba junto a mí. Su hermoso rostro estaba ladeado en dirección a mí, los ojos cerrados y la boca entreabierta en una expresión de serenidad, como si simplemente se hubiese detenido a tomar aliento.

No podía ver su cuerpo, solo jirones de la tela de su uniforme cubriendo una esponja rosa que *no podía* haber sido nada humano.

Chillé. Mi propio chillido ensordeció todo lo demás.

Me olvidé de protegerme. Me olvidé de que debía seguir cuerpo a tierra y me puse en pie.

Y corrí.

Ryo

Empezó con el ruido.

E Oí un rugido indescriptible, ensordecedor. Vi un destello luminoso entre las nubes blancas y luego una bola de fuego en el otro extremo del cementerio, entre las lápidas.

Aunque Aiko Dokite y yo todavía estábamos refugiados en el panteón familiar, me hice un ovillo y me cubrí la cabeza con aquella mochila que mamá me había preparado hacía tanto tiempo.

Una de las ancianas que se había refugiado en otro panteón del cementerio nos había dicho que los *meriken* en realidad no eran tan malos y que se rumoreaba que trataban a los prisioneros de guerra decentemente. El viejecito que se resguardaba con ella había carraspeado al oír eso y enseguida nos aseguró que lo que hacían los *meriken* con los prisioneros era torturarlos y luego acabar con ellos.

–Bueno, excepto, quizá, a las mujeres bonitas –había añadido después, y yo no supe a qué se refería, pero Aiko Dokite estiró mucho la espalda al oír eso.

Ahora no sabía a quién creer o si quería que mamá fuese prisionera de los *meriken* o no. Lo único que tenía claro es que quería volver con ella enseguida.

No sé cuánto tiempo permanecí así, agazapado. Junto a mí oí gritos desgarradores y llantos, pero me negué a abrir los ojos.

Me puse en pie de nuevo, con el cuerpo temblándome. Estaba tan asustado que empecé a llamar a mi madre, pero, claro, nadie me respondió. Por todo el cementerio se sucedían llamamientos similares. Nunca obtuvieron contestación.

Por primera vez miré mis manos. Estaban quemadas e hinchadas el doble de su tamaño; sangraban.

De pronto oímos voces.

Pisadas.

El zumbido de un carro de combate.

Se acercaban.

—¡Mirad! —dijo entonces una chica joven que se refugiaba en el mausoleo frente al nuestro—. ¡Salid y mirad! Son los *meriken*.

Un carraspeo.

—Lo único que me haría salir de aquí sería un arma con la que dispararles —bufó el viejecito.

La chica, sin embargo, puso los pies en la tierra y dio un par de pasos adelante. A pesar del miedo, yo tampoco pude contener la curiosidad y estiré el cuello todo lo posible para mirar a los *meriken*.

Esto es lo que esperaba encontrarme: unos monstruos gigantescos con el uniforme hecho jirones, los dientes descomunales y una legión de armas a la espalda.

Esto es lo que vi: una procesión de chicos de la edad de mi primo Takuma, increíblemente sucios y sudados y con armas similares a las de los soldados japoneses.

La chica debía estar pensando lo mismo que yo, porque dio unos cuantos pasos más hacia delante y dijo:

—Voy a rendirme. Que me tomen como prisionera.

Esta vez el viejecito carraspeó como con un ansia incontenible.

–¿He oído bien? ¿Rendirte? ¡Cobarde! Nadie que pertenezca al orgulloso pueblo japonés...

La chica chascó la lengua.

–¡Oh, despierta de una vez! No somos japoneses, somos de Okinawa. Si los japoneses nos considerasen iguales a ellos, ya nos habrían salvado. Además, prefiero que me maten enseguida a quedarme aquí y morirme de hambre.

De modo que fue, y todos nosotros, aunque nos esforzábamos por no descubrir nuestra posición, tratamos de ver lo que ocurría a continuación.

Esto es lo que ocurrió: la chica se acercó a los *meriken* con los brazos en alto. Los *meriken* se detuvieron y el *meriken* al mando dio un paso adelante. Durante mucho mucho tiempo simplemente miraron a la chica de abajo arriba y solo después de inspeccionarla bien la invitaron a unirse a ellos con un gesto.

Un par de segundos mortalmente lentos. Uno de los soldados se llevó la mano a la espalda (*¡Va a matarla!*), agarró su mochila (*¡Es el fin!*), la abrió y sacó algo; se lo tendió a la chica con cuidado.

–¡Es comida! –exclamó Aiko Dokite–. Mirad, le están dando de comer.

La siguiente en aventurarse a conocer a los *meriken* fue la anciana. Después, una mamá con dos niños muy pequeños y después una señora pequeña y arrugada.

–Vamos, Ryo –me animó Aiko Dokite–. Creo que van a llevarnos a un campo de refugiados.

Me levanté, dispuesto a acompañarla, pero entonces recordé las palabras de mi madre y volví a sentarme.

–Mi madre me espera.

–Quizá ella también esté en ese campo de refugiados.

Negué con la cabeza.

–Me dijo que no saliera. Va a venir a buscarme.

Aiko Dokite se quedó mucho tiempo mirándome. Ya solo quedábamos escondidos nosotros dos y el viejecito. Al final recogió sus cosas, me las entregó y me dijo:

–Para ti. Los víveres que me quedan, y también las mantas. Haz caso a tu madre y no salgas a no ser que estés completamente seguro de que no hay peligro.

Y, tras darme un beso en la frente, se fue.

Levanté un poco la vista para ver cómo se marchaba y en ese momento observé algo realmente curioso: al viejecito, que con tanto ánimo había asegurado que mataría a los *meriken* con sus propias manos si pudiera, poniendo los brazos en alto y corriendo al encuentro de los soldados.

«¡Mira tú por dónde! Esto sí que no me lo esperaba», pensé, y volví a esconderme en la parte más profunda del mausoleo, tapándome hasta arriba con las mantas.

Un par de minutos después oí los mismos ruidos que habían anunciado la llegada de los *meriken*: voces, pisadas y el zumbido de un carro de combate.

Después escuché los disparos.

Diecisiete.

Uno por cada persona que había salido.

Momoko

— ¡ A^{kiyama!}

A pesar de que estaba tocándome, sentía las manos de la *yamamba* Miyamoto cerca de mí, pero no sobre mí. Mi propio pulso, que latía en mis sienes con tanta fuerza que deseé perder el conocimiento, anulaba cualquier otro ruido.

Frío. Oscuridad. Aquel olor dulzón al que ya me había acostumbrado.

Estaba en la cueva. Lo había conseguido.

—¿Te han dado? —me preguntó la *yamamba*, sus ojos como dos rendijas negras fijos en algún lugar en mi frente.

Alcé la mano. La piel bajo la línea de mi pelo estaba pegajosa y extremadamente cálida. Al retirarlos, mis dedos estaban teñidos de rojo.

—C-creo que no es mía.

Eso dije, pero mi propia voz sonaba lejana y artificial. No me daba la sensación de estar hablando.

Algunas de mis compañeras, las que estaban más cerca de la entrada de la cueva y lo vieron todo, lloraron. Ninguna se detuvo.

El doctor se acercó a mí, una toalla mojada en su mano, y me limpió la cara.

—Será un día largo —dijo—. Lo mejor será que te pongas manos a la obra enseguida.

Con un empujoncito, la *yamamba* Miyamoto también me exhortó a seguir adelante.

–Ya ha pasado –susurró.

Aquello fue todo.

Salimos dos. Sonaron las explosiones, los gritos, la destrucción. Volvió solo una.

No había tiempo para el duelo. Éramos prescindibles.

* * *

Cerca del anochecer, la *yamamba* Miyamoto me llamó de nuevo. Debía cumplir con mi obligación, y mi obligación aquella noche tenía un nombre y un apellido: Daiki Kobayashi.

La *yamamba* fue amable con nosotros. Lo leí en su mirada. Aquel era un trabajo que solo yo, de entre todas las enfermeras de la cueva uno, podía desempeñar.

Daiki Kobayashi estaba hundido en su manta hasta la nariz. Solo su pelo y la gasa que le rodeaba los ojos quedaban a la vista.

–¿Jun?

El nombre pareció huir de su boca.

Separé los labios, dispuesta a corregirlo, pero entonces reparé en su sonrisa y en las gruesas gotas de sudor que perlaban su frente. Realmente aquel era un trabajo que solo yo podía desempeñar.

–Has venido –continuó, con aquella voz suya que parecía una procesión de susurros.

–Claro que he venido. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Intenté sonreír. Apoyándome en mis propias rodillas, todavía temblorosas y laceradas, conseguí sentarme a su lado.

Daiki se humedeció los labios amoratados.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–Mejor que nunca.

–¿Eres feliz? –añadió tras tomar aliento.

Sus pequeñas respiraciones, el modo irregular en el que su pecho subía y bajaba, todo parecía indicar que en el espacio entre nuestros cuerpos había algo más que aire.

Mis ojos ardían. Mi garganta ardía. Las despedidas nunca fueron algo a lo que quisiese acostumbrarme.

–Muy muy feliz.

Daiki sonrió con los labios atarecidos y los pómulos salpicados de sudor.

–Mi estrellita, ha sido una vida muy bonita. –Tosió; el aire parecía querer escaparse de sus pulmones—. Ahora tendrás que continuar sola, ¿vale?

Las lágrimas bajaban por mi cara y no encontré las fuerzas para levantar la mano y secármelas. Separé la vista, pero me resultó imposible no volver a posarla en el padre de Jun. Su presencia, tímidamente, inundaba la cueva.

–Eh, no llores, ¿por qué lloras? Es natural que algunos mueran, ¿no?

Su voz era un murmullo casi imperceptible, como el ulular del viento, pero sus palabras resonaban. De pronto, todo parecía henchido de muerte.

–Sigue siendo feliz, Jun-chan, es lo mejor que puedes hacer ahora. Yo me voy a casa.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Tras removerse un poco, Daiki se quedó muy quieto.

Lo vi morir. Se fue en mitad de una inspiración, con la boca entreabierta y el sudor deslizándose por sus mejillas. Sus músculos se destensaron y todo su cuerpo se inclinó hacia la izquierda, donde estaba yo.

La muerte fue amable con Daiki. Permitted que alguien le tomase la mano antes de irse para así enfrentarse al más allá acompañado.

Yoichi

El final es gris y negro. No es una rareza: a principios de año, en la isla de Iwo Jima, los soldados del Emperador también perecieron en una cueva como esta. ¿La diferencia? Ellos tuvieron que construir sus propias cuevas; nosotros, gracias al terreno escarpado de Okinawa, tenemos más suerte: nuestras cuevas han existido desde mucho mucho antes de nuestro nacimiento.

1 de junio de 1945. Hace tres días que el castillo de Shuri ha caído. Hace tres días que Naha es tierra norteamericana.

Nosotros seguimos peleando desde el interior de las cuevas, donde el enemigo *meriken* no puede vernos; somos la Muerte silenciosa e invisible disfrazada de un puñado de adolescentes hambrientos y cansados.

Lucharemos hasta el final, y estas mismas rocas marcarán nuestra sepultura. El comandante de la compañía dice que, al morir por el Emperador, pasaremos la eternidad en el templo sagrado de Yasukuni, pero hace tiempo que ya no tengo ánimos para creer en tales cosas.

De todos modos, no somos verdaderos japoneses. Nos lo han dejado muy claro. Cuando las provisiones escasean y es necesario salir a buscar agua o víveres, siempre somos los chicos de Okinawa, y no los soldados japoneses, los que salimos al peligro.

Después de dos semanas de sombras y miedo, Kobayashi ç

y yo abandonamos al fin la cueva sin garantías de poder volver a ella. Debemos ir hasta el río a por agua, todo un milagro si lo conseguimos sin toparnos con el enemigo.

–Puedes desertar si quieres –le digo a Jun–. Si me preguntan, has caído.

Me mira, sus labios en constante temblor.

–C-creí que nuestro deber era resistir hasta el final.

–Lo es –admito–, pero tú ni siquiera deberías estar aquí. Eres una mujer.

–A los *meriken* tanto les da que sea hombre o mujer, ¿por qué debería ser diferente para vosotros? Además, sé de lo que son capaces. Prefiero quedarme y morir.

Asiento.

Lo que ninguno de los que ha vuelto nos ha dicho es que Fuera es mucho mucho peor que Dentro. Este es un extraño espectáculo de muerte.

Intestinos colgando de las ramas de los árboles.

Chapas de identificación colgando de unos cuellos tiesos. Cuando sopla el viento, estas chocan entre sí y el ruidito que hacen (clin-clin-clin) nunca abandona tus oídos.

Montículos blancos que son cuerpos cubiertos de cal viva.

Un olor dulzón que te atraviesa la nariz. Siempre huele así a partir de entonces.

Cadáveres japoneses y cadáveres *meriken* y cadáveres tan destrozados que solo mirando sus uniformes puedes saber de dónde proceden.

Intento concentrarme en otra cosa, pero sé que el fantasma de la guerra siempre me acechará adonde quiera que vaya.

–Tu pistola –le digo a Jun– es de la *kenpeitai*. Puedes engañar a cualquier otro de la compañía, pero yo te conozco. ¿De dónde la has sacado?

Ella no me contesta. Mantiene la vista fija en el frente y los labios tan apretados que se han teñido de blanco.

–Mira, sé que no tienes motivos para confiar en mí –insisto–, pero ahora estamos en el mismo barco. Digas lo que digas, conmigo vas a estar a salvo.

Suspira.

–La robé.

–¿Cómo?

–La robé. Un día unos *kenpeis* vinieron a mi casa y nos robaron toda la comida que teníamos. Para la causa de la guerra, dijeron. Pasábamos mucha mucha hambre. –Traga saliva–. No me arrepiento de lo que hice. Ese *kenpei* se lo merecía.

No digo nada durante mucho tiempo. Simplemente seguimos caminando, escondiéndonos tras lo que queda de los árboles y las rocas cuando sentimos los disparos del enemigo.

Finalmente, hablo de nuevo. El silencio, en la guerra, es mucho peor que el ruido.

–Tu padre fue reclutado, ¿no? –Jun asiente con un gesto–. Rezo por que vuelva sano y salvo contigo.

La mirada de Jun me quema la piel.

–Yo también espero que vuelvas a ver a tus padres –dice, y no puedo contener un sollozo.

–¿Mis padres? No podría mirarlos a la cara de la vergüenza. –Me humedezco el labio superior; las palabras me hacen daño en la garganta–. Mi padre es diez veces más hombre que yo. No se merece tenerme como hijo.

–Tienes razón –concede Jun–. Pero tu padre probablemente te perdonará, así que tú también deberías perdonarte a ti mismo. No eres mejor que él.

Sonrío.

–Sí. ¿Sabes? De verdad tenía fe en la ley; creía que era dura pero justa. Ahora... todo en lo que creía resultó ser una mentira. Pero no moriré por una mentira. Eres mejor persona que yo, Jun Kobayashi. Pase lo que pase, haré

todo lo que esté en mi mano porque salgas de esta y conozcas la paz. No sé si es suficiente, pero es todo lo que puedo hacer ahora para enmendar el mal que he hecho.

Jun no dice nada. Seguimos avanzando. Ya podemos escuchar el agua fluir.

¿Quién sabe? Quizá, después de todo, haya milagros también en las trincheras y en la locura.

Ryo

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero ha anochecido y amanecido tantas veces que he perdido la cuenta. Tengo tanto miedo de quedarme dormido que, cuando se me empiezan a cerrar los ojos, me pellizco para no bajar la guardia.

Ojalá mamá estuviese aquí. Mamá me diría cómo hacer para ser valiente.

Me he quedado sin comida. Mi estómago parece doblarse como un sobre, pero no puedo salir y buscar algo que llevarme a la boca. Desde que dejé de dormir no han parado los bombardeos y los disparos, de modo que el cementerio entero se sacude en todo momento. Cuando hay silencio y todo está tranquilo tengo miedo porque no sé qué esperar. El ruido y la locura siempre vuelven.

Se me bajan los párpados. Me pellizco.

Vamos, Ryo, aguanta un poquito más.

Entonces oigo una voz. Otra. Para cuando logro extender el brazo para agarrar mi manta y taparme, un redondo ojo de metal ya está mirándome.

Hay un fusil en la entrada del mausoleo y, tras ese mismo fusil, un *meriken*.

Otro redondo ojo de metal se abre paso junto al primero. Hay dos *meriken* entrando en mi refugio.

Hablan. Al principio no comprendo una sola palabra de lo que dicen, pero, tras escuchar atentamente y recordar las clases de inglés que me dio papá antes de la guerra, logro captar un par de cosas.

–Es un niño –dice el primero.

–Los niños aquí también matan –tercia el segundo.

Silencio.

–No voy a dispararle a un niño. Míralo. Ya está medio muerto.

Una mano muy grande y muy sucia se mueve delante de mí. Luego veo a la persona a la que pertenece; es tan grande y tan sucia como ella, y me sonrío.

–A-mi-go –dice despacio, y se da un golpe en el pecho–. Billy. –Cabecea hacia atrás–. Matthew.

La mano tiembla. El soldado *meriken*, con cuidado, deja su fusil en el suelo del panteón. Repite:

–Billy.

–R-Ryo.

El *meriken* me dirige una sonrisa gigante, blanquísima.

–¡Ryo! –exclama, y vuelve a tenderme su mano.

Todo está quieto fuera. El otro *meriken*, sin dejar de mirarme, también baja su fusil.

Trago saliva.

Ya no hay ruido, ya no hay ruido.

Temblando e hipando, tomo la mano de Billy.

Fuera el sol es tan fuerte que podría dejarme ciego y quemarme la piel.

Los dos *meriken* hablan tan rápido ahora que no comprendo una sola cosa de todo lo que dicen, pero cuando terminan Billy se lleva una mano a la mochila.

Pienso en la chica. Pienso en la anciana y el viejecito. Pienso en Aiko Dokite. Sin dudar, pongo los brazos en alto.

–¡No disparar! –chillo–. ¡No disparar!

Matthew frunce el ceño.

–¿Hablas inglés? –me pregunta.

–P-poco –digo–. ¡No disparar!

–¡No disparar! –repite Billy, que deposita un pequeño paquete en mis manos–. Chocolate. –Me mira–. Muy rico.

Como no deja de mirarme, rompo el envoltorio y le doy un mordisco al chocolate. Nunca había comido nada igual. Para empezar, es muy dulce, como los *mochi* de ciruela roja, y después se derrite en tu boca muy lentamente.

Cuando termino, intento devolverle el resto a Billy, pero él me lo impide.

–Para ti –dice, y enseguida está Matthew entregándome su chocolate también.

–Vamos a ponerte a salvo –me promete.

Billy se pone de cuclillas; con un gesto me invita a que me suba a sus espaldas.

Miro detrás de mí al cementerio desolado. Todo está tranquilo, todo está en silencio.

Acepto.

Mientras caminamos, saco dos de las muchas fotografías que adornan el casco de Billy. Están arrugadas y manchadas de sangre, pólvora y tierra, pero los rostros todavía resultan visibles.

–Mi mamá –dice Billy cuando le enseño la de una mujer mayor y regordeta–. Mi novia –añade después, cuando levanto la de una chica envuelta en un vestido tan grande que parece un enorme envoltorio de caramelo.

Como él me ha enseñado sus fotografías, meto la mano en los bolsillos de mi pantalón y le dejo ver las mías. Como puedo, le hablo de mi madre y de mi padre, y de mi prima Momoko y de mis tíos. Cuando llega a la de Takuma, vestido con su uniforme de kamikaze, se queda muy serio y no dice nada.

–¿Tu hermano? –me pregunta Matthew.

No sé cómo se dice primo, de modo que asiento. De todos modos, Momoko y Takuma siempre han sido como hermanos para mí.

Billy sigue sin abrir la boca, de modo que levanto la rejilla de su casco y coloco mis fotografías junto a todas las demás. Puesto que son lo más valioso que tengo, quiero que se las quede él.

–Regalo –le digo, y él sonrío.

Nunca me habían enseñado que los monstruos también pueden sonreír.

Momoko

El 18 de junio, los soldados japoneses nos abandonan a mí y al resto de mis compañeras a nuestra suerte.

Antes de hacerlo, el doctor nos recuerda los cuentos de brujas que nos han repetido hasta la saciedad: los *meriken* son bárbaros e inhumanos, incapaces de sentir cualquier tipo de honor; de rendirnos, los *meriken* no dudarán en violarnos, torturarnos y, finalmente, matarnos; los *meriken* nos odian y eso no va a cambiar.

–Pase lo que pase –finaliza el doctor–, vuestro deber es el mismo: servir al Emperador hasta la muerte. *¡Tenno heika banzai!*

–*¡BANZAI!* –responden mis compañeras.

Yo siento la boca reseca y soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Por suerte somos tantas que solo la *yamamba* Miyamoto, que está a mi lado, repara en mi silencio.

–*¡BANZAI!* –repite el doctor, y nos encomienda una última misión: morir antes de dejar que nos tomen prisioneras.

Trago saliva. Las granadas de mano y las cápsulas de cianuro que nos entregan siempre nos recordarán nuestra promesa.

La tierra al otro lado de la cueva es un conjunto quemado de barro y cadáveres. Cuerpos de *meriken* que miran al cielo, los brazos extendidos y las bocas entreabiertas. Cuerpos japoneses colgados de las ramas de los árboles, mojándose bajo el monzón.

Con nuestras granadas en las manos desnudas, las enfermeras nos refugiamos tras los esqueletos de los edificios. Rezamos y esperamos y, cuando chillamos de miedo, nuestros gritos se unen a los otros cientos de gritos que resuenan con un eco infernal entre la aldea y la jungla.

Pasan días. Muchos muchos días. Sin comida. Sin agua. Sin dormir, pasando de un refugio a otro. Dejamos de contar a nuestros muertos; el barro del monzón los entierra con mucha más rapidez de la que nosotras podríamos conseguir.

A finales de marzo, doscientas veintidós estudiantes llegamos a Haebaru como enfermeras. Ahora, a finales de junio, somos un grupo tan reducido que a duras penas podríamos llenar una clase si todavía hubiese un instituto al que volver.

* * *

Lo vi con los ojos entrecerrados, a través de las pestañas. Unas gigantescas alas negras, de suaves plumas, al otro lado de la aldea devastada.

Me han estado disputando tanto el sueño como la vigilia, de ahí los ojos entrecerrados, y de ahí que la imagen no sea demasiado clara. Aun así, hay un par de detalles que no se han escapado a mi atención. Los ojos pequeños y luminosos. Las patas esqueléticas y nudosas. El pico. Y el olor. El olor a moho, a lluvia, a calor y a frío.

Entonces todo lo que podemos ver explota. Es tan sencillo como eso. El fuego de un mortero enemigo cae a mi izquierda, haciendo que una de mis compañeras vuele por los aires y que las demás nos tumbemos en el suelo. Nuestras espaldas temblorosas quedan cubiertas de polvo, cal, metralla y rocas.

Los disparos siguen oyéndose. Las cargas de los *meriken*. Los cuerpos desplomándose. La única diferencia es que ahora un ruido blanco e

impersonal, similar a las interferencias de una radio, ahoga los sonidos de la guerra.

No tengo miedo. Me invade una sensación de paz y de calma muy poco familiar antes de que mis párpados se bajen por completo.

Jun

Todas nuestras esperanzas se han desvanecido. Naha ha caído. Los *meriken* están aquí, casi abalanzándose sobre nosotros. La única salida para nosotros es el suicidio.

–El honor antes que la rendición –dice el comandante de la compañía, paseándose entre todos nosotros; la cueva está fría y húmeda y huele más que nunca a la muerte que nos espera–. Caballeros, ha sido un honor combatir junto a vosotros. Volveremos a vernos en el templo sagrado y eterno de Yasukuni. ¡BANZAI!

–¡BANZAI! –repetimos nosotros; los brazos en alto, las lágrimas congeladas en nuestros rostros, los corazones llenos de valor.

Algunos quitan el seguro a sus granadas y se las acercan al estómago; estallan, simple y llanamente, como pequeñas bombas humanas.

Otros se sientan, colocan sus propios fusiles bajo su cuello y los accionan hábilmente con los pies.

Unos pocos agarran sus pistolas, se las llevan a la sien y aprietan el gatillo; su sangre me salpica, cálida y roja.

Junto a mí empiezan a esparcirse cuerpos que no parecen cuerpos en absoluto, sino montañas desordenadas de vísceras y carne roja.

Acaricio la culata del arma que le robé al *kenpei*. Ya solo quedamos tres hombres con vida en esta cueva.

No quiero morir, no quiero morir. Quiero volver a ver a mi padre y a Momoko.

El comandante sostiene la mirada de Yoichi. Yoichi, que levanta un poco su granada como diciendo:

–Sí, voy a hacerlo. Mírame.

El comandante asiente, levemente, y alza su pistola. Una única detonación. Otro cuerpo rojo e hinchado cae al suelo cubierto de polvillo humano.

Cierro los ojos. Otra explosión. Cuando me atrevo a parpadear, Yoichi está frente a mí. La luz de la luna, que entra a través de la grieta reservada para nuestra artillería, refleja la palidez de su rostro.

Las llamaradas crecen al otro lado de la cueva. Yoichi ha lanzado su granada al exterior.

–Ahora estamos solos, Kobayashi –me dice–. No podemos unirnos a otra compañía; adivinarían que nos hemos negado a quitarnos la vida. Tampoco podemos rendirnos.

–No. –La palabra se escapa de mis labios con un ansia febril–. No. No podemos dejar que los *meriken* nos tomen prisioneros. Créeme.

Yoichi toma mi mano.

–Te creo. Tengo que defender nuestra posición, ¿sabes lo que quiero decir?

Por supuesto que lo sé. No habría estado tan claro ni aunque sus pensamientos estuviesen escritos con fuego.

–Soy tan soldado como tú –le recuerdo–. He luchado todo este tiempo a tu lado, y pienso seguir haciéndolo. No voy a huir. –Trago saliva–. Veremos el final de la guerra, ¿vale?

Yoichi sonrío, su brazo colgando del nido de ametralladoras.

–Vale –accede.

Cualquier cosa parece posible ahora.

Pasan los segundos. Muchos muchos segundos.

Un crujido. Unos pasos.

La tranquilidad se rasga como el papel.

Hay gritos al otro lado de la cueva. Ya no estamos solos.

Momoko

Oigo música de piano.

O La oscuridad me abraza. Aunque abro los ojos, soy incapaz de ver nada que no sea esta profunda negrura. La tierra arde; se pega a las palmas de mis manos y a mis rodillas desnudas y me abrasa la piel.

Y oigo música de piano. Solo música de piano, nada más. Ni bombas ni disparos ni los alaridos de mis compañeras. Tengo miedo de desvelar mi posición si grito sus nombres, de modo que me quedo muy quieta, sobre esta tierra ardiente, mordiéndome los labios para no llorar y preguntándome si la muerte será amable conmigo.

Algo me toca la mano y el pelo; es cálido y suave como un abrazo.

Una voz. Una voz que conozco.

–Todo acabará pronto.

Parpadeo. Las lágrimas se agolpan en mi garganta; transforman mi voz en una masa pastosa y muy frágil.

–¿M-mamá?

Otra voz. Otra voz que conozco.

–Tranquila, has sido muy fuerte hasta ahora.

–¿Papá?

Intento ponerme en pie, pero las piernas no me responden. Extiendo los brazos para tocar a mis padres; lo único que siento, sin embargo, es el aire febril y los restos de pólvora que caen sobre mis dedos.

–¡Quiero ir con vosotros! –chillo–. Por favor. Por favor, no me dejéis aquí sola. ¡Por favor!

–Tienes que ser valiente –dicen a la vez, y siento su amor en mis huesos–. Resiste un poco más.

La música de piano suena con más intensidad, y es entonces cuando reconozco la melodía: es el Nocturno de Chopin.

Un aleteo.

–EL FINAL YA ESTÁ AQUÍ.

Las plumas del *yatagarasu* me hacen cosquillas en la cara.

Más voces. Muchas muchas voces, todas ellas de hombre y todas hablando en inglés. No comprendo nada de lo que dicen, pero alguien me levanta. Una manta cae sobre mí; la siento en mis hombros y en mi espalda. Otra persona me acerca una cantimplora a los labios, y el agua que baja por mi garganta sabe a vida y a pasado.

–A salvo –dice un soldado en un japonés muy tosco–. Refugiados. A salvo.

Jun

Ya están aquí.
Yoichi se agacha, adoptando su posición detrás del nido de ametralladoras. Me siento a su lado, mi mano sobre el arma, mis rodillas y mis piernas *rojas* de la sangre de mis compañeros. Sus muertes han dejado marcas de garras en mi piel.

–No dispaes aún –susurra Yoichi, sus ojos fijos en el exterior de la cueva.

Veo a soldados *meriken* al otro lado, el fuego danzando y girando a su alrededor sin tocarlos. Los cuento: son cuatro.

–Un lanzallamas, un médico y dos ametralladoras –enumero.

Yoichi se humedece los labios espolvoreados de hollín.

–De momento solo tenemos que preocuparnos del primero. No dispaes aún.

Los segundos se amontonan sobre nuestras espaldas y nos impiden respirar. El tiempo es el depredador más letal de la guerra; quita, y quita, y quita, y quita hasta dejarte desnudo con tu miedo y tu ansiedad.

El lanzallamas ya está casi sobre nosotros; veo sus piernas, y veo su arma, y veo la muerte y la destrucción que arrastra.

–Ahora –dice Yoichi, apenas alzando la voz.

Un único disparo. El lanzallamas explota en una confusión rizada, *roja* y febril. Una luminaria humana. El fuego alcanza al soldado junto a él, que cae y grita y se lleva las manos a los ojos (solo que sus ojos, ahora, son dos cruces en carne viva).

El médico se arrodilla junto a los hombres heridos. El soldado que queda en pie dispara contra nosotros, pero Yoichi y yo ya estamos cuerpo a tierra.

–Ya sabes lo que va a pasar ahora –me dice Yoichi–. Va a inspeccionar la cueva.

Con sus manos y la sangre del comandante, pinta mi rostro y mis ropas de muerte.

–Quédate en el suelo –murmura–. No te muevas.

–No..., no. ¡No, Yoichi!

Me tapa la boca con la mano, me mira fijamente y se va.

Lo que escucho a continuación es su *¡Tenno heika banzai!*, dos cuerpos que caen al suelo, los alaridos, el forcejeo, la guerra a máxima intensidad.

No soy una niña a la que haya que salvar, soy un soldado. Me levanto, me arrastro hasta el nido de ametralladoras y miro a través de la grieta.

La Guerra me devuelve la mirada.

Veo a Yoichi caer como un saco de arena, una rosa de sangre extendiéndose como la tinta sobre su uniforme. Veo al *meriken* también en el suelo, jadeando y luchando por reincorporarse; veo sus ojos, de un pálido dorado, clavándose en los míos, y veo la comprensión en su rostro.

Disparo.

Jun

lo mejor las almas se reconocen las unas a las otras en la oscuridad.

A Aunque está ciego, y aunque el disparo de mi ametralladora ha quedado ahogado por el resto de ruidos de la guerra, el otro soldado *sabe* que su amigo acaba de caer. Se libra de las manos del médico, chillando y llorando, y corre a arrodillarse junto al *meriken* que mató a Yoichi. Veo cómo toma su cabeza entre las manos, la sangre empapando su uniforme; me pregunto si siente en su pecho y en sus huesos cómo muere.

Dejo que mis manos se deslicen por el nido de ametralladoras y me desplomo en el suelo. No soy un soldado, soy un monstruo, un asesino. Debí haber obedecido a Yoichi. Debí haberme dejado guiar por la valentía y no por la furia.

Salgo de la cueva, dejando todas mis armas atrás y sin levantar las manos en señal de paz. Dejaré que el cielo decida qué pasará conmigo ahora; si la vida o la muerte serán mi castigo.

Debería haber estrellas para grandes guerras como la nuestra.

Momoko

Lo primero que veo al despertar es un par de ojos negros, sesgados y brillantes. Luego, las arruguitas que se disponen sobre las cejas que ensombrecen esos ojos. Finalmente la sonrisa, que es de color crema y huele a nicotina.

Takuma.

Mi hermano está aquí, frente a mí, sonriéndome.

–Lo has conseguido –me dice, dándome un golpecito en el hombro–. Ahora tenemos que despedirnos. No volveremos a vernos hasta, espero, dentro de muchos años. Aprovecha la vida todo lo que puedas, ¿eh? Es demasiado bonita para dejarla escapar.

Me besa en la frente. Siento sus labios en mi piel y después, sencillamente, todo él desaparece entre las sombras. Mi campo visual es negro de nuevo y, por mucho que parpadee, no aprecio nada más que la oscuridad.

–Akiyama –dice una voz a mi lado, y tardo un par de segundos en reconocerla–. Akiyama, soy Naoki Zaizen, el amigo de Takuma, ¿te acuerdas de mí?

–Naoki... –repito, aunque de mis labios sale más aire que voz.

–¡Eso es! La última vez que nos vimos os ayudé a Takuma y a ti a sacar un par de pianos de la tienda de tu padre, ¿recuerdas? Hace mucho mucho tiempo, ¿eh?

Intento reincorporarme, pero la mano cálida de Naoki Zaizen me lo impide.

–Está bien, está bien –susurra–. Tranquila. Estás en el hospital, en el campo de refugiados. Ya ha pasado todo. Estás a salvo.

Tomo aire, pasando las manos por mi cuerpo. Hay una venda que sube desde mi pierna derecha hasta mi pecho, como abrazándome, y otra venda más alrededor de mis ojos ciegos.

–Todavía están trayendo a los heridos –continúa Naoki, leyendo una pregunta en mi expresión–. Cuando sepa algo de tus compañeras o de tu familia, te lo diré. ¿Hay alguien más que te preocupe?

–Jun Kobayashi.

El nombre se escapa de mis labios rápido, como con un hambre voraz.

Tiene que estar bien, tiene que estar bien. No puedo quedarme tan sola ahora.

–Jun Kobayashi –repite Naoki–. ¡Está bien! Tardaré un poco en tener noticias, tenlo en cuenta, técnicamente soy un prisionero de guerra, pero sé hablar un poco de inglés y, bueno, he hecho un par de amistades.

Asiento. Hablar con Naoki Zaizen es un poco como comunicarse con los muertos. Se fue hace tantos años que todos, secretamente, hace mucho que no esperamos que volviese a la vida. Noto un nudo en el estómago. Si mi hermano estuviese aquí y lo supiera...

–¿Te enteraste de lo de Takuma? –pregunto.

Me contesta un silencio interrumpido por la respiración, de pronto pesada, de Naoki.

–Sí –responde al fin, sorbiéndose los mocos–. Me envió una carta antes de volar –suspira–. Era el mejor amigo que tenía en el mundo. No creo que vuelva a tener un amigo así.

–Te quería mucho –le recuerdo.

Me parece importante que lo sepa. Aunque habían crecido y ya no eran unos niños, su amor era como el de Jun y el mío.

Naoki se sorbe los mocos otra vez.

–Lo sé. Yo también a él. Cuando me rendí a los norteamericanos no sentí vergüenza; solo quería abandonar el campo de batalla de cualquier modo posible, vivo o muerto. Había perdido demasiado. Tú y yo –me da un toquecito en la muñeca– estamos en el mismo barco, ¿eh? Nuestros padres nos esperan en el mismo sitio. Rezo por que estén bien.

Le respondo con un gesto. Incluso en un lugar como este, los secretos son inestimables.

–Yo ya he perdido la esperanza –confieso.

Así duele menos. Es la diferencia entre perder algo una vez y perderlo dos veces, entre creer que estás completamente sola una vez y creerlo dos veces.

–Yo también la había perdido –dice Naoki–. Pero ahora te he encontrado a ti, ¿no? Nos tenemos el uno al otro. Cuidaremos el uno del otro. –Oigo cómo se levanta–. Voy a investigar. Intentaré traerte noticias. Hasta pronto, Momoko.

–Hasta pronto, Naoki –digo.

Las palabras son dulces en mi boca.

–No tardaré mucho –continúa Naoki mientras se va–, pero creo que tengo un buen relevo.

–¡Momo-chan!

Reconozco la voz enseguida. ¿Cómo no hacerlo?

–¡Ryo!

Mi primo, mi niño de acuarela y medianoche. Su abrazo me reconforta, me dice que, de un modo u otro, la vida continuará. Tendré que recoger los pedazos que he ido dejando atrás. Mi alma siempre estará atravesada por una espada. Pero, de un modo u otro, la vida continuará.

Jun

El soldado *meriken* me oye caminar hacia él. Con cuidado, sin separarse de su amigo, apunta su arma en mi dirección.

Caigo de rodillas. Extiendo el brazo, despacio, y guío el cañón del fusil hasta el lugar apropiado. El metal tan cálido, estoy segura, deja una cicatriz en la piel de mi frente.

El dedo del *meriken* tiembla sobre el gatillo, no atreviéndose del todo a accionarlo.

Perdóname, papá. No voy a volver a casa.

Otro *meriken* viene corriendo hacia nosotros, su arma apuntándome, sus ojos capaces de quemarme de la ira. Me levanta de un solo tirón de mi ropa, el cañón de su fusil clavándose en mis costillas.

Grita. Me grita cosas que no comprendo mientras el soldado ciego, con un último temblor, deja que su arma se desplome al suelo y, hundiendo el rostro en el cuello *rojo* de su amigo, rompe a llorar.

El *meriken* enfadado, harapos sanguinolentos por uniforme, me registra a base de movimientos violentos. Sus manos, cubiertas por una gruesa capa de hollín, recorren la totalidad de mi cuerpo, deteniéndose finalmente en el hombro izquierdo.

Con un gesto frenético tira del cuello de mi camisa, dejando el hombro al descubierto. Trataba de comprobar si las marcas rojas de la correa de mi arma

me delatarían y se topó con algo bastante distinto. Al tirar del cuello, mi camisa se abrió, dejando a la vista mi pecho desnudo.

El *meriken* da un paso atrás, bajando su arma con mucha suavidad.

Si ser mujer es lo que va a salvarme ahora, no quiero ser mujer. No quiero que algo tan temporal como mi cuerpo vaya a limpiar los pecados de mi alma.

Temblando, con el rostro húmedo de las lágrimas, me llevo dos dedos a la sien.

–Dispárame –le pido–. Por favor, dispárame.

La rabia y el odio todavía están pintados en el rostro del *meriken*. Puesto que lleva el casco ladeado, el viento eleva los mechones de su pelo, de un ardiente dorado.

Con parsimonia, casi disparando las palabras, me dice algo. No lo comprendo, pero su expresión y la sombra que se cierne sobre sus ojos azules me lo dejan claro: «No habrá misericordia».

Vuelvo a caer al suelo.

El soldado ciego sigue acunando y besando al chico al que he matado. Ahora, con un vistazo rápido, me fijo en su casco: hay fotografías de su familia bajo la rejilla. Él también era humano, y en un segundo yo apagué todo el infinito que bullía en su interior.

No soy un soldado, soy un monstruo, un asesino, y no va a haber ninguna estrella encendida en el cielo para mí.

–Campo. Refugiados. Levanta.

Tres palabras en japonés. El médico las escupe con asco, su labio curvándose al posar los ojos sobre mí.

Me vuelvo hacia Yoichi, la rosa de sangre en su pecho, los ojos que no ven mirando a la eternidad. Aprieto su mano, todavía caliente, y agachándome le susurro al oído:

–Fuiste una buena persona al final.

De eso se trata, ¿no? De pasar la luz, y no el dolor, a los demás.

Naoki

Al salir del hospital voy al encuentro de los norteamericanos pero, al final, **A**son los norteamericanos los que me encuentran a mí.

Me estremezco al casi chocar con Matthew, uno de los dos soldados que me entregaron a Ryo. Desde entonces me he entretenido buscando su rostro entre la multitud de norteamericanos que vienen al campo de refugiados. Su ojo izquierdo se ha vuelto gris y viscoso; el derecho, sano, está rodeado de cicatrices rojas. Hay más marcas de quemaduras en su pecho al descubierto, trepando por el cuello hasta abrazar la mejilla.

Un niño japonés, cubierto de sangre de los pies a la barbilla, camina detrás de él, los ojos fijos en los pies desnudos, el labio temblando sin cesar.

—¿Un refugiado de la ciudad? —le pregunto a Matthew, señalando al niño con la cabeza.

Matthew me dirige una de esas miradas que parecen atravesarte y engullirte.

—Un soldado —dice, la voz inexpresiva, y entonces reparo en las vendas que rodean las muñecas del refugiado.

—¿Qué le ha pasado al muchacho?

—Ha intentado suicidarse con una botella rota. Y nada de «muchacho». Es una mujer. —Toma aire, me señala—. Eso es lo que hace tu gente. Entrenan a mujeres y a niños para la guerra, enseñándoles a empuñar un arma y matar.

Me quedo callado. Solo ahora me doy cuenta de lo pesada que es la ausencia de su amigo Billy, cómo parece empapararlo y hundirlo.

–Lo siento –digo.

Me pregunto si realmente puedo, solo leyendo los gestos y los silencios, descubrir a la gente que es como yo. En todo caso, añado:

–Parece que tu vida va a acabarse, pero no se acaba. No sé por qué.

El rostro de Matthew está vacío de toda expresión. Parece que me encuentre ante un cuerpo sin alma.

–Quédate con ella –dice al fin, dándole un pequeño empujón a la chica–. Es tu responsabilidad ahora.

No espero a ver cómo se va. Me agacho un poco, quedando cara a cara con la niña. Le sonrío. Dios sabe lo necesaria que es una sonrisa en un lugar como este.

–Señorita, soy Naoki Zaizen. Encantado.

La niña es un temblor hecho persona. Da la sensación de que incluso mantenerme la mirada podría dañarla.

–Hablas inglés –sisea.

–Y también francés y un poco de alemán. Antes de la guerra iba a la universidad, ¿sabes? Y mi padre era... es un intelectual. En mi casa había una biblioteca gigantesca repleta de libros en mil idiomas distintos. Me habría gustado aprender también griego, pero... ¡En fin! Ya hemos hablado bastante de mí. ¿Qué hay de ti? ¿Puedes decirme tu nombre?

La muchacha tiene los ojos fijos en sus muñecas vendadas y no en mí, pero sé que me oye.

–Por favor –insisto.

Las palabras se arrastran al salir de sus labios.

–Kobayashi. Jun.

Durante una fracción de segundo, mi cuerpo parece perder toda movilidad.

–¿Cómo? Disculpa, ¿puedes repetir eso?

La niña, por primera vez, me mira.

–Me llamo Jun, Jun Kobayashi.

–No serás por casualidad de Naha, ¿no?

–P-pues sí.

Mi sonrisa crece.

–Es bueno que hayas sobrevivido, Jun Kobayashi. De verdad.

Momoko

Noto su presencia en cuanto entra en la habitación. ¿Cómo describirlo? La luz parece bañar de nuevo mi oscuridad. La siento en mis huesos y en mi pecho. Es como si mi cuerpo, finalmente, se reencontrase con su alma.

Ya sonrío antes de que ella diga mi nombre.

–Ya te dije que volveríamos a vernos. No vas a poder librarte de mí tan fácilmente, halcón –ríó, y ella me aprieta la mano.

–Siempre volveré a casa –susurró ella, sus labios, tan cálidos, pasando por mi mano, acariciando uno a uno los huesos de mis dedos como si quisieran convencerse de que todavía no han olvidado mi tacto.

«Tú eres la única casa que necesito», pienso, pero no lo digo. No lo digo porque sé que a partir de ahora habrá muchas cosas que no nos digamos con la boca, sino con nuestras manos, y muchas cosas que solo nos contaremos la una a la otra. Los recuerdos tienen dientes.

–¿Te acuerdas de aquella noche en el pozo del barrio *buraku*? –le pregunto, y oigo cómo Jun se sorbe los mocos, cómo pasa su mano por su pelo.

–P-pues claro. Claro que me acuerdo. El día que nos conocimos. Hace tres años.

–Parece mucho más –siseo, y lo que en realidad quiero decir es que me da la sensación de haber conocido a Jun desde siempre, de que hace miles de años, mucho antes de que comenzase el linaje de los Emperadores, los átomos que compondrían nuestro cuerpo se juntaron en una misma estrella.

–Sí. Pensé... pensé que ibas a pegarme, ¿sabes? Siempre tuviste muy mal humor.

–Yo pensé que tenías una cara muy interesante, que eras una especie de rey o de príncipe disfrazado. Supongo que no estaba tan desencaminada.

Escucho cómo se pasa la lengua por los labios, cómo su respiración se vuelve algo más pesada, como si su cuerpo no pudiese contener las palabras que está a punto de decir:

–Estaremos bien, ¿verdad?

–Te lo prometo –digo, y aprieto su mano con más fuerza.

Me gustaría poder vivir en esta caricia para siempre, donde la guerra no tiene poder sobre nadie y todo está bañado por la luz. Por un momento lo hago. Es lo que cuenta, ¿no? La vida son solo momentos. Los momentos que vivimos. Los que no vivimos. Los que nos gustaría no haber vivido. Los que nos gustaría vivir. Aquellos raros en los que querríamos envolvernos para no salir jamás.

A partir de ahora me aseguraré de que los momentos que vengan sean suaves y delicados para que aniquilen, silencien, a toda la oscuridad de los horrores pasados.

Epílogo
26 de marzo de 1967

Momoko

El agua de la costa de Melbourne me hace cosquillas en el pulgar desnudo. Es un bonito domingo de primavera, soleado y con una brisa cálida que te remueve el cabello.

«Es un bonito día para contar historias», pienso mientras Jun me trenza el pelo.

Han pasado veintidós años. Un día como hoy, hace mucho tiempo, yo era una niña de dieciséis años que llegaba a una cueva oscura y húmeda de Haebaru.

La oscuridad no me ha abandonado desde entonces. A veces, la vida parece tan irreal..., frágil como el papel. Con un golpecito de mi dedo, todo lo que me rodea parece capaz de derrumbarse, revelando la arena plagada de muerte y la atmósfera asfixiante de las playas de Okinawa. Como una cortina en un teatro, supongo, esperando a ser abierta.

La guerra en sí permanece de manera muy extraña en la memoria. Mientras la vives, parece interminable. Una vez que se ha ido, solo es un borrón en el tiempo, de modo que eres capaz de recordar muy claramente los meses anteriores a la guerra. Las batallas, en cambio, no son más que una colección de imágenes. Nunca te abandonarán; te acecharán en cualquier momento, pero los detalles son sin duda escasos. Las secuelas de la guerra son un juego de tontos, una especie de purgatorio en el que estás condenado a revivir una y otra vez los momentos que culminaron en la guerra.

Pero no exageremos. También hay felicidad. La felicidad, siempre, llena las grietas con su luz.

–Tía Momoko, cuéntame otra vez la historia del otro Takuma –dice el Takuma pequeño, y lo oigo chapotear en el agua.

Aunque solo tiene ocho años, Ryo dice que ya se parece mucho a la persona en honor a la que fue nombrado. Su cabello es castaño, casi rojo, como el de su madre Shirley, pero Ryo asegura que sus ojos y, sobre todo, su sonrisa son exactos a los de mi hermano. Naoki y Jun opinan lo mismo.

–¿El otro Takuma? –Me llevo la mano a la boca, fingiendo pensar–. ¡Ah, sí, ya me acuerdo! El otro Takuma era un soldado del cielo...

–¿Soldado del cielo? –repite el Takuma pequeño, la voz de pronto chillona–. ¿Alguna vez cazó una estrella?

Jun ríe.

–Ahora que lo dices –interviene–, una vez sí cazó una estrella, ¿no, Momo-chan?

–Hum..., sí, creo que sí.

Jun deja de trenzar mi pelo. Oigo cómo se pone en pie y oigo cómo saca algo de su bolsillo y empieza a jugar con él.

Tengo que taparme la boca con las manos para contener una carcajada. Me sé este truco de memoria. Ahora Jun está cambiando una moneda de cincuenta centavos de una mano a otra, de modo que solo puede verse un leve brillo plateado saltando entre sus palmas. Cuando Takuma y su hermana Setsuko contienen la respiración, Jun hace saltar la moneda, que cae grácilmente sobre la palma extendida de su mano derecha.

–¿Veis? –dice entonces–. Aquí está la estrella.

Y, riendo, riendo, Setsuko exclama:

–¡Tío Jun, pero si es solo una moneda!

–¿Una moneda? –repite Jun, que suspira–. ¡Vaya! Nunca me sale bien este truco.

–¡Nunca! –canturrea Setsuko, chapoteando en la orilla–. Siempre es una moneda.

Entonces su padre, que está tumbado a mi lado, contiene una risita, deja de pintar y dice:

–¡Oh, Setsuko, deja de moverte tanto o voy a tener que dibujarte como a una bruja!

–Eso sería imposible –replica Naoki, y escucho cómo golpea a Ryo en la cabeza con algo (probablemente el libro que estaba leyendo)–. Si la modelo es tan bonita, es imposible que el mejor acuarelista de Okinawa la dibuje como a una bruja.

Takuma y Setsuko toman aire; son capaces de oler una buena historia a distancia, y la expectación los obliga incluso a dejar de chapotear.

–¿El mejor acuarelista de Okinawa? –dice Setsuko–. Tío Naoki, ¿qué es eso del mejor acuarelista de Okinawa?

–Oh, es solo un cuento –responde Naoki, quitándole importancia–. Pero ya sabéis que a la tía Momoko es a la que se le dan mejor los cuentos.

Y enseguida tengo a los dos niños sobre mí, tirándome de la ropa y suplicándome.

–¡Por favor, por favor, por favor!

Los envuelvo con una risa. A los niños como estos, que están hechos de promesas y de rayos de sol, hay que mimarlos con cuidado.

–Está bien, está bien... Hace mucho tiempo, en una pequeña isla muy muy lejos de aquí, vivía un niño quejica y malcriado llamado Ryo...

Así es cómo se sobrevive: si te preguntan, habla siempre de la felicidad de la guerra. A lo largo de los años he aprendido a plantar siempre flores en mi

corazón; de este modo, siempre llevo un pequeño ramo funerario conmigo para todas las almas que he coleccionado en mi vida.

Mis padres y la baronesa Hentona, cuyos cuerpos yacerán siempre en el olvido.

Takuma, que hizo del cielo su hogar.

Yoichi y la tía Otsuka, con sus luces y sus sombras.

El tío Otsuka, el primero que se fue.

El señor Kobayashi, que me dio a conocer los cuentos de fantasmas.

La *yamamba* Miyamoto y mis compañeras, a quienes la historia ya recuerda como ángeles.

Job, que siempre llevaba una estrella colgando de su cuello.

Son tantas las almas por las que sigo viviendo que a veces siento el cuerpo pesado, pero es natural: es, después de todo, una gran responsabilidad vivir una sola vida tratando de honrar a tantas personas.

Creo que, hasta ahora, con mi pequeña vida, les he hecho justicia. Por eso siempre hablo de la felicidad cuando me preguntan por la guerra. Y si algún día dejan de preguntarme, me aseguraré de recordar que entonces, en medio de tantos horrores, también era posible encontrar motivos para seguir viviendo. Como he dicho, la luz siempre brilla a través de las grietas.

No importa lo roto que estés. No importan las cicatrices y los moratones que las batallas dejan atrás. Siempre hay luz.

Hasta que el *yatagarasu* vuelva, anunciándome el final, siempre hablaré de la felicidad. Ese es el trato.

Nota final

Me veo obligada a precisar que, aunque esta historia y estos personajes son puramente ficticios, algunos de los acontecimientos que se narran en esta novela ocurrieron realmente.

- *Seito* fue una revista feminista de verdad cuyas autoras, apodadas *bluestockings* en honor a las sufragistas, sufrieron, en mayor o menor medida, la represión de la era Showa.
- Los *burakumin* son una casta real de la sociedad japonesa que todavía está estigmatizada y oprimida (más información en la web de Minority Rights: <<http://minorityrights.org/minorities/burakumin-buraku-people>>).
- Asimismo, los habitantes de Okinawa sufrieron la opresión racial del pueblo japonés que los había colonizado y que los consideraba inferiores. Hoy en día, en cierta medida, las relaciones de poder entre los japoneses y los habitantes de Okinawa no ha cambiado (más información en la web de Minority Rights: <<http://minorityrights.org/minorities/ryukyuans-okinawans>>).
- Los estudiantes universitarios, que en un principio habían tenido la oportunidad de posponer el servicio militar hasta los veintiséis, realmente fueron obligados a unirse a la *Tokkotai*. Muchos de estos estudiantes eran intelectuales con ideales progresistas y democráticos (extractos de diarios de estos estudiantes pueden ser encontrados en la

web de la Universidad de Chicago: <<http://www.press.uchicago.edu/Misc/Chicago/619508.html>>).

- Se conoce como *Himeyuri* (traducido como Cuerpos del Lirio) al cuerpo de enfermeras formado por doscientas veintidós estudiantes y dieciocho profesoras de los dos institutos privados de Naha. Como se narra en esta novela, cuando la derrota parecía obvia, el Ejército japonés las abandonó a su suerte, instándolas a suicidarse antes de rendirse a los norteamericanos. De las doscientas cuarenta mujeres que formaron este cuerpo, doscientas treinta y siete perecieron (más información en la web del Museo de la Paz Himeyuri: <<http://www.himeyuri.or.jp/EN/info.html>>).
- En contra de la creencia popular, se han documentado varios casos de violaciones por parte de los soldados norteamericanos a las mujeres nativas de Okinawa. Debido a la posterior ocupación norteamericana de la isla (1945-1952), la gran mayoría de estas violaciones no fue denunciada.
- Finalmente, el personaje de la baronesa Hentona está basado en una persona real: Chiune Sugihara, vicecónsul del Imperio de Japón en Lituania, que rescató a cinco mil quinientos cincuenta y ocho judíos durante el Holocausto, un acto de valentía por el cual le fue otorgada la distinción de Justo entre las Naciones. Por fortuna, al contrario que la baronesa Hentona, sus superiores nunca descubrieron lo que había hecho y Sugihara vivió una vida larga y feliz hasta su muerte, en 1986, a la edad de 86 años (más información en la web del Yad Vashem: <<http://www.yad vashem.org/righteous/stories/sugihara>>).

Glosario

Baka: Idiota.

Bento: Ración de comida preparada para llevar. Comúnmente contiene arroz, pescado o carne y una guarnición de verduras.

Burakumin: Clase social más baja de Japón. Aunque étnica, lingüística y racialmente indistinguibles, son discriminados debido a los trabajos considerados impuros que realizaban sus antepasados.

Chashaku: Cucharita de bambú.

Daikon: Rábano japonés.

Daruma: Muñeca redonda de papel que tiene su origen en el monje indio Bodhidharma. Tiene los ojos en blanco para que el propietario pinte primero uno al pedir un deseo y después otro si este se cumple.

Engawa: Terraza de madera alrededor de un edificio tradicional japonés.

Ginkgo: Árbol caducifolio que forma parte de la flora de Japón y otros países del Sudeste Asiático.

Hotoke: Alma, espíritu.

Ijime: Acoso escolar.

Ikiryō: Literalmente, «fantasma viviente», se refiere al alma de una persona viva separada de su cuerpo, en contraste con *shiryō*, el alma de un muerto.

Juzu: Rosario utilizado en el budismo zen.

Kagome kagome:

Juego infantil tradicional japonés. Uno de los jugadores, el *oni* (literalmente, ogro), permanece sentado y con los ojos tapados mientras el resto camina en círculos cantando la canción del juego. Cuando la canción termina, el *oni* debe nombrar a la persona detrás de él.

Kaika: Luces fantasmagóricas y hogueras de origen desconocido, presentes en numerosas leyendas japonesas.

Kami: Espíritus benévolos de la religión *shinto*.

Kenpei: Policía militar (coloquial).

Kenpeitai: Policía militar.

Kotatsu: Mesa baja cubierta por un futón; bajo ella hay un brasero o estufa.

Kuri kinton: Pastelitos de batata y castaña, típicamente consumidos en Japón para festejar el Año Nuevo.

Kusomajime: Mosquita muerta.

Matcha: Té verde en polvo.

Meriken: Manera despectiva de llamar a los estadounidenses.

Mochi: Dulce típico japonés elaborado a partir de pasta de arroz y relleno de distintos sabores.

Otaku: Pronombre personal *tú* (formal, cortés).

Ryusou: Traje tradicional de Okinawa, equivalente al kimono japonés o al *hanfu* chino.

Salaryman: Trabajador de cuello blanco. La expresión, que hoy todavía se utiliza para denominar a los trabajadores de las empresas japonesas, comenzó a usarse con regularidad en los años treinta.

Shinai: Espada de madera típicamente utilizada para practicar kendo.

Sho: Unidad de volumen japonesa.

Sho-i: Teniente segundo.

Shunbun no Hi: Equinoccio de primavera.

Taisho: La era Taisho, también conocida como democracia Taisho, duró de 1912 a 1926 y correspondió con el reinado del enfermizo emperador Taisho, padre de Hiro Hito.

Tamagoyaki: Receta japonesa similar a una tortilla francesa enrollada.

Tanabata: Festividad de las estrellas; una festividad japonesa de origen chino que tiene lugar en verano.

Tatami: Estera de paja que cubre las habitaciones de las casas tradicionales japonesas.

Tatari: Ataque fantasma.

Tekketsu Kinnotai: Literalmente, Cuerpo Imperial de Hierro y Sangre, un cuerpo especial formado a finales de la guerra del Pacífico y constituido por niños de entre catorce y diecisiete años.

Temae: Pronombre personal *tú*, generalmente utilizado para hombres; se considera de mala educación.

Tengus: Duendes de piel roja y nariz larga del folclore japonés.

Tenno heika banzai: Larga vida al Emperador.

Tokubetsu Kogekitai: Unidad de Fuerzas Especiales, cuyos miembros son comúnmente conocidos como kamikazes.

Torii: Arco a la entrada de los templos sintoístas.

Tsukumogami: Espíritu del folclore japonés que encanta los muebles una vez cumplen cien años.

Tsumi: Concepto de pecado en el *shinto*, la religión más extendida en Japón.

Yamamba: Bruja de la montaña.

Yurei: Fantasma.

Agradecimientos

Es el equinoccio de primavera, son las 22:38 y estoy un poco cansada después de poner punto y final (¡al fin!) a esta historia. Creo que es importante decirlo. Porque, para mí, este libro que tienes entre las manos es mucho más que una historia.

La primera chispa que dio lugar a *El valle oscuro* vino a mí en el verano de 2013, cuando era una escritora mucho más novata y cuando las palabras y yo no nos llevábamos tan bien como ahora (que, en resumidas cuentas, no es lo suficientemente bien; nunca es lo suficientemente bien, me temo). A lo largo de diversas reescrituras y diversas crisis del escritor (¡mis amigos dan fe de ello!), *El valle oscuro* fue creciendo hasta convertirse en el libro que tienes delante.

Seamos sinceros: nunca tendré el talento suficiente para escribir esta historia, pero sabía que las palabras caerían sobre mí y me asfixiarían si no la terminaba de una vez.

Esta historia no es solo mía. Empezando en el mismo verano del 2013, e intermitentemente hasta el otoño de 2015, tuve el honor de conducir una serie de entrevistas a veteranos de guerra. Esta historia, en cierto modo, solo puedo agradecerse a ellos: Henry B., Leo R. (cuya muerte en 2014 me apenó mucho), Glen C. (otra muerte que lamenté mucho a finales de 2016), Edward B., Joe P., Herbert F. y Del S.

También quisiera agradecer, aunque solo sea por la de veces que me han oído hablar de esta novela y de estos personajes, a Iván (probablemente la

persona con el cacao mental más descomunal después de tragarse sin rechistar el argumento de las siete u ocho distintas reescrituras que acabó teniendo esta novela), a Dani (que me regaló un puñado de buenos títulos solo para que yo acabase poniéndole a la novela aquel primer título que le puse en 2013), a Henna (que me dio la idea de llenar de magia una historia, hasta entonces, bastante corriente) y a mi madre (que leyó los primeros capítulos de la primerísima versión y se quedó con ganas de más).

Y, si se me permite, finalmente tengo que agradecer, por hacer esta novela posible, a mi maravillosa editora Anna, a la Generación Jordilauriana (que me ha acompañado con esta novela durante DOS NaNoWriMos), a Roma (la mejor acuarelista de Galicia, que conste) y, por supuesto, a todos los lectores que han dado tanto cariño a mis novelas y que han tenido que aguantar a una Andrea-en-crisis-de-escritura por Twitter en más de una ocasión.

Os regalo esta historia. Nunca fue mía del todo para empezar. Espero haberle hecho justicia con el talento del que dispongo. De verdad.

Notas

1. Duendes de piel roja y nariz larga del folklore japonés.
2. Estera de paja que cubre las habitaciones de las casas tradicionales japonesas.
3. Literalmente, «fantasma viviente», se refiere al alma de una persona viva separada de su cuerpo, en contraste con *shiryo*, el alma de un muerto.
4. Mesa baja cubierta por un futón; bajo ella hay un brasero o estufa.
5. Bruja de la montaña.
6. Muñeca redonda de papel que tiene su origen en el monje indio Bodhidharma. Tiene los ojos en blanco para que el propietario pinte primero uno al pedir un deseo y después otro si este se cumple.
7. 1943 o año 18 de la era Showa (1926-1989, correspondiente al reinado del Emperador Hirohito).
8. Pastelitos de batata y castaña, típicamente consumidos en Japón para festejar el Año Nuevo.
9. Uno de los periódicos más importantes de Japón, fundado en 1879 y de carácter centroizquierdista.
10. Idiota.
11. Juego infantil tradicional japonés. Uno de los jugadores, el *oni* (literalmente, ogro), permanece sentado y con los ojos tapados mientras el resto camina en círculos cantando la canción del juego. Cuando la canción termina, el *oni* debe nombrar a la persona detrás de él.
12. Rosario utilizado en el budismo zen.

13. Receta japonesa similar a una tortilla francesa enrollada.
14. Fantasma.
15. Dulce típico japonés elaborado a partir de pasta de arroz y relleno de distintos sabores.
16. Acoso escolar.
17. Terraza de madera alrededor de un edificio tradicional japonés.
18. Policía militar (coloquial).
19. Árbol caducifolio que forma parte de la flora de Japón y otros países del Sudeste Asiático.
20. Clase social más baja de Japón. Aunque étnica, lingüística y racialmente indistinguibles, son discriminados debido a los trabajos considerados impuros que realizaban sus antepasados.
21. La era Taisho, también conocida como democracia Taisho, duró de 1912 a 1926 y correspondió con el reinado del enfermizo emperador Taisho, padre de Hiro Hito.
22. Mosquita muerta.
23. Ración de comida preparada para llevar. Comúnmente contiene arroz, pescado o carne y una guarnición de verduras.
24. 1902.
25. 1919.
26. 1921.
27. Rábano japonés.
28. Luces fantasmagóricas y hogueras de origen desconocido, presentes en numerosas leyendas japonesas.
29. Festividad de las estrellas; una festividad japonesa de origen chino que tiene lugar en verano.
30. Té verde en polvo.

31. Cucharita de bambú.
32. Me llamo Momoko. Soy japonesa. Encantada de conocerte.
33. Encantado.
34. En Japón hacemos así.
35. ¿Está bien?
36. Sí. Buenas noches, Florian.
37. Buenas noches, Momoko. Descansa.
38. Concepto de pecado en el *shinto*, la religión más extendida en Japón.
39. Unidad de volumen japonesa.
40. Teniente segundo.
41. Unidad de Fuerzas Especiales, cuyos miembros son comúnmente conocidos como kamikazes.
42. Larga vida al Emperador.
43. Trabajador de cuello blanco. La expresión, que hoy todavía se utiliza para denominar a los trabajadores de las empresas japonesas, comenzó a usarse con regularidad en los años treinta.
44. ¡Ánimo!
45. Espada de madera típicamente utilizada para practicar kendo.
46. Traje tradicional de Okinawa, equivalente al kimono japonés o al *hanfu* chino.
47. Espíritus benévolos de la religión *shinto*.
48. Arco a la entrada de los templos sintoístas.
49. Alma, espíritu.
50. Literalmente, Cuerpo Imperial de Hierro y Sangre, un cuerpo especial formado a finales de la guerra del Pacífico y constituido por niños de entre catorce y diecisiete años.

51. Queso blando de cerezo.

Su opinión es importante.

Estaremos encantados de recibir sus comentarios en:

www.plataformaeditorial.com/miopinionporunlibro

Vaya a su librería de confianza.

Tener un librero de cabecera es tan recomendable como tener un
buen médico de cabecera.

«*I cannot live without books.*»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.

